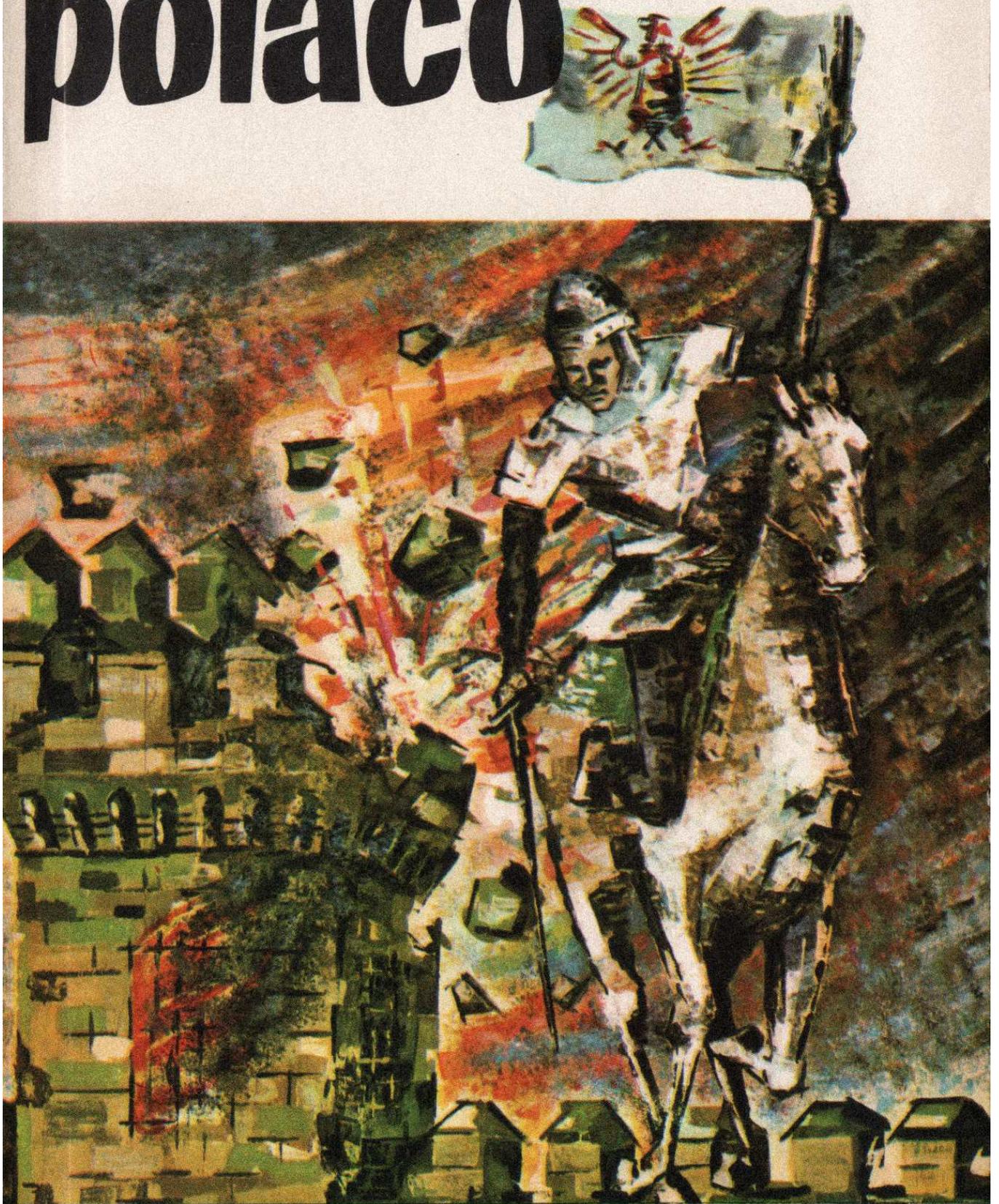


un héroe polaco



ENRIQUE SIENKIEWICZ

**un
héroe
polaco**

biblioteca sopena

Enrique Sienkiewicz

UN héroe polaco

Pan Miguel Volodiovski



EDITORIAL RAMON SOPENA, S. A.

Provenza, 95

Barcelona

Traducción:
Pedro Pedraza y Páez

Título original:
Pan Wołodyjowski

Edición íntegra.

Editorial Ramón Sopena, S. A.
Depósito Legal: B. 2.809-1959. N.º R.º: 5.092-58-66
Gráficas Ramón Sopena, S. A. (10924)
Barcelona - 1966
Impreso en España - *Printed in Spain*

CAPÍTULO I

Terminada la guerra con Hungría y después de la celebración del matrimonio entre Pan ⁽¹⁾ Andrés Kmita y Panna ⁽²⁾ Alejandra Billevich, un caballero valeroso y renombrado en Polonia, Pan Miguel Volodiovski, coronel del escuadrón de caballería de Lauda, se disponía igualmente a reunirse con los dulces lazos de Himeneo con Panna Ana Borzobogati Kراسienska.

Surgieron, sin embargo, obstáculos a consecuencia de los cuales la boda tuvo que diferirse. La novia había sido educada por la princesa Griselda Visnovieski, sin cuyo consentimiento Panna Ana no quería casarse, y Pan Miguel se vio obligado, por lo tanto, a dejar a su prometida esposa en Vadokty, a causa de los disturbios de aquellos tiempos agitadosísimos y marchó solo a Zamost para pedir el consentimiento y la bendición de la princesa.

Pero la estrella que le guió en su expedición no le fue propicia. La princesa acababa de partir de Zamost para Viena, con objeto de atender a la educación de su hijo. El perseverante caballero tuvo, pues, que continuar su viaje, aunque era bastante largo, y cuando hubo visto a la princesa y obtenido su propósito, se volvió de nuevo con el corazón henchido de las más alegres esperanzas.

De regreso en su patria la encontró más agitada que nunca: el ejército había formado una especie de liga; en la Ukrania continuaba la insurrección y en los confines orientales la lucha no había cesado aún. Habíanse reunido nuevas fuerzas para defender la frontera a todo trance. Antes que Pan Miguel llegase a Varsovia, había recibido un mensaje del vaivoda ⁽³⁾ de Russ, y juzgando que los asuntos particulares deben posponerse siempre a los de la patria renunció a la idea de efectuar por lo pronto su casamiento, y se dirigió a la Ukrania.

En aquella región luchó algunos años, viviendo en medio de batallas, soportando toda clase de privaciones y fatigas y teniendo muy raras ocasiones de escribir a su prometida.

Después fue enviado a Crimea, y cuando estalló la funesta guerra civil con Pan Lyubomirski, combatió al lado del rey contra el infame traidor, volviendo luego por segunda vez a Ukrania a las órdenes de Sobieski.

Todas estas empresas guerreras acrecentaron de tal modo el lustre y la gloria de su nombre, que llegó a ser considerado como el primero y más valiente soldado del reino.

¹() Señor.

²() Señorita.

³() Duque o soberano.

Los años pasaban entretanto, y las ansias de Pan Miguel crecían cada vez más, aumentando su pasión, que le hacía suspirar incesantemente. Llegó al fin el 1668 y con él el merecido descanso. Al principio de este año se dirigió a Vadokty, al lado de su amada, y juntos partieron para Cracovia. La princesa había vuelto ya de los dominios del emperador y había invitado a Pan Miguel a celebrar sus bodas allí, ofreciéndose a hacer para la novia las veces de madre.

Los cónyuges Kmita permanecieron en su casa, suponiendo que durante algún tiempo habían de carecer de noticias de Pan Miguel. Esperaban un nuevo huésped que había de venir muy pronto a Vadokty. La Providencia no había bendecido hasta entonces su unión, que había sido estéril; mas ahora aguardaban el acontecimiento feliz que cumpliría, al fin, sus ardientes deseos.

La cosecha había sido extraordinaria este año y las mieses tan abundantes que las sementeras estaban cubiertas de gavillas y no había bastantes graneros para contener el trigo. En los países colindantes devastados por la guerra, los jóvenes abetos habían crecido en una sola primavera más que en dos años anteriores. En los bosques había abundancia de caza y de hongo; parecía que la extraordinaria fertilidad de la tierra se había extendido a todas las cosas que existen en su superficie. Los amigos de Pan Miguel auguraban de esto los más felices resultados para su matrimonio, pero el destino había decidido otra cosa.

II

En un espléndido día de otoño, Pan Andrés Kmita estaba sentado bajo la sombra de un emparrado, bebiendo su hidromiel y contemplando de vez en cuando a su esposa a través de la verja cubierta por el lúpulo silvestre.

Panni ⁽¹⁾ Kmita paseaba por un sendero que corría delante del enverjado.

Era una dama de aspecto noble y majestuoso, de facciones purísimas, casi angelicales. Caminaba despacio y con precaución, porque su vientre estaba bendito.

Pan Andrés, que la miraba con intenso amor, bebió un largo trago de hidromiel y dijo a su esposa:

—Ven acá, Olenka ⁽²⁾; tengo que decirte una cosa.

—¿Será quizá algo desagradable?

—¡Dios me libre! Escúchame.

Diciendo así ciñóle la cintura con el brazo y atrayéndola hacia sí murmuró a su oído:

—Si es varón, le llamaremos Miguel.

Ella se volvió con el rostro enrojecido por un ligero rubor, y murmuró a su vez:

—Habíasme prometido que se llamaría Heráclito.

—¿No comprendes que quiero honrar a Volodiovski?

—Pero, ¿no te parece que ante todo debemos honrar la memoria de mi abuelo?

¹() Señora.

²() Diminutivo de de Alejandra.

—Que fue mi bienhechor. Tienes razón. Pero nuestro segundo hijo se llamará Miguel, no puede ser de otro modo.

Olenka se levantó, intentado desprenderse de los brazos de su marido, que la apretó más fuerte y besó sus ojos y sus labios diciendo al mismo tiempo.

—¡Amor mío, amor mío!

La aparición, al extremo del sendero, de un muchacho que venía corriendo hacia el emparrado, puso fin a los transportes de su ternura.

—¿Qué quieres? —preguntó Andrés al niño, soltando a Olenka.

—Ha venido Pan Karlamp y espera en el salón —contestó el muchacho.

—¡Ahí le tienes en persona! —exclamó Kmita viendo a un hombre que se acercaba—. ¡Cielos! ¡qué encanecidos están ya tus bigotes! ¡Bien venido, querido camarada! ¡Te saludo, amigo mío!

Y así diciendo salió apresuradamente del emparrado, corriendo hacia Karlamp con los brazos abiertos.

Éste se inclinó hacia Olenka, a quien había conocido en otro tiempo en la corte de Kyedani, y le besó la mano; después se arrojó en los brazos de Kmita prorrumpiendo en sollozos.

—¡Por amor de Dios! ¿qué ha ocurrido? —exclamó Pan Andrés, estupefacto.

—El Cielo ha dado la dicha a uno y ha privado de ella a otro —dijo Karlamp—; pero sólo a ti puedo revelar la causa de mi dolor— añadió dirigiendo una mirada a Olenka, la cual comprendió en seguida que no quería hablar en su presencia y dijo a su marido:

—Me retiro para haceros servir hidromiel.

Kmita condujo a su amigo bajo el emparrado, le hizo sentar sobre un banco y volvió a preguntarle:

—¿Qué ha ocurrido? ¿necesitas alguna cosa? Cuenta conmigo mejor que con Zavisha (1).

—A mí no me ha ocurrido nada —repuso el viejo soldado—, y nada necesitaré mientras pueda valerme de mis manos y manejar mi espada; pero nuestro amigo, el caballero más ilustre del reino, sufre cruelmente y no sé si aún vive.

—¡Por las llagas de Cristo! ¿Ha sucedido algo a Volodiovski?

—Sí —dijo Karlamp prorrumpiendo de nuevo en llanto—. Panna Ana Zorzobogati ha dejado para siempre este valle de lágrimas.

—¡Ha muerto! —exclamó Kmita llevándose las manos a la cabeza.

—Como un pajarillo traspasado por una flecha.

Siguió un momento de silencio. No se oía otro ruido que el de alguna manzana que caía acá y allá pesadamente al suelo, y la respiración agitada de Pan Karlamp, más afanosa ahora por los esfuerzos que hacía para contener los sollozos.

—¡Santo Dios, santo Dios! —repetía Kmita meneando la cabeza y retorciéndose las manos.

—No te sorprenderán mis lágrimas —prosiguió Karlamp—, porque, si una pena insoportable oprime tu corazón al oír solamente lo ocurrido, ¿cuál no será la angustia que me ha embargado a mí que he sido testigo de su muerte y del indecible dolor de nuestro amigo?

En aquel momento apareció un criado con una bandeja sobre la cual llevaba una botella y otro vaso; tras él venía la señora de Kmita, que no había podido reprimir la curiosidad y que, escudriñando el rostro de su esposo y leyendo en él la más honda pena, preguntó de pronto:

—¿Qué noticias le habéis traído, Pan Karlamp? No me alejéis, quiero consolaros, si es posible, o llorar con vosotros y ayudaros con mis consejos.

¹() Obispo de Cracovia, célebre por su ambición y por sus cuantiosas riquezas.

—En la ocasión presente no hallarás ninguno en tu cerebro —replicó Kmita—; y temo que el disgusto perjudique tu salud.

—Todo puedo soportarlo. Más penosa aún es la incertidumbre.

—Anusia ha muerto —dijo, al fin, Pan Andrés.

Olenka palideció y se dejó caer sobre un banco. Kmita temió que se desmayase, pero el dolor fue más activo y al imprevisto anuncio prorrumpió en amargo llanto, en el que le acompañaron los dos hombres.

—Olenka —dijo luego Kmita, deseando dar otro curso a los pensamientos de su esposa—, ¿no crees tú que está en el cielo?

—No lloro por ella sino por su pérdida y por el aislamiento de Pan Miguel. En cuanto a su bienaventuranza eterna, ¡ojalá estuviera tan segura de la mía como lo estoy de la suya! ¡No había en el mundo doncella más estimable, más buena, ni más honesta! ¡Oh, Anulka (¹) mía, amada Anulka!

—He sido testigo de su muerte —dijo Karlamp—. Dios nos conceda a todos un tránsito tan santo como el suyo.

Después de estas palabras siguió un nuevo silencio; parecía como que las lágrimas derramadas aliviaban su dolor.

—Danos pormenores del doloroso caso; pero antes toma algún refrigerio para adquirir fuerzas —dijo Kmita.

—Gracias —replicó Karlamp—; tomaré un sorbo de vez en cuando, si quieres beber conmigo; la pena no sólo oprime mi corazón sino que se aferra a mi garganta como el lobo se aferra al hombre para ahogarlo antes que pueda llegarle algún auxilio. Me dirigía desde Chenstohova a mi país natal, para acabar en él tranquilamente los días que me queden de existencia. He guerreado ya bastante; principié a combatir siendo adolescente y ya tengo los bigotes blancos. No sé si podré permanecer quieto en mi casa; si no lo consigo, volveré a alistarme bajo otra bandera. Esta liga militar formada en daño de la patria y en provecho del enemigo, y estas guerras civiles me han hecho odioso el oficio de las armas. ¡Dios de bondad! dicen que el pelícano alimenta a sus pequeñuelos con su propia sangre, pero este país no tiene ya ni una gota de ella en su seno. Sviderski (²) fue un valiente soldado. ¡Que Dios le juzgue!

—Pero, ¿dónde encontraste a Pan Miguel? —preguntó Kmita a su antiguo amigo, interrumpiendo su desahogo patriótico.

—En Chenstohova, donde se habían detenido para descansar y visitar la tumba del Santo. Me dijo que venía de aquí y que se dirigía a Cracovia a ver a la princesa Griselda, para celebrar allí la boda. Panna Anusia gozaba entonces de una salud excelente y Volodiovski estaba alegre como un pájaro. «¿Ves —me decía— cómo Dios me ha concedido al fin la recompensa de mis fatigas?» No tenía la menor vanidad y se chanceaba conmigo, recordando que una vez habíamos reñido con motivo de Panna Anusia y estuvimos a punto de batirnos... ¡Dónde está ahora la pobre muchacha! —añadió Karlamp estallando de nuevo en llanto, pero sólo por unos instantes, porque Kmita le interrumpió diciéndole:

—Aseguras que ella estaba buena; ¿cómo, pues, le atacó el mal tan de improviso?

—Sí, de improviso, en verdad. Se hallaba con los esposos Martsin Zamoyski, que residían por una temporada en Chenstohova. Pan Miguel se pasaba los días enteros al lado de su prometida, lamentándose de la tardanza de la ceremonia. Me decía que tardarían un año en llegar a Cracovia, porque todos querían detenerle. Y no hay nada extraño en esto, porque todo el mundo se consideraba honrado en tener de huésped a un

¹() Anusia, en polaco, es diminutivo de Ana, y Anulka diminutivo cariñoso y familiar del mismo nombre. (N. del T.)

²() Uno de los jefes de la Liga formada contra el rey Juan Casimiro por los soldados que no habían cobrado su paga.

caballero tan valeroso y digno como Pan Miguel. Él mismo me llevó a casa de su novia y me amenazó de broma con hacerme tajadas si le hacía la corte. Pero una noche Pan Miguel se presentó fuera de sí en mi habitación gritando: «¡Por amor del Cielo! ¿dónde podré encontrar un médico?» «¿Qué ha sucedido?», le pregunté. «Ana está enferma —me contestó— y ya no conoce a nadie.» «¿Y desde cuando está así? —dije alarmado—. Panni Zamoyski me acababa de hablar de ella.» Él no me contestó. «Es de noche —proseguí—. ¿Dónde podré ir por un doctor, aquí donde no hay más que un convento, y en la ciudad, donde hay más ruinas que habitantes?» Encontré, al fin, un cirujano que no se mostró muy dispuesto a seguirnos; tuve que forzarlo por las armas, pero era más necesario un sacerdote que un médico. Encontramos, en efecto, al volver, a un religioso paúl, que rezaba a la cabecera de la enferma y que había conseguido hacerla recobrar los sentidos, gracias a lo cual pudo recibir los sacramentos y despedirse tiernamente de Pan Miguel. A las doce del día siguiente entregó su alma al Criador. El cirujano aseguró que alguien debió darle alguna cosa, pero esto es imposible, porque en Chenstohova los maleficios no tienen poder alguno. ¡Pero cuántas cosas dijo e hizo Miguel!... Espero que el Señor no se lo tomará en cuenta, porque un hombre no reflexiona en las palabras que salen de su boca cuando el dolor le destroza. ¡Blasfemó en su desesperación! —añadió Karlamp bajando la voz.

—¡Dios mío! ¿Ha blasfemado? —preguntó Kmita.

—Se alejó del cadáver precipitándose en la antesala y de allí al patio, tambaleándose como si estuviera ebrio. Levantó luego las manos al cielo y se puso a gritar con voz terrible: «¿Es ésta la recompensa de mis heridas, de mis fatigas, de mi sangre vertida, de mi amor a mi patria? ¡Tenía sólo un cordero y Tú, Señor, me lo has arrebatado!... Abatir a un hombre armado que pasea orgulloso y retador, es una acción digna de Dios; pero sólo un gato, un gavilán o un buitre son capaces de matar a una inocente paloma... y Tú...»

—¡Por las llagas de Cristo! —exclamó Kmita—, detente... si no quieres atraer la desgracia sobre esta casa.

Karlamp hizo la señal de la cruz y añadió:

—El pobre soldado creyó que ésta era la recompensa que recibía por los servicios hechos a la patria. ¡Dios sabe lo que hace aún cuando sus decretos sean incomprensibles para la mente del hombre y no estén al alcance de la justicia humana! Apenas pronunció tan terribles blasfemias, Pan Miguel se puso rígido y cayó al suelo. El sacerdote lo exorcizó para impedir que el espíritu maligno entrase en él atraído por la blasfemia.

—¿Recobró pronto los sentidos?

—Permaneció tendido como un muerto cerca de una hora, y cuando recuperó el conocimiento estuvo encerrado en su cuarto sin ver a nadie. Durante los funerales le dije: «Pan Miguel, tened confianza en Dios», pero él no me contestó. Me quedé tres días más en Chenstohova, porque sentía abandonarlo, pero en vano llamé a su puerta. No tenía necesidad de mí y yo no sabía qué partido tomar, si continuar allí o irme. ¿Debía dejar a un hombre sin consolarlo? Viendo, sin embargo, que no podía hacer nada, decidí ir a ver a Pan Kretuski, que es su mejor amigo, y a Pan Zagloba, que tanto le quiere. «Quizá, pensé yo, ellos conseguirán tocarle el corazón, especialmente Pan Zagloba, que es genial y sabe como nadie persuadir a un hombre.»

—¿Has ido a casa de Pan Juan?

—Fui, pero la fortuna no me asistió, porque él, y Zagloba habían ido a Kalisch a visitar a Pan Estanislao, y nadie pudo decirme cuándo volverían. Entonces me dije: «Iré a Imud, veré a Pan Kmita y le contaré todo lo ocurrido.»

—Sé, desde hace mucho tiempo, que eres un perfecto caballero —repuso Andrés.

—En el caso presente no se trata de mí sino de Pan Miguel —observó Karlamp—. Confieso que temo bastante por él, porque su razón está muy alterada.

—¡Dios le preserve de tamaña desgracia! —exclamó Pan Kmita.

—Si Dios le libra de perder el juicio, se hará, de seguro, fraile, pues no he visto nunca en todos los días de mi vida un dolor tan intenso, y sería una lástima perder un soldado como él... sí, sería una lástima.

—¿Sabes si aún se encuentra en Chenstohova? —preguntó Kmita.

—Allí le dejé, pero ignoro lo que habrá hecho después. Lo único que puedo decir es que deseo ardientemente que Dios le conserve la mente sana y le preserve de una enfermedad, que es a menudo consecuencia de un gran dolor. Se encontraría solo entonces, sin ayuda, sin parientes, sin un amigo, sin consuelo alguno. ¡Que la santa Virgen milagrosa que se venera en Chenstohova te asista y te proteja, fiel amigo, tú que tanto hiciste por mí y te portaste conmigo como un hermano!

Panni Kmita se sumergió en una profunda meditación, y un largo silencio siguió a las últimas palabras de Karlamp; al fin Olenka levantó la cabeza y dijo:

—Yendrek ⁽¹⁾, acuérdate de cuanto le debemos.

—Si lo olvidase tomaría prestados los ojos de un perro, porque no me atrevería a mirar la cara de ningún hombre honrado con los míos.

—Yendrek, tú no puedes dejarle en tal estado.

—¿Y de qué modo podría serle útil?

—Vete al lado suyo.

—Este es el lenguaje de una noble dama que tiene corazón —exclamó Karlamp agarrando las manos de Panni Kmita y cubriéndolas de besos.

Pero este consejo no agradaba a Kmita, que principió a menear la cabeza diciendo:

—Por él iría hasta el fin del mundo, pero tú sabes... si estuvieses buena... no digo que no... pero ya sabes... ¡Dios te guarde de una desgracia!... La inquietud me mataría. La mujer propia es antes que el mejor amigo... El estado de Pan Miguel me apena... pero...

—Yo me quedaré bajo la protección de los frailes de Lauda —replicó Panni Kmita—. Aquí todo está tranquilo por ahora, y yo, ya sabes que no me espanto por nada. Si Dios no lo permite, ni un solo cabello caerá de mi cabeza, y Pan Miguel es quien tiene necesidad de tus socorros.

—¡Y tanta como tiene! —exclamó Karlamp, interviniendo.

—Yendrek, mi salud es buena —prosiguió Panni Kmita—. Nadie me hará daño. Bien veo que no estás dispuesto a ir...

—Preferiría hacerlo hacia la boca del cañón —afirmó Pan Kmita interrumpiéndola.

—Considera que sufrirás amargamente si permaneces aquí, pensando que has abandonado a tu amigo. Además, Dios nos puede privar, en su justa cólera, de la bendición que nos había concedido.

—Me infundes un triste presentimiento hablando de ese modo: eso es precisamente lo que temo.

—El salvar a un amigo como Pan Miguel es un deber sagrado.

—Amo a Miguel con todo mi corazón —añadió Kmita—; el caso es grave, lo comprendo; la necesidad urgente, no le niego; cada hora de retardo es de grandísima importancia, pero... ¡Dios mío! ¿no hay ningún otro medio más que ése? El espíritu del mal es quien ha inspirado a Pan Juan y a Pan Zagloba la idea de irse a Kalisch. No se trata de mí, querida mía, se trata de ti; y antes preferiría perder cuanto poseo, a vivir sin ti un solo día. ¿Tú dices que es un deber? Pues bien sea. Ante un deber que cumplir es culpable quien vacila; pero si no se tratase de Pan Miguel no me movería de tu lado.

Y volviéndose a Warlamp, Pan Andrés, añadió:

—Te ruego, querido amigo, que vengas conmigo a la cuadra para escoger los caballos. Y tú, Olenka, prepárame entretanto el equipaje. Pan Karlamp, tú debes quedarte aquí por quince días; cuidarás de mi mujer en lugar mío. Vamos, vamos a la cuadra. Marcharé dentro de una hora. Es necesario, sí, es necesario.

¹() Andrés.

III

Poco antes de ponerse el sol, partió Pan Kmita, bendecido por su llorosa consorte que le echó al cuello un crucifijo que encerraba algunas astillas de la Santa Cruz, montadas en oro. Como estaba acostumbrado de largos años a viajar rápidamente, se alejó a brida suelta con tal furia que parecía andar persiguiendo tártaros que huían con el botín cogido.

En poco tiempo llegó a Vilna y prosiguió sin parar hasta Grodno, Bialystok y Syedlest. Al pasar por Lukov supo que Pan Juan había vuelto el día anterior de Kalisch con su mujer y sus hijos, junto con Pan Zagloba. Decidió, pues, avistarse con ellos, porque, ¿con quién mejor hubiera podido aconsejarse acerca de la manera de salvar a Pan Miguel?

Le recibieron con sorpresa y con placer que pronto se trocó éste en llanto cuando les comunicó la causa de su venida.

Pan Zagloba no pudo calmarse en todo el día y derramó todas las lágrimas de sus ojos. Mas cuando se hubo cansado de llorar reflexionó profundamente, y después de un consejo que los tres reunidos tuvieron, les dijo:

—Juan, tú no puedes ir porque has sido elegido para formar parte de la Dieta; habrá en ella demasiados negocios que tratar, porque después de tantas guerras el país está lleno de espíritus inquietos. De cuanto decís, Pan Kmita, es evidente que las cigüeñas ⁽¹⁾ permanecerán en Vadokty todo el invierno antes de ponerse al trabajo y atender a su deber. No hay, pues, por qué maravillarse si en tales condiciones no tenéis mucha prisa en continuar el viaje, especialmente no sabiendo cuánto tiempo puede durar. Ya habéis demostrado mucha abnegación llegando hasta aquí, pero, si me es lícito daros un buen consejo, os diré: volved a casa. En el caso de Miguel, lo que se necesita es un amigo íntimo que no se ofenda de una respuesta brusca, o porque no le quiera recibir con mucho gusto. Es necesario mucha paciencia y no poca experiencia, y Vuestra Gracia tiene solamente una cierta amistad por Miguel, lo que no basta en este caso. No os enfadéis de mis palabras, debiendo saber que Juan y yo somos amigos suyos muchos más antiguos y hemos compartido con él muchas más aventuras que vos. ¡Dios mío, cuántas veces le he salvado o él a mí de una catástrofe!

—Daré mi dimisión de diputado —dijo Pan Juan.

—No se trata ahora de negocios públicos, Juan —repuso Zagloba con acento de reproche.

—Sabe Dios —replicó aquél— que amo a mi primo Estanislao con afecto de hermano, pero Miguel me es aún más querido.

—A mí también me es más caro que cualquier otro próximo pariente, con tanta mayor razón cuanto que nunca los tuve; pero no es este el momento de discutir sobre nuestros afectos. Si esta desgracia hubiese afligido a Miguel recientemente, quizá te diría: «¡Juan, manda la Dieta al diablo y ve a su lado!» Pero se ha de tener en cuenta cuánto tiempo ha empleado Karlamp para llegar a Imud desde Chenstohova y Pan Andrés para venir hasta nosotros desde Imud. No basta encontrar a Miguel, es preciso permanecer a su lado, no solamente para llorar con él sino para persuadirlo; no sólo para presentarle como ejemplo el Crucificado, sino para alegrar en lo posible su corazón con chistes y bromas. Soy yo, pues, quien debe ir, e iré en su ayuda, si Dios me lo permite. Si le encuentro en Chenstohova lo traeré aquí; si no le encuentro allí le seguiré aunque fuera a la Moldavia y no me cansaré de buscarle mientras me quede bastante fuerza para llevar hasta mi nariz un polvo de rapé.

¹() En Polonia existe una leyenda que dice que las cigüeñas traen al país a todos los que nacen.

Los dos nobles abrazaron a Pan Zagloba después de haber oído estas razones y él se conmovió un poco al pensar en las desgracias de Pan Miguel y en las fatigas que en breve tendría que soportar. Las lágrimas se agolparon a sus ojos y les dijo:

—No me deis las gracias por Pan Miguel, pues no os es tan querido como a mí.

—No os damos las gracias por él —replicó Kmita—, pero el que no se conmoviese viendo la prontitud con que os disponéis a hacer tal servicio a un amigo, sin tener en cuenta la debilidad de vuestra edad, tendría un corazón de roca. Los hombres que cuentan vuestros años piensan sólo en estarse tranquilos en su rinconcito, bien abrigados y quietecitos, en tanto que vos habláis de un largo viaje como si tuvieseis mi edad o la de Pan Juan.

Zagloba no ocultaba sus años, pero no le agradaba que hicieran de la vejez un sinónimo de impotencia. Aunque sus ojos estaban aún nublados por el llanto echó una ojeada viva y descontenta sobre Kmita diciéndole:

—Querido señor: cuando llegué a los setenta y siete años, experimentó mi corazón una ligera opresión porque sentía sobre mi cuello las dos guadañas (¹); pero al transponer los ochenta reconquistó mi cuerpo tal vigor que en mi cerebro nació la idea de casarme. Si lo hubiera hecho, veríamos quién tenía más razón para alabarse, de nosotros dos.

—No me gusta jactarme —dijo Kmita—, ni escasear los elogios a Vuestra Gracia.

—Os habría, de seguro, confundido, como confundí al capitán Revera Pototski, en presencia del rey, una vez que se burlaba de mi edad. Le desafié a probar quién de los dos podría hacer mayor número de cabriolas sin parar, ¿y qué sucedió? el capitán dio tres seguidas y a la última tuvieron que recogerle del suelo los *haiducki* porque él no pudo ponerse en pie por sí solo. Yo di una vuelta entera al salón con cerca de treinta saltos de carnero sucesivos. Preguntadlo a Pan Juan, que lo vio con sus propios ojos.

Pan Juan, sabiendo que Zagloba había adquirido la costumbre de tomarlo como testigo ocular en todo, no pestañeó siquiera, y continuó hablando de Miguel. Zagloba se quedó taciturno, absorto en sus pensamientos, pero al fin desapareció su mal humor y después de la cena dijo a sus amigos:

—Quiero deciros una cosa que no se le ocurriría a nadie. Confío en que Dios hará que nuestro Miguel se reponga de esta dolorosa prueba más pronto de lo que todos creemos.

—¡Dios lo quiera! ¿Pero cómo se os ocurrió esa idea? —le preguntó Kmita.

—Os lo explicaré en seguida. Además de conocer bien a Miguel, es indispensable tener un espíritu despierto y una larga experiencia que no es posible tener a vuestra edad. Cada uno posee sus cualidades especiales. Cuando la desdicha se encarna en un hombre, es, hablando en sentido figurado, como si arrojase una piedra a un río. En la superficie el agua corre serena, pero la piedra, que yace en el fondo, estorba la corriente natural, la interrumpe y la divide; allí yacerá y la interrumpirá hasta que toda el agua de aquel río haya venido a desembocar en la Estigia. Juan, tú puedes contarte entre tales hombres; ellos sufren más en este mundo porque el dolor y el recuerdo de la causa que lo ha producido no les abandona nunca; pero para otros es la desgracia como si alguno les hubiese dado un gran puñetazo en la nuca. Momentáneamente pierden el sentido, después vuelven en sí, y cuando el dolor causado por la contusión ha cesado, se olvidan del puñetazo recibido. En este malaventurado mundo es mucho mejor tener un temperamento semejante.

Los dos nobles escuchaban atentamente las sabias palabras de Zagloba, mientras que éste se mostraba satisfecho viendo que le oían con tanto respeto y continuó así:

—Conozco a fondo a Miguel y Dios me es testigo que deseo no hallar en él defecto en este momento, pero me parece que se ha afligido más, por decirlo así, por la pérdida de matrimonio que por la muerte de la futura. Su desesperación terrible es natural porque,

¹() Alude a la forma de los dos setes (77) que semejan dos guadañas.

especialmente para él, es ésta una desgracia superior a todas. Vosotros no podéis imaginaros cuántos deseos tenía “aquel hombre de casarse. No hay en él, ciertamente, ni codicia, ni ambición, ni egoísmos, ha abandonado su empleo; ha perdido casi toda su fortuna; ha renunciado a su sueldo, pero en pago de todas sus fatigas y servicios pedía sólo a Dios y al reino una mujer. Y precisamente cuando su ardiente deseo estaba para cumplirse, se ha encontrado en la situación de un hambriento a quien se muestra un pedazo de pan que se hace desaparecer cuando él extiende la mano para llevárselo a la boca. No hay que extrañar que se entregase a la desesperación. No quiero decir con esto que no llore a la muchacha, pero sostengo, a la faz de Dios, que se aflige sobre todo por el matrimonio desvanecido y lo afirmaré aunque él mismo me jurase lo contrario.

—Eso puede ser verdad —dijo Pan Juan.

—Esperad hasta que esa herida de su alma se cure y se cicatrice y ya veréis cómo vuelven a nacer en él sus antiguos deseos. El peligro está solamente en esto: que, presa de la desesperación, se precipite a hacer algo tomando una resolución de la que pudiera arrepentirse más adelante. Mas, basta por ahora. Lo que había de suceder habrá sucedido, porque en la desventura las resoluciones son prontas. Mi criado está preparando mi equipaje. En seguida estoy listo.

—Tú serás para Miguel una panacea —dijo Pan Juan.

—¡Como lo fui para ti! ¿No te acuerdas ya? ¡Con tal que pueda encontrarlo pronto! Temo que se haya sepultado en alguna solitaria ermita, o que se oculte en alguna de las estepas a que él está habituado desde su infancia. Os aseguro que si alguna vez algún correo portador de despachos importantes ha viajado más de prisa que yo, quedáis autorizados para mandarme a devanar seda, o a desgranar guisantes o a manejar la rueca como una vieja. No me detendrá en mi camino ninguna fatiga, ni hospitalidad alguna, por espléndida que sea, me tentará y ni aun me pararé para echar un trago.

IV

Pan Zagloba no viajó tan rápidamente como prometiera a sus amigos y a sí mismo. A medida que se acercaba a Varsovia adelantaba más despacio. Era la época en que Juan Casimiro, rey, hombre de Estado y gran capitán había abdicado la corona, después de haber puesto término a la conflagración con el extranjero y de haber sacado al reino del profundo abismo en que había caído. Él lo había sufrido y soportado todo, él había expuesto valerosamente su pecho a los golpes del enemigo, pero cuando quiso, después, aplicarse a hacer reformas en el interior, en vez de ayuda no encontró otra cosa que oposición e ingratitud en todos, y entonces voluntariamente desciñóse una Corona que había llegado a ser para él un peso insoportable.

Las Dietas provinciales se habían celebrado ya y Prajmowski, el Primado del reino, había convocado para el 5 de noviembre la Dieta general (1).

Grandes eran los esfuerzos de los candidatos a la corona y grandes las rivalidades entre los partidos. Los diputados acudían a Varsovia en coche o a caballo, acompañados

¹() Como es sabido, el reino de Polonia era electivo, no hereditario.

de sus clientes y siervos, y los senadores se dirigían a la capital rodeados cada uno de una escolta magnífica.

Los caminos estaban concurridísimos, las posadas llenas y era difícil encontrar albergue donde pasar una sola noche. Sin embargo, en todas partes ofrecían alojamiento a Zagloba en atención a su edad y a su notoriedad inmensa, lo cual le obligaba a retardarse en el viaje.

En efecto, le sucedía frecuentemente que cuando pasaba por delante de una posada llena de gente, el personaje que la ocupaba con su séquito le salía al encuentro impulsado por la curiosidad de ver quién llegaba, y al divisar a un hombre de barba y cabellos blancos como la nieve, el respeto debido a la vejez le inducía a decirle:

—Suplico a Vuestra Gracia que se digne tomar alguna cosa.

Zagloba no era un hombre descortés y no rehusaba jamás, sabiendo que no había nadie que no se alegrase de conocerlo personalmente. Cuando su anfitrión, le preguntaba, después de haberle hecho entrar, quién era, el anciano se ponía en jarras y, seguro del efecto que había de producir, respondía únicamente con estas dos palabras latinas:

—*Zagloba sum* ⁽¹⁾.

Y sucedía casi siempre que a estas dos palabras se seguían grandes exclamaciones y abrazos.

—Inscribiré este día entre los más felices de mi vida —decían los unos, y los oficiales y los nobles gritaban—: ¡Miradlo, éste es el *goria decus* de todos los caballeros del reino!

Así diciendo se precipitaban todos a su paso para verle, y los más jóvenes se bajaban para besar la franja de su gabán.

Algunos caballeros le hacían regalos consistentes en aguardiente, vino, yelmos, espadas y pistolas, artísticamente embutidas, de todo lo cual sólo se aprovechaban sus siervos; pero él viajaba tan despacio, a despecho de todas sus promesas y de su resolución de llegar pronto, que empleó tres semanas en su viaje a Minsk.

Pero allí no se detuvo para refocilarse. Al llegar a la plaza vio un cortejo tan espléndido que hasta entonces no había encontrado otro igual en el camino. Formaba parte de él medio regimiento de infantería, porque los hombres armados no podían dirigirse a la Dieta a caballo. Eran tropas tan bien organizadas, que ni aun el rey de Suecia había logrado nunca una guardia de honor tan magnífica. La plaza estaba llena de carrozas doradas atestadas de alfombras y tapices que debían utilizarse en las posadas del camino, y los carros cargados de vituallas. Por en medio de ellos se veía un gran número de siervos, casi todos extranjeros, de tal modo que en aquella turba eran muy pocos los que hablaban una lengua inteligible para los nacionales.

Zagloba percibió, al fin, un siervo que vestía el traje polaco, y en seguida dio orden de parar, bien seguro de que sería acogido afectuosamente y ya estaba a punto de apearse del coche mientras preguntaba:

—¿A quién pertenece ese cortejo, que ni aun el rey podría tener uno semejante?

—¿A quién ha de pertenecer —respondió el siervo— sino a nuestro amo el príncipe y mariscal de la Lituania?

—¿A quién habéis dicho? —exclamó Zagloba.

—¿Sois sordo? Al príncipe Bogislao Radzivil que se dirige a la dieta y que ¡Dios lo quiera! será elegido rey.

Zagloba retiró apresuradamente el pie que ya había puesto en el estribo y gritó al cochero:

—Adelante, adelante, aquí no hay nada para nosotros.

Y prosiguió hablando entre sí, presa de la más viva indignación:

—¡Gran Dios! tus decretos son inescrutables y si no anonadas a ese traidor con tus rayos, será porque tienes algún designio secreto que la mente humana no puede penetrar,

¹() Soy Zagloba.

pues juzgando humanamente, lo justo sería abatirlo de un golpe. Pero ese vidente que en este reino sólo la maldad es activa y todos los traidores sin honor y sin conciencia, no sólo quedan impunes sino que viajan seguros, son poderosos y hasta llegan a ocupar los cargos públicos.

»Infaliblemente estamos condenados a perecer porque, ¿en qué otro país, en qué otro Estado podría tolerarse una cosa semejante? Juan Casimiro era un buen rey, pero perdonaba con demasiada facilidad, habituando a los malvados a quedar sin castigo. Pero esto no era sólo culpa suya. Es claro que en la nación la conciencia y el sentimiento de la virtud pública se ha extinguido por completo... ¡Él, diputado! ¡En sus infames manos, hay ciudadanos que quieran confiar la integridad y la salvación del país... en esas mismas manos que lo entregaron y aherrojaron con los cepos suecos! ¡Estamos perdidos, no puede ser de otra manera! ¡Para colmo de desgracia, no faltaba más que hacerlo rey! Pero, ¡qué! entre esta gente no hay duda de que todo es posible. ¡Él, diputado! ¡Por amor del cielo! y, sin embargo, la ley declara explícitamente que un hombre que ocupe un cargo en país extranjero no puede ser diputado, y él es gobernador general en Prusia, a las órdenes del sarnoso de su tío. ¡Ah! ¡ah! espera un poco, que ya te cogí.

»¿Para qué serviría si no, a la Dieta, la facultad de comprobar el mandato y de revisar los poderes? ¡Que me convierta en un borrego y mi cochero en carnicero si no me dirijo al Consejo a proponer esta cuestión... aunque sólo sea un simple espectador! De seguro encontraré entre los diputados dos hombres que me apoyen. No sé, villano traidor, de qué modo podré vencer tu poder y excluirte de la Dieta; pero cuanto yo haga no favorecerá, ciertamente, tu elección, esto es indudable. Y Miguel, pobrecillo, deberá esperar, porque el bien público es primero que el privado.

Así discurría Zagloba prometiéndose a sí mismo promover con la mayor urgencia la exclusión del príncipe, ganando secretamente el apoyo de los diputados, y guiado por tal motivo prosiguió con más prisa su viaje de Minsk a Varsovia, temiendo llegar demasiado tarde a la apertura de la Dieta.

La aglomeración de diputados y de otra gente era tan grande, que no había medio de encontrar un alojamiento cualquiera en Varsovia, en Praga ⁽¹⁾ o fuera de la ciudad. En las casas particulares era también difícil hallar hospitalidad, porque en cada habitación estaban ya alojadas tres o cuatro personas. Zagloba pasó la primera noche en un bodegón bastante cómodamente; pero a la mañana siguiente, cuando volvió a montar en el coche, no sabía verdaderamente qué hacer ni a dónde ir.

Mas su buena estrella velaba por él y, cuando llegó frente al palacio de los Konyetsposkis, una voz gritó al cochero:

—¡Para!

El cochero detuvo los caballos y un caballero se aproximó al carruaje con el rostro radiante exclamando:

—¡Pan Zagloba! ¿No me reconoce Vuestra Gracia?

Zagloba vio delante de él un hombre de cerca de treinta años, cubierto con un birrete de piel de leopardo adornado de una pluma, señal segura de que pertenecía o habría pertenecido a la milicia, una ropilla o jubón de color rojo oscuro y kontus ceñido con un cinturón de brocado de oro ⁽²⁾.

El rostro del desconocido era de una belleza extraordinaria; su tez era blanca, pero el aire libre del campo la había atezado ligeramente; sus ojos azules tenían una expresión melancólica y pensativa; sus facciones todas eran de una extraña regularidad y casi demasiado bellas para un hombre, Aun cuando vistiese el traje polaco, llevaba los cabellos largos y la barba recortada de una manera insólita en Polonia.

¹() Arrabal de Varsovia.

²() El kontus era una especie de gabán o sobretodo abierto por el pecho y ajustado al talle por un cinturón. (N. del T.)

Al detenerse junto a la carroza abrió los brazos y Zagloba, aunque no se acordaba de él, se inclinó hacia afuera y le atrajo hacia su pecho. Sé apretaron cordialmente, y después, retirándose un poco uno de otro, para mirarse bien el rostro exclamó Zagloba:

—Dispéñseme Vuestra Gracia, pero no puedo recordaros.

—Soy Hassling Kettlin.

—¡Por mil de a caballo! La cara me parecía reconocerla, pero el vestido os ha transformado por completo. En tiempos pasados os vi con el uniforme prusiano. ¿En qué consiste que ahora os habéis endosado el polaco?

—Lo llevo porque he elegido por patria este país que me acogió en mi adolescencia y me dio el pan en abundancia, y no quiero otra patria sino ésta. ¿No sabéis que me concedieron la naturalización después de la guerra?

—¡Qué gratas noticias me dais! Y, por lo que veo, la fortuna os ha favorecido.

—No solo en esto sino en todo. En Curlandia, en los confines de Imud, un hombre que llevaba mi apellido me adoptó y no sólo me confirió su blasón sino que me cedió sus bienes. Habita en Svyenta, pero poseía por aquí una propiedad, llamada Shkudy, de la que me ha hecho donación.

—¡Dios os ha favorecido! ¿Supongo que habréis renunciado a la guerra?

—Dejad que se presente la ocasión y me veréis correr a ocupar mi puesto. Con este fin he arrendado mi posesión y espero los acontecimientos.

—Así me gusta, así va bien. Lo mismo hacía yo cuando joven y aun me resta algún vigor en los huesos. ¿Y qué os ha traído a Varsovia?

—¡Soy diputado a la Dieta!

—¡Caracoles! ¡Sois, pues, un verdadero polaco en cuerpo y alma!

De alma sobre todo, y esto Vale más —dijo, sonriendo, el caballero.

—¿Sois casado? —le preguntó de pronto Zagloba.

—No —repuso Kettlin exhalando un suspiro.

—No os falta, pues, más que esto. Pero, decidme, aquel tierno sentimiento que experimentabais en otro tiempo por Panna Billevich, ¿dura aún?

—Puesto que no ignoráis lo que yo creía un secreto, os diré sinceramente que ningún otro amor ha penetrado después en mi corazón.

—¡Dejadla en paz, por el amor de Dios! Pronto dará al mundo un pequeño Kmita. ¿De qué sirve suspirar por una mujer que pertenece a otro? Sería sencillamente ridículo.

Kettlin bajó la cabeza pensativo.

—Sólo he dicho que ningún otro amor ha penetrado en mi corazón —contestó.

—Ya penetrará; no lo dudéis —añadió Zagloba—. Lo sé por experiencia. La constancia en amor no ocasiona más que tormentos y penas. En mis tiempos era yo constante como Troilo y a causa de mi constancia perdí muchos goces y dejé escapar mil preciosas ocasiones, sin contar todo lo que sufrí.

—¡Que Dios nos conceda a todos tan buen humor como a Vuestra Gracia! —observó Kettlin.

—Eso depende de que habiendo vivido siempre con mucha moderación no he dejado penetrar el dolor hasta mis huesos. ¿Pero dónde habitáis? ¿Habéis encontrado a lo menos un albergue?

—Poseo aquí una modesta casita que compré después de la guerra.

—Sois muy afortunado. Desde ayer estoy vagando por toda la ciudad en busca de un alojamiento que no puedo encontrar en ninguna parte.

—Espero que Vuestra Gracia no rechazará mi hospitalidad. En mi casita hay bastante lugar y junto a ésta otro edificio y una buena caballeriza donde podrán albergarse cómodamente vuestros siervos y vuestros caballos.

—¡Voto a sanes! se me habéis aparecido como llovido del cielo —exclamó Zagloba.

Kettlin montó en el carruaje, se sentó al lado del anciano y ordenó al cochero que prosiguiera adelante.

Durante el trayecto Pan Zagloba le comunicó la desagradable noticia de la desgracia ocurrida a Pan Miguel, que afligió bastante al joven.

—Me apena profundamente lo que me decís —repuso—. Vuestra Gracia ignora, quizá, cuán íntima era nuestra amistad, nacida en los últimos tiempos. Habíamos hecho juntos las últimas campañas contra Prusia y juntos hemos asistido a la conquista de las fortalezas guarnecidas de tropas suecas. Juntos fuimos a Ukrania, después contra Pan Lyubomirski y, a la muerte del vaivoda de Russ, tornamos por segunda vez a Ukrania a las órdenes de Sobieski, mariscal del reino. Sobre la misma silla de caballo apoyábamos nuestra cabeza para dormir y comíamos en el mismo plato. Nos llamaban Cástor y Pólux y sólo nos separamos cuando él tuvo que ir a casarse con su novia. ¡Quién había de decir que sus más caras esperanzas se desvanecerían como niebla arrastrada por el viento!

—Nada hay seguro en este valle de lágrimas —dijo Zagloba.

—Excepto una fiel amistad —replicó Kettlin—. Pero ante todo debemos averiguar dónde está Miguel. Quizá el mariscal del reino podrá decirnos algo de él, pues lo quiere como a la niña de sus ojos, y si por ese conducto nada podemos saber, hay aquí diputados que vienen de todas partes y es casi imposible que alguno no haya oído hablar de nuestro amigo, de un caballero tan famoso como Pan Miguel. De cualquier modo, yo haré cuanto pueda como si se tratase de un asunto mío.

Hablando así llegaron al domicilio de Kettlin, que no era una modesta casita sino un edificio bastante grande en cuyo interior reinaba mucho orden, viéndose por todos lados objetos preciosos, en parte comprados y en parte conquistados durante la guerra. Especialmente la colección de armas era notable.

Zagloba estaba encantado de cuanto veía y le dijo a su anfitrión:

—Aquí habría puesto para veinte personas. Ha sido una verdadera fortuna para mí el encontraros. Tal vez me habría podido albergar en casa de Antonio Hrapovitski, que es muy amigo mío. Me invitaron también los Patsez... ahora andan buscando partidarios contra los Radzivil... pero prefiero quedarme en vuestra casa.

—He oído decir a los diputados de Lituania —repuso Kettlin— que ahora que les ha llegado su turno elegirán mariscal ⁽¹⁾ de la Dieta a Pan Hrapovitski.

—Y es muy justo, pues se trata de un hombre honrado y sensible; aunque tiene demasiado buen corazón. Antepone todo a la buena armonía y procura inútilmente conciliar a unos y otros. Pero decidme sinceramente, ¿qué relaciones os unen con Bogislao Radzivil?

—Desde que los tártaros me llevaron prisionero a Varsovia, no he tenido ninguna con él, pues a pesar de ser un gran señor, difícilmente se encontraría un hombre más perverso.

—¡Pues ese bribón es diputado a la Dieta! —dijo Zagloba con el rostro encendido por la cólera y los ojos fuera de las órbitas.

—¿Quién? —dijo Kettlin con sorpresa.

En aquel momento estaba pensando en Olenka y se hallaba bastante distraído.

—Bogislao Radzivil. ¿Pero de qué ha de servir la facultad de revisar los poderes? Escuchadme, Vos sois diputado y podéis plantear la cuestión Yo os ayudaré gritando desde la galería, no tengáis temor alguno. El derecho está de nuestra parte y si ellos intentan pisotearlo, se levantará en masa todo el auditorio y correrá la sangre, si es preciso.

—¡Por el amor del Cielo, no hagáis tal cosa! —exclamó Kettlin—. Yo plantearé la cuestión, porque ése es mi deber, pero, ¡líbrenos Dios de interrumpir la Dieta!

—Iré a buscar a Hrapovitski, aunque éste se muestra más bien indiferente. Pero no importa; como futuro mariscal de la Dieta depende de él casi todo. Revelaré en público

¹() Presidente.

todas las intrigas de Bogislao, y ahora con más razón, pues me han asegurado en el camino que aspira a la Corona.

—Muy bajo era preciso que hubiera caído una nación y dejaría de ser digna de existir si un hombre semejante llegase a ser rey —observó Kettlin—. Pero... descansad por el momento. Otro día iremos a ver al mariscal del reino para informarnos de nuestro amigo.

V

Al cabo de algunos días se verificó la apertura de la Dieta, de la cual fue nombrado presidente Pan Hrapovitski, como había previsto Kettlin.

Como la Dieta se había convocado únicamente para fijar la fecha de la elección y nombrar el Capítulo supremo ⁽¹⁾, y como en tales asuntos no había campo bastante para las intrigas de los diversos partidos, las sesiones se celebraban con bastante tranquilidad.

La cuestión de la revisión de los poderes había producido al principio cierta agitación. Cuando el diputado Kettlin pretendió que fuese invalidada la elección del secretario de Belsk y de su colega el príncipe Bogislao Radzivil, una voz estentórea gritó desde la galería: «¡Traidor! ¡Funcionario extranjero!» Y a esta voz se unieron otras a las que hicieron eco no pocos diputados, lo cual dio lugar a que la Dieta se dividiese en dos partidos: los que pedían la exclusión de los diputados de Belsk y los que querían, por el contrario, que se ratificase la elección.

Por último, se nombró una comisión como hoy se dice, y que entonces se llamaba un *tribunal*, para decidir la cuestión, y éste declaró que la elección era válida.

El golpe, sin embargo, había sido demasiado doloroso para el orgulloso príncipe Bogislao. El mero hecho que la Dieta hubiese tomado en consideración la proposición de comprobar si el príncipe estaba suficientemente autorizado para tomar asiento en la Cámara, junto con los rumores que corrían entre el público sobre las traiciones que había cometido durante la invasión sueca, bastaba para cubrirlo de oprobio a los ojos de todo el reino y minar desde los cimientos sus proyectos ambiciosos.

El príncipe había calculado que después que los partidarios de Condé, de Neuburg y de Lorena, no teniendo en cuenta los demás candidatos menos influyentes, se hubieran recíprocamente vilipendiado, la elección podría recaer sobre un magnate originario del país.

Su orgullo y sus aduladores le decían que cuando llegase ese momento,, el magnate indicado no podía ser sino del país y estar dotado de talento inmenso, amén de pertenecer a alguna de las más célebres y poderosas familias, en otros términos, no podía ser elegido otro que él mismo.

Manteniendo secretos sus designios hasta que se presentase la ocasión propicia, el príncipe había ido tendiendo sus redes por la Lituania, y ahora precisamente las extendía por Varsovia, cuando advirtió, de repente, que le acababan de romper las mallas y que la brecha era tan grande que por ella se le escaparían fácilmente todos los peces. Durante todo el tiempo que la comisión estuvo deliberando, andaba él agitado por una sorda rabia,

¹() El Capítulo supremo era el que elegía el rey. (N. del T.)

y como no podía vengarse de Kettlin, por ser éste diputado, prometió un premio a aquel de entre sus clientes que descubriese quién era el que había gritado «¡Traidor! ¡Funcionario extranjero!» entre el público cuando Kettlin presentó su proposición.

El nombre de Zagloba era demasiado célebre para que pudiese permanecer mucho tiempo secreto, y tanto más cuando él no tenía el menor interés en ocultarse.

El príncipe levantó un gran revuelo, pero se quedó casi desconcertado al saber que había sido insultado por un hombre muy popular y a quien no se podía atacar impunemente.

También Zagloba conocía su poder, y cuando las amenazas comenzaron a llover sobre él, dijo en una reunión de la nobleza:

—Sé que *alguien* correría un gran peligro si se tocase solamente a uno de mis cabellos. La elección no está lejana, y cuando se reúnan aquí cien mil espadas se podrá hacer una buena ensalada.

Estas palabras llegaron a oídos del príncipe, que se mordió los labios y se sonrió burlescamente, pero en su interior se dijo que el viejo tenía razón y al día siguiente cambió de táctica.

Durante el banquete que dio el príncipe chambelán, hubo uno que habló de Zagloba, y Bogislao dijo interrumpiéndole:

—Siento que ese caballero me sea tan hostil. Por mi parte profeso viva simpatía y cariño a las personas valerosas y caballerescas, y le seguiré estimando, aun cuando él no cese de insultarme.

Una semana después el príncipe repetía estas mismas palabras a Zagloba, a quien encontró en casa del capitán general Sobieski.

Aunque Pan Zagloba conservaba su aspecto tranquilo y animoso, el corazón le palpitó más fuerte en el pecho a la vista del príncipe, porque Bogislao era un mal enemigo y todos temían su poder.

El príncipe fue el primero que, al través de la mesa, le dirigió la palabra diciéndole:

—Distinguido Pan Zagloba, me han referido que fuisteis vos y no un diputado quien quiso hacer excluir de la Dieta a un hombre tan limpio de mancha como yo; pero os perdono como buen cristiano, y si alguna vez tuvieseis necesidad de mi apoyo, aquí estoy siempre dispuesto a servirlos.

—Me atuve únicamente a la Constitución, como es el deber de todo noble —replicó Zagloba—. En cuanto al apoyo que me ofrecéis, os diré que el de Dios es el único que necesita un hombre que está cerca de los noventa.

—Hermosa edad, y doblemente hermosa si la virtud del hombre corresponde a su longevidad... y de esto no quiero dudar.

—He servido a mi país y a mi rey sin solicitar mercedes del extranjero.

El príncipe arrugó el entrecejo.

—También habéis militado contra mí —le dijo—, pero dejemos que la paz y la armonía reinen entre nosotros en lo sucesivo. Olvidémoslo todo, hasta que habéis ayudado en su odio personal a otro hombre para que se vengara de mí. Así, pues, si con este enemigo mío tengo todavía una cuenta que ajustar, a Vuestra Gracia le alargo mi mano y le ofrezco mi amistad.

—Soy un pobre hombre y la amistad que me ofrecéis es tan alta para mí, que debería ponerme de puntillas para alcanzarla, y ésa es demasiada incomodidad para mi edad. Por otra parte, si Vuestra Gracia Serenísima alude a mi buen amigo Pan Kmita en esas cuentas que decís tenéis que saldar con él, os agradecería infinito que renunciarais a vuestra aritmética.

—¿Querríais decir por qué?

—Porque en la aritmética hay cuatro reglas fundamentales. Pan Kmita posee una fortuna considerable, pero que es una miseria, comparada con vuestra riqueza de príncipe.

En este momento está ocupado en la multiplicación y no permitirá a nadie que le substraiga la menor cosa. Mas admitiendo el nada probable caso de que se aviniera a dar algo a los demás, no creo que Vuestra Gracia Serenísima quedase satisfecho de la parte que le tocara.

Aunque Bogislao era de palabra fácil y pronta, enmudeció, sin embargo, quizá porque los argumentos o la insolencia de Pan Zagloba le asombraron hasta el punto que lo redujeron al silencio.

Todos los circunstantes soltaron la carcajada. Pan Sobieski, que reía a mandíbula batiente, le dijo:

—Es un veterano que sabe manejar la espada tan bien como la lengua. Vale más dejarlo en paz.

Así lo hizo Bogislao viendo que había dado con la horma de su zapato, y ya no trató de atraerse al viejo Zagloba, Se puso a conversar con otro, arrojando de vez en cuando miradas preñadas de odio al anciano caballero; pero Sobieski, que quería divertirse, comenzó a decir:

—Sois un maestro... un verdadero maestro. ¿Habéis encontrado nunca en todo el reino un hombre que os iguale?

—En manejar la espada —repuso Zagloba satisfecho del elogio—, sólo Volodiovski me ha superado; en cambio yo he adiestrado bastante bien a Pan Kmita.

Y así diciendo miró a Bogislao, que simuló no haberlo oído y continuaba hablando con fingida animación con su vecino de mesa.

—A fe mía —exclamó el capitán general— que vi una vez en la faena a Pan Miguel, y me confiaría ciegamente a él aunque estuviese en juego el destino de toda la cristiandad. ¡Qué lástima que el destino haya herido a un soldado tan valiente!

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Sobieski, portaespada de Tsehanov.

—La joven que amaba ha muerto en Chenstohova —respondió Zagloba—, y lo peor es que no me ha sido posible descubrir dónde se encuentra él.

—¡Pues yo sí lo he visto! —gritó Pan Varshytski, castellano de Cracovia—. Viniendo a Varsovia le encontré en el camino. Díjome que estaba disgustado del mundo y de sus vanidades y que iba a Mons Regius para terminar su mísera existencia en la penitencia y la meditación.

Zagloba se arrancó los pocos cabellos que le quedaban al oír esta noticia.

—¡Que Dios nos asista! ¡Se ha hecho fraile camandulense! —exclamó presa de la mayor desesperación—. Pero no será fraile aunque tuviera yo que asaltar a Mons Regius y arrancarlo por fuerza del convento. Mañana iré allá y quizá se dejará persuadir; pero si así no fuese, veré al Nuncio y al Prior, y si necesario fuera me largaría a Roma. No pretendo oponerme a la gloria de Dios, pero ¿qué dase de fraile hará él sin barba? ¡Si tiene tantos pelos en la cara como yo en la palma de la mano! ¡Vive Dios! nunca será capaz de cantar misa, y si la cantara, todos los ratones del convento huirían asustados creyendo oír los maullidos de un gato. Perdonad, señores, si digo lo que el dolor hace subir a mis labios. Si yo tuviera un hijo, no podría amarlo más de lo que amo a Pan Miguel. ¡Qué Dios le ilumine! ¡El, hacerse fraile camandulense! Vamos, eso no me cabe en la cabeza, y juro que no lo será! ¡tan cierto como que estoy aquí entre vosotros! Mañana iré directamente al Primado y le pediré una carta para el Prior.

—Aún no puede haber pronunciado los votos —observó el capitán general—, pero Vuestra Gracia no debe mostrarse muy presuroso, ni insistir demasiado, no sea caso que él se obstine. Por lo demás, conviene también tener en cuenta una cosa: ¿no se manifiesta quizá la voluntad de Dios en esta intención suya?

—¡Qué ha de manifestarse! La voluntad de Dios no se manifiesta así, de sopetón. Un antiguo proverbio dice: «Todo lo que es repentino viene del diablo.» Si hubiese sido la voluntad de Dios, ya se habría observado en él este deseo hace mucho tiempo. Si hubiese

tomado tal resolución tranquilamente y cuando se hallaba en el pleno uso de su razón, no diría yo que no; pero, como no ha sido así, creo que lo mismo hubiera vendido su alma al diablo en aquel momento en que le dio por meterse a fraile. Yo no intento forzarle; antes de hablarle pensaré maduramente lo que debo decirle, para que no se exaspere desde el principio. Mis esperanzas reposan en Dios. Pan Miguel ha confiado siempre más en mis luces que en las suyas, y espero que se dejará convencer esta vez también, a menos que haya cambiado por completo.

VI

Al día siguiente, Pan Zagloba, provisto de una carta del Primado y habiendo madurado su plan de acuerdo con Kettlin, tiraba de la campanilla que pendía a la puerta del convento de Mons Regius.

Su corazón palpitaba con violencia al preguntarse a sí mismo: «¿Cómo me recibirá Miguel?» Y aunque hubiese decidido previamente en su interior lo que se proponía decirle, no se le ocultaba que todo dependía de su primera acogida.

Pensando en esto tiró del cordón de la campanilla por segunda vez, y cuando la llave rechinó en la cerradura y se abrió la puerta a medias, Zagloba se lanzó dentro con precipitación, diciendo al religioso portero, que se había quedado atónito:

—Ya sé, ya sé que para entrar aquí dentro es preciso un permiso especial; pero yo soy portador de una carta del arzobispo que vos, *carissime frater*, tendréis la bondad de entregar al reverendo Prior.

—Se hará conforme desea Vuestra Gracia —dijo el lego inclinándose a la vista del sello del Primado.

Y tirando de la cuerdecilla que pendía del badajo de una campana, tocó dos veces para llamar a otro religioso, porque no le estaba permitido alejarse de la puerta. A aquella llamada apareció un fraile que tomó la carta y se retiró sin despegar los labios.

Zagloba, que había depositado sobre el banco un envoltorio que había llevado consigo, se sentó a su vez y comenzó a bufar de impaciencia.

—Hermano —dijo, al fin—, ¿cuánto tiempo lleváis en este convento?

—Cinco años —respondió el interpelado.

—¿Es posible? ¿Sois tan joven y ya hace cinco años que estáis aquí? Ahora es demasiado tarde para salir de aquí aunque lo quisierais. Sin embargo, me parece que alguna vez debéis desear volver al mundo, a ese mundo que ofrece a unos el atractivo de la guerra, a otros el de las fiestas y festines y a la mayor parte los encantos de las buenas mozas...

—*Vade retro!* —exclamó el fraile haciendo devotamente la señal de la cruz.

—¿Cómo! —continuó Zagloba—. ¿Nunca os ha asaltado la tentación de salir del convento?

El religioso miró con desconfianza al enviado del arzobispo, que hablaba de un modo tan poco conveniente, y respondió:

—Cuando se cierra esta puerta detrás de un hombre, no cale ya de aquí jamás.

—¡Zambomba! ¡Eso es lo que vamos a ver! ¿Cómo se halla Pan Volodiovski? ¿Está bueno?

—Aquí no hay nadie que lleve ese nombre.

—¿Quizá se llamará padre Miguel! —añadió Zagloba—. Me refiero a un coronel de dragones que vino aquí no ha mucho.

—¡Ah, sí! Le llamamos padre Yerzy ⁽¹⁾, aunque todavía no ha pronunciado sus votos ni podrá pronunciarlos hasta que haya transcurrido el plazo fijado.

—¡Uf, qué largo debe ser ese plazo! Os aseguro que jamás pronunciará esa clase de votos. No os podéis imaginar, buen padre, lo mujeriego que es. En ningún claustro... es decir, en ningún cuartel podríais encontrar un enemigo mayor de la virtud de la mujer.

—No puedo ni debo escuchar tales discursos —exclamó el hermano con sorpresa y embarazo crecientes.

—Pues si es aquí donde acostumbráis recibir las visitas, os aconsejo que os retiréis un poquitín cuando venga el padre Yerzy, porque hablaremos de cosas muy profanas.

—Prefiero irme del todo —replicó el fraile.

En esto apareció Pan Miguel, o por mejor decir, el padre Yerzy. Zagloba no reconoció al principio al hombre que se acercaba, porque Pan Miguel había cambiado bastante. Parecía, ante todo, dentro, de aquel largo hábito blanco, más alto que vestido con el uniforme de los dragones; en segundo lugar, sus bigotes, cuyas retorcidas puntas se levantaban en otro tiempo al nivel de los ojos, pendían ahora lacios y le daban, juntamente con una barba rala y rubia, de dos dedos apenas de larga, un aspecto completamente diferente del suyo habitual. Además, había enflaquecido mucho y sus ojos habían perdido su brillo. Se acercaba lentamente con las manos cruzadas sobre el pecho, bajo el hábito, y con la cabeza inclinada.

Zagloba, que a primera vista se había creído que el que se presentaba era el Prior en persona, se puso en pie y comenzó a decir:

—Laudatur...

Pero de pronto se interrumpió, miró con mayor atención, abrió los brazos y exclamó:

—¡Pan Miguel! ¡Pan Miguel!

El *padre* Yerzy se dejó abrazar; un sollozo le hinchó el pecho, pero sus ojos permanecieron secos.

—No has sido solo en llorar tu desventura —le decía Pan Zagloba mientras le estrechaba contra su pecho—. Lloré por ti y por ti lloraron todos tus amigos. Resígnate, Miguel, a la voluntad de Dios. Que el Señor misericordioso te conforte y te lo recompense. Has hecho bien en encerrarte entre estos muros, pues en la desgracia nada hay como la oración. Ven, déjame que te abrace otra vez. Apenas te veo a través de mis lágrimas.

Zagloba lloraba, en efecto, sinceramente conmovido a la vista de Miguel.

—Perdóname —continuó— si te distraigo de tus meditaciones, pero no puedo por menos de hacerlo así y me harás justicia cuando te haya expuesto mis razones. ¡Ah, Miguel! ¿No recuerdas cuántos ratos buenos y malos hemos pasado juntos? ¿Has encontrado consuelo en este claustro?

—Sí —repuso Pan Miguel—; lo encuentro en las palabras que oigo repetir cada día en este asilo, en esas palabras, que repito yo mismo y que deseo repetir hasta mi muerte: *memento mori*. En la muerte es donde está mi consuelo.

—La muerte se encuentra más fácilmente en los campos de batalla que entre los muros de un convento, donde la vida se pasa como si se devanase lentamente una madeja...

—Aquí no hay vida, porque no existen cuestiones terrenas. Antes que el alma abandone el cuerpo, vive ya en otro mundo.

¹() Jorge.

—Siendo así, es inútil que te diga que las hordas de Belgrad se están reuniendo en gran número para invadir el reino. ¿Qué interés puede tener esto para ti?

Pan Miguel, cuyos bigotes se agitaron un poco, echó involuntariamente mano a su costado derecho, pero no encontrando allí la espada, inclinó la cabeza y repitió:

—*Memento mori!*

—Justo, muy justo —replicó Zagloba guiñando con cierta impaciencia el ojo que tenía sano—. Ayer tarde, sin ir más lejos, Pan Sobieski, el capitán general, decía: «Que Volodiovski nos sirva aún mientras dure esta tormenta, y dejadle después que vaya a encerrarse en el convento que más le agrade. Dios no se incomodará, ciertamente, de esta acción; al contrario, un fraile como él tendría el mayor mérito a sus ojos.» Pero no me sorprende que tú antepongas tu sosiego al bien de la patria, porque *prima charitas incipit ab ego*.

A estas palabras siguió un profundo silencio; sólo los bigotes de Pan Miguel se estremecieron de nuevo al impulso del labio que temblaba ligeramente.

—No habiendo pronunciado todavía los votos, puedes salir en cualquier momento, ¿no es verdad? —le insinuó Zagloba.

—No soy fraile aún porque espero que la gracia de Dios descienda sobre mí y abandonen mi espíritu todos los borrascosos pensamientos terrenales. Ahora la gracia de Dios me invade y la paz llena mi alma. Puedo salir de este claustro, pero no lo deseo, ahora especialmente que se acerca el tiempo en que podré pronunciar mis votos con plena conciencia y libre de toda tentación mundana.

—No quiero separarte de tu idea —repuso Zagloba—, al contrario, apruebo tu resolución y recuerdo que Juan, cuando en cierta ocasión pensó en meterse a fraile, aguardó a que la patria quedase libre de la invasión enemiga. Pero tú puedes hacer lo que te parezca. No alcanzo, en verdad, qué podría obligarte a dejar este asilo, pues yo mismo en mis tiempos experimenté cierta vocación por la vida monástica. Hace cincuenta años precisamente que comencé mi noviciado: llámame bribón si es que no digo la verdad. Pues bien, Dios me llevó por otro camino, Lo único que te pido, Miguel, es que te vengas dos días, dos días nada más conmigo.

—¿Para qué salir de aquí? Déjame en paz —replicó Volodiovski.

Zagloba se limpió los ojos con la falda de su casaca y murmuró entre sollozos:

—No pido apoyo para mí, aunque el príncipe Bogislao Radzivil me amenaza con vengarse de no sé qué agravios que de mí tiene recibidos. Sé que varios asesinos, pagados por él, me acechan en la sombra y no hay nadie que defienda y proteja a este pobre viejo. Yo creía que tú... pero no importa, te amaré mientras viva, aunque tú no quieras protegerme. Ruega, empero, por mi alma, porque, de seguro, no escaparé de las manos de Bogislao. Pero basta de mí. ¡Sea lo que Dios quiera! Otro amigo tuyo, que compartió contigo su pan y está moribundo, desea verte. Le desconsuela el morir sin hablarte, porque tiene que hacerte una confesión de qué depende el reposo eterno de su alma.

Pan Miguel, que ya había experimentado una gran emoción al oír que Zagloba estaba amenazado de la venganza del príncipe Radzivil, no pudo contenerse ya, y cogiendo al anciano por los brazos, le preguntó con ansiedad:

—¿Es quizá Pan Juan?

—No, no es Juan sino Kettlin.

—¡Por el amor del Cielo! ¿qué le ha ocurrido?

—Ha sido herido por unos esbirros del príncipe Bogislao por defenderme a mí, y no sé si estará aún vivo dentro de veinticuatro horas. Y es por causa tuya por lo que nos vemos en este apuro, pues a Varsovia sólo hemos venido para consolarte. Vente conmigo uno o dos días para confortar con tu presencia a un moribundo. Ya te volverás después

para hacerte fraile. He traído una carta del Primado en la que se ordena al Prior que no ponga ningún obstáculo a tu salida. Pero apresúrate, porque el tiempo es precioso...

—Ningún impedimento puede retenerme aquí —interrumpió Pan Miguel—, porque sólo entré para meditar y rezar. La súplica de un moribundo es sagrada para mí y no puedo rechazarla.

—¡Sería un pecado mortal! —exclamó Zagloba.

—Sí, es verdad. ¿Y es también ese traidor Bogislao...? ¡Que no pueda yo tornar nunca más aquí si no vengo a Kettlin! ¡Buscaré a esos miserables y les atravesaré el corazón!... ¡Oh Dios mío! He aquí que vuelven mis pensamientos pecaminosos. *Memento morí*. Espérame aquí un momento; voy a ponerme mi antiguo traje, puesto que no es permitido salir con el hábito.

—No te molestes, también he pensado en eso —repuso Zagloba, y cogiendo el envoltorio que había dejado sobre el banco, sacó un par de botas, una espada y un buen capote.

—Ven a mi celda —dijo Pan Miguel.

Se dirigieron, en efecto, a la celda, y cuando volvieron a salir no era ya fraile vestido de blanco el que caminaba al costado de Zagloba, sino un brillante oficial con altas botas y una espada al flanco. El viejo guiñó su ojo bueno riendo socarronamente al ver que el hermano que les abrió la puerta estaba visiblemente escandalizado.

No lejos del convento esperaba el carruaje de Zagloba, guiado por dos criados, uno de los cuales estaba sentado en el pescante y tenía las riendas de los cuatro caballos, sobre los cuales fijó Pan Miguel su mirada de inteligente conocedor. El otro criado estaba al lado de la carroza con una botella panzuda y polvorienta en la diestra y en la mano izquierda dos copas.

—¡Hasta Mokotov hay un buen trecho —dijo Zagloba—, y allí nos aguarda un gran dolor al lado del lecho de muerte de Kettlin! Bebe ahora, Miguel, para recobrar alguna fuerza con que resistir, porque estás muy flaco y debilitado.

Hablando así tomó la botella de manos del criado y llenó las dos copas de un vino húngaro tan añejo que parecía espeso como la miel.

—Esta sí que es buena medicina —añadió el viejo caballero, colocando en el suelo la botella y tomando las, copas, una de las cuales alargó a Pan Miguel diciendo—: ¡A la salud de Kettlin!

—¡A su salud! —repitió Miguel—. Pero démonos prisa.

Y apuró la copa.

—Sí, apresurémonos —dijo Zagloba como un eco, devolviendo las copas al criado y mandándole que las llenase de nuevo.

—¡A la salud de Pan Juan! —exclamó, y variaron de nuevo las copas de un trago, porque en realidad no había un momento que perder.

—¡Montemos! —dijo Pan Miguel dirigiéndose al estribo.

—¿No quieres beber a mi salud? —le preguntó Zagloba con voz plañidera.

—Sí, pero a escape.

Bebieron, pues, apresuradamente, pero Zagloba, sin limpiarse los bigotes, dijo al siervo:

—¡Llénalas otra vez! ¡Sería yo un ingrato, Miguel, si no bebiese a tu salud!

La botella quedó completamente vacía, y como Zagloba no podía sufrir los trastos inútiles, la estrelló contra el suelo. Después ocuparon cada uno su puesto y el coche arrancó a gran velocidad.

El vino generoso habla esparcido por sus venas un benéfico ardor, haciendo penetrar en su corazón una especie de consuelo.

Las mejillas del padre Yerzy se cubrieron de un ligero encarnado y su mirada recobró la vivacidad de otros tiempos. Involuntariamente se llevó la mano al bigote atusándose de

tal modo que las guías se levantaron retorcidas hasta los ojos. Entretanto miraba a su alrededor con gran curiosidad como si por primera vez contemplase aquel espectáculo.

De pronto Zagloba, dándose palmadas en las rodillas, soltó esta frase extraña:

—¡Espero que Kettlin recobrará la salud al verte!

Y arrojándose al cuello de Pan Miguel lo abrazó con toda su fuerza, y éste le devolvió el abrazo con toda su alma. Prosiguieron después en silencio durante algún tiempo, sintiéndose ambos satisfechos. Las primeras casitas de los arrabales empezaban a aparecer a ambos lados del camino; una gran animación reinaba por todas partes. Se paseaban muchos ciudadanos, y delante y detrás y por todos lados aparecían siervos ostentando diversas libreas y soldados y nobles con sus trajes de gala.

—Han venido muchos nobles a la Dieta —observó Zagloba—. Aunque no todos son diputados, desean estar presentes y verlo y oírlo todo. Las casas y posadas están tan llenas de gente, que es difícil encontrar hospedaje, y más de una noble dama va vagando por las calles por no tener techo que la cobije. Te aseguro que son más numerosas que los pelos de tu barba. Han venido también bastantes muchachas tan guapas algunas, que se le ocurre a uno al verlas ciertas ideas... Mira, mira aquella morena, aquella que va seguida de un *haiduk* (1) con manto verde; es soberbia, ¿verdad?

Hablando así el viejo Zagloba le tocaba con el codo a Pan Miguel, que la miró con ojos fulgurantes retorciéndose el bigote, pero en el mismo instante se ruborizó, bajó la cabeza y dijo después de una breve pausa:

—*Memento mori!*

Pero Zagloba le tocó de nuevo, exclamando:

—¿Quieres creermelo, Miguel? ¡*Per amicitiam nostram*, cástate! ¡Hay tantas muchachas bonitas y buenas! ¡Cástate, hombre, cástate!

El padre Yerzy miró a su amigo con ojos atónitos. Zagloba no podía estar borracho, porque en otras ocasiones había bebido mucho más que ahora sin que el vino le hubiera producido el menor efecto; lo que le impulsaba a hablar así no era, pues, otra cosa que el cariño que le profesaba; pero la idea del matrimonio estaba tan lejos de la mente de Miguel, que en el primer momento el estupor venció en él a la indignación. Así, dirigió a Zagloba una mirada severa diciéndole:

—Tú estás chispo.

—¡Quiá! Te lo repito con todo mi corazón: ¡cástate!

Pan Miguel le miró con expresión más severa aún y repitió:

—*Memento mori!*

—Escucha, amigo mío —repuso Zagloba con cierta impaciencia—: si me quieres un poquitillo, déjate de repetir a cada instante esa cantinela de *memento mori*, que nos sabemos todos de memoria. Vuelvo a decirte que eres dueño de hacer lo que más te agrade, pero mi opinión es que cada hombre debe servir a Dios en aquello para lo cual ha sido creado. Ahora bien, Dios te ha creado para manejar la espada, y la prueba evidente es que te ha permitido llegar a una perfección tan grande en el oficio. Si hubiera querido hacerte fraile, o sacerdote, te habría otorgado otras dotes o te habría inspirado una gran inclinación a los libros y al estudio del latín. Considera, además, que en el Cielo son tan bien mirados los santos que fueron soldados como los que pronunciaron sus votos religiosos. ¿Pretenderás negarme que todo esto es verdad?

—No lo niego y sé que es muy difícil defenderse de tus argumentos —replicó Volodiovski—. Pero tampoco me negarás tú que una existencia triste y doliente vale más pasarla en el claustro que en el mundo.

—Creo, por lo contrario, que ésta es más bien una razón para huir de los conventos. El que procura alimentar su dolor en vez de dejar que muera de inanición cuanto antes, es tonto de capirote.

Pan Miguel no halló al pronto un argumento que oponer a esta teoría; así, pues, calló, y sólo al cabo de algunos instantes replicó tristemente:

—No me hables de matrimonio, porque la palabra misma me produce un inmenso disgusto. Mis pasados deseos no renacerán nunca, porque las lágrimas los extinguieron. Además, ya no soy joven, mis cabellos comienzan a encanecer. Cuarenta y dos años, de los cuales he pasado veinticinco entre los trabajos y fatigas de la vida militar, no son pocos para un hombre.

—¡Dios mío, no le castigues por la blasfemia que acaba de proferir! —exclamó Pan Zagloba—. ¡Cuarenta y dos años! Soporto yo el doble sobre mis hombros y tengo algunas veces que esforzarme para calmar el hervor de mi sangre. Bueno es que veneres el recuerdo de aquella muerta querida... Para ella no te juzgabas demasiado viejo, ¿no es verdad? ¿Por qué, pues, te crees ahora viejo para las otras?

—¡Déjame en paz, déjame en paz! —dijo Miguel con voz angustiada, y las lágrimas corrieron de nuevo por sus mejillas.

—No añadiré ni una sílaba más —replicó Zagloba—. Pero tú tienes que darme ahora tu palabra de caballero de que sea lo que fuese de Kettlin, permanecerás un mes con nosotros. También tienes que ver a Juan, y si después quieres volver al convento nadie te lo impedirá.

—Te doy mi palabra —dijo Pan Miguel, y comenzaron a hablar de otros asuntos.

Zagloba discurría acerca de la Dieta, sobre la cuestión promovida por él para excluir a Bogislao y sobre la aventura de Kettlin. De vez en cuando interrumpía su narración, quedando absorto en sus pensamientos, que no debían ser muy tristes porque se daba palmaditas en la rodilla y sonreía socarronamente.

Sólo cuando se acercaban a Mokotov reflejaron sus facciones cierta inquietud, y volviéndose de pronto a Miguel le dijo:

—Acuérdate de que me has dado tu palabra de quedarte con nosotros un mes, suceda lo que suceda con Kettlin.

—La he dado y la cumpliré —repuso Volodiovski.

—Ahí tienes la casa —exclamó Zagloba—. Como ves, tiene un aspecto muy respetable. Restalla la fusta con fuerza —añadió dirigiéndose al cochero—. Hoy habrá gran fiesta en esta feliz morada.

Obedeció el cochero, y apenas había entrado el carruaje bajo el portalón, cuando un gran número de oficiales, amigos de Pan Miguel, que salían de la antecámara, se precipitaron a su encuentro. Entre ellos los había de toda edad, viejos camaradas y jóvenes oficiales de fecha reciente. Entre estos últimos se contaba Pan Vasilevski y Pan Noroveski, muy jóvenes ambos que, adolescentes aún, habían huido del colegio para combatir algunos años a las órdenes de Pan Miguel. El pequeño caballero, como se denominaba a Volodiovski, los quería inmensamente. Entre los veteranos estaba Pan Orlik, a quien una granada sueca se le había llevado un trozo de cráneo, que había sido preciso substituir con una lámina de oro, y Pan Rushchyts, un caballero medio salvaje de las estepas, un partidario incomparable que no cedía en fama ni en valor a Pan Miguel.

Al divisar a los dos hombres que venían en el coche, se habían precipitado fuera gritando:

—¡Ya están aquí, ya están aquí! ¡Pan Zagloba ha ganado!

Y lanzándose hacia la carroza levantaron al pequeño caballero en sus brazos y lo llevaron al interior de la casa repitiendo:

—¡Bien venido, querido camarada! Vive para nosotros, ahora te tenemos ya y no te soltaremos. ¡Viva Volodiovski! ¡Viva el primer caballero de todo el ejército! ¡Ven con nosotros, hermano, a las estepas, a los campos salvajes! ¡Allí el viento se llevará tu dolor!

Pan Miguel saludó a todos muy conmovido por la acogida que le dispensaban, pero de pronto preguntó:

—¿Cómo está Kettlin? ¿Vive aún?

—Sí, sí —respondieron a coro, y bajo sus largos mostachos vagó una extraña sonrisa—. Ve a buscarlo, pues ya está cansado de permanecer en la cama. Te espera con impaciencia.

—Me parece, al oírlos, que no debe estar tan cercano a la muerte como suponía Pan Zagloba —replicó el pequeño caballero.

Hablando así pasaron de la antesala a una estancia en medio de la cual había una mesa ya servida. En un ángulo veíase una cama de tablas cubierta con pieles de caballo blanco, y en ella estaba tendido Kettlin.

—¡Amigo mío! —gritó Volodiovski, acercándose.

—¡Miguel! —gritó a su vez Kettlin saltando del lecho en la plenitud de sus fuerzas y abrazando al pequeño caballero—. Se han empeñado en que me finja moribundo —añadió—, pero al verte no he podido resistir. Estoy tan sano como una manzana y no me ha ocurrido desgracia alguna. Se trataba de sacarte a toda costa del convento. Perdónanos esta estratagema; nos servimos de ella por el cariño que te tenemos.

—¡A la estepa todos juntos! —gritaron de nuevo los caballeros empuñando sus sables y armando un terrible estrépito.

Pan Miguel estaba aturdido. Por algunos instantes guardó silencio; después comenzó a mirar a todos lados, y especialmente a Pan Zagloba, y exclamó al fin:

—¡Traidor! ¡y yo que me había creído que Kettlin estaba herido de muerte!

—¿Y es posible, Miguel, que te halles enfadado por encontrar a Kettlin sano y salvo? —replicó Zagloba—. ¿Preferirías que estuviese moribundo? ¿Tan duro se ha vuelto tu corazón, que estarías contento de vernos muertos a todos... hasta a Pan Juan y a mí, que te quiero como a un hijo?

El anciano cerró los ojos y prosiguió con voz plañidera:

—Ya no tengo motivo alguno para vivir, caballeros: la gratitud ha desaparecido de este mundo y en él ha quedado sólo la ingratitud y la indiferencia.

—¡Por el amor de Dios! No deseo que ninguno de vosotros esté enfermo —repuso Pan Miguel— ¡Vosotros sois los que no habéis respetado mi dolor!

—¡Dice que no hemos respetado su dolor, cuando hemos derramado torrentes de lágrimas en su desventura! —replicó Pan Zagloba—. Sí, Miguel, pongo a Dios por testigo de que todos hemos participado de tus dolores como buenos camaradas. Ahora, puesto que nos has dado tu palabra de permanecer un mes entre nosotros, ámanos al menos durante este poco tiempo que estaremos juntos.

—Os querré hasta la muerte —dijo Pan Miguel conmovido.

Un nuevo huésped vino a interrumpir en este punto la conversación. Los oficiales, que estaban todos ocupados en atender a Volodiovski, no habían advertido su llegada y sólo la notaron cuando apareció en el umbral.

Era un hombre de estatura gigantesca y de porte majestuoso. Tenía el rostro de un emperador romano; su fisonomía expresaba la potencia y al mismo tiempo la afabilidad y la cortesía de un monarca. Era completamente desemejante de los soldados que le rodeaban; a su lado parecía más grande, como el águila real en medio de halcones, gavilanes, y mirlos.

—¡El capitán general! —exclamó Kettlin saliendo apresuradamente a recibirlo para darle la bienvenida en su casa.

—¡Pan Sobieski! —exclamaron todos.

Todas las frentes se inclinaron en señal de obediencia y de profundo homenaje. Todos, excepto Miguel, sabían que el capitán general había de venir, porque lo había prometido a Kettlin; pero, a pesar de esto, su venida produjo tan honda impresión que nadie se atrevió a usar de la palabra el primero.

Sobieski amaba a los soldados más que a los otros hombres; distinguía sobre todo a los que habían guerreado juntos con él y los consideraba como si fuesen de su familia. Por esta razón había decidido ir a saludar a Volodiovski, a confortarlo y a retenerlo en las filas del ejército, concediéndole un favor y una atención especiales. Así, apenas hubo saludado a Kettlin, extendió sus dos manos al pequeño caballero, y cuando éste se acercó y se echó a sus pies abrazándole las rodillas, Sobieski cogió la cabeza de Pan Miguel entre sus manos y le dijo:

—Viejo camarada, la mano de Dios te ha encorvado hacia el suelo, pero. Él te consolará y ensalzará. ¡El Cielo te asista! Ahora te quedarás entre nosotros.

Los sollozos agitaban el pecho de Miguel.

—Me quedaré —dijo llorando.

—Está bien, y procura darme, si es posible, muchos hombres semejantes a ti —replicó Sobieski—. Y ahora, viejo camarada, déjanos recordar los tiempos que pasamos juntos en las estepas de Rusia y en aquellos banquetes bajo nuestras tiendas. En este momento soy vuestro huésped.

—*Vivat Joannes dux!* —gritaron todos los presentes.

Principió el banquete y duró largo tiempo. Al día siguiente, el capitán general mandó a Pan Miguel como regalo un corcel de guerra de mucho precio.

VII

Kettlin y Pan Miguel se juraron cabalgar siempre uno al lado del otro cuando llegase la ocasión, sentarse al lado de la misma hoguera en el campamento y dormir con la cabeza apoyada sobre la misma silla, pero un acontecimiento inesperado los separó por el momento.

Apenas había transcurrido una semana desde la llegada de Volodiovski, cuando vino un mensajero de Curlandia con la noticia de que Hassling, el padre adoptivo de Kettlin se había puesto repentinamente enfermo y deseaba verlo. El joven caballero no vaciló un momento, montó a caballo y partió, después de rogar a Zagloba y a Pan Miguel que considerasen aquella casa como suya y que permaneciesen en ella todo el tiempo que les acomodase.

—Durante la elección vendrá Pan Juan solo —añadió—; pero aun cuando viniera con toda su familia, aquí hay puesto para todos.

Pan Juan no vino, pero la hermana de Pan Miguel anunció su venida. Estaba casada con Pan Makovetski, administrador de Latychoy, el cual había mandado un mensaje al capitán general para informarse del paradero del pequeño caballero.

Volodiovski estaba muy contento porque hacía ya muchos años que no había visto a su hermana: así, apenas supo que se había detenido en Rybaki en una casucha mezquina, a falta de otro alojamiento más conveniente, voló para invitarla a que viniese a casa de Kettlin. Era ya de noche cuando llegó a su presencia, y no obstante la obscuridad la reconoció en seguida, aunque estaba acompañada de otras dos señoras, porque su hermana era de pequeña estatura y muy delgada. También lo reconoció ella al momento y

los dos hermanos se abrazaron, mientras que las otras dos señoras que estaban presentes los contemplaban inmóviles como dos estatuas.

Panni Makovetski fue la primera que tomó la palabra para exclamar con una voccecita fina y aguda:

—¡Después de tantos años... después de tantos años! ¡Que Dios te asista, querido hermano!.. Apenas tuve noticia de tu desgracia me puse en pie y quería venir inmediatamente en busca tuya. Mi marido no me detuvo porque de la parte de Budjyak amenaza tormenta. La gente habla mucho de los tártaros de Belgrado, porque han aparecido estos días bandadas tan grandes de cuervos que obscurecen el sol como una nube, y esto sucede siempre que hay una invasión. ¡Que Dios te conforte, amado hermano mío! Mi marido debe venir también para la elección, y por eso me dijo: «Llévate a las chicas y vete delante de mí. Consolarás a Miguel en su dolor y te pondrás a cubierto de las maldades de los tártaros. Ve a Varsovia, pues, y alquila un buen albergue donde podamos establecernos...» Pero acércate a la ventana, querido hermano... Que yo pueda verte la cara... Te has puesto flaco pero nada es más natural cuando se padece... Mi marido me encargó mucho que buscara una posada buena... Pero aquí no se encuentra nada. Como ves, estamos en este cuchitril en donde he encontrado a duras penas tres montones de paja para dormir.

—Querida hermana, permíteme... —dijo el pequeño caballero.

Pero la querida hermana no permitió, pues continuó hablando con volubilidad:

—Nos hemos alojado aquí porque no había otro sitio disponible. El posadero tiene una mirada de traidor como un lobo; me parece que esta gente es muy mala. Verdad es que tenemos cuatro siervos, hombres fieles, y nosotras no somos miedosas, porque en nuestro país una mujer debe tener el valor de un caballero; de otro modo no sería posible vivir allí. Yo siempre voy armada de una pistola y Basia lleva un par; sólo Krysia ⁽¹⁾ manifiesta poca afición a las armas; de cualquier modo, este sitio nos agrada poco y querríamos una casa más segura.

—Permíteme, querida hermana... —repitió Volodiovski.

—¿Y tú dónde habitas, Miguel? —prosiguió la locuaz señora—. Debes ayudarme a buscar un buen alojamiento, porque conoces bien a Varsovia.

—Tengo preparado uno —dijo Pan Miguel interrumpiéndola—, tan cómodo y tan hermoso, que podría ocuparlo un senador con todo su séquito. Habito en casa de un amigo, el capitán Kettlin. Te llevaré conmigo.

—Pero cuenta que somos tres, que tenemos dos camareras y tres criados... ¡Oh Dios mío! Ahora recuerdo que no te he presentado aún a mis compañeras...

Y volviéndose hacia ellas añadió:

—Ya sabéis, señoritas, quién es mi hermano, pero él no os conoce y debo presentaros, aunque estemos a obscuras. Esta es Panna Cristina Drohoyovski y esta Panna Bárbara Yezorkovski. Mi marido es tutor de ambas y administra sus bienes. Viven en nuestra casa porque son huérfanas y no estaría bien que dos niñas viviesen solas.

En tanto que su hermana continuaba hablando, Pan Miguel saludó militarmente; las dos jóvenes se recogieron un poquito sus vestidos haciendo una reverencia, al mismo tiempo que Panna Bárbara inclinaba la cabeza como una potranca.

—Montemos en el coche y partamos —dijo Volodiovski—. Pan Zagloba habita conmigo y le he encargado que nos tuviera dispuesta la cena.

—¿Es quizá el célebre Pan Zagloba? —preguntó Basia.

—Hazme el favor de callar, niña —le intimó Panni Makovetski—. Temo que le causemos alguna molestia.

—¡Oh! si Pan Zagloba se ha encargado de la cena —replicó Miguel— podéis estar seguras de que habrá de sobra aunque fuésemos muchos más. Señoritas, dignaos

¹() Basia y Krysia, diminutivos de Bárbara y Cristina.

disponer que saquen fuera vuestros equipajes. He traído conmigo un carro para los baúles y la carroza de Kettlin, que es bastante grande, para que todos cuatro podamos estar cómodamente.

—Nuestros equipajes no los han descargado aún de los carros —repuso la dama—; bastará enganchar a ellos unos caballos para llevármolos. Basia, ve a dar las órdenes oportunas.

La joven salió vivamente y volvió en seguida anunciando que todo estaba listo.

—Ya podemos marcharnos —dijo Pan Miguel.

Montaron, pues, en el coche y se dirigieron a Mokotov. La hermana de Volodiovski y Krysia ocupaban los dos asientos del fondo y frente a ellas se sentaban el pequeño caballero y Basia.

Había tan poca luz que ninguno podía distinguir las facciones de los demás.

—Señoritas, ¿habéis estado alguna vez en Varsovia? —preguntó Miguel en tono bastante alto para dominar el ruido del coche.

—No —replicó Krysia en voz baja pero vibrante y agradable—. Somos unas verdaderas campesinas y hasta hoy no habremos conocido ninguna gran ciudad ni ningún hombre célebre.

Y diciendo así inclinó un poquito la cabeza como si quisiera dar a entender que contaba a Pan Miguel entre aquéllos. Este le agradeció la lisonja y se puso a cavilar qué cumplimiento podría hacerle que correspondiese a su cortesía.

—Aunque la ciudad fuese diez veces más grande —exclamó al fin—, vosotras seríais en todo caso su más hermoso ornamento.

—¿Cómo podéis juzgarnos en esta obscuridad? —le preguntó Basia en tono burlón.

—¡Bien merecido te está! —pensó para sí Miguel, pero no dijo nada y prosiguieron por algún tiempo en silencio.

Basia le interrumpió la primera dirigiéndose a él para preguntarle:

—¿Habrá sitio en la cuadra para nuestros caballos? Llevamos diez y dos carros.

—Lo hay, aunque fueran treinta.

Y conversando así llegaron a casa de Kettlin, cuyas ventanas estaban brillantemente iluminadas para recibir a las señoras. Los criados salieron a la calle precedidos de Pan Zagloba, quien se acercó al coche, y viendo en él tres damas preguntó:

—¿En cuál de estas señoras puedo tener el honor de saludar a la hermana de mi querido amigo Miguel?

—Soy yo —respondió Panni Makovetski.

Pan Zagloba tomó entonces sus manos y las besó con fruición exclamando:

—¡Me inclino a sus pies!

Después la ayudó a bajar del coche conduciéndola, con gran reverencia, a la antesala, en donde se inclinó de nuevo diciendo:

—Permitid que vuelva a saludaros, después que habéis pasado el umbral de la puerta.

Entretanto Miguel ayudaba a las dos jóvenes a bajar, y como el coche era muy alto y la obscuridad no permitía ver bien el estribo, cogió a Krysia por la cintura y levantándola en vilo la puso en tierra. Ella no opuso resistencia y su seno rozó por un momento el pecho del caballero, a quien murmuró dulcemente:

—¡Gracias!

Volodiovski se volvió después hacia Basia, pero ésta había saltado ya por el lado opuesto, de modo que aquél quedó solo con Krysia a quien ofreció el brazo. Ya en el salón, se hicieron las oportunas presentaciones. Zagloba se alegró muchísimo al ver las dos jóvenes y las invitó en seguida a cenar. Los manjares humeaban ya sobre la mesa, y Pan Miguel no se había equivocado previendo que serían tan abundantes que bastarían para mayor número de comensales.

Panni Makovetski ocupó el puesto de honor, teniendo a su derecha a Zagloba y a Panna Basia y a su izquierda a Krysia y al pequeño caballero, quien pudo contemplar al fin a su sabor las dos muchachas. Ambas eran simpáticas y bellas; pero cada una a su modo. Krysia tenía el pelo negro como las alas del cuervo, las cejas del mismo color y cerúleos los ojos; era una morena un poco pálida, de encarnación tan delicada que se notaban las venas azuladas en las sienes. Un vello apenas perceptible le cubría el labio superior y su boca dulce y encantadora parecía hecha para los besos. Estaba de luto porque había perdido a su padre hacía poco tiempo, y el color de sus vestidos, juntamente con su tez delicadísima y sus negros cabellos, le daban cierto aspecto meditabundo y severo. A primera vista parecía menos joven que su compañera, pero cuando la hubo observado bien, Miguel advirtió que bajo aquella epidermis transparente corría la sangre de la primera juventud. Cuanto más la contemplaba más admiraba la distinción de sus maneras, su cuello de cisne y sus formas llenas de virginales atractivos.

—Es una gran señora —pensó para sí el pequeño caballero—, y debe tener un alma bellísima; la otra, en cambio, parece un muchacho.

Esta comparación era exacta, pues Basia era más delgada que su compañera, sin ser flaca, y tenía una cara blanca y rosada como un manojo de rosas. Evidentemente habíanle cortado los cabellos a consecuencia de una enfermedad y los llevaba presos en una red de hilos de oro, pero se resistían a permanecer encerrados sobre aquella cabecita que se agitaba constantemente y se escapaban por entre las mallas de la red, formando sobre su frente un pequeño tupé, que le caía sobre los ojos como el mechón de un cosaco. Aquel tupé, sus ojos inquietos y vivaces y su aire atrevido asemejaban aquel rostro rosado al de un estudiante travieso que espiara el momento oportuno de hacerle una mala pasada a cualquiera, procurándose al mismo tiempo la impunidad. Era, sin embargo, de unas formas tan perfectas, que se atraía las miradas de todos. Tenía la pequeña nariz ligeramente remangada, cuyas alas se agitaban a cada instante y unos hoyuelos en las mejillas y en la barba que indicaban un temperamento jovial. En aquel momento estaba sentada con aire digno comiendo con buen apetito y echando de vez en cuando una ojeada, ora sobre Pan Zagloba, ora sobre Volodiovski, a quienes contemplaba con curiosidad infantil como si fuesen seres maravillosos.

Pan Miguel callaba, y aunque sentía que estaba obligado a entretener a Krysia, no sabía cómo entablar la conversación. El pequeño caballero no estaba habituado a conversar con las señoras, y en aquel momento se hallaba, además, un poco cabizbajo y triste, porque aquellas muchachas le recordaban su amada difunta.

Pan Zagloba, entretanto, refería a la hermana de Miguel las hazañas de éste y las suyas propias. Hacia la mitad de la cena empezó a contar la fuga que emprendieron juntos con la princesa Kurtsevich a través de un regimiento, y cómo para salvar a la princesa y contener a sus perseguidores, ellos dos solos hicieron frente al enemigo.

Basia había dejado de comer y escuchaba atentamente, sacudiendo de vez en cuando su tupecito, guiñando sus ojillos en los puntos más interesantes del relato y repitiendo a cada paso:

—Bien, muy bien, ¿y después?

Pero cuando inesperadamente aparecieron en su auxilio los dragones de Kurschel que atacaron a los tártaros por retaguardia y los persiguieron por tres millas acuchillándolos en la obscuridad de la noche, la joven no pudo contenerse por más tiempo y palmoteando con entusiasmo exclamó:

—¡Vive Dios! Hubiera querido estar yo allí en ese momento.

—Basia —dijo la hermana de Volodiovski en tono de reconvención—, acuérdate de que te encuentras entre gente culta. No vuelvas a exclamar ese «¡vive Dios!» Sólo faltaba que te salieras gritando ahora: «¡Que me parta un rayo!»

La joven soltó una carcajada fresca y argentina y exclamó:

—Pues bien, tía ¡que me parta un rayo!

—¡Dios mío, qué escándalo! —gritó la dama—. Vaya, pide inmediatamente perdón a estos señores.

Basia quería comenzar por su tía y se puso en pie, pero a, hacerlo vivamente dejó caer al suelo su cuchillo y su cuchara, y para cogerlos desapareció ella misma por debajo de la mesa.

Panni Makovetski no pudo contener la risa y su hilaridad se comunicó a todos.

—No podéis figuraros cuánto me da que hacer esta muchacha.

—¡Es un verdadero encanto! —afirmó Zagloba con entusiasmo.

Entretanto, apareció Basia, que había conseguido coger su cuchillo, pero había perdido en cambio su red y los cabellos le caían, un poco enmarañados, sobre los ojos. Se enderezó por completo y dijo con un tono trágico-cómico:

—¡Ah, señores, os burláis de mi confusión! ¡Está bien!

—Nadie se burla —replicó Zagloba con acento persuasivo—. Nos reíamos solamente por el placer que Dios nos proporciona de teneros con nosotros.

Después de la cena pasaron al salón de visitas en donde Krysia, viendo un laúd colgado de la pared, lo cogió haciendo correr sus dedos sobre las cuerdas. Pan Miguel le pidió que cantase.

—Con mucho gusto —dijo—, y ojalá consiga disipar la tristeza que os oprime el alma.

—Gracias —respondió el pequeño caballero contemplándola con mirada llena de gratitud.

Entonces se dejó oír la hermosa voz de Krysia que cantó:

«Caballeros, creedme, las corazas son inútiles, los escudos no sirven: los dardos de Cupido traspasan el hierro y el acero y penetran en los corazones.»

—No sé cómo daros las gracias —dijo Zagloba besando las manos a la hermana de Miguel, con la cual conversaba aparte—. No sólo porque habéis venido, sino también por haber traído esas don lindas muchachas, ante las cuales las Gracias mismas tendrían que inclinarse. Especialmente ese diablillo me encanta, porque esa bribonzuela es capaz de ahuyentar el dolor más pertinaz mejor que una comadreja ahuyenta a los ratones. ¿No es, en efecto, el dolor como un topo que roe la alegría que Dios ha infundido en nuestro corazón? Vuestra Gracia debe saber que a nuestro último rey Juan Casimiro le gustaban tanto mis símiles que no podía pasar un solo día sin oírme. Tuve que hacer para él una compilación de proverbios y máximas, pero no es esto de lo que quiero hablar. Espero que nuestro Miguel olvidará su desventura en compañía de estas lindas y graciosas muchachas. ¿Ignoráis que hace apenas una semana que lo saqué del convento, en donde se empeñó en pronunciar sus votos? Tuve que acudir al Nuncio que intimó al Prior que si no dejaba salir a Miguel inmediatamente haría de cada fraile un dragón de caballería. No había razón alguna para que se encerrase allí dentro. ¡Alabado sea Dios! un día u otro una de estas chicas encenderá en él tal llama que su corazón arderá como yesca.

Mientras Zagloba hablaba así, cantaba Krysia:

«Si los escudos no preservan a un héroe de los dardos de amor, ¿cómo puede una débil doncella preservar su fragilidad? ¿Dónde podrá esconderse?»

—Las débiles doncellas tienen tanto miedo a esas flechas de Cupido, como un perro a la carne —susurró Zagloba al oído de Panni Makovetski—. Pero confesadme sinceramente que no habéis traído aquí a esos herrerillos sin una intención oculta. Son dos

muchachas que no se encontrarían semejantes entre mil. ¡Quién estuviera tan lozano como ellas! Miguel tiene una hermana muy lista...

Panni Makovetski le clavó una mirada astuta y penetrante diciéndole:

—¡He pensado en tantas cosas! A las mujeres no nos falta, generalmente, astucia y previsión. Por lo demás, mi marido tiene que venir para las elecciones y yo me he traído las chicas porque en nuestro país no se ven más que tártaros. Si resultase de este viaje algún bien a Miguel, haría una peregrinación a pie para dar gracias a cualquier imagen milagrosa.

—Y el bien ese no se hará esperar; vendrá, ya veréis como vendrá —repuso Zagloba.

—Ambas pertenecen a familias nobles y las dos poseen una fortuna, lo que vale algo en estos difíciles tiempos.

—¡A quién lo decís! —replicó el anciano—. La guerra ha consumido toda la fortuna de Miguel, aunque sé que ha colocado algún dinero en casa de ciertos grandes señores. Más de una vez hemos alcanzado un rico botín, y aunque la mayor parte quedaba a la disposición del capitán general, todavía sobraba alguna cosa que repartir «entre las espadas» como se dice en nuestra jerga soldadesca. A Miguel le tocaba con frecuencia una porción importante. Si él hubiese sido más económico, sería hoy rico, pero un soldado no piensa en el día de mañana; le basta gozar del de hoy. Miguel habría derrochado todo cuanto poseía si yo no le hubiese refrenado un poco en toda ocasión. ¿Conque decís, señora, que estas jóvenes son de noble linaje?

—Kryisia es hija de un secador, es verdad que nuestros señores de la frontera no son como los castellanos de Cracovia y que hay varios de quienes se ha oído hablar poco en el reino. A pesar de esto, todo el que ha ocupado una vez un sillón de senador proyecta su esplendor sobre toda su posteridad. En cuanto a parentela, Basia es superior a Kryisia.

—¡De veras! Yo también desciendo de cierto rey de los Masagetas y por esto me gusta hablar de genealogías.

—Basia no descende de un linaje tan alto —observó la dama—, pero si os dignáis escucharme puedo enumerar todos sus antecesores.

La enumeración resultó bastante larga y Pan Zagloba se quedó muy satisfecho.

—Como veis —concluyó la hermana de Miguel—, Basia ha nacido del matrimonio de Panna Ana Smyotanka, hija de Pan Miguel, portaestandarte de Podolia, con Pan Yezorkovski, que fue, si no me equivoco, portaespada de Podolia.

—Lo veo y veo además que en este momento está mirando el mosquete de Kettlin —replicó Zagloba.

En efecto, mientras Kryisia conversaba con el pequeño caballero, Basia se entretenía en contemplar aquel mosquete cerca de la ventana.

Panni Makovetski comenzó a agitarse y a chillar viendo el arma en sus manos.

—No podéis imaginaros los tormentos que me da esa chica. Es un verdadero *haidamak* ⁽¹⁾.

—Si todos los *haidamak* son como ella, voy corriendo a reunirme con ellos —repuso Zagloba.

—No piensa más que en armas, caballos y guerras. Una vez se escapó de casa con un fusil para ir a cazar patos. Estaba acechando en los juncales mirando a todos lados, cuando de pronto vio... ¿qué diréis que vio? La cabeza de un tártaro que se deslizaba furtivamente hacia el pueblo, escondiéndose entre los cañaverales. Otra mujer se habría asustado, pero ella no vaciló un instante, apuntó con cuidado e hizo fuego. El tártaro cayó al agua; ¿y sabéis con que lo envió al otro mundo? Con la carga de escopeta destinada a matar a un pato.

Aquí la dama comenzó a agitarse de nuevo y a reírse de la aventura del tártaro. Después añadió:

¹() Malandrín.

—A decir verdad, ella nos salvó a todos, porque adelantaba una horda entera de aquellos bárbaros. Pero Basia dio la alarma y tuvimos tiempo de huir a los bosques, con nuestros sirvientes. Siempre nos vemos obligados a hacer lo mismo.

El rostro de Zagloba expresaba tal contento que hasta cerró los ojos por un instante; después se puso en pie, se acercó apresuradamente a la joven y la besó en la frente antes que ella pudiera impedirlo.

—Este beso os lo da un viejo por aquel tártaro que descubristeis entre los juncales — dijo Zagloba.

La joven sacudió impetuosamente su tupé rubio.

—Le apunté bien, ¿no es verdad? —exclamó con su voz fresca e infantil, cuyo timbre contrastaba tan extrañamente con sus palabras.

—Sí, pequeña *haidamak* —replicó Pan Zagloba, cuya emoción era evidente.

—¿Pero qué vale un tártaro? —añadió Basia—. Vosotros habréis abatido miles de ellos, y suecos, y alemanes, y húngaros de Radotzi. ¿Qué soy yo en comparación vuestra, señores, en comparación de unos caballeros sin igual en el reino?

—Os enseñaré a manejar el sable, ya que tenéis tanto valor. Ahora estoy un poco pesado, a decir verdad, pero también Miguel es un buen maestro.

A tal propuesta la joven dio un salto de alegría, después besó al viejo Zagloba en el hombro e inclinándose ante el pequeño caballero le dijo:

—Os doy las gracias anticipadamente; ya sé algo.

Pero Pan Miguel, que estaba absorto en su conversación con Krysia, le contestó distraídamente:

—Todo lo que gustéis.

Zagloba se volvió a sentar al lado de Panni Makovetski con el rostro radiante.

—Gentil señora —dijo—; he pasado muchos años en Estambul y sé, por lo tanto, que los dulces turcos son los mejores; por eso hay allí tantos golosos. ¿En qué consiste que ninguno ha codiciado hasta ahora esa muchacha?

—Os aseguro que no les han faltado ni a una ni a otra pretendientes —dijo la dama—. Todos llamábamos a Basia, en broma, la viuda de los tres maridos, porque tres caballeros respetables, todos nobles y ricos, aspiraban a su mano.

—¿Y qué les sucedió a esos caballeros?

—Los tres murieron en la guerra, y por eso decíamos que Basia era viuda.

—¿Y cómo ha soportado su viudez?

—Dios mío, entre nosotros, tales casos ocurren a cada momento, y pocas veces muere un hombre de muerte natural, aunque haya logrado llegar a la edad madura. Es más, la gente de nuestro país dice que no sienta bien a un noble morir de otro modo que sobre el campo de batalla. ¿Me habéis preguntado cómo sobrellevó Basia la muerte de sus pretendientes? Lloró un poquito, ¡pobre muchacha! pero se refugiaba casi siempre en su caballeriza, porque cuando algo la inquieta o la agita acostumbra meterse allí. Yo la mandé llamar y le pregunté: «¿Por quién lloras?» «Por los tres», me respondió. Por esta respuesta comprendí que no tenía inclinación especial por ninguno de ellos. Creo que su cabecita está llena de ideas muy diferentes y que no ha sentido aún la voluntad de Dios en eso. Krysia ya la ha sentido un poquito, pero Basia absolutamente nada.

—La sentirá, la sentirá —afirmó Pan Zagloba con convicción.

—Tal es nuestro destino —murmuró Panni Makovetski.

—Precisamente. Me habéis quitado esas palabras de los labios.

Krysia se les acercó en aquel momento, interrumpiendo su conversación. Pan Miguel tenía ya una gran familiaridad con la doncella, y ésta, evidentemente por bondad de corazón, se ocupaba de él y de su dolor como el médico de un enfermo. Quizá era la razón única por la cual ella le mostraba una amabilidad mayor que la que consentía el poco tiempo que se conocían. Pero, como Miguel era hermano de la mujer de su tutor, y ésta era

parienta de Krysia, nadie se extrañó. Basia se mantuvo en su puesto, un poquito alejada de los demás, y sólo Pan Zagloba dirigía sus atenciones constantemente sobre ella. Sea lo que fuere, lo cierto es que Basia no se preocupaba absolutamente por si se cuidaban o no de ella. Al principio contempló con admiración a los dos caballeros, pero con la misma admiración fijó después sus miradas sobre las magníficas armas de Kettlin que adornaban las paredes. Luego comenzó a bostezar, sus párpados se hicieron más pesados, y al fin dijo:

—Tengo tanto sueño que no me despertaré hasta pasado mañana.

Las señoras que, en efecto, estaban muy cansadas, se retiraron a las habitaciones que les habían sido destinadas. Cuando Zagloba se quedó solo con Pan Miguel, comenzó a hacerle signos de inteligencia y después le dio unas palmaditas en el hombro, diciéndole;

—¡Eh, Miguel! ¿qué me dices? ¿Te agradan esas palomitas? ¿Quieres aún meterte a fraile? ¡Qué buena es esa Krysia! ¿Y dónde me dejas ese pequeño *haiduk* rosado? ¿Qué me cuentas, hombre?

—Nada —contestó el pequeño caballero.

—Ese *haiduk* delicioso me gusta sobremanera. Te aseguro que a su lado, durante la cena, sentía tanto calor como al lado de una estufa.

—Todavía es una chiquilla; la otra es mucho más formal.

—Panna Krysia es una ciruela húngara y Basia una avellana. ¡Si yo tuviese dientes todavía! Quiero decir que si yo tuviese una hija semejante, no la daría sino a un hombre como tú. ¡Es una perla, te digo que es una perla!

Volodiovski se puso triste de repente, porque recordó los epítetos que Pan Zagloba acostumbraba aplicar a Anusia. En aquel momento la imagen de la querida difunta estaba en su memoria con tanta vivacidad como si viviera aún; veía su figura y su rostro delicado, sus trenzas negras y sus ojos alegres, y le pareció oír su dulce charla. Aquellas dos muchachas eran más jóvenes que ella, pero su Anusia era para él cien veces más querida.

El pequeño caballero se cubrió el rostro con las manos, vencido por el dolor que le era más sensible cuanto más inesperado había sido. Zagloba estaba estupefacto y lo contemplaba con inquietud.

—¿Qué tienes, Miguel? —le preguntó al fin—. ¡Habla, por amor de Dios!

—¡Tantos vivos, tantos que gozan de este mundo, y mi amada no se encuentra entre ellos, y no la volveré a ver nunca jamás!

La pena le ahogó la voz en la garganta, apoyó la frente sobre un brazo del sofá y murmuró de vez en cuando entre sollozos:

—¡Oh Dios mío! ¡oh Dios mío!

VIII

Basia insistió con Volodiovski para que le diese lecciones de esgrima; él no rehusó, pero aplazó para dentro de algunos días el comienzo de las clases. Prefería estar con Krysia sin dejar por esto de querer bien a Basia, porque en realidad habría sido difícil no quererla.

Una mañana comenzaron, al fin, las lecciones a consecuencia de las baladronadas de la joven y de sus afirmaciones de que conocía ya el arte de la esgrima tan bien que podía desafiar a un espadachín.

—Me ha instruido un veterano —decía—, pues nunca faltan entre nosotros, y ya se sabe que no hay tiradores tan buenos como los nuestros. De seguro que entre ellos encontraríais quien os igualara.

—¿Qué decís? —refunfuñó el viejo Zagloba—. No existe hombre en el mundo que, con un sable en la mano, sea capaz de medirse con nosotros.

—¡Bah! un hombre, puede ser; pero yo... yo misma estoy dispuesta a demostraros que os igualo —replicó la atrevida doncella.

—No lo espero, pero me alegraría.

Si se tratase de tirar al blanco con una pistola, haría una apuesta con ella —dijo Panni Makovetski riendo.

—¡Voto a sanes! ya sabemos que las Amazonas habitan en Latychov —exclamó Zagloba y volviéndose a Krysia preguntó—: ¿Y vos, preciosa doncella, qué armas maneáis?

—Ninguna —contestó la interpelada.

—¡Ah! ¡Ah! ninguna —repitió Basia riendo, y remedando la voz de Krysia se puso a cantar—: «Caballeros, creedme, las corazas son inútiles, los escudos no sirven; los dardos de Cupido traspasan el hierro y el acero y penetran en todos los corazones.» Esas son las armas que Krysia maneja, y en ellas sí que no hay quien la iguale.

—¡A vuestro puesto, Panna Basia! —dijo Miguel, tratando de ocultar un ligero embarazo.

—¡Ah, si se pudiese averiguar lo que yo quiero! —exclamó ésta ruborizándose de placer.

Al decir esto se puso en guardia con un sable ligero en la diestra, la mano izquierda detrás de la espalda el pecho saliente, la cabeza alta y dilatadas las alas de la nariz. Estaba realmente seductora.

—Ni una botella de vino húngaro de cien años me proporciona tanto placer como mirar a esa muchacha —dijo Zagloba al oído de Panni Makovetski.

—Tened presente —dijo el pequeño caballero a Basia— que no haré más que defenderme. No quiero atacaros. Por vuestra parte, atacad de firme.

—Está bien, y cuando deba detenerme dadme el «alto».

—Si yo quisiera, podría pararos sin necesidad de pronunciar esa palabra.

—¿Cómo?

—Es fácil hacer saltar la espada de la mano de un combatiente como vos.

—¡Eso lo veremos!

—No lo veremos, porque la cortesía me prohíbe intentarlo siquiera.

—En este momento la cortesía está fuera de lugar. Hacedlo, si podéis. Ya sé que sois muy diestro, pero probadlo.

—¿Me lo permitís?

—Lo deseo.

—¡Ah! no se lo permitáis gracioso *haiduk* —dijo Zagloba—% Ha desarmado así a los más hábiles maestros.

—No importa —replicó la joven.

—Pues en guardia —repuso Pan Miguel un poco molestado por la impertinencia de la muchacha.

Comenzó la lección. Basia atacó con violencia, saltando como un potro en mitad del campo. Volodiovski, firme en su terreno, se mantenía sólo a la defensiva como había dicho, limitándose a parar los golpes con ligeros movimientos de su sable.

—Me rechazáis siempre como a una mosca fastidiosa —exclamó Basia con irritado acento.

—Os estoy dando sencillamente una lección y no batiéndome con vos. Ese golpe no está mal, tratándose de una niña. ¡Más firme esa mano!

—¿De una niña? ¡Ah! ¿me creéis una niña? ¡Parad ése, parad ése! —repitió animándose.

Pero a despecho de sus furibundos ataques, no conseguía atacar a Pan Miguel, y éste, para mostrarle cuán poco se cuidaba de sus furiosos asaltos, se puso a hablar tranquilamente con Pan Zagloba.

—Sepárate un poco de la ventana —le dijo—; le estás quitando luz a esta señorita. Aunque el sable es algo más grueso que una aguja, esta señorita lo maneja mejor que aquélla.

La naricita de Basia vibró respirando fuego y sus rizos cayéronle sobre los ojos, que llamearon de cólera.

—¡Me despreciáis! —exclamó con acento vibrante.

—¡Jamás! ¡Dios me guarde de tal cosa!

—Pan Miguel, sois insoportable.

—¿Habéis tirado al sable con algún maestro de escuela? —repuso Miguel, y después, volviéndose de nuevo hacia Zagloba le dijo—: Me parece que tendremos una nevada dentro de poco.

—¡Tomad nieve, tomad nieve! —gritaba Basia y las estocadas llovían como copos sobre Volodiovski.

—Basta ya, Basia —observó la señora Makovetski—. Casi no puedes respirar.

—Ahora tened bien firme el sable, porque voy a hacerlo saltar de vuestra mano —dijo Pan Miguel sonriendo a su discípula.

—¡Veremos!

—¡Ya está! —añadió aquél, y el ligero sable voló de manos de la joven como un pájaro, yendo a caer cerca de la estufa.

—Lo he soltado yo por descuido —gritó Basia con los ojos humedecidos de lágrimas.

Y recogiendo en seguida el sable, se puso de nuevo en posición diciendo:

—Probad ahora.

Un instante después el sable caía de nuevo junto a la estufa.

—Basta por hoy —dijo el pequeño caballero.

Panni Makovetski comenzó a dar vueltas por la sala hablando más alto que de costumbre, mientras Basia permanecía inmóvil y confusa respirando afanosamente, mordiéndose los labios y conteniendo a duras penas las lágrimas que brotaban, a su pesar, bajo sus pestañas. Creía que se reirían más si prorrumplía en llanto y quería refrenarse a toda costa; pero viendo que no lo conseguía se precipitó impetuosamente fuera de la sala.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Panni Makovetski—, sin duda se ha ido a la caballeriza, y estando tan sudorosa cogerá un resfriado. ¿Quién quiere ir a buscarla? Tú no, Krysia.

Así diciendo la dama salió del salón, cogió un chal en la antesala y se dirigió apresuradamente a la caballeriza, seguida de Zagloba que no estaba menos agitado y cuidadoso de la salud del pequeño, *haiduk*. Krysia quiso seguirlos, pero Miguel la detuvo por la mano.

—Ya habéis oído que mi hermana os lo prohíbe —le dijo—. No os soltaré hasta que vuelvan.

Y no la soltó, en efecto.

Aquella mano era suave como el terciopelo y a Pan Miguel le pareció que brotaba de ella como un ardiente fluido que le recorría todo el cuerpo produciéndole una sensación

extrañamente agradable. Así, la apretó con más fuerza. Un ligero rubor empurpuró por un momento el rostro de la joven.

—¿Estoy, pues, prisionera en vuestras manos? —murmuró.

—Quien cautivase semejante prisionera, no tendría motivo de envidiar al sultán, porque éste daría por ella la mitad de su imperio —replicó Volodiovski.

—¿Me venderíais a los infieles?

—No por cierto, como no vendería mi alma al diablo.

Pero se contuvo de pronto sintiendo que su entusiasmo le había llevado demasiado lejos, y queriendo atenuar sus palabras añadió:

—Como no vendería a una hermana.

—Ahora habéis estado más en lo justo —dijo Krysia en tono serio—. Amo a vuestra hermana como si lo fuese mía, y deseo serlo vuestra.

—Gracias con todo mi corazón —dijo Pan Miguel besándole la mano—, porque tengo mucha necesidad de consuelo.

—Lo sé, lo sé —repitió la joven—; yo también soy huérfana.

Y al decir así una lágrima brotó de sus párpados y corriendo por sus mejillas fue a detenerse sobre el ligero vello que le sombreaba el labio superior.

Pan Miguel contempló por un instante aquella lágrima y dijo con énfasis:

—Sois buena y bella como un ángel y ya me siento casi consolado.

Krysia sonrió dulcemente y exclamó:

—¡Que Dios os asista y os recompense!

El pequeño caballero sentía que besando aquella mano por segunda vez experimentaría mayor consuelo, pero precisamente en aquel momento apareció su hermana.

—Basia se ha envuelto en el chal —dijo ésta—, pero está tan avergonzada que no hay medio de hacerla volver aquí. Pan Zagloba se ha quedado con ella en la caballeriza.

En efecto, el anciano no sólo la siguió a través de la caballeriza, intentando persuadirla, sino que consiguió llevarla al patio donde se lisonjeaba poder más fácilmente hacerla entrar en la casa. Ella corría delante gritándole:

—¡No quiero ir! ¿Qué os importa que coja un resfriado?

Divisaron al fin delante de la casa una pilastra en la cual se apoyaba una escalera de mano, trepó por ella como una ardilla y sólo se detuvo bajo el alero del tejado. Desde allí, sentada en lo alto de la escalera y volviéndose hacia Zagloba, le gritó en tono burlesco:

—Iré si me venís a buscar aquí arriba.

—¿Me tomáis por un gato, pequeño *haiduk*? ¿Pretendéis que corra tras vos por los tejados? ¿Es así como me pagáis el cariño que os tengo?

—Yo también os quiera mucho, pero desde el tejado.

—El abuelo debe tener sus derechos. ¡Vaya, venid inmediatamente conmigo!

—¡No quiero bajar!

—Es ridículo, creedme, el tomar a pecho, como lo hacéis, una bagatela —dijo Zagloba—. Pan Miguel trató lo mismo a Pan Kmita, que tiene fama de ser un tirador de primera fuerza, y no ya en un simple asalto de amigos sino batiéndose en un duelo a muerte. Los tiradores más afamados italianos, alemanes y suecos no han podido combatir con él, ¿y una muchacha pretenderá desafiarlo y medirse con la primera espada del reino? Deberíais avergonzaros vos misma. Vamos, bajad, inmediatamente. Reflexionad que es ahora cuando comenzáis a aprender.

—Pero no puedo soportar a Pan Miguel.

—¿Por qué? ¿quizá porque es maestro en el arte que deseáis aprender? Por esto deberíais amarlo más bien.

Zagloba no andaba equivocado al hablar así. La admiración de Basia hacia el pequeño caballero se había acrecentado a pesar de su derrota, pero disimulándose contestó con despecho:

—¡Que le ame Krysia!

—Bueno, pero bajad —repitió el viejo.

—No, no quiero.

—Bien, quedaros, si os place, ahí arriba, pero permitidme que os diga que no es conveniente a una doncella noble el estar así en lo, alto de una escalera. Yo soy ya viejo y corto de vista; pero si algún otro viniese por aquí en donde estoy, le ofreceríais un espectáculo bastante agradable.

—Ya bajo —exclamó Basia persuadida por el argumento.

—¡Pronto, porque veo venir uno! —añadió Zagloba volviéndose hacia la casa.

Mientras hablaban así se presentó, en efecto, el joven Adán Novoveski, que habiendo llegado a caballo, había atado su corcel en una verja del costado de la casa y daba la vuelta para entrar por la puerta principal. Basia se bajó presurosa pero ya era demasiado tarde; desgraciadamente para ella, Pan Adán la había visto bajar de la escalera quedando atónito y confuso como una doncella.

Basia se ruborizó también y se quedó inmóvil y cortada ante el joven. Zagloba, que se reía a mandíbula batiente del embarazo de los dos jóvenes, los observó socarronamente por algunos instantes con su ojo sano y al fin hizo la presentación:

—Pan Novoveski, un amigo y subalterno de nuestro Miguel y esta señorita es Panna Dravinovski... ⁽¹⁾ quiera decir Kerzokovski.

Pan Adán se había repuesto ya de su confusión y como era un soldado y tenía un ingenio pronto y vivaz, aunque era aún muy joven, se inclinó con soltura y alzando los ojos a la encantadora aparición exclamó:

—¡Qué milagro de Dios! En el jardín de Kettlin florecen las rosas sobre la nieve, según veo.

Basia murmuró entre sí haciendo una reverencia:

—No florecen por cierto para vos —y en voz alta añadió gentilmente—: Os suplico que paséis —y se adelantó a ellos para guiarlo, precipitándose en la estancia en que Pan Miguel estaba sentado entre su hermana y Krysia y lo anunció—: ¡Ha venido el paco rojo! —pretendiendo aludir al color de su *kontush*.

Después se sentó al lado de la mesa, cruzó sus manos y asumió todo el aire de una señorita formal del gran mundo.

Pan Miguel presentó a su hermana y a Panna Krysia, a su joven amigo, quien viendo a otra señorita de belleza igual a la primera, pero de género diferente, quedó nuevamente cortado. Disimuló, no obstante, con un profundo saludo, su confusión y para darse ánimo se llevó la mano al bigote que despuntaba apenas, retorciéndose los dedos sobre el labio superior.

Dirigiéndose luego a Pan Miguel le comunicó el motivo de su venida. El capitán general había recibido recientemente cartas de Pan Vilchokovski, de Pan Silmitski, del coronel Pivo y de otros comandantes que se hallaban estacionados en Ucrania y en la Podolia, con informes no favorables sobre los asuntos de Crimea.

—El khan y el sultán Galga, que concluyeron con nosotros el Tratado de Podayte —agregó Pan Adán— querrían observarlo pero Budjyak es turbulento como un enjambre de avispa y las hordas de Belgrod se amotan y no quieren obedecer al khan ni a Galga.

—Pan Sobieski me ha informado ya de todo eso y me ha pedido consejo —dijo Zagloba—. ¿Qué esperan para la primavera próxima?

—Dicen que al despuntar las primeras hierbas, estos dos gusanos se moverán seguramente y será preciso aplastarlos de nuevo —replicó Pan Adán asumiendo el aire de

¹() Derivado de dravina que significa escala.

un hijo formidable de Marte y retorciéndose sus cuatro pelitos, tanto, que el labio superior se puso rojo.

Basia, que tenía una vista muy fina, advirtió en seguida esta circunstancia, se hizo atrás algún tanto, de modo que Pan Adán no podía observarla y principió ella también a retorcerse su bigote imaginario, imitando al joven caballero. La hermana de Pan Miguel la amenazaba con los ojos, pero hacía grandes esfuerzos para refrenar la risa.

Volodiovski se mordía los labios y Krysia bajó sus párpados velando sus ojos con sus largas pestañas.

—Sois aún muy joven, pero tenéis la experiencia de un veterano —dijo Zagloba.

—Tengo veintidós años y desde hace siete sirvo a mi patria —repuso el joven—. A los quince me escapé abandonando el último banco de la escuela para dirigirme al campamento.

—Conoce muy bien la estepa —dijo Pan Miguel lisonjeándole—. Sabe abrirse camino entre las altas hierbas y precipitarse sobre las hordas como un buitres sobre un faisán. No es un partidario cualquiera. El tártaro no podrá ocultarse a su vista perspicaz.

A Basia le agradaba mucho no sólo su modo de hablar sino todas sus maneras; pero a pesar de esto no cesaba de burlarse de él remedando todos sus movimientos.

—¡Por el Dios verdadero —exclamó Zagloba—, es muy agradable para un viejo como yo ver cómo crece una nueva generación, digna de nosotros!

—Aún no lo es bastante —replicó Adán.

—Aprecio también la modestia y espero que pronto se os confiará algún mando.

—Eso se ha verificado ya —exclamó Pan Miguel—. Ha sido comandante y ha conseguido algunas victorias.

Pan Adán principió de nuevo a retorcerse su bigotillo y no faltó mucho para que se lo arrancase. Basia seguía imitando todos sus movimientos, sin separar de él sus ojos. El joven héroe lo advirtió por las miradas de todos que se dirigían a su espalda, es decir, hacia la joven que había visto sobre la escalera, y adivinó en seguida que se tramaba alguna cosa contra él. Continuó hablando como si no hubiese notado nada, martirizando como antes su bigote; pero en el momento oportuno se volvió tan rápidamente, que Basia no tuvo tiempo de bajar las manos de la cara ni apartar sus ojos de él. Se puso extraordinariamente encendida y no sabiendo qué hacer se puso en pie. Todos se quedaron igualmente embarazados y por un instante reinó un penoso silencio.

Basia se oprimió de pronto las sienes con las manos y exclamó con su voz argentina:

—¡Dios mío, es la tercera vez hoy que me he quedado cortada!

—Gentil señorita —dijo Pan Adán con viveza—, he observado que a mi espalda se fraguaba algo contra mí. Confieso francamente que deseo con ardor llegar a poseer un buen bigote; pero si no lo consigo, será porque antes habré caído sobre el campo de batalla combatiendo por mi patria, y en tal caso me lisonjeo que mereceré de Vuestra Señoría una lágrima más bien que una burla.

Basia permanecía con los ojos bajos y las francas explicaciones del joven aumentaron su vergüenza.

—Debéis perdonarla —dijo Zagloba—. Es atrevida porque es muy joven, pero tiene un corazón de oro.

Y Basia, para confirmar las palabras de Zagloba, dijo con voz sumisa:

—Espero que me perdonéis.

Pan Adán cogió sus manos y, besándoselas, exclamó:

—¡Por amor del Cielo! no os apenéis por esta bagatela; no soy tan bárbaro. Yo soy quien debería pedir os perdón en vuestra diversión y golpearme el pecho entonando *mea culpa*. Quiero besar de nuevo vuestras manos, y si tengo que estarme besándolas hasta alcanzar vuestro perdón, os suplico que no me perdonéis hasta la noche.

—¿Ves, Basia, qué cortés es este caballero? —dijo Panni Makovetski.

—Ya lo veo —replicó la joven.

—Ahora no hablemos de esto —exclamó Pan Adán, y diciendo esto se llevó nuevamente la mano al bigote, sin duda por efecto de la costumbre; mas rehaciéndose de pronto soltó una alegre carcajada.

Basia lo imitó y los demás siguieron este ejemplo. La alegría se hizo general y Zagloba mandó traer una botella de la bodega de Kettlin, para celebrar el fin del incidente.

Pan Adán hacía sonar sus espuelas, se pasaba la mano por el mechón de sus cabellos y devoraba a Basia con sus miradas a cada instante más ardientes. La joven le gustaba sobremanera. El se puso muy locuaz, y como frecuentaba altas esferas desde que servía a las órdenes del capitán general, tenía siempre muchas cosas interesantes que decir. Habló de la Dieta, de su clausura, contó que en el Senado se había caído la estufa ⁽¹⁾ sobre unos espectadores curiosos, promoviendo con este relato la mayor hilaridad, y finalmente se marchó después de comer, con los ojos y el alma llenos de Basia.

IX

El mismo día Pan Miguel fue a ver al capitán general que había dado la orden de introducirlo a su presencia apenas llegase.

—Debo mandar a Rushchyts a Crimea —le dijo Pan Sobieski—. Irá para ver qué es lo que pasa allá abajo y para intimar al khan que observe los tratados. ¿Deseáis volver al servicio y substituir a Rushchyts en el mando? Vos, Vitchkorski, Silmitski y Pivo no perderéis de vista Doroshenko, ni a los tártaros, en los cuales es imposible fiarse por un momento.

Pan Miguel se puso grave y pensativo. Su alma se destrozaba, porque, precisamente ahora que unas manos graciosas se preparaban a curar sus heridas, se le ordenaba renovarlas, dirigiéndolo al desierto, a los lejanos confines del reino, sin que les importase un ardite su alma cansada y afligida. Habría podido gozar algunos años de vida feliz con Anusia, si el servicio no le hubiese impedido casarse con ella. Al pensar en todo esto, una ola de amargura invadió su corazón, pero no pareciéndole digno de un caballero mencionar los servicios prestados ni insistir sobre sí mismo, repuso brevemente:

—Iré.

—Actualmente —repuso el capitán general—, no estáis en el servicio y tenéis la facultad de rehusar. Vos mismo debéis juzgar si os parece demasiado pronto reanudar vuestros servicios.

—Nunca ha sido para mí demasiado pronto el morir —replicó Pan Miguel.

Sobieski se puso a pasear de arriba abajo por la estancia, pero se detuvo de repente ante el pequeño caballero y poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro le dijo:

—Si vuestras lágrimas no se han enjugado aún, el viento de las estepas las secará. Os habéis fatigado durante toda vuestra vida, querido camarada; seguid fatigándoos todavía, y si por casualidad pensarais alguna vez que se han olvidado de vos, que no os

¹() En Polonia las estufas son grandes y altas, y aun en estos tiempos, especialmente en los pueblos, se encuentran muchas construidas con ladrillos. (*N. del T.*)

han recompensado ni se os concede a tiempo el merecido descanso; que no habéis obtenido vuestra tostada bien untada de manteca, sino una dura corteza; no una *estarościa* ⁽¹⁾ sino heridas solamente; que en vez de reposo no tenéis más que privaciones y sufrimientos, apretad los dientes y decid: «¡Todo por ti, oh patria mía!» No puedo daros otro consuelo, porque no está en mis manos, pero aunque yo no sea sacerdote puedo aseguraros que sirviendo de este modo a vuestro país iréis más lejos sobre la silla de vuestro corcel de guerra que otros en su carroza dé seis caballos, y que se os abrirán muchas puertas que permanecerán cerradas para ellos.

—¡Por ti, oh patria! —se repitió Pan Miguel en su interior, maravillándose de que el capitán general hubiese podido penetrar hasta en lo más íntimo de sus secretos pensamientos.

Pan Sobieski estrechó entre sus brazos, conmovido, a Pan Miguel.

—Somos solamente un manípulo —dijo—; pero muchos otros seguirán nuestro ejemplo.

—¿Cuánto debo marchar? —preguntó el pequeño caballero—. Podría ir también a Crimea, puesto que ya he estado allí.

—No —replicó el capitán general—; a la Crimea quiero enviar a Pan Rushchyts, que tiene parientes allí, que llevan su nombre, probablemente primos suyos que, capturados en la infancia por alguna horda de bárbaros, se hicieron musulmanes y sirven hoy a los infieles. Esos le han de ayudar en un caso dado más aún, prescindiendo de esto tengo necesidad de vos en el campo de batalla; no hay nadie que os iguale para combatir contra los tártaros.

—¿Cuándo debo partir? —repitió Volodiovski.

—Dentro de dos semanas todo lo más. Necesito aún conferenciar con el vicescanciller del reino y con el tesorero, preparar las cartas que ha de llevar Rushchyts y darle las necesarias instrucciones. Entretanto, preparaos, porque yo me daré prisa.

—Estaré dispuesto mañana —repuso Pan Miguel, que saludó y salió del aposento.

Galopaba con tal furia que su criado, que le seguía montado en un caballo muy inferior al suyo, se quedó a larga distancia detrás de él. Era la hora de la puesta del sol; la luz crepuscular se fue extendiendo lentamente por el cielo, lanzando reflejos violados sobre la inmensa y nevada llanura. Comenzaron a centellear las primeras estrellas en el firmamento, y la luna se levantaba sobre el horizonte como una segur de plata. El camino estaba desierto y el pequeño caballero continuó galopando a rienda suelta. Sólo cuando divisó a lo lejos la casa de Kettlin detuvo su caballo, para dar tiempo a que su criado lo alcanzase. En aquel momento vio venir hacia él una delicada y elegante figura femenina: era Krysia.

Cuando La reconoció, Pan Miguel saltó del caballo, tiró las riendas al siervo y se adelantó apresuradamente al encuentro de la doncella, un tanto asombrado pero alegre de verla.

—Los soldados aseguran —le dijo al acercarse a ella—, que durante el crepúsculo se aparecen los seres sobrenaturales a veces de malo, a veces de buen agüero. Para mí no puede ser de mejor presagio el haberos encontrado aquí.

—Ha venido Pan Adán —replicó Krysia—, y está conversando con Basia y Panni Makovetski. Yo me he escurrido a la chiticallando para salir a vuestro encuentro, porque estaba ansiosa de saber qué quería decirnos el capitán general.

La sinceridad de estas palabras conmovió al pequeño caballero hasta el fondo de su corazón.

¹() Feudo y jurisdicción del estarosta. En la antigua Polonia, el estarosta era un caballero investido de un feudo cedido a él por el rey a título vitalicio, para premiar sus servicios militares. Tenía también su corte y, a veces, jurisdicción alta y baja. (*N. del T.*)

—¿Tanto os interesáis por mí? —le preguntó clavando sus pupilas en el fondo de los cerúleos ojos de la joven.

—Sí —respondió Krysia con débil voz.

De su rostro se desprendía cierta calma y una gran bondad. Pan Miguel sintió en aquel instante que aquel rostro le era muy querido, y dijo:

—Si no hubiese un siervo aquí detrás de nosotros, caería sobre la nieve a vuestros pies, con el corazón rebosando de gratitud.

—No digáis cosas de que no me siento digna —repuso Krysia—. Mas recompensadme asegurándome que permaneceréis con nosotros y que podré continuar consolándoos.

—No me quedaré —contestó Miguel.

—¡Es imposible! —exclamó Krysia palideciendo.

—El servicio militar me obliga a partir. Voy a Rusia, a las desiertas estepas.

—¿El servicio militar? —repitió Krysia, y sin añadir más se dirigió vivamente hacia la casa.

Pan Miguel caminaba a igual paso a su lado, un poco confuso y aturdido, sin atreverse a despegar los labios. Finalmente se detuvo delante de la casa y dijo:

—Pensad que si por tantos años he sacrificado mi felicidad por servir a mi patria, no podría negarme ahora a renunciar a mi comodidad.

El pequeño caballero creía que un argumento tan sencillo debía convencer a Krysia; y en efecto, tras un corto silencio contestó la joven en tono dulce aunque triste:

—Cuanto más se logra conocer a Pan Miguel, tanto más se aprende a respetarlo y honrarlo.

Y dicho esto entró en la casa.

Pan Adán se adelantó a saludar a Volodiovski. Panni Makovetski y Zagloba le siguieron.

—¿Qué hay? ¿qué hay de nuevo? ¿qué te ha dicho el capitán general? —le preguntaron todos a un tiempo.

—Señora hermana —contestó Miguel—, si deseas enviar una carta a tu marido, se te ofrece una ocasión propicia, porque me voy a Rusia.

—¿Es el capitán general quien te envía? ¡En el nombre del Cielo, no vayas! —exclamó Panni Makovetski—. ¿Ni siquiera te conceden un poco de tiempo?

—¿Te han designado ya destino? —interrogó Zagloba con acento triste—. Tu hermana me estaba diciendo precisamente que abusaban de ti.

—Rushchyts va a Crimea y yo me encargo del mando de su escuadrón —repuso el pequeño caballero—. Pan Adán tenía razón al decir que en la primavera próxima pulularían los enemigos por esos campos.

Basia se adelantó con el labio fruncido por un gestecillo, como un chicuelo caprichoso y descontentadizo y dijo:

—¡Siento que Pan Miguel se vaya!

Volodiovski soltó una alegre carcajada.

—¡Cielos! —exclamó. ¿Pero no me dijisteis ayer mismo que no me podíais sufrir y que preferíais un tártaro salvaje a mí?

—¡Yo no he dicho eso! Lucharéis allá abajo contra los tártaros y nosotros nos quedaremos solas sin vos.

—Consolaos, pequeño *haiduk* —contestó Volodiovski—; perdonadme si os doy este nombre, pero os cuadra admirablemente. El general me ha dicho que debo marcharme dentro de un par de semanas, pero que habré de regresar a Varsovia para la elección. El desea que me encuentre aquí, y aquí estaré aunque Rushchyts no volviese en el mes de mayo de Crimea.

—¡Oh, qué bien está eso! —exclamó el pequeño *haiduk*.

—Yo acompañaré, sin duda, al coronel —dijo Pan Adán.

—No seréis vos el único. Debe ser una delicia para muchos vivir a las órdenes de un jefe semejante. ¡Marchaos todos! —dijo Basia.

El joven suspiró, atusándose el incipiente bigote y después extendió las manos como si jugase a la gallina ciega y exclamó:

—¡Pero antes quisiera atrapar a Panna Bárbara, y la atraparé, seguramente!

—¡No te verás en ese espejo! —contestó Basia retrocediendo.

Entretanto Krysia se había aproximado a Miguel con el rostro radiante de alegría.

—No sois muy amable conmigo —le dijo—; lo sois más con Basia.

—¡Que no soy amable con vos! ¡que lo soy más con Basia! —repitió Volodiovski sorprendido.

—Habéis dicho a Basia que volveríais para la elección. Si yo lo hubiese sabido, no me habría apenado tanto por vuestra partida.

—¡Adorada mía! —exclamó Miguel... pero se reprimió en seguida y añadió—: Querida amiga, no os lo dije porque había perdido la cabeza al veros.

X

Pan Miguel comenzó muy despacio a prepararse para la partida. Entretanto no cesaba de dar lecciones de esgrima a Basia, que se le hacía cada día más simpática, y de pasear con Krysia, buscando consuelos en su compañía.

Le parecía encontrarlos, en efecto, porque su humor se volvía cada día más sereno y jovial, de tal suerte que, a veces, tomaba parte en los juegos de Basia y de Pan Adán, el cual había llegado a ser asiduo concurrente de la casa. Llegaba por la mañana o al mediodía y se quedaba hasta la noche; y como todos le querían bien, estaban contentos de verlo y pronto lo consideraron como de la familia.

El joven acompañaba a las señoras a Varsovia, cumplía sus encargos en asuntos de compras y por la noche jugaba con ellas a la gallina ciega o a las cartas, repitiendo siempre que había de atrapar a Basia antes de su partida.

Basia se reía y escapaba y Zagloba le decía:

—Si no os atrapa él, otro os atraparé más tarde o más temprano.

Era cada día más evidente que Pan Adán estaba decidido a cogerla a toda costa. El pequeño *haiduk* debía haberlo comprendido así, porque a veces se ponía pensativa y bajaba la cabeza, cayéndole su lindo tupé sobre los ojos.

Pan Zagloba tenía sus razones para creer que Adán no era un partido conveniente, y una noche, a la hora en que todos se habían retirado ya, llamó a la puerta de la habitación de Miguel.

—Siento mucho que tengamos que separarnos —díjole—, pues he venido sólo para saciarme de verte. ¡Dios sabe cuándo volverás!

—Volveré, sin duda, para la elección —repuso el pequeño caballero abrazando a su anciano amigo—. ¿Y tú qué piensas hacer?

—Regresaré a casa de Pan Juan. Sus chicos me atormentan alguna vez, pero cuando estoy lejos de ellos por algún tiempo los echo mucho de menos.

—Si después de la elección estalla la guerra, Pan Juan tomará parte en ella, y ¡quién sabe! quizá tú también saldrás al campo y juntos guerreamos de nuevo contra Rusia.

—A veces me asalta el deseo de volver a ver aquellos lugares que atestiguan nuestra gloria.

—Si es así, vente ahora conmigo. Estaremos alegres uno al lado del otro, y dentro de cinco meses volveremos a casa de Kettlin. Entonces ya habrá vuelto él también y Pan Juan se encontrará en Varsovia.

—No, Miguel, no; para mí no es éste el momento oportuno de seguirte —replicó Zagloba—, pero he prometido que si te casas con una muchacha que tenga posesiones en Rusia iré con vosotros para verlas.

Pan Miguel se quedó un poco confuso, pero respondió al cabo:

—¡Cómo podría pensar en casarme! La mejor prueba de que no se me ha ocurrido tal idea es precisamente que vuelvo a ingresar en el ejército.

—Y eso es cabalmente lo que me aflige —dijo Zagloba—, porque me había habituado a la idea de que sí no hubiera sido la una sería la otra. ¿Dónde y cuándo podrás encontrar, Miguel, ocasión más favorable que la que se te ofrece en este momento? Considera que vendrá la época en que te dirás con pesadumbre: «Todos los hombres tienen sus mujeres y sus hijos, y yo estoy solo en el mundo.» La pena y el dolor destrozarán tu alma. Si te hubieras casado con aquella querida muerta... si ella te hubiese dado algún hijo, no te quejarías, sin duda; pero vendrá un día en que mirarás en tu alrededor buscando en vano entre extraños en un país extranjero.

Pan Miguel callaba; parecía meditar, y Zagloba continuó su discurso mirándole fijamente:

—Mi corazón y mi cabeza habían elegido para ti a ese pequeño *haiduk*, blanco y rosado, porque ante todo tiene un corazón de oro y porque estoy seguro, además, que nunca habrían existido sobre la tierra soldados más valerosos que los que vosotros daríais al mundo.

—Parece un torbellino —replicó Miguel—. Además, según parece, Pan Adán se ha enamorado de ella seriamente.

—Pues de eso he venido a hablarte. Hoy, te preferiría ella porque está enamorada de tu gloria; pero si te vas y él se queda... y estoy seguro que aquél se quedará no estando declarada la guerra... ¿quién sabe lo que puede ocurrir?

—Te repito que Basia es un torbellino. Deja que Novoveski cargue con ella. Le deseo mil felicidades; es un excelente joven.

—¡Miguel! —añadió Zagloba juntando las manos—; piensa qué posteridad sería la vuestra.

—Yo conocí los hermanos Bal, cuya madre era una Drohoyovski ⁽¹⁾, ambos óptimos soldados —respondió ingenuamente el pequeño caballero.

—¡Ah! Esto era lo que yo me esperaba —exclamó Zagloba—. ¿Te has decidido por la otra?

Pan Miguel estaba confuso y no contestó al punto; al fin exclamó:

—¿Qué me estás diciendo? Yo no me he inclinado a ninguna; pero, cuando conocí el valor de Basia, que es verdaderamente tan grande como el de un valiente, la comparé en mi corazón con Krysia, en quien tan graciosamente predominan los sentimientos femeniles. Como siempre están juntas, no se puede hablar de la una sin pensar al punto en la otra.

—¡Bien! Que Dios te bendiga con Krysia aunque yo, si fuese joven, me habría enamorado perdidamente de Basia. No tendría necesidad de abandonarla sola en casa en tiempo de guerra; podría llevarla conmigo al campamento y tenerla a mi lado. Una mujer semejante viviría siempre bajo tu tienda y en un caso extremo sería capaz de manejar un mosquete durante la batalla. ¡Oh mi querido *haiduk*! No te conoce bien y no sabe cuánto

¹() Drohoyovsky era el apellido de Panna Krysia. (N. del T.)

vales. Si yo tuviese sesenta años menos, ya verían qué esposa llevaría Pan Zagloba a su casa.

—No pretendo rebajar el mérito de Basia.

—No se trata de rebajar sus méritos, sino de darle un marido que tú prefieres para Krysia.

—A Krysia la considero como si fuese un verdadero amigo mío.

—¿Como un amigo y no como una amiga tuya? Quizá será porque también tiene bigote. Tú no necesitas amigos; ya tienes bastantes; lo que te falta es una mujer. Reflexiona sin prevenciones y no te pongas una venda sobre los ojos. Guárdate, Miguel, de un amigo que pertenezca al sexo bello, aun cuando tenga bigote, porque la engañarás tú o ella te engañará. El diablo no duerme y le gusta sentarse entre tales amigos; y la mejor prueba es que Adán y Eva comenzaron siendo amigos hasta que esta amistad dejó a la garganta de Adán un hueso que se le atragantó.

—No ofendas a Krysia, porque no podré tolerarlo.

—¡Dios me guarde de ello! Ninguna es superior a mi pequeño *haiduk*, aunque Krysia sea una buena muchacha. No pretendo ofenderla en modo alguno, pero te advierto que no se me escapan tus rubores, tus estremecimientos y tus suspiros cuando estás a su lado. Ve a contarle a otro esta historia de vuestra amistad, yo soy zorro viejo para dar crédito a cuentos.

—Tan viejo, que ves lo que no existe.

—Querría engañarme y desearía que se tratase de mi pequeño *haiduk* —exclamó Zagloba—. Buenas noches, Miguel; créeme, toma a mi pequeño *haiduk*.

Y despidiéndose de este modo se levantó y salió del aposento.

Pan Miguel se revolvió en su cama toda la noche; no podía dormir, porque en su cabeza se agitaba un torbellino de pensamientos inquietos. Veía en su imaginación el rostro de Krysia y sus ojos de largas pestañas, y su labio cubierto de finísimo vello.

Al fin se levantó, hizo el signo de la cruz y se sentó en medio de las tinieblas. Por último, al despuntar el día, se desvanecieron estos sueños y visiones. Experimentó una sensación de vergüenza y se dirigió amargos reproches por no haber recordado a aquella criatura amada que había muerto. Sus ojos, su corazón y toda su alma no estaban ya llenos de su recuerdo únicamente, sino con el de la otra, con el de la viva. Le parecía haber ofendido la sagrada memoria de Anusia y cometido un gran pecado; se puso de rodillas, y aunque era de noche todavía comenzó a recitar las oraciones de la mañana.

Cuando hubo concluido se llevó una mano a la frente y se dijo:

—Debo partir lo más pronto posible y romper esta amistad. Zagloba tiene razón.

A la hora del almuerzo bajó al comedor con el ánimo más tranquilo y de un humor casi alegre, y terminado aquél dio a Basia su lección de esgrima, notando por primera vez que estaba deliciosa cuando los incidentes de la lucha la ponían vibrante de pasión, con las alas de la nariz dilatadas y respirando fuego su alto pecho, anhelante por el cansancio. Parecía que se había propuesto huir de Krysia, la cual pronto notó su desvío y lo seguía por todas partes con los ojos, algún tanto admirada porque Pan Miguel evitaba hasta sus miradas, obstinado en su resolución.

Después de la comida se fue con Basia al almacén, en donde Kettlin tenía otra colección de armas, y se entretuvo en mostrarle algunas, explicándole su uso. Después tiraron al blanco con ballestas de Astrakán. La joven estaba tan excitada, llegó a hacerse tan atrevida, que Panni Makovetski tuvo que refrenarla. Así pasó el segundo día. El tercero fue Pan Miguel con Zagloba a Varsovia para enterarse de la época precisa en que debía partir. Durante la noche el pequeño caballero dijo a las señoras que dentro de una semana partirían con seguridad, y mientras lo decía procuraba mostrarse alegre e indiferente.

—Y bien, ¿no tengo razón para decir que ninguna mujer puede competir con mi pequeño *haiduk*? —preguntó Zagloba a Pan Miguel aquella misma noche al despedirse de él en la puerta de la habitación cuando se retiraron.

—Es una cervatilla preciosísima —replicó el pequeño caballero—. Hará más ruido en una casa ella sola, que cuatro soldados. Es un verdadero tamborcillo.

—¿Un tamborcillo? Que Dios le conceda lo más pronto posible el que vaya a redoblar contigo.

—¡Buenas noches! —dijo Pan Miguel, en respuesta a estas palabras.

—Buenas noches —repitió Zagloba, pero en vez de alejarse añadió—: Son criaturas muy extrañas estas chicas. ¿No has notado el cambio que ha sufrido Krysia desde que tanto te cuidas de Basia?

—No —respondió brevemente Volodiovski.

—Estaba triste como si temiese ser suplantada por la otra.

—Buenas noches —repitió Pan Miguel entrando vivamente en su habitación.

Al atribuir el cambio de Miguel a su volubilidad, Zagloba había calculado mal; además había andado muy torpe, mencionando la transformación de Krysia.

El pequeño caballero se sintió tan conmovido que temió ahogarse de emoción.

—He aquí—dijo para sí— cómo la recompenso por su amabilidad y por los consuelos que me ha prodigado para aliviar mis dolores. ¿Pero qué daño le he hecho yo? —añadió después de un momento de reflexión—. ¿Qué mal he causado? De tres días a esta parte no me he cuidado de ella, mostrándome bastante descortés, por no decir grosero, con la pobre niña que quería curar mis heridas, recompensándola con la más negra ingratitud. ¡Soy un bárbaro! ¡un bárbaro! —repitió Pan Miguel varias veces, y la imagen de Krysia borró en su alma la de Basia—. ¡Qué cargue quienquiera con ese molino de viento, con esa pequeña serpiente de cascabel! —dijo para sí—. Sea Pan Adán o el diablo, para mí es lo mismo.

Krysia había adivinado en seguida con su seguro instinto de mujer que en Pan Miguel se estaba verificando un cambio. La niña se sentía al mismo tiempo ofendida y triste notando que el pequeño caballero trataba de huir de ella, pero comprendió al mismo tiempo que había llegado el momento decisivo, que su amistad no podía continuar de aquel modo, que debía sufrir una modificación, en el sentido de hacerse más fuerte y más íntima o que tenía que cesar por completo. Todo esto le causaba una gran inquietud, aumentada por el pensamiento de la próxima partida de Pan Miguel. El amor no había penetrado en el corazón de Panna Krysia. Sobre este punto no se había confesado aún consigo misma; pero sentía en su corazón y en su sangre una gran predisposición al amor. Quizá en las sensaciones que experimentaba había un poquito de ambición. Pan Miguel estaba circundado de una aureola de gloria; se le denominaba el primer soldado del reino y todos los caballeros repetían su nombre con el mayor respeto. Su hermana lo ensalzaba hasta el séptimo cielo, y sus desventuras le prestaban un encanto especial. La noble doncella, viviendo con él bajo el mismo techo, sufría poco a poco la fascinación que emanaba de toda su persona.

El temperamento de Krysia tenía, como el de muchas mujeres, la irresistible propensión a desear ser amada. Por esta causa su amor propio sufrió infinitamente al verse tratada con indiferencia por Miguel; pero, como tenía buen corazón, se decidió a no mostrarle mala cara, proponiéndose reconquistarlo con su dulzura. Esto lo consiguió tanto más fácilmente, cuanto que al siguiente día Pan Miguel se había arrepentido de su conducta y no sólo no evitaba las miradas de la joven, sino que buscaba sus ojos como si quisiera decir: «Ayer os ofendí, hoy imploro vuestro perdón.»

Le dio a entender tantas cosas con los ojos, que con su influencia magnética inundó de sangre las mejillas de la doncella y su agitación aumentó con el pensamiento de que muy pronto habría de sobrevenir algo importante para ella, y, en efecto, no se equivocó.

Por la tarde, Panni Makovetski fue con Basia a hacer una visita a la mujer del chambelán de Leopoli, que era parienta de la niña, y se encontraba entonces en Varsovia.

Kryisia se quedó en casa con el pretexto de sentir un gran dolor de cabeza, cuando en realidad lo que experimentaba era una violenta curiosidad de saber lo que había de ocurrir entre ella y Pan Miguel cuando se encontrasen solos.

Zagloba no había acompañado tampoco a Panni Makovetski y a Basia en su visita, pero acostumbraba dormir un par de horas después de comer, pretendiendo que esto le preservaba de la grosura y que por la noche se sentía con la cabeza más fresca y más serena. Así, después de haber charlado por espacio de media hora se retiró a su habitación. El corazón de Kryisia comenzó a palpar con mayor fuerza, pero ¡qué amarga desilusión le aguardaba! Pan Miguel se levantó también y se alejó de ella al mismo tiempo que Zagloba.

—Volverá —pensó la joven.

Tomó un pequeño bastidor y se puso a bordar un gorro que pensaba regalar a Colodiovski en el momento de su partida.

De vez en cuando levantaba los ojos de su trabajo para dirigirlos a un reloj de Danzig colocado en un rincón de la estancia.

Pasó una hora, pasaron dos, y Pan Miguel no comparecía. Kryisia dejó el bordado y cruzando sus manos sobre el bastidor, pensó:

—Antes que él se decida, ya habrán vuelto ellas, o se habrá levantado Pan Zagloba; no podremos decirnos nada.

Le parecía en aquel momento que tenían que hablar de un asunto importante, cuya decisión se difería por culpa de Miguel. Al fin creyó oír sus pasos en la habitación contigua.

—Ahora se está paseando de un lado a otro—se dijo—; y se volvió a poner a bordar asiduamente, al parecer.

Volodiovski se paseaba, en efecto, por la estancia vecina, sin atreverse a entrar. El sol se acercaba a su ocaso.

—¡Pan Miguel! —llamó Kryisia de pronto.

El pequeño caballero se apresuró a entrar, diciendo:

—¿Me habéis llamado?

—Quería saber si era una persona extraña, o si erais vos el que paseaba. Hace dos horas que estoy sola aquí.

Pan Miguel cogió una silla y se sentó tímidamente en el borde. Transcurrió largo rato sin que el silencio fuese interrumpido por ninguno de los dos; sus labios temblaban visiblemente. Kryisia levantó hacia él sus ojos; sus miradas se cruzaron y ambos bajaron al mismo tiempo la vista.

Cuando Pan Miguel la levantó de nuevo, los últimos rayos del sol poniente caían sobre el rostro de Kryisia, que, iluminada por aquella luz bellísima, sus cabellos parecían de oro puro.

—¿Os marcháis dentro de pocos días? —susurró la joven, tan bajo, que Miguel la oyó apenas.

—¡Es indispensable! —contestó.

A estas palabras siguió un nuevo silencio que Kryisia interrumpió diciendo:

—Me ha parecido que estos últimos días estabais incomodado conmigo.

—Si eso fuese verdad, no sería yo digno de vuestra estimación —exclamó Volodiovski—, pero os juro que os habéis equivocado.

—¿Qué teníais, entonces? —le preguntó Kryisia clavando sus ojos en el pequeño caballero.

—Voy a hablaros sinceramente, porque creo que la sinceridad vale mucho más que el disimulo. Pero no sé cómo expresaros los sentimientos que experimento por los consuelos que habéis proporcionado a mi corazón y cuán agradecido estoy.

—¡Dios quiera que pueda hacerlo siempre así! —dijo Krysia cruzando de nuevo sus manos sobre el bastidor.

—¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera! —repitió Pan Miguel con profunda tristeza—. Pan Zagloba me ha dicho (hablo delante de vos como ante un sacerdote) que la amistad de una hermosa joven es un grave peligro, porque bajo ella se puede esconder un sentimiento más ardiente, como el fuego bajo la ceniza, y yo... he pensado que Zagloba tenía mucha razón. Perdonad a un soldado su ruda y desaliñada palabra; otro cualquiera hubiera expresado esta idea con más habilidad, pero mi corazón sangra porque os he ofendido estos últimos días y la vida no me sonrío.

Y al hablar así los labios de Pan Miguel temblaban con fuerza. Krysia inclinó la cabeza y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Ocultaré el cariño de hermana que por vos siento si con esto puedo procuraros algún consuelo.

Aquellas lágrimas y el tono con que pronunció estas palabras destrozaron el corazón de Pan Miguel, que se precipitó hacia la joven, cogió sus manos, y, sin reparar en que el bastidor había caído al suelo, se echó a sus pies y comenzó a besar aquellas manos ardientes y suaves como el terciopelo, repitiendo:

—¡No lloréis, por amor del Cielo, no lloréis!

Y continuó besando aquellas manos, aunque Krysia se las llevó a los ojos, como hacen generalmente las personas cuando son presa de una gran excitación. Volodiovski las besaba ahora con mayor transporte, porque el perfume de los cabellos y el calor de la frente de la joven lo embriagaban como el vino y sus ideas se iban confundiendo. Después, sin darse cuenta, se posaron sus labios sobre las cejas de Krysia, besándolas con más ardor aún, y de la frente descendieron a sus ojos húmedos por el llanto y descendieron todavía hasta que sintió, sin saber cómo, aquel finísimo vello bajo sus labios y sus bocas se unieron en un largo beso. Reinó en la estancia un gran silencio, sólo interrumpido por el tic-tac del reloj; pero de pronto se oyeron los apresurados pasos de Basia en la antecámara y su voz infantil que decía:

—¡Hielo, el hielo!

Pan Miguel se apartó de Krysia de un salto; parecía una pantera espantada que se ve forzada a abandonar su presa.

En aquel instante entró Basia en la habitación, produciendo gran ruido y repitiendo:

—¡Hielo! ¡hielo!

De pronto sus pies tropezaron con el bastidor que yacía en el suelo. Se detuvo, y dirigiendo alternativamente sus miradas atónitas, ora al bastidor, ora a Krysia, ora al pequeño caballero, dijo:

—¿Qué estabais haciendo? ¿Os batfais lanzándoos el telar como una flecha?

—¿Dónde está la tía? —preguntó Krysia, procurando hablar con voz tranquila y natural.

—La tía se está apeando despacito del trineo —respondió Basia, cuya voz se había alterado también.

Las alas de su nariz se estremecían. Lanzó una ojeada sobre Pan Miguel y sobre Krysia, y salió de improviso de la estancia.

Panni Makovetski entraba en aquel momento y poco después llegó Pan Zagloba. Hablaban de la mujer del chambelán de Leopoli, y la hermana de Miguel decía:

—No sabía yo que fuese, la madrina de Pan Adán. Éste debe haberle hecho alguna confidencia, porque durante nuestra visita ella no ha cesado de hostigar a Basia con incesantes alusiones.

—¿Y Basia qué ha dicho? —preguntó Zagloba.

—Ha dicho: «Pan Adán carece de bigote y yo de juicio, y no podría decirse cuál de estas dos cosas es la más necesaria.»

—Ya suponía yo que no tenía pelos en la lengua —repuso Zagloba—. ¿Pero quién puede saber lo que piensa en realidad? ¡Son tan solapadas las mujeres!

—Muchas gracias. Basia deja subir a sus labios lo que tiene en el corazón. Ya os he dicho que no siente ninguna inclinación; de Krysia no se puede decir lo mismo.

—¡Tía! —exclamó Krysia con ímpetu.

Interrumpió la conversación la presencia de un criado que entró a anunciar que la cena estaba servida.

Todos se dirigieron al comedor, pero Basia no estaba allí.

—¿Dónde está la señorita? —preguntó Panni Makovetski al criado.

—En la caballeriza —replicó el interpelado—. Le anuncié que la cena estaba en la mesa y me respondió: «Está bien.» Pero en vez de venir aquí, se ha ido a la caballeriza.

—¿Le ha ocurrido algo desagradable? —preguntó la hermana de Miguel dirigiéndose a Zagloba—. ¡Venía tan contenta!

—Voy a buscarla —dijo el pequeño caballero, que no tenía la conciencia muy tranquila, y salió apresuradamente.

Encontró a la joven junto a la puerta de la caballeriza, sentada sobre un haz de heno tan absorta en sus pensamientos que no lo vio llegar.

—¡Panna Basia! —dijo Volodiovski inclinándose ante ella.

Basia se estremeció como si la hubiesen despertado de improviso de un sueño, y levantó sus ojos en los que Miguel vio brillar, con gran sorpresa suya, dos lágrimas gruesas como perlas.

—¡Por el amor del Cielo! ¿Qué tenéis? ¿Lloráis?

—¡Ni por sueños! es el frío que me hace saltar las lágrimas —contestó Basia y se puso a reír, pero su risa era visiblemente forzada.

Deseando luego separar de ella la atención del pequeño caballero, le señaló el caballo que le había regalado el capitán general, y dijo con viveza:

—¿Decís que es imposible acercarse a ese caballo? ¡Ahora voy a verlo!

Y antes de que Miguel pudiese detenerla, entró en dos saltos en el compartimiento.

El fogoso animal comenzó a encabritarse, y a herir el suelo con sus cascos, enderezando las orejas.

—¡Por amor de Dios! ¡Os matará! —exclamó Pan Miguel, que había corrido a detenerla.

Basia daba golpecitos con la palma de su mano sobre el lomo del caballo y repetía:

—¡Dejad que me mate! ¡Dejadle que me mate!

Pero el caballo volvió hacia ella sus narices humeantes, dejando oír un débil relincho, como si le agradaran aquellas caricias.

XI

Todas las noches agitadas que había pasado Miguel en el curso de su vida, no habían sido nada en comparación de aquella noche, después de lo que había ocurrido entre él y Krysia.

Ante todo, se echaba en cara haber hecho traición a la memoria de la muerta, aquella memoria que él amaba aún tanto. Había, además, abusado de la confianza de la viva, bajo pretexto de amistad; había contraído un compromiso y obrado como hombre sin conciencia.

Otro soldado no habría tenido escrúpulo alguno de aquel beso, al contrario, al recordarlo se habría retorcido el bigote sonriendo; pero Pan Miguel era un hombre serio, sobre todo después de la muerte de Anusia. Como sucede a todo el que tiene el alma afligida y el corazón herido, se preguntaba con frecuencia: «¿Qué debo hacer? ¿Cómo tengo que obrar? Desde ahora todo es inútil; desde el momento en que he obrado como un hombre que no desea la amistad sino que ansia la satisfacción de su amor, debo continuar esta vía y decir mañana a Krysia que deseo casarme con ella.»

En este punto interrumpió por un momento el curso de sus pensamientos, que reanudó después, diciendo para sí: «Tal declaración justificará la confianza que me he tomado hoy con ella, podré esperar mañana...»

Al llegar aquí se dio una palmada en la boca, como para impedirle proseguir, y exclamó:

—¿Qué digo? ¿Me ha asaltado, quizá, un regimiento de demonios?

Pero a despecho de esto, no renunció a hacer su declaración, pensando que si ofendía la memoria de la muerta, podía conciliar su espíritu con algunas misas y oraciones.

—De este modo le demostraré bien claro que siempre la recuerdo —se dijo—, si la gente se extraña y se ríe a mi costa, porque hace dos semanas que, estando desesperado, quise hacerme fraile, y hoy hago una declaración de amor a otra, la vergüenza recaerá sobre mí. Si, por lo contrario, no me comprometiese, la inocente Krysia compartiría la vergüenza y la culpa conmigo. Mañana le ofreceré mi mano; no puede ser de otro modo —concluyó.

Después de tomada esta determinación, se calmó considerablemente; recitó algunos padrenuestros y otras oraciones por el reposo del alma de Anusia y se quedó dormido

Al levantarse a la mañana siguiente se repitió:

—Hoy haré mi petición.

Pero esto no era tan fácil, porque Pan Miguel deseaba que nadie se enterase hasta que él no hubiese hablado con Krysia.

En esto llegó Pan Adán, que con su presencia puso en movimiento a toda la casa, a pesar de la hora tan temprana. Krysia iba de un lado a otro como si hubiese ingerido un veneno; estaba pálida, cansada y aburrída. Ora bajaba los ojos, ora enrojecía hasta la raíz de los cabellos, y a veces temblaban sus labios como si estuviese a punto de llorar; después se quedaba pensativa y triste. El pequeño caballero no podía acercársele fácilmente, y mucho menos le era posible ahora quedarse a solas con ella. Es verdad que hubiera podido proponerle dar un paseo, pues hacía un tiempo soberbio y algunos días así lo hacía, pero entonces no se atrevió, porque le pareció que todos adivinarían inmediatamente que se proponía ofrecerle su mano.

Pan Adán vino en su ayuda. El joven había llamado aparte a Panni Makovetski y la hablaba con animación. Ambos se acercaron después al pequeño caballero, que estaba conversando con las dos jóvenes y Pan Zagloba, y su hermana le dijo:

—A vosotros, como jóvenes que sois, os agrada dar un paseo en trineo; la nieve está helada.

Al oír estas palabras, Pan Miguel se inclinó hacia Krysia y le dijo al oído:

—Os suplico que aceptéis mi compañía. Tengo muchas cosas que deciros.

—La acepto dijo Krysia.

Los dos hombres se dirigieron a la caballeriza, seguidos de Basia, al cabo de pocos minutos los trineos estaban dispuestos y esperaban delante de la casa. Pan Miguel y

Kryisia montaron en el primero; Pan Adán y Basia ocuparon el segundo, y los dos trineos partieron sin cochero que les guiara.

Cuando Panni Makovetski se quedó sola con Zagloba, le dijo:

—Pan Adán me ha pedido la mano de Basia.

—¿De veras? —exclamó Zagloba, alarmado por la noticia.

—Su madrina, la mujer del chambelán de Leopoli, vendrá aquí mañana a hablar conmigo. Pan Adán me ha pedido permiso para hablar con Basia previamente, porque si ella no siente ninguna inclinación hacia él, será inútil tomarse esa molestia.

—¿Para esto los ha dejado Vuestra Gracia dar un paseo solos?

—Sí. Mi marido es muy escrupuloso bajo este concepto. Más de una vez me ha dicho: «Administraré sus bienes, pero les dejaré la libre elección de marido; y si es respetable no me opondré, aunque no haya igualdad de fortuna. "Ambas han llegado ya a una edad en que pueden raciocinar por sí mismas.»

—Pero ¿qué contestación pensáis dar a la madrina de Pan Adán?

—Mi marido estará aquí dentro del mes de mayo, y le dejaré el encargo de responder. Me parece, sin embargo, que será lo que Basia decida.

—Pan Adán es casi un niño.

—Pero Miguel afirma que es un soldado valeroso, conocido ya por sus hazañas; posee, además, una fortuna considerable, y su madrina me ha enumerado todos sus parientes. Su bisabuelo era hijo de la princesa Senuyt; en primeras nupcias habíase casado con...

—¡Con el demonio! ¿Qué me importan a mí sus parientes? —exclamó Zagloba interrumpiéndola, sin tomarse siquiera el trabajo de disimular su mal humor—. No es mi hermano, ni mi amigo, y digo francamente a Vuestra Señoría que yo había destinado el pequeño *haiduk* para Miguel. Si entre todas las muchachas que se pasean por el mundo hay alguna mejor o más honesta e ideal que ella, empezaría desde este momento a andar a cuatro patas como un oso.

—Miguel no piensa en tal cosa, y aun en el caso en que se decidiese, es Kryisia a quien él escogería —replicó Panni Makovetski—. La voluntad de Dios es inescrutable. Él decidirá.

—Si ese barbilindo se llevase una carga de calabazas (1) me volvería loco de alegría —añadió Zagloba como conclusión.

Entretanto, el destino de los dos caballeros que iban en el trineo con sus pretendidas estaba a punto de decidirse.

Pan Miguel no se atrevió a pronunciar una palabra durante los primeros momentos; pero al fin dijo a Kryisia:

—No creáis que soy un hombre frívolo ni un pisaverde; eso no sería propio de mi edad.

Kryisia no contestó.

—Perdonadme lo que hice ayer —siguió diciendo el pequeño caballero—. Me impulsó a ello el tierno sentimiento que me habéis inspirado, tan fuerte, que me fue imposible refrenarlo. Considerad lo que soy, gentil doncella, amada Kryisia mía; soy un simple soldado cuya existencia ha transcurrido en medio de la guerra. Otro habría preparado un hermoso discurso y después habríase permitido algunas libertades; yo, en cambio, he obrado de otra manera. Considerad también que si un caballo, por adiestrado que esté, resistiéndose al freno consigue arrastrar a su jinete, ¿cómo podría yo resistir al amor que posee una fuerza más irresistible aún? El amor me ha arrastrado porque os amo de veras. Querida Kryisia mía, vos sois digna de un senador o de un magnate, pero si no despreciáis a un humilde soldado que, sin ser de muy elevada categoría, ha servido a su país no sin

¹() En aquel tiempo se acostumbraba en Polonia colocar una calabaza en el coche del pretendiente, a quien se rechazaba.

gloria, caeré a vuestros pies y besándolos os preguntaré: «¿Me queréis por esposo? ¿Podéis pensar en mí con simpatía?»

—¡Pan Miguel! —exclamó Krysia.

Y sin añadir más, sacó la mano del manguito y la puso entre las del pequeño caballero.

—¿Consentís? —preguntó Volodiovski.

—Consiento —respondió la joven—; y sé que en toda Polonia no podría encontrar un hombre que se os iguale.

—¡Que Dios os lo premie, Krysia! —dijo Pan Miguel cubriendo de besos su mano—. Ninguna fortuna mayor podría haberme caído en suerte. Ahora decidme, que no estáis irritada conmigo por la libertad que me tomé ayer, y me quitaréis un gran peso de mi conciencia.

—No, no estoy irritada.

—¡Ah! Si pudiera besar vuestros pies... —exclamó el pequeño caballero.

A estas palabras siguió un largo silencio.

Los caballos corrían sobre la nieve, levantándola bajo sus cascos en copas que hacían volar alrededor del trineo. Pan Miguel dijo al fin:

—Me sorprende que hayáis fijado en mi vuestra atención.

—Más me sorprende aún que os hayáis podido enamorar de mí tan pronto —replicó Krysia.

Miguel se puso grave y contestó tristemente:

—Quizá os parece poco digno que antes de haberse calmado mi dolor por la pérdida de una mujer querida me halle enamorado de otra. Os confieso con sinceridad, como lo haría a un sacerdote, que en mi juventud fui algo atolondrado, pero aquel tiempo pasó. No me he olvidado de aquella muerta querida, y no me olvidaré jamás de ella; la amo aún y si supierais cuánto la lloro, lloraríais conmigo.

Al llegar aquí el pequeño caballero sintió que le ahogaba la emoción, sin observar, quizá a causa de ella, que sus palabras no producían grande impresión sobre Krysia.

Siguió un nuevo silencio, interrumpido esta vez por la doncella, que dijo:

—Procuraré confortaros con todas mis fuerzas.

—Os he amado tan pronto —respondió Miguel—, porque desde el primer día os apresurasteis a curar mis heridas. ¿Qué era yo para vos? Nada. Pero vos me mirasteis desde el principio como un enfermo y vuestro corazón tuvo piedad de un desgraciado. ¡Cuánto os lo he agradecido! Sólo quien no sepa esto podrá censurarme por qué queriendo hacerme fraile en noviembre, me propongo en matrimonio en diciembre. El primero en burlarse de mí será Pan Zagloba, porque éste experimenta un gran placer en chancearse cuando se ofrece ocasión; pero dejadle que se burle de mí. No me preocupa nada de eso, especialmente porque sé que las bromas o las censuras no recaerán sobre vos, sino sobre mí.

Krysia levantó sus miradas al cielo con aire pensativo y dijo:

—¿Es absolutamente indispensable que manifestemos al mundo nuestra recíproca promesa?

—¿Qué queréis decir?

—A lo que parece, debéis marchar dentro de pocos días.

—Debo partir, bien a pesar mío.

—Yo llevo luto de mi padre. ¿Por qué exponernos a la maledicencia de la gente? Tengamos secreto nuestro compromiso. No es preciso que lo sepa el mundo antes de vuestro regreso de Rusia. ¿No os parece bien?

—¿No debo, pues, decir nada a mi hermana?

—Se lo diré yo misma cuando hayáis partido.

—¿Y a Pan Zagloba?

—Pan Zagloba aguzaría contra mí los dardos de su sátira. Es mucho mejor no decir nada. También Basia me importunaría. En estos últimos días, noto en ella algo extraño y se ha puesto de un humor tan variable como nunca. Lo mejor, pues, es callar. Dios será nuestro único testigo —añadió Krysia alzando de nuevo al cielo sus ojos azules—. No es preciso decirlo a nadie.

—Ahora me convenzo de que vuestra inteligencia no es menor que vuestra belleza —dijo Pan Miguel—. Sí, lo apruebo. Dios será nuestro único testigo. ¡Amén! Ahora apoyad vuestro hombro en el mío, puesto que nuestro contrato está hecho, y vuestro pudor no os lo impide. ¡No tengáis miedo! Aunque quisiera repetir lo que hice ayer, no podría porque tengo que guiar el caballo.

Krysia consintió en lo que él caballero le demandaba.

—Cuando estemos solos llamadme por mi nombre de pila.

—Quizá no está bien —dijo ella sonriendo—. No me atreveré a hacerlo.

—Pues yo sí me he atrevido.

—Porque Pan Miguel es un caballero muy audaz y un soldado sin miedo.

—¡Krysia, tú eres mi amor!

—Mig... —princió a decir la joven, pero no tuvo valor de acabar y se tapó la cara con el manguito.

Poco después Miguel volvió a casa; en el camino hablaron muy poco; pero al llegar junto a la puerta el caballero preguntó de nuevo:

—¡Después de lo ocurrido ayer estabais muy triste!

—Estaba confusa y triste, pero experimentaba una sensación extraña —respondió Krysia en voz baja.

Después tomaron un aire indiferente a fin de que nadie notase lo que entre ellos había ocurrido, pero era una precaución inútil, porque nadie se cuidaba de observarlos. Pan Zagloba y Panni Makovetski habían salido al encuentro de ambas parejas, pero sus miradas se dirigían exclusivamente hacia Basia y Pan Adán.

Basia estaba con el rostro encendido, pero no se podía saber si aquel color provenía del frío o de la emoción. Pan Adán tenía el aire de un hombre consternado y se despidió inmediatamente por Panni Makovetski que trató en vano de detenerlo. Pan Miguel se unió a ella para persuadirlo que se quedase a cenar, pero no obtuvo mejor resultado; pretextó unos negocios urgentes del servicio y se marchó.

En el mismo tiempo la hermana de Pan Miguel besó a Basia en la frente sin decir una palabra; la joven voló a su habitación y no se presentó a la cena.

Sólo al día siguiente Zagloba la atacó directamente preguntándole:

—Pequeño *haiduk*, ¿ha herido el rayo a Pan Adán?

Basia respondió bajando afirmativamente la cabeza.

—Decidme, ¿qué le habéis hecho?

—La pregunta fue pronto, porque es muy audaz, pero la respuesta fue categórica porque yo también soy categórica, ¿no es verdad?

—Habéis hecho muy bien. Permitidme que os abrace. ¿Y qué dijo? ¿se dejó rechazar con facilidad?

—Me preguntó si con el tiempo podría esperar... yo lo sentí infinito, pero no, no, lo que él quería no sería nunca —y al decir esto Basia dilató con aire decisivo las alas de su nariz y sacudió el tupé con aire triste y pensativo.

—Decidme vuestras razones —repuso Zagloba.

—Él también quería saberlas; pero, como de nada le hubiera servido, no se las dije ni las diré a nadie.

—¿Quizá hay en vuestro corazón algún amorcito, eh? —añadió Zagloba mirándola en los ojos.

—Me burlo yo del amor —exclamó Basia levantándose y diciendo con volubilidad como si quisiera disimular su confusión—: ¡No necesito a Pan Adán! ¡No necesito a nadie! ¿Por qué me atormentáis todos? —y prorrumpió en llanto.

Zagloba se esforzó para consolarla, pero durante todo el día estuvo sombría y malhumorada.

Miguel —dijo el anciano después de comer—, tú te vas y Kettlin vendrá pronto. Ya sabes que hay pocos hombres tan guapos como él; no sé cómo estas niñas podrán defenderse de sus atractivos. Cuando vuelvas, te vas a encontrar ambas muertas de amor por él.

—Mejor para nosotros —dijo Volodiovski—. Le daremos inmediatamente Panna Basia.

Ésta le miró con la mirada de un gato montés.

—¿Por qué teméis menos por Krysia?

El pequeño caballero se quedó algo confuso de la pregunta y contestó evasivamente diciendo:

—No conocéis el poder de Kettlin, pero ya lo experimentaréis.

—¿Y por qué no lo puede experimentar Krysia igualmente? No soy yo la que canto: Las niñas se sienten desfallecer: ¿en dónde se ocultarán? ¿Cómo podrán defenderse?

Ahora fue Krysia a quien llegó el turno de confundirse y la pequeña avispa continuó:

—En caso extremo suplicaré a Pan Andrés que me preste su escudo; pero si vos marcháis no sé con qué podrá defenderse Krysia si la amenaza algún peligro.

Pan Miguel se había recobrado de su momentáneo embarazo y respondió con acento un tanto severo:

—¿Quizá encontrará medios para defenderse mejor que vos!

—¿Por qué?

—Porque es menos atolondrada y más seria.

Pan Zagloba y Panni Makovetski creyeron que el audaz *haiduk* empeñaría en seguida la batalla, pero, con gran sorpresa de ambos, Basia inclinó la cabeza sobre el plato y después de algunos instantes dijo con voz sumisa:

—¿Estáis enfadados? Dispensadme vos y Krysia.

XII

Como Pan Miguel tenía permiso para partir cuando quisiera, lo aprovechó para dirigirse a Chenstohova, donde estaba la tumba de Anusia.

Después de haber vertido en ella sus lágrimas, continuó su viaje, y bajo la influencia de recuerdos tan recientes aún le pareció que su secreto compromiso con Krysia había sido un poco prematuro.

Sentía que en el dolor y en el luto había algo sagrado e inviolable que no podía tocarse sino dejar remontarse al cielo como una nube y desvanecerse en el espacio inconmensurable.

Después de la marcha de Volodiovski, Panna Krysia no se mostraba sorprendida de lo que había pasado. Al venir de la Ucrania a Varsovia, donde no había estado nunca, se

había imaginado que todo sería allí diferente. En la Dieta de la Convención se encontrarían todas las escoltas de los obispos y de los más altos dignatarios; allí se reunirían todos los caballeros más brillantes del reino. ¡Cuántas diversiones, cuánta revista, cuánto movimiento! En medio de aquel torbellino, en el concurso de tantos elegantes caballeros habría forzosamente de aparecer aquel *uno* desconocido, aquel caballero sin rival que todas las niñas habían visto en sueños. Aquel caballero ardería de amor por ella y vendría con su laúd al pie de sus ventanas; organizaría cabalgatas para su recreo y suspiraría por toda clase de obstáculos antes de caer a sus pies y de declararle su amor.

Nada de esto había sucedido hasta ahora. Aquella visión fantástica adornada con los brillantes colores del iris se había desvanecido. Un caballero se había presentado, en efecto, un caballero que nada tenía de vulgar, que había sido proclamado el primer soldado del reino, un gran señor sin duda, pero que no se parecía mucho o, por decir mejor, no se asemejaba en nada a aquel *uno* soñado.

Para Pan Miguel la imagen de Krysia era muy dulce y muy confortante, y lo seguía como su sombra. Le parecía que a cada momento se le hacía más querida y que la amaría tanto más cuanto más se alejase de ella y que cuanto más tiempo pasara mayor sería su deseo de volver a verla.

Para Krysia el tiempo pasaba tan lento como si tuviese alas de plomo, porque nadie venía a visitarlas a la casa de Kettlin; después de la partida del pequeño caballero, cada día era tan monótono y tan fastidioso como el anterior. Panni Makovetski contaba los días que faltaban todavía para la elección, esperaba a su marido y no hablaba más que de él. Basia estaba siempre de mal humor y no se le veía nunca sonreír. Zagloba la irritaba aún más diciéndole que había rehusado a Pan Adán y ahora lo deseaba, y de hecho ella habría estado más alegre si él hubiese continuado sus visitas; pero Novoveski se había dicho a sí mismo: «Aquí no hay nada que hacer», y había seguido inmediatamente a Miguel.

Zagloba se preparaba también a volver al lado de Pan Juan diciendo que no podía estar más tiempo sin ver a sus hijos; pero habiéndose vuelto un poco perezoso y pesado dilataba su viaje de un día a otro, repitiendo a Basia que ella era la causa de estas dilaciones, porque estaba enamorado de ella y decidido a pedir su mano.

Un día, estando Krysia sentada junto a la ventana, sumida en sus pensamientos, fijas sus miradas en la puerta de la estancia, sobre la que caía un brillante rayo de sol poniente, se oyeron de pronto las campanillas de un trineo que se acercaba a la casa.

La joven creyó que fuese Panni Makovetski y Basia que volvían de alguna visita.

No abandonó sus meditaciones y siguió fantaseando perdida en la contemplación de aquel rayo de sol que bañaba la puerta.

Pero ésta se abrió de improviso y en el fondo oscuro apareció la figura de un caballero desconocido.

En el primer momento se imaginó Krysia que era un ser ideal y creyó que, adormecida aún, seguía soñando; tan encantadora era la visión que apareció a su ojos.

El desconocido era joven, vestido de negro, con un traje de corte extranjero y llevaba un collar de encaje blanco que le caía hasta los hombros.

Sus cabellos estaban recortados sobre la frente y le caían en bucles dorados a ambos lados de la cara. Tenía las cejas muy oscuras y perfectamente delineadas. Bajo su frente, blanca como el mármol, sus ojos eran dulces y melancólicos, su bigote rubio y una barba recortada en punta, del mismo color. Era una cabeza incomparable, un rostro en que la mayor nobleza se unía a una expresión viril... la cabeza de un guerrero y de un ángel al mismo tiempo.

Krysia sintió que le faltaba el aliento; no daba crédito a sus ojos y no sabía decidir si tenía delante una imagen ilusoria o un hombre en carne y hueso.

El recién llegado permaneció mudo de admiración por algunos instantes o fingió quedarse sorprendido por cortesía; después adelantó lentamente con el sombrero en la mano, cuyas plumas barrían el suelo.

La joven se puso en pie, pero le temblaban las rodillas y tuvo que cerrar los ojos, enrojando primero y palideciendo después.

Al fin la voz del desconocido, dulce y remisa, sonó en su oído:

—Soy Kettlin de Elgin —le dijo—, amigo y hermano de armas de Pan Volodiovski. El siervo me ha dicho que tengo el honor de albergar en mi humilde casa a la hermana y a los parientes de mi Pílates; dispensad mi confusión, ilustre señora, porque mi siervo no me dijo nada de lo que ven mis ojos, que están deslumbrados por el esplendor de vuestra persona.

Con semejante cumplimiento el caballero Kettlin saludó a Krysia, pero ella no respondió de igual modo cortés, porque ni aun siquiera pudo encontrar una palabra. Sentía la urgente necesidad de contentar a este cumplimiento con otro para no pasar por una necia, pero le faltaba la respiración, las arterias le latían violentamente en las sienes y en las manos y su seno se levantaba y se contraía como si sufriese una gran fatiga.

Levantó al fin los párpados; él seguía delante de ella, con la cabeza un poco inclinada y con una expresión de sorpresa admirativa y respeto en su rostro bellísimo. Con mano temblorosa Krysia levantó un poco su falda para hacer al menos una reverencia al caballero y al mismo tiempo se oyó, afortunadamente, gritar fuera:

—¡Kettlin! ¡Kettlin!

Y Pan Zagloba, con los brazos abiertos, se precipitó en la sala.

Los dos amigos se abrazaron y entretanto pudo la doncella rehacerse y echar sobre el joven dos o tres ojeadas. Este había abrazado a Zagloba con la mayor cordialidad y ofrecía en todos sus movimientos una extraordinaria distinción que no había heredado, ciertamente, de sus antepasados, ni aprendido en las cortes de los reyes y magnates.

—¿Cómo estáis? —exclamó Zagloba—. ¡Estoy tan contento de veros en vuestra casa como si fuerais a la mía! Dejadme que os mire. ¡Ah, os habéis puesto flaco! ¿Se trata, quizá, de alguna aventura amorosa? ¿Sabéis que Miguel ha sido destinado a mandar un escuadrón? ¡Habéis hecho bien en venir! Miguel no piensa ya en el convento; Aquí está su hermana con dos señoritas, dos adefesios... ¡Por el amor de Dios! ¡aquí está Panna Krysia! —exclamó interrumpiéndose—. Os suplico me dispenséis y así pierda los ojos el que niegue la belleza de ambas. Este caballero se ha persuadido ya de ello al veros.

Kettlin inclinó por tercera vez la cabeza y dijo sonriendo:

—He dejado esta casa que era una barraca, y la *encuentro* convertida en un Olimpo, porque al entrar he visto una diosa.

—Aún no habéis visto la otra, el pequeño *haiduk* —añadió Zagloba—. Si la una es una beldad, la otra es dulce como la miel. ¿Estáis contento de vuestros huéspedes, verdad? Panni Makovetski vino a residir aquí porque durante la Dieta era muy difícil encontrar albergue. Ahora es más fácil y desalojará bien pronto, porque no está decente que dos jóvenes habiten en casa de un soltero. La gente podría mirar la cosa un poco turbia y no dejaría de haber algunos chismes.

—¡Por el amor de Dios!. ¡Eso no lo permitiré nunca! —exclamó Kettlin—. No soy para Volodiovski un amigo, sino un hermano, y puedo recibir bajo mi techo a Panni Makovetski como a una hermana. Me dirijo a vos, para que os dignéis ayudarme y si es preciso imploraré de rodillas vuestro auxilio.

Y así diciendo se arrodilló ante Krysia y tomando una de sus manos se la llevó a los labios, fijando en su rostro una mirada suplicante al mismo tiempo que jovial; la doncella se ruborizó, especialmente cuando Zagloba intervino de improviso:

—¡Apenas ha llegado y ya se postra a sus pies! ¡Diré a Panni Makovetski que le he sorprendido en esta posición! ¡Bravo, Kettlin! Estas cosas sólo se aprenden en la Corte.

—Yo no estoy muy experta en estas costumbres cortesanas —murmuró la joven visiblemente turbada.

—¿Puedo contar con vuestra ayuda? —le preguntó Kettlin.

—Levantaos, caballero.

—¿Puedo contar con vuestro consentimiento? —repitió el joven—. Yo soy un hermano para Miguel; a él será a quien haréis una ofensa al abandonar esta casa.

—No soy yo quien ha de decidir en esto —replicó Krysia con un poco más de seguridad—; no obstante, agradezco vuestros deseos.

—Os doy las gracias —dijo Kettlin besando de nuevo su mano.

—Por fuera hiel y Cupido está desnudo —dijo Zagloba—, pero no os helaréis en esta casa. Bastarían los suspiros para que se produjera el deshielo.

—Tened piedad de mí —dijo Krysia.

—Doy gracias a Dios porque no os ha privado de vuestro buen humor —observó Kettlin—. La alegría se muestra siempre que se está sano.

—Y que se tiene la conciencia tranquila —añadió Zagloba—% «EH que está turbado está triste», dice el profeta en la Sagrada Escritura. «A mí nada me turba y estoy alegre.» ¡Por mil tártaros! ¿Qué es lo que veo? Primero me aparecisteis en traje polaco con un gorro de piel de nutria y sable al cinto y ahora os veo transformado en un inglés y con unas piernas tan ceñidas que parecen las de una cigüeña.

—Porque he estado en Curlandia, en donde no se usa el traje polaco y he pasado unos cuantos días con el residente inglés en Varsovia.

—Es decir, que volvéis de Curlandia.

—Sí. El caballero que me había adoptado ha muerto y me ha legado allí otras fincas.

—¡Que su alma goce del eterno reposo! ¿Era católico?

—Sí.

—Al menos tenéis ese consuelo; pero no nos abandonaréis por vuestra propiedad en la Curlandia.

—Quiero vivir y morir aquí —replicó Kettlin mirando a Krysia, que bajó los ojos.

Panni Makovetski volvió cuando era ya de noche y Kettlin salió hasta la puerta de su casa para recibirla. Después la hizo entrar, con una cortesía tan obsequiosa como si fuese una princesa reinante.

Ella manifestó sus deseos de buscar al día siguiente un alojamiento en la ciudad, pero no logró realizar su propósito. El joven caballero suplicó, insistió basándose en los vínculos fraternales que le unían a Miguel y permaneció postrado a sus pies hasta que ella consintió en permanecer.

Quedó acordado que Zagloba se quedaría todavía algún tiempo para salvar las apariencias, protegiendo, con su edad y su respetabilidad, a las señoras, contra la murmuración de las malas lenguas.

El anciano condescendió de buena gana, porque profesaba hondo cariño al pequeño *haiduk* y porque había comenzado a maquinar ciertos proyectos que requerían absolutamente su presencia.

Las jóvenes estaban contentas y Basia se declaró abiertamente por la opinión de Kettlin.

—Hoy no podremos salir de aquí de ningún modo —dijo a la hermana de Miguel, que titubeaba—, y en tal caso, lo mismo es permanecer aquí un día que doce.

Kettlin le agradaba como agradaba a Krysia y a todas las mujeres. Además, Basia no había visto nunca un caballero extranjero, y por esto a cada momento buscaba su compañía, contemplándolo con una especie de curiosidad infantil. Era tan importuna, que al fin Panni Makovetski se creyó obligada a reñirla. Mas, a pesar de la reprensión, Basia no cesó de estudiar al caballero como si quisiera clasificarlo desde el punto de vista del valor militar.

Un día se dirigió a Pan Zagloba y le preguntó en voz baja:

—¿Es un soldado valeroso?

—Sí —respondió el viejo—, no podría gozar de mayor fama de la que goza. Tiene mucha experiencia, porque, permaneciendo fiel a la verdadera fe, ha servido desde la edad de catorce años contra los rebeldes, ingleses. Es noble por los cuatro costados, lo que se echa fácilmente de ver por sus modales.

—¿Lo habéis visto vos mismo ante el fuego del enemigo?

—¡Mil veces! Por vosotras no vacilaría en detenerse sin pestañear siquiera, acariciando a su caballo y dispuesto a hablar de amor entre el fragor de una batalla.

—¿Se acostumbra quizá hablar de amor en casos semejantes?

—Se acostumbra hacer todo lo que pueda demostrar desprecio a las balas.

—¿Pero cara a cara, en duelo, es asimismo valiente?

—Sí, sí, eso es innegable.

—¿Y podría hacer frente a Pan Miguel?

—A Miguel, no.

—¡Ah! —exclamó Basia con expresión de triunfo—. Lo sabía yo bien. Ya suponía yo que no podría —añadió palmoteando.

—¿Es decir, que tomáis partido por Miguel? —le preguntó Zagloba.

Basia sacudió su tupé y guardó silencio; después de algunos instantes un suspiro hinchó su seno y dijo:

—¿Qué tiene que ver eso? Estoy contenta porque es de los nuestros.

—Pues tened entendido, pequeño *haiduk* —añadió Zagloba—, que si es difícil encontrar un soldado mejor que Kettlin en el campo de batalla, es todavía más peligroso para las muchachas, porque todas se enamoran locamente de él por su belleza, y es famoso también en lances de amor y en cortejar.

—Decid todo eso a Krysia, porque a mí me tiene sin cuidado —replicó Basia, y volviéndose hacia donde estaba su amiga le gritó—: ¡Krysia! ¡Krysia! Ven aquí, escucha una palabra.

—Aquí me tienes —dijo aquélla.

—Pan Zagloba afirma que ninguna mujer que puede mirar a Kettlin sin enamorarse, instantáneamente de él; yo lo he mirado y remirado por todos lados y no he sentido absolutamente nada. ¿Y tú, has experimentado alguna cosa?

—¡Basia, Basia! —dijo Krysia reconviniéndola.

—¿Te ha gustado, eh?

—¡Déjame en paz, y sé formal! No digas tonterías, Basia... mira, ahora viene.

Y en efecto, antes que Krysia volviese a su puesto apareció Kettlin, que se les acercó diciendo:

—¿Me permitís que os haga compañía?

—Os estábamos echando de menos —replicó Krysia.

—¿Me es lícito preguntaros de qué hablabais?

—¡De amor! —exclamó Basia sin vacilar.

Kettlin se sentó al lado de Krysia y guardaron todos silencio por unos momentos.

Krysia, que tan dueña era de sí misma y tan bien dotada estaba de una gran presencia de espíritu, se tornaba tímida a su lado. Por esto él fue el primero en dirigirle la palabra.

—¿Es verdad que vuestra conversación giraba sobre un asunto tan entremetido?

—Sí —respondió Krysia a media voz.

—Me agradaría conocer vuestra opinión.

—Dispensadme —replicó la joven—; carezco de ánimo y de ingenio y por esta razón prefiero más bien oír de vos algo nuevo sobre el asunto.

—Es muy justo —observó Zagloba—. Os escuchamos.

Kettlin levantó los ojos al cielo, meditó por unos instantes y comenzó a decir como si hablase consigo mismo:

—Amar es una gran desgracia, porque amando un hombre libre se hace prisionero. Como el pájaro herido por una flecha cae a los pies del cazador, de la misma manera el hombre herido de amores no tiene siquiera la fuerza de alejarse de los pies de su amada. Amar vale mutilación, porque un hombre enamorado es semejante a un ciego que no ve ya en el mundo nada más que su amor. Amor quiere decir aflicción, porque, ¿cuándo se derraman más lágrimas? ¿Cuándo se exhalan del pecho más suspiros? Cuando un hombre ama no piensa ya en la caza ni en las galas y sería capaz de permanecer sentado al lado de su dulce tormento ciñéndole las rodillas con sus brazos y suspirando tan lastimeramente como si hubiese perdido la persona más querida. El amor es una enfermedad; porque, cuando se ama, se pone el rostro pálido, como cuando uno tiene alguna dolencia, los ojos se hunden en las órbitas, tiemblan las manos y se enflaquece. Y el hombre piensa en la muerte o se agita desconcertado con los cabellos enmarañados, invoca a la luna, escribe sobre la arena el nombre de su adorada, y si el viento lo borra, con su soplo, exclama: «¡Desventura!», y se pone a sollozar.

Zagloba bostezó, respiró largamente y con fuerza, alargó las piernas y dijo:

—Si eso es amor... haced de él zapatos para los perros.

—Pero sí el amor verdadero es doloroso —continuó Kettlin—, es más doloroso no amar. El hombre que posee la gloria y las riquezas, perlas y perfumes, ¿estará satisfecho sin amores? ¿quién no ansia decir a la doncella amada: «Te prefiero a un reino, te amo más que a mi vida»? Y como todos darían su vida por su amor, es claro que el amor vale más que la vida.

Zagloba, que se había dormido hacia el final del discurso, se despertó y comenzó a guiñar su ojo, dirigiéndolo a las niñas y después al joven.

—¿Qué decíais?

—Os dábamos las buenas noches —contestó Basia.

—Sería inútil negar que me había adormilado, pero ese amor, esas lágrimas, ese respirar... yo he encontrado un consonante mejor: *descansar*. Y en este momento es lo mejor que podemos hacer, porque ya es tarde. ¡Buenas noches a todos, e idos al diablo con vuestro amor! ¡Dios mío! mientras maya la gata no se comerá el queso. En mis tiempos, me parecía yo a Kettlin como se parecen dos copas llenas, y era tan loco en amores que bien hubieran podido batir mis espadas con un ariete por una hora, sin que ni siquiera lo hubiera advertido, mientras hablaba con mi novia; pero ahora prefiero estar tendido en buena cama, sobre todo cuando me rodean las atenciones de un huésped cortés.

—Estoy siempre a las órdenes de Vuestra Gracia —dijo Kettlin.

—Vamos, vamos: Mirad qué alta está ya la luna. Mañana hará buen tiempo; está claro como si fuese de día. Kettlin se estaría con vosotras charlando de amor toda la noche; pero os habéis olvidado, locuelas, que debe estar cansado del viaje.

Kettlin protestó de esta suposición, pero se separaron al fin, porque era realmente tarde. Las dos jóvenes dormían en la misma habitación y solían charlar largo rato antes de quedarse dormidas. Aquella noche Basia no comprendía a Krysia. Mientras aquella tenía grandes deseos de conversar, ésta se mostraba taciturna y respondía sólo con monosílabos. A veces, cuando Basia, al hablar de Kettlin se burlaba de él, remedando sus maneras, Krysia la abrazaba tiernamente, suplicándole; que no hiciera tonterías.

—Es nuestro huésped, Basia —decía—, vivimos bajo su techo y he notado que se ha enamorado de ti cuando te vio.

—¿Y cuándo lo has notado? —le preguntó Basia. —

—¿Quién no te amaría? Todos te aman y yo más que nadie.

Y al decir esto acercó su bello rostro al de Basia, la oprimió contra su pecho y la besó en los ojos.

Por fin se acostaron, pero Krysia permaneció largo rato despierta. Estaba muy agitada; de vez en cuando su corazón palpitaba tan fuerte que tenía que llevarse las manos al pecho para calmar sus latidos. A veces, especialmente cuando cerraba los ojos, le parecía que un rostro como un sueño, se inclinaba sobre ella y le susurraba al oído;

—¡Te prefiero aun imperio!

XIII

Pocos días después Zagloba escribió a Pan Juan una carta del tenor siguiente:

«No te extrañes que no vuelva a tu lado hasta después de la elección, y no por falta de ganas, sino porque el diablo no duerme y no quisiera que, en vez de cazar un pájaro, echase yo la mano sobre un bicho inútil. No será pequeño el daño si no consigo decir a Pan Miguel a su regreso: «La una está ya comprometida, pero el pequeño *haiduk* es libre».

»Todo está en manos de Dios, pero creo que no será preciso instigar mucho a Miguel ni andarse con demasiados requilorios, y que cuando tú llegues, su casamiento será un hecho cumplido. Entretanto, recordando a Ulises me veré obligado a emplear alguna estratagema y a exagerar más de una vez, cosa no muy fácil es para mí, porque siempre he preferido la verdad y me ha gustado que los demás me la dijeren. En cuanto a Miguel y al pequeño *haiduk* quiero cuidarme de su suerte porque ambos lo merecen.

»Recibid mis abrazos tú y tu esposa y los niños; ya sabéis que os amo y que os recomiendo a Dios en mis oraciones.»

Cuando concluyó de escribir Zagloba, esparció un poco de arenilla sobre la carta, la sacudió después ligeramente con la mano y volvió a leerla, teniéndola a cierta distancia de los ojos. Después la dobló, y quitándose un anillo del dedo, selló con él el pliego. En esta operación le sorprendió Kettlin.

—Buenos días tenga Vuestra Gracia —dijo el joven.

—Buenos días, buenos días —repitió Zagloba—. El tiempo es magnífico y lo aprovecho para mandar estas cuatro letras a Pan Juan.

—Enviadle un saludo de mi parte.

—Ya lo he hecho, y es natural, puesto que en mi carta sólo hablo de las dos muchachas y de vos.

—¿En qué términos? —interrogó Kettlin.

Zagloba apoyó las manos sobre sus rodillas y comenzó a tamborilear con los dedos; después bajó la cabeza y mirando a Kettlin de reojo le dijo:

—Querido amigo, no es necesario ser profeta para prever que cuando choca el pedernal contra el acero, no tardarán las chispas en brotar. Sois un hombre guapo y me parece que no os desagradan esas muchachas...

Kettlin se quedó un poco desconcertado.

—Sería preciso que fuese un bárbaro o que estuviese ciego —contestó—, para no admirar su belleza y rendirles mis homenajes.

—Mas precisamente porque no sois un bárbaro —añadió Zagloba clavando en él su mirada penetrante y sonriendo—, no está bien que deseéis las dos: sólo los turcos proceden así.

—¿Cómo podéis suponer...?

—Yo nada supongo; me lo digo a mí mismo. ¡Ah, traidor! les habéis hablado de amor de tal suerte, que ya las mejillas de Krysia están pálidas... ¡a los tres días de vuestra llegada! En esto no hay nada de sorprendente, porque sois muy guapo. Cuando yo era joven acostumbraba también pasarme las noches en lo más crudo del invierno rondando bajo las ventanas de cierta morenilla, que se parecía a Panna Krysia, y recuerdo que le cantaba: «Mientras gozas de un dulce reposo, estoy yo rascando mi laúd.» Si lo deseáis, os enseñaré una canción o compondré una nueva para vuestro uso, pues habéis de saber que soy poeta a ratos perdidos. ¿No habéis observado que Panna Krysia tiene cierto parecido con Panna Billewich, sino que ésta tiene los cabellos rubios y carece de vello su labio superior? Hay hombres para quienes este vello es un atractivo más... Pero dejemos eso y escuchad bien lo que voy a deciros —añadió Zagloba—. Os voy a revelar un secreto de familia, pero, como sois amigo íntimo, es necesario que lo sepáis. Tened mucho cuidado de no pagar con una ingratitud a Volodiovski. Panni Makovetski y yo hemos elegido una de esas muchachas para él.

Y al decir así volvió a mirar fijamente a Kettlin, que palideció visiblemente y preguntó:

—¿Cuál?

—Panna Krysia —replicó Zagloba confidencialmente, guiñando su ojo y frunciendo el ceño.

Kettlin se quedó como de piedra y guardó silencio por tanto tiempo, que Zagloba tuvo que preguntarle:

—¿Qué os parece?

—Podrís estar seguro que nunca satisfaré mi corazón en daño de Miguel —contestó el joven con voz alterada pero con énfasis.

—¿Estáis seguro?

—He sufrido mucho en el curso de mi vida —dijo Kettlin—, pero os doy mi palabra de caballero que sabré contenerme.

—¡No, amigo mío, no contengáis vuestro afecto! —exclamó Zagloba abriendo los brazos—; alegrad vuestro corazón, porque sólo he querido probaros. No hemos destinado Panna Krysia a Miguel, sino mi pequeño *haiduk*.

El rostro de Kettlin irradió una sincera alegría, y estrechando al anciano entre sus brazos, le preguntó al fin:

—¿Pero es ya seguro que se aman?

—¿Quién no amaría a mi pequeño *haiduk*? —replicó Zagloba.

—¿Luego se han prometido ya?

—Aún no ha habido esponsales, porque Miguel no ha cumplido todavía su luto, pero los habrá... apuesto mi cabeza. La muchacha se escapa como una ardilla, pero le tiene mucho cariño, porque para ella el sable es la primera cualidad.

Kettlin abrazó de nuevo a Zagloba sin hablar y besó sus mejillas envejecidas. El viejo le preguntó conmovido:

—¿Hasta tal punto se ha hecho dueña de vuestro corazón Panna Krysia?

—No sé, no sé —respondió Kettlin—; lo que puedo afirmar es que apenas su deliciosa imagen vino a recrear mis ojos, me dije a mí mismo que era la única mujer que mi corazón podría amar, y aquella noche perdí el sueño ahuyentándolo con los suspiros que se escapaban de mi alma. Desde entonces impera en mi ser como una reina impera sobre un súbdito leal y obediente. Si esto es amor, u otra cosa, no lo sé... Mas, aunque esté

naturalizado en este país y mi sangre sea noble, mi nombre es desconocido aquí y temo que Panni Makovetski...

—¿Panni Makovetski? —dijo Zagloba interrumpiéndolo—. No tengáis temor alguno por esta parte. Panni Makovetski cantará al son que yo le toque. Voy inmediatamente a avisarle para que no le extrañe vuestra solicitud por la chica. No le haré en seguida una declaración en nombre vuestro, sino le diré solamente que estáis enamorado de Krysia y que sería bueno que de esta harina hiciéramos pan. Voy ahora mismo y nada temáis, porque en todo caso soy libre para decir lo que me agrade.

Y, aunque Kettlin se esforzase en detenerlo, Zagloba se levantó y salió de la estancia, y tropezando con Basia que corría como de costumbre, le dijo:

—¿No sabéis que Krysia se ha enamorado perdidamente de Kettlin?

—No es el primero éste.

—¿Y os desagrada la noticia?

—Kettlin es un muñeco... un caballero completo, pero un muñeco. Lo que me desagrada es que he tropezado contra la lanza de un carro y me he hecho mucho daño en la rodilla.

Y al decir esto se inclinó y comenzó a restregársela, mirando al mismo tiempo a Zagloba que le decía:

—¡Por el amor de Dios! tened mucho cuidado. ¿Dónde vais?

—Voy en busca de Krysia.

—¿Qué hace ahora?

—¿Ella? Todo el día se lo ha pasado besándome y restregándose contra mí como una gatita.

—No le digáis que Kettlin está enamorado de ella.

—Dios mío, ¿podré resistir a la tentación?

Zagloba sabía muy bien que Basia no podría resistir, y precisamente por esto le había prohibido hablar. La dejó, muy satisfecho de su diplomacia, mientras Basia caía poco después como una bomba en la habitación de Krysia gritando:

—Me he estropeado esta rodilla y Kettlin está muerto de amor por ti. No había visto la lanza del carro, que sobresalía de la puerta de la caballeriza y me he dado un golpe... he visto las estrellas... pero ya pasará... Pan Zagloba me ha suplicado que no te diga nada referente a Kettlin; yo no le he prometido callar y te lo he dicho al momento, ¡y tú que pretendías endosármelo! ¡Te conozco, monina! Yo no te he dado Pan Adán sino Kettlin. Ahora se está paseando por toda la casa con las manos en la cabeza y hablando solo. ¡Bravo por Krysia! ¡bravo!

—Cállate, Basia —exclamó Panna Krysia.

—¡Bravo por Krysia! ¡bravísimo! —repitió más alto la traviesa muchacha.

—¡Qué desgraciada soy! —exclamó Krysia prorrumpiendo de pronto en lágrimas.

Basia empezó a consolarla, pero de nada valieron sus consuelos, porque la joven continuó llorando como no había llorado jamás en todos los días de su vida. Nadie, en efecto, sabía cuán infeliz era. Hacía algunos días que no la abandonaba la fiebre. Su rostro se había puesto pálido, sus ojos se habían hundido y de su pecho salía una respiración afanosa y entrecortada. Krysia misma no sabía si amaba a Kettlin o le odiaba, e invadía un miedo infinito ante esta cuestión. Sentía sólo que su corazón palpitaba por su causa, que su mente se extraviaba por él, que alrededor y aun dentro de sí misma todo estaba lleno de él... y que no tenía ningún medio para defenderse...

—¡Krysia! ¡Krysia! ¿Qué te sucede? —se preguntaba a sí misma, y no sabía qué responder, pues hasta entonces no había pasado nada. Hasta entonces no había cambiado ni siquiera dos palabras a solas con Kettlin, pero, no obstante, su imagen se había posesionado de ella, aunque cierto instinto le susurrase constantemente en el oído: «Ponte en guardia! ¡Huye de él!»

Y en efecto lo evitaba...

Kryisia no había pensado aún en su compromiso con Pan Miguel, y ésta era su muerte; no había pensado en él porque hasta entonces no había ocurrido nada, y porque no pensaba en nada, ni aún en sí mismo sino en Kettlin.

El tormento empezó durante la comida. La hermana de Pan Miguel hacía vagar sus miradas de Kryisia a Kettlin y de éste a Kryisia, lo que no había hecho hasta entonces. Pan Zagloba tosía de un modo significativo; de vez en cuando se interrumpía la conversación general sin saber por qué. Durante una de estas largas pausas, Basia había exclamado de pronto:

—Yo sé una cosa, pero no la quiero decir.

Kryisia enrojeció instantáneamente y después se puso pálida como si algún terrible peligro le hubiese amenazado; hasta Kettlin inclinó la cabeza. Ambos sintieron que aquellas palabras se referían a ellos, y aunque evitaban hablarse aparte para no atraer sobre sí la atención de los demás, comprendieron, no obstante, claramente, que alguna cosa había de surgir entre ellos y que *esta cosa* les había de unir y de alejar al mismo tiempo, porque desde entonces habían de perder su libertad y no podrían permanecer más tiempo sencillamente amigos.

Por fortuna nadie hizo caso de las palabras de Basia. Pan Zagloba anunció que tenía que ir a la ciudad, y que regresaría con una numerosa compañía de caballeros, y todos se ocuparon en esta anunciada visita.

En efecto, aquella noche la casa de Kettlin resplandecía por todas partes; habían llegado unos veinte oficiales con una música que el cortés anfitrión había mandado venir para divertir a las señoras. No se podía bailar porque era cuaresma y porque el luto de Kettlin no había terminado aún; pero escucharon la música y se entretuvieron en agradable tertulia. Las señoras se habían vestido elegantemente. Panni Makovetski apareció, con un espléndido traje de seda oriental; el del pequeño *haiduk* era de vivos colores, y se atraía la atención de todos los oficiales con su rosado rostro y sus esplendentes cabellos que a veces le caían sobre los ojos. Todos sonreían al ver sus maneras desenvueltas, y sorprendía con su tono decidido en que se unía la audacia de un cosaco con la mayor ingenuidad.

Kryisia, cuyo luto por su padre tocaba a su término, llevaba un vestido blanco guarnecido de encajes de plata. Algunos la compararon a Juno, otros a Diana, pero ninguno osaba acercársele, ninguno se retorció el bigote ni le lanzaba miradas ardientes, ni se atrevía a hablarle de amor al conversar con ella.

Mas pronto observó que todos aquellos que la contemplaban con admiración dirigían después sus ojos a Kettlin y que alguno de entre ellos se aproximaba a él y le estrechaba la mano, como para congratularse con el apuesto caballero. Kettlin se encogía de hombros y hacía gestos de denegación. Kryisia, que era una observadora perspicaz, estaba casi segura de que hablaban de ella, considerándola como su prometida, y como no podía ver los manejos de Pan Zagloba, que iba y venía susurrando al oído de cada uno palabras misteriosas, se perdía en vanas conjeturas para adivinar en qué fundaban aquella suposición.

—¿Está quizá esto escrito en mi frente? —pensaba con espanto.

Kettlin lo observó, y no queriendo aumentar su confusión no se le acercaba sino cuando algún otro estaba sentado al lado de ella. Si hubiese sido una reina no la hubiera rodeado de mayor respeto y de mayores atenciones. Al hablar con Kryisia inclinaba la cabeza, retiraba su pierna derecha un poco hacia atrás, como para indicar que estaba dispuesto a caer de rodillas a sus plantas, y le hablaba con dignidad sin permitirse nunca una broma mientras que con Basia chanceaba siempre. En sus relaciones con Kryisia, además de un profundo respeto, se observaba como una sombra de melancolía, llena de ternura.

Gracias a este respeto, ningún otro se permitía una palabra algo ligera ni un chiste demasiado atrevido, como si en cada cual se hubiese arraigado la convicción de que por el nacimiento y la dignidad era ella superior a las demás, que se trataba de una dama con la cual nunca se podría ser demasiado cortés. Krysia le agradeció esta reserva.

La velada pasó para ella dulcemente, aunque un poco agitada. Hacia la media noche los músicos dejaron de tocar, y las señoras se despidieron de la reunión.

Entonces empezaron a llenarse las copas y con la mayor libertad creció el ruido y la animación, que llegó a su apogeo cuando el añejo vino de Hungría desató las lenguas. En esta segunda parte Pan Zagloba, con su inagotable buen humor y sus chistosas ocurrencias, representó el papel principal. / Entretanto, Basia subía las escaleras alegre como un pájaro, porque se había divertido mucho.

Antes de ponerse de rodillas para recitar sus oraciones, comenzó a burlarse de alguno de los invitados, remedando graciosamente sus ademanes.

Al fin dijo a Krysia, palmoteando:

—Ha sido una fortuna que haya venido tu Kettlin; al menos no nos faltarán oficiales. Espera que haya pasado la cuaresma y verás cómo bailo hasta que me falte el aliento. Nos divertiremos. Y cuando llegue el día de tu boda con Kettlin me propongo revolver toda la casa. ¡Así me hagan prisionera los tártaros si no hago lo que te prometo! ¿Qué sucedería si nos cogiesen de veras?... ¡Ah! Kettlin es muy bueno —añadió, saltando sin transición a otra idea—. El hará venir a los músicos para divertirte a ti, pero yo disfrutaré de lo lindo. Haré por ti maravillas, y mientras...

Aquí Basia se interrumpió, cayó de pronto de hinojos a los pies de Krysia y ciñéndole la cintura con los brazos comenzó a hablar imitando la voz de Kettlin,

—Panna Krysia, te amo tanto que no puedo vivir sin ti. Te amo a pie y a caballo, en ayunas y después de cenar. Te amo por todos los siglos de los siglos, como aman los escoceses. ¿Quieres ser mía?

—¡Basia, vas a lograr que me enoje seriamente! —exclamó Krysia.

Pero en vez de enfadarse, cogió a Basia entre sus brazos y la levantó del suelo besándole amorosamente los ojos.

XIV

Pan Zagloba sabía muy bien que el pequeño caballero se inclinaba más hacia Krysia que hacia Basia, y precisamente por esta razón decidió poner a la primera fuera de combate.

Como conocía a fondo a Miguel, estaba convencido de que, no siendo ya posible elegir, caería indefectiblemente del lado de Basia de quien el viejo caballero se mostraba tan enamorado que le parecía imposible que hubiese alguno que no la prefiriera a todas.

Creía, pues, hacer el mayor bien a Pan Miguel obteniendo para él la mano del pequeño *haiduk* y estaba encantado de la idea de aquel matrimonio.

Sin embargo, la respuesta que recibió de Pan Juan algunos días después lo hizo vacilar un poco en su resolución. Aquél le aconsejaba que no se inmiscuyese en semejante asunto, porque temía que surgiera algún conflicto entre los dos amigos. Esto no lo quería

Zagloba y la voz de su conciencia le dejó oír más de una reconvención que él aquietó diciéndose:

—Si Miguel y Krysia se hubieran prometido y yo hubiera introducido entre ellos a Kettlin como una cuña, no habría obrado bien... Salomón ha dicho: «No metas la nariz en la bolsa de otro», y tiene razón. Pero cada uno es libre de desear lo que quiera. Por lo demás, considerando detenidamente las cosas, ¿qué le he hecho yo? Que cualquiera venga a decírmelo... Bueno, bueno; que se arreglen sin mí; estoy seguro de que son capaces de hacerlo. No tienen necesidad de mi ayuda porque se sienten tan atraídos el uno hacia el otro que, apenas se ven, ponen los ojos en blanco; además, se acerca la primavera, que es el tiempo en que arden no sólo el sol, sino los deseos que brotan en nosotros. Sí, quiero dejarlos solos, pero he de saber cuál es el resultado de este enredo.

Y este resultado debía manifestarse pronto. Durante la Semana Santa toda la compañía que habitaba en casa de Kettlin fue a Varsovia y se alojó en la fonda de la *Dugla Ulica* ⁽¹⁾, para estar cerca de las iglesias a fin de cumplir con las devociones prescritas y al mismo tiempo disfrutar de la animación que reinaba en la ciudad los días festivos.

También aquí hizo Kettlin los honores, porque aun siendo de origen extranjero, conocía muy bien la capital y tenía relaciones con muchas personas de todos los barrios, y muchos amigos por medio de los cuales podía obtener fácilmente lo que deseaba. Se mostraba de una cortesía incomparable y casi adivinaba los pensamientos de las señoras a quienes acompañaba, los de Krysia especialmente. Gracias a esto, todos lo querían bien.

La hermana de Pan Miguel, avisada por Zagloba, lo miraba cada día con mayor benevolencia, y si aún no había dicho nada a Krysia, era porque él había guardado hasta entonces silencio sobre el particular.

A la respetable «tía» le parecía una cosa natural y justa que Kettlin conquistase a la doncella, especialmente porque era un caballero distinguido, que en todas partes recibía pruebas de amistad y de estimación y no sólo de gente burguesa sino de las más encopetadas familias.

—Pasaré lo que Dios quiera y lo que mi marido decida —decía para sí Panni Balkovetski—, pero yo no quiero oponerme a su inclinación.

A consecuencia de esta determinación, Kettlin encontró más ocasiones de hablar con Krysia, y permanecía a su lado mucho más tiempo que cuando estaba en su casa.

Un día que Panni Makovetski y Basia habían ido a visitar a una parienta enferma, Kettlin persuadió a Krysia y a Pan Zagloba a que le acompañasen a visitar el palacio real, que la joven no había visto aún, y cuyas maravillas eran célebres en todo el país. La generosidad de Kettlin le abrió todas las puertas y en todas partes los porteros saludaban a la joven, con reverencias e inclinaciones tan profundas como si fuese una reina la que entraba en el palacio.

Kettlin conocía muy bien todos los departamentos de la regia mansión, y la condujo a través de todas sus habitaciones.

Visitaron así el teatro y los baños reales; se detuvieron ante algunos cuadros que representaban las batallas ganadas por Segismundo y por Vladislao sobre los pueblos salvajes del Oriente, y subieron a las azoteas desde donde la vista abarcaba una extensión inmensa.

Krysia estaba admirada y él le explicaba todas aquellas maravillas, pero de vez en cuando callaba y clavaba sus ojos en los de la joven, pareciendo que le decía con sus miradas:

—¿Qué vale todo esto en comparación de ti, que eres el mayor tesoro?

La joven comprendía este mudo lenguaje. Al fin la condujo a una de las reales estancias, y deteniéndose ante una puerta disimulada por la tapicería de la pared dijo:

¹() Calle Mayor.

—Por esta puerta se va a la catedral. Hay un largo corredor que conduce a una tribuna situada cerca del altar mayor. Desde esa tribuna acostumbran los reyes oír la misa.

—Conozco bien este pasaje —dijo Zagloba interviniendo—, porque fui uno de los amigos íntimos de Juan Casimiro. María Ludovica me quería mucho y a menudo me invitaban a oír misa con ellos para gozar de mi compañía y hacerme cumplir al mismo tiempo mis deberes religiosos.

—¿Deseáis entrar aquí? —preguntó Kettlin a la joven, haciendo un signo al portero.

—Vamos —repuso Krysia.

—Id vosotros solos —dijo Pan Zagloba—; sois jóvenes y tenéis buenas piernas. Yo he trotado ya bastante, id, id; os esperaré aquí con el portero, y aunque tardéis un poquito para rezar algún padrenuestro, no me pesará, porque podré descansar entretanto.

Los dos jóvenes desaparecieron por la puerta secreta. Kettlin, cogió a Krysia por la mano y la condujo a través del largo corredor; pero no apretó aquella mano ni la llevó sobre su corazón; procedía con la mayor calma. De vez en cuando las ventanas laterales proyectaban un poco de luz sobre ellos y después quedaban de nuevo sumergidos en la obscuridad.

El corazón de Krysia palpitaba un poquito más fuerte, porque por la primera vez se encontraban solos; pero la calma y la moderación de Kettlin la tranquilizaba.

Llegaron finalmente a la tribuna situada a la derecha de la iglesia, del lado del Evangelio. Se arrodillaron y principiaron a rezar. La iglesia estaba silenciosa y desierta. Dos cirios ardían ante el altar mayor, pero casi toda la nave quedaba envuelta en una luz crepuscular.

Por los vidrios de colores de los ventanales penetraba sólo algún rayo de sol que iluminaba los bellísimos semblantes de los dos jóvenes, que estaban, al parecer, absortos en su oración.

Kettlin se levantó el primero, y no atreviéndose a hablar en voz alta en la iglesia, murmuró en tono bajo:

—Mirad este antepecho cubierto de terciopelo; la reina se sentaba aquí y aún se pueden notar sobre el terciopelo las huellas del sitio en donde ella apoyaba a veces su cabeza.

—¿Es verdad que fue muy desgraciada durante toda su vida? —preguntó Krysia sentándose—. He oído su historia cuando aún era una niña, porque se contaba en todos los castillos de la nobleza. Quizá era desgraciada porque no pudo unirse al que amaba su corazón.

Y al decir esto la joven, que apoyaba su cabeza en el mismo sitio en donde María Ludovica había dejado sobre el terciopelo las huellas de la suya, cerró los ojos. Una especie de sensación dolorosa le oprimía el pecho; un soplo de aire fresco que venía de la iglesia vacía la hizo estremecer, turbando la dulce tranquilidad que un momento antes reinaba en ella.

Kettlin la contempló por algunos instantes en silencio; después se dejó caer a sus pies y empezó con voz conmovida pero tranquila:

—No es un pecado arrodillarse ante vos en este lugar sagrado, porque el amor verdadero, ¿no viene acaso a la iglesia a pedir la bendición? Os amo más que a mi vida, os amo sobre todos los bienes de este mundo, os amo con toda mi alma, con todo mi corazón, y aquí, delante de ese altar, os confieso el amor que siento por vos.

Krysia se puso blanca como un lienzo. La desventurada doncella permaneció con la cabeza apoyada sobre el antepecho sin pronunciar una palabra mientras él siguió así:

—Dejadme besar vuestros pies al implorar vuestra permisión. ¿Debo alejarme de este lugar con el alma llena de celestial alegría, o bajo el peso del dolor que no podré soportar y a que me será imposible sobrevivir?

Esperó la contestación unos momentos, pero como ésta no venía inclinó la cabeza hasta tocar los pies de Krysia. Una emoción evidente le dominaba cada vez más; su voz temblaba como si le faltase la respiración cuando exclamó:

—En vuestras manos he puesto la felicidad de mi vida. Tened piedad de mí.

—¡Implóremos la de Dios! —exclamó al fin Krysia arrodillándose.

Fettlin no la comprendió, pero no atreviéndose a oponerse a su voluntad, se arrodilló a su lado con el corazón vacilante ante el temor y la esperanza. Se pusieron a rezar de nuevo. De vez en cuando resonaban sus voces en las bóvedas del templo desierto y el eco repetía a lo lejos sus palabras en tono suplicante:

—¡Sé misericordioso, Señor! —decía Krysia.

—¡Sé misericordioso, Señor! —repetía Kettlin.

—¡Ten piedad de nosotros!

—¡Ten piedad de nosotros!

Ella continuó después rezando en silencio, pero Kettlin notó que los sollozos agitaban todo su cuerpo. Por mucho tiempo no le fue posible calmarse, y cuando por fin pareció un poco más tranquila, se levantó y dijo:

—Vámonos.

Volvieron a entrar en el largo corredor. Kettlin esperaba recibir una respuesta en el trayecto, pero en vano fijaba sus ojos en la joven. Krysia se deslizaba con paso apresurado, como si tuviese prisa de llegar lo más pronto posible adonde los aguardaba Zagloba. El caballero, sin poder contenerse, la detuvo cogiéndole del vestido, a dos pasos de la puerta.

—Panna Krysia —exclamó—, ¡por cuanto hay de más sagrado para vos!

La joven se volvió y cogiendo de pronto la mano de Kettlin antes que él pudiese oponer alguna resistencia, la llevó a sus labios y dijo luego:

—Os amo con toda mi alma, pero nunca seré vuestra.

Y antes de que el caballero tuviese tiempo para proferir una palabra, añadió:

—Olvidaos de cuanto ha pasado.

Un momento después entraba en la sala donde les esperaba Zagloba. El portero dormía en una poltrona y el anciano en otra. La llegada de los jóvenes los despertó a ambos.

Zagloba abrió su ojo, guiñándolo con un aire inconsciente aún, pero recobrando por grados la conciencia del sitio en que se encontraba y de las personas presentes, exclamó:

—¡Ah, sois vosotros! Estaba soñando que había sido elegido un rey y que era polaco. ¿Habéis estado en la tribuna?

—Sí.

—¿Se os ha aparecido, por ventura, el fantasma de María Ludovica?

—Sí —contestó Krysia con voz sombría.

XV

Cuando salieron del palacio, Kettlin sintió necesidad de coordinar sus ideas y de rehacerse de la estupefacción que le habían producido las palabras de Krysia. Se despidió, pues, en la puerta, de ella y de Pan Zagloba, dejando que marcharan solos a la fonda.

Basia y Panni Makovetski habían vuelto ya a ella y la hermana de Miguel saludó a Zagloba con estas palabras:

—He recibido una carta de mi marido, que continúa todavía con Miguel en la *stancya* (¹). Los dos están buenos y prometen hallarse pronto aquí. Hay una carta de Miguel para vos; para mí sólo ha escrito una postdata en la de mi marido.

—¿Quién ha traído las cartas? —preguntó Zagloba tomando la que le entregaba la señora.

—Las llevaron a casa de Kettlin y un criado nos las ha traído aquí —respondió ésta.

—¿Queréis que os lea esta carta, gentil señora?

—Ciertamente. Iba a suplicároslo.

Zagloba rompió el sello y comenzó a leer, al principio para sí y luego en voz alta:

«Te mando esta primera carta —comenzaba el escrito—, y Dios quiera que no caiga en manos de otro, porque en toda esta región el correo no va muy seguro. Pronto iré yo mismo a abrazaros. Aquí se está bien en el campamento, pero mi corazón me lleva hacia vosotros y nunca me abandonan los recuerdos, de tal modo que prefiero aquí la soledad porque me permite entregarme a mis pensamientos. El trabajo que nos prometíamos se ha desvanecido como el humo, porque las hordas no se mueven por ningún lado; sólo algunas pequeñas bandas vagan por los alrededores haciendo algunas correrías por los campos. Sobre éstas hemos caído dos veces con tanto éxito, que no ha escapado ni siquiera un individuo que pudiera atestiguar su derrota.»

—¡Ah les ha zurrado de firme —exclamó Basia con alegría—. No hay nada más hermoso que la profesión de soldado.

«Los secuaces de Doroshenko —continuó Zagloba leyendo—, querían hacer un poco de ruido, pero sin las hordas no pueden atacarnos de ningún modo. Los prisioneros mismos confiesan que aquéllas no se moverían de sus cuarteles, y yo lo creo también, porque de ocurrir algo ya hubiese ocurrido, pues la hierba está crecida hace una semana y hay, por consiguiente, con qué apacentar los caballos. En los barrancos queda todavía alguna nieve, pero las estepas están verdes, sopla un viento templado y los caballos empiezan a mudar el pelo, lo cual es señal de la proximidad de la primavera. He pedido ya la licencia, que llegará de un momento a otro, y en cuanto la reciba partiré sin tardanza. Pan Adán me sucede en el mando y estará alerta en mi lugar, pero hay tan poca cosa que hacer, que Makovetski y yo hemos empleado días enteros en cazar zorras, por mera diversión, porque en primavera las pieles son inútiles. Hay muchas avutardas y mi criado ha matado un pelícano. Te abrazo con todo mi corazón, beso las manos a mi hermana y a Panna Krysia, mientras pido a Dios especialmente que no me la haga encontrar cambiada, para que siga siendo mi consuelo. Saluda de mi parte a Panna Basia. Pan Adán ha desahogado sobre las espaldas de los rebeldes la cólera que experimentó a causa de las calabazas que recibió en Mokotov, pero es evidente que aún le anda algo por la cabeza.

»Te recomiendo a Dios y a su santo amor.

¹() Cuartel militar.

»P. S. He comprado un lote de armiños muy hermosos a unos armenios que pasaron por aquí; lo llevaré como un regalo a Krysia. Para tu pequeño *haiduk* habrá buenos dulces turcos.»

—¡Que se los coma él, no soy ninguna chiquilla! —exclamó Basia, cuyas mejillas enrojecieron como si hubiese experimentado un dolor repentino.

—¿Luego no estáis contenta de volver a verlo? ¿Estáis encolerizada con él? —le preguntó Zagloba.

Basia bisbisó algunas preguntas y se alejó ceñuda pensando que Pan Miguel la trataba con muy poca consideración. Pensaba al mismo tiempo en las avutardas y en el pelícano muerto por el siervo y que excitaba especialmente su curiosidad.

Durante la lectura de la carta Krysia había permanecido sentada con los ojos cerrados y la espalda vuelta a la luz. Era, en verdad, una fortuna para ella que los circunstantes no pudiesen ver su rostro, porque habrían comprendido al momento que algo extraordinario ocurría en ella. Lo que en la iglesia había pasado y la carta de Pan Volodiovski eran para la joven como dos martillazos dados sobre la nuca. Desvaneciése el sueño encantador y desde aquel instante Krysia se encontró cara a cara con una realidad tan aplastante como la desgracia. Sentíase incapaz de coordinar sus pensamientos y en su corazón, se agolpaban en tropel sentimientos que no podía definir. Pan Miguel con su carta, con la promesa de su próxima llegada y con su lote de armiño le parecía tan vulgar que hasta llegó a hacérsele repugnante.

Al contrario, Kettlin no le había sido nunca tan querido como ahora.

Sí, querida era para ella su imagen, queridas sus palabras, querido su semblante y querida su melancolía.

Y ahora debía ella abandonar su amor, dejar sumergirse en un eterno dolor a aquel a quien había entregado su corazón, para dar su alma y su cuerpo a otro que le había llegado a ser casi odioso, precisamente porque era otro...

—¡No puedo, no puedo! —gritaba una voz en su interior y experimentaba la sensación del que tiene las manos atadas.

Pero las manos se las había ligado ella misma, porque hubiera podido decir a su tiempo a Miguel que sólo sería para él una hermana y nada más.

Recordó aquel beso... aquel beso recibido y devuelto... y la vergüenza la devoró junto con el desprecio de sí misma.

¿Amaba entonces a Miguel? ¡No! En su corazón no había amor, y exceptuando un poco de simpatía no contenía otra cosa que ligereza y curiosidad, disimuladas bajo la máscara de cariño fraternal.

Entonces descubrió por primera vez que entre el beso dado por un amor verdadero y el que es arrancado por el simple impulso de la sangre, hay tanta diferencia como entre un ángel y un demonio.

La cólera y el desprecio brotaron en el alma de Krysia y el orgullo comenzó a agitarse al mismo tiempo en ella contra Pan Miguel.

También él era culpable, ¿por qué había de caer sobre ella todo el arrepentimiento, toda la desilusión y toda la penitencia? ¿Por qué no había de probar él también este amargo cáliz? ¿No tenía ella el derecho de decirle a su regreso: «Me he engañado, creí que la compasión, fuese amor; vos os habéis equivocado. Ahora dejadme, como os dejo yo»?

De pronto sintió un gran miedo... el miedo de la venganza de aquel hombre terrible; no temía nada por sí misma, sino por su amado, que sería infaliblemente víctima de la venganza. Con la imaginación veía a Kettlin frente a frente de aquel famoso espadachín; después le veía caer como flor segada por la guadaña y contemplaba su rostro pálido y sus ojos cerrados para siempre. Los tormentos que ella experimentaba en aquel momento

eran indecibles. Se levantó como movida por un resorte y huyó a su habitación, no sólo para substraerse a las miradas de todos, sino también para no seguir oyendo lo que decían de Miguel. Su animosidad contra el pequeño caballero crecía de minuto en minuto en su corazón, pero el remordimiento y la compasión la perseguían, no la dejaban ni durante sus oraciones y se sentaron en su cabecera cuando, rendida por el cansancio, se tendió sobre su lecho buscando el reposo.

—¿Dónde estará? —le preguntaba la compasión—. Todavía no ha vuelto, camina en las tinieblas de la noche y se retuerce las manos desesperado. Hubieras querido darle el Paraíso y derramar por él tu propia sangre, y en vez de eso le das a beber un veneno y le traspasas el corazón con buido puñal.

—A no ser por tu ligereza, por tu vano deseo de rendir a cada hombre que encontrabas en tu camino —decíale el remordimiento—, no habría ocurrido nada de esto: ahora sólo te queda la desesperación. ¡La culpa es tuya! ¡toda tuya! No hay consuelo ni salvación para ti... sólo vergüenza, dolor y llanto.

—Llora, Krysia —murmurábale la compasión.

—Todas tus lágrimas no bastan a borrar tu culpa —argüía el remordimiento.

—Haz lo que te agrada, pero consuélalo —añadía la compasión.

—Volodiovski lo matará —replicaba el remordimiento.

Krysia se sintió inundada de un frío sudor y se sentó en la cama. La luz argentina de la luna penetraba en su estancia, y aquellos blancos rayos daban al ambiente una apariencia mágica y espectral a un tiempo.

—¿Qué me pasa? —se preguntaba Krysia—. Basia duerme en su lecho. La veo porque la luna brilla sobre su rostro y no puedo decir cuándo ha venido ni cuándo se ha acostado. Sin embargo, no he dormido ni un solo instante... ¡pobre cabeza mía!... estoy tan trastornada que pierdo los sentidos.

Mientras se hacía esta reflexión volvía a acostarse, pero el remordimiento y la compasión se sentaron nuevamente al borde de su cama como dos divinidades que ora penetraban como rayos de la luna, ora desaparecían súbitamente a voluntad suya.

—No dormiré esta noche —se dijo Krysia y se dio a pensar en Kettlin con mayor angustia.

De improviso, la voz doliente de Basia resonó en el silencio de la noche.

—¡Krysia! —llamó la joven.

—¿No duermes? —le preguntó aquélla.

—No, porque he soñado que un turco había atravesado a Pan Miguel con su flecha. ¡Oh, Jesús mío! no ha sido más que una pesadilla y aún siento los estremecimientos del terror. Recemos juntas las letanías para que Dios aleje de él toda desgracia.

—¡Así permita Dios que alguien lo mate!

Tal fue el pensamiento que atravesó por la mente de Krysia como un relámpago; pero se asustó inmediatamente de su maldad, y aunque le era preciso hacer un esfuerzo sobrehumano para rezar por el feliz regreso de Pan Miguel, respondió:

—Sí, Basia, recemos.

Se levantaron ambas de la cama y arrodillándose sobre las losas del piso, principiaron a decir la letanía de los santos.

Sus voces se respondían alternativamente, ora se alzaban, ora bajaban; parecía que aquel aposento se hubiese transformado en una celda de monasterio en donde dos monjas recitaban sus plegarias nocturnas.

XVI

A la mañana siguiente Krysia estaba más tranquila; entre tantos escabrosos senderos había escogido el más difícil de seguir, pero no se encontraba en un camino falso. Al poner el pie en él, vio al menos adónde iba y decidió ante todo tener una entrevista con Kettlin y hablarle por última vez para ponerle a cubierto de una desgracia. Pero el joven caballero no se dejó ver en muchos días consecutivos y no entraba en su casa ni aun de noche.

Krysia comenzó a madrugar, levantábase con las estrellas e iba a la próxima iglesia de los Dominicos, esperando encontrarle una mañana para hablarle sin testigos.

Tropezó con él, en efecto, una mañana, al salir del portal. Cuando Kettlin la vio se quitó el birrete, inclinó la cabeza en silencio y permaneció inmóvil sin pronunciar una palabra. Tenía el semblante demudado por los insomnios y por las fatigas y los ojos hundidos. Sobre sus sienes se veían manchas amarillentas y su tez delicada habíase puesto como la cera. Era una flor que comenzaba a marchitarse.

A su vista sintió la joven que se le destrozaba el corazón, y aunque le costase un gran esfuerzo dar el paso decisivo, porque no estaba dotada de un temperamento audaz, fue ella, sin embargo, la primera en extenderle la mano diciéndole:

—¡Que Dios os conforte y os conceda el olvido!

Kettlin cogió su mano, la llevó primero a su frente y después a sus labios, imprimiendo en ella un largo beso, y con voz vibrante de mortal tristeza y de resignación replicó:

—¡Para mí no hay olvido ni consuelo!

Krysia tuvo necesidad de toda su fuerza de ánimo para contenerse y no echarle los brazos al cuello exclamando:

—¡Te amo sobre todas las cosas! ¡Soy tuya! ¡Tómame!

Las lágrimas se le agolpaban a los ojos, pero conoció que si daba libre curso a su llanto no podría refrenarse ya, y, por lo tanto, permaneció muda ante él, luchando con los sollozos que a duras penas podía reprimir. Finalmente recobró el dominio sobre sí misma y principió a hablar con calma pero de prisa porque sentía faltarle de nuevo el ánimo.

—Quizá os proporcionará algún consuelo la certeza de que no perteneceré a nadie, y eso os lo juro yo —dijo—. Me haré monja. No me juzguéis con demasiada severidad, porque soy muy desgraciada. Dadme vuestra palabra de que no descubriréis nunca a nadie el amor que os he inspirado y que no revelaréis jamás a ningún pariente ni amigo lo que ha pasado entre nosotros. Esta es la última súplica que os dirijo. Vendrá el día en que sabréis por qué obro así, y entonces tendréis la explicación de todo. Por hoy no quiero deciros más... porque no podría a causa de mi dolor. Prometedme lo que os pido... será para mí un consuelo; si me negaseis esta petición preferiría morir.

—Os lo prometo y os doy mi palabra —contestó Kettlin.

—Y yo os doy las gracias con todo mi corazón y pido a Dios que os lo premie —replicó la joven—. Os suplico, además, que mostréis un rostro tranquilo en presencia del mundo para que nadie sospeche nada. Vuestra bondad es tal, que me faltan palabras para encomiarla. En adelante no nos veremos ya a solas sino delante de otras personas. Decidme que no me guardáis rencor, porque una cosa es sufrir por algo y otra cosa es sentirse ofendida. Vos me cedéis a Dios, no a otro hombre, tenedlo presente.

Kettlin quería decir algo, pero como sufría lo indecible, su boca emitió solamente sonidos inarticulados semejantes a gemidos; después tocó con los dedos las sienes de Krysia y los tuvo apoyados en ellas algunos instantes en señal de que la perdonaba y bendecía.

Después se separaron; la joven entró en la iglesia y él salió a la calle para no tropezar en la fonda con alguna persona conocida.

Krysia no volvió a su albergue hasta la tarde y encontró allí un huésped de mucha consideración: el obispo de Olshovski, vicescanciller del reino. Había ido inopinadamente a hacer una visita a Pan Zagloba, deseando, como decía, conocer a un caballero tan célebre, «cuya preeminencia militar era un ejemplo para toda la nobleza del reino».

Zagloba estaba realmente sorprendido, pero se mostraba orgulloso de que se le hiciese semejante honor en presencia de las señoras; se pavoneaba, enrojecía de placer y sudaba esforzándose al mismo tiempo en mostrar a Panni Makovetski que estaba habituado a recibir visitas de los más altos dignatarios del país y que no le imponían gran cosa.

Presentó Krysia al prelado, y la joven, después de haberle besado la mano humildemente, se sentó al lado de Basia, satisfecha de que nadie hubiese notado en su rostro las huellas de sus recientes emociones.

Entretanto el canciller abrumaba con tal prodigalidad de alabanzas a Zagloba, que parecía sacar a cada momento nueva provisión de ellas de sus mangas moradas guarnecidas de encajes.

—No crea Vuestra Gracia que haya venido aquí atraído solamente por curiosidad de conocer al primer campeón de la Caballería —decía el obispo—, porque aun siendo la admiración un homenaje debido a los héroes, los hombres hacen ordinariamente peregrinaciones en provecho propio a aquellos lugares donde la experiencia y la cordura tienen su asiento al lado del valor y de la intrepidez.

En realidad el ilustre prelado había ido para asegurarse que también el viejo guerrero apoyaría la candidatura del joven Miguel, hijo del príncipe Jeremías, en las próximas elecciones; pero expuso sus deseos tras de tantos circunloquios diplomáticos que Zagloba, antes de que se retirase su visitante, quiso poner en claro las cosas y dijo:

—Con vuestro permiso, señor, debo añadir otra cosa, esto es, que os habréis dicho para vuestros adentros: «He puesto en su boca lo que eran deseos míos: le he insinuado la idea de tal modo, que la candidatura del príncipe Miguel le obsesionará; en otros términos, he modelado a este imbécil como si fuese de cera.» No, monseñor, no penséis en eso; yo combatiré por la candidatura del príncipe y sostendré su causa porque me gusta a mí y no por otra cosa. Lucharé por amor de su madre, por amor de sus amigos, lucharé por la confianza que tengo en ella —y aquí Zagloba se inclinó cortésmente—, lucharé porque esta idea ha brotado de mi cabeza como otra Minerva y no ya porque me haya dejado persuadir como un niño; y finalmente yo lucharé, no porque sea un tonto, sino por la sencilla razón de que cuando un hombre cuerdo dice una cosa razonable, el viejo Zagloba responde: «Acepto.»

Y así diciendo el anciano noble se inclinó de nuevo. Al principio de esta arenga el vicescanciller quedó extraordinariamente confuso; pero, viendo que el negocio iba por el camino que él tan ardientemente deseaba, se echó a reír con toda el alma y tomando en sus manos la diestra de Zagloba exclamó:

—¡Ulises! ¡Ulises! Como es cierto que amo a Dios, es un Ulises legítimo. El que desea hacer algo bueno debe conducirse con cada hombre de un modo diverso; pero ahora comprendo que con vos es preciso tomar el camino más corto. No podéis figuraros cuánto me place.

—Como a mí me place el príncipe Miguel.

—¡Que Dios os conceda la salud! Me habéis derrotado, pero me voy contento. Este anillo, con el sello, servirá para que no olvidéis nuestro coloquio.

—Dejad ese anillo en su puesto —dijo Zagloba.

—Lo aceptaréis si queréis complacerme.

—No puedo en modo alguno. Quizá en otra oportunidad... más tarde... después de la elección.

El vicescanciller comprendió y no insistió; pero a pesar de todo se marchó radiante de alegría.

Las señoras estaban llenas de admiración y Zagloba creció tanto, especialmente a los ojos de la hermana de Pan Miguel, que les pareció un gigante. En cuanto hubo salido el obispo, exclamó con entusiasmo:

—Habéis excedido a Salomón en sabiduría.

—¿A quién decís que he sobrepujado? —dijo Zagloba bastante satisfecho—. Esperad un poco y ya veréis venir capitanes, obispos y senadores; tendré que escapar o esconderme detrás de las cortinas.

La conversación fue interrumpida por la entrada de Kettlin.

—¡Kettlin! ¿necesitáis protección? —exclamó Zagloba embriagado aún por el sentimiento de su importancia.

—No —replicó el caballero con tristeza—, porque tengo que abandonaros de nuevo y por largo tiempo.

Zagloba lo miró fijamente.

—¡Qué abatido estáis!

—Lo estoy precisamente porque debo partir.

—¿A dónde?

—He recibido cartas de Escocia, de unos antiguos amigos de mi padre y míos. Mis negocios requieren absolutamente mi presencia, quizá por mucho tiempo. Siento infinito tener que separarme de todos... pero es preciso.

Zagloba se adelantó hasta el centro de la estancia, fijó su mirada en la hermana de Pan Miguel y en las jóvenes y dijo:

—¿Habéis oído? ¡En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo!

XVII

Aunque Zagloba recibiese con mucha sorpresa la noticia de la partida de Kettlin, no surgió, sin embargo, en su ánimo sospecha alguna. Se podía admitir sin dificultad que Carlos II hubiese recordado los servicios que los Kettlin habían prestado al trono en tiempos borrascosos y que desease ahora mostrar su gratitud al último descendiente de la familia. En rigor habría parecido muy extraño que hubiese obrado diferentemente. Además, Kettlin enseñó a Zagloba algunas cartas que venían de Ultramar, que consiguieron convencerlo de todo. Este viaje, empero, ponía en peligro los proyectos del anciano, que pensaba con espanto en el porvenir. Volodiovski, según su carta, debía llegar de un momento a otro.

—Los vientos de la estepa han barrido los restos de su pena —se dijo Zagloba—. Volverá más gallardo que cuando partió, y como el diablo en persona lo arrastra hacia Krysia, no tardará mucho en pedir su mano. Y después... después Krysia dirá que sí... ¿cómo había de decir *no* a un caballero semejante, que es además hermano de Panni Makovetski? Y mi pobre *haiduk* se quedará en tierra.

Decidió, pues, tener una detenida entrevista con Kettlin, a quien dijo:

—¡Es una combinación verdaderamente desagradable! Cada uno sabe lo que más le conviene y no debo pedirlos que os quedéis, pero al menos querría saber algo referente a vuestro regreso.

—¿Sé acaso lo que me espera allí donde voy? —replicó Kettlin—. Volveré más adelante... si puedo. Me quedaré allí... si debo.

—Ya os convenceréis de que vuestro corazón anhelará volver a nuestro lado — insistió el viejo.

—No permita Dios que mi tumba esté en otro país que en aquel que me ha dado todo lo que podía darme —exclamó el joven.

Zagloba comenzó a comprender que Krysia no era ajena a aquella partida, y habiendo logrado arrancar a Kettlin alguna frase que él interpretó como una confesión ofrecióse a hablar con la joven.

Kettlin se imaginó que si Krysia deseaba tan seriamente que sus sentimientos permaneciesen secretos, se alegraría quizás de encontrar una oportunidad de renegar de ellos abiertamente; así es que contestó:

—Os aseguro que es inútil, y estoy tan convencido de ello que he hecho cuanto me era posible por arrancar este pensamiento de mi mente; pero, si esperáis algún milagro, habladle.

—Si habéis arrancado de vuestra alma su imagen —dijo Zagloba con cierta amargura — no hay en realidad nada que hacer ya. Permitidme solamente deciros que os creía más constante.

Kettlin se puso en pie y levantando las manos al cielo exclamó con vehemencia insólita en él:

—¿De qué me serviría desear una de esas estrellas? Ni puedo volar hasta ellas ni ellas pueden descender hasta mí. ¡Desgraciado aquel que suspira por la luna!

Zagloba se enfadó y empezó a bufar. Por unos instantes ni siquiera pudo pronunciar una palabra, pero cuando consiguió dominar su cólera le dijo con voz entrecortada:

—Querido mío, no me tengáis por un imbécil. Si queréis aducirme razones, no deben ser tales declaraciones; sé únicamente que la muchacha habita dos estancias más allá de ésta, que come, que bebe, que cuando anda echa alternativamente un pie delante de otro, que cuando hace frío su nariz se pone roja y que suda cuando hace calor. Cuando un mosquito le pica lo siente y si acaso puede asemejarse a la luna será sólo porque no tiene barba. En lo tocante a Krysia, si no le habéis hablado de esto, si no le habéis pedido nada, la culpa es sólo vuestra; y si ahora habéis dejado de amarla y os largáis pretextando a vos mismo que es la luna, os aseguro que poco fruto podréis sacar de vuestra honradez o de vuestro ingenio. En mis tiempos se dirigía un hombre a una muchacha y le hablaba en estos términos: «Si me queréis, viviremos juntos; si no me queréis, no intentaré conquistaros.» Cada uno sabía lo que tenía que hacer; el que era tímido y no se atrevía a hablar enviaba un hombre que no fuese mudo. Os he ofrecido mis servicios y os los vuelvo a ofrecer ahora. Iré, hablaré, os traeré una contestación, y según sea ésta os iréis u os quedaréis.

—Tengo que irme; no puede ser de otro modo, o no quiero que sea.

—¿Volveréis?

—No, hacedme el favor de no hablarme más de esto. Si deseáis interrogar a Panna Krysia para satisfacción vuestra, está bien, podéis hacerlo; pero no en nombre mío.

—¡Por el amor del Cielo! ¿La habéis interrogado ya?

—Dejemos esta conversación, os lo ruego.

—Sea, hablemos del tiempo. ¡Así caiga un rayo sobre vuestras ideas y sobre vos! Os marcháis y yo me siento obligado a maldecir.

—Me despediré de vos, porque veo que os habéis enfadado.

—¡Esperad, esperad! El enfado me pasará pronto. Esperad, querido Kettlin, tengo algo que deciros. ¿Cuándo marcháis?

—Apenas haya puesto en regla mis asuntos. Quisiera aguardar en Curlandia el pago trimestral de mi renta, y la casa en que hemos vivido la vendería fie buena gana si encontrara algún comprador.

—Ofrecedla a Makovetski o a Miguel. ¡Pero, en nombre de Dios! ¡no os marchéis sin haber visto a Miguel!

—Me alegraría infinito el verlo.

—Debe llegar de un momento a otro —dijo Zagloba.

Pero calló instantáneamente asaltado de pronto por una gran inquietud.

—He servido a Miguel —pensó— con un buen fin, sin duda en contra de su voluntad. Si entre él y Kettlin naciese la discordia, más vale que éste se vaya.

El viejo hidalgo se rascó la cabeza calva, y añadió por fin:

—Todo lo he dicho con la mejor intención. Os quiero tanto que desearía teneros aquí a toda costa y con este fin me he servido del nombre de Krysia como de un cebo. ¡Qué otro interés puede tener un viejo en este asunto! No soy un corredor de matrimonios: si lo fuese hubiera empezado por proporcionarme uno para mí. Dadme un beso, Kettlin, y no os enfadéis.

Kettlin abrazó a Zagloba, que se conmovió realmente y dio en seguida orden de que le trajesen una botella.

—Todos los días —dijo— nos beberemos una hasta que os marchéis.

Bebieron y poco tiempo después Kettlin se despidió de él. El vino excitó inmediatamente la fantasía de Zagloba; principió a pensar en Basia, en Krysia, en Pan Miguel y, en Kettlin. Los unió en dos parejas y los bendijo. Al fin experimentó el deseo de ver a las muchachas y se dirigió a la habitación de ambas.

Las dos se hallaban sentadas y cosiendo en la habitación contigua a la entrada. Después de haberlas saludado, Zagloba se puso a pasear por la estancia, arrastrando un poquito las piernas, de que no se servía tan bien como antes, sobre todo después de haber bebido una botella de buen vino. Mientras estaba paseando miraba a las dos jóvenes sentadas la una al lado de la otra, de modo que la rubia cabeza de Basia tocaba casi la negra cabellera de Krysia. Basia lo seguía con la vista con tal diligencia, que era difícil seguir con los ojos el centelleo de su aguja.

—¡Hum! —exclamó Zagloba de pronto.

—¡Hum! —repitió Basia.

—¡No os burléis de mí, porque estoy muy incomodado!

—¡Me cortará la cabeza sin duda! —gritó Basia fingiéndose espantada.

—Os cortaré le lengua... eso es lo que quiero hacer.

Hablando así se acercó a las jóvenes y poniéndose en jarras preguntó sin preámbulos:

—¿Queréis a Kettlin por marido?

—Sí y otros cinco como él —replicó Basia vivamente.

—A ver si os calláis, mosca, no hablo con vos. La pregunta iba enderezada a Krysia. ¿Queréis casaros con Kettlin?

Krysia se había puesto un poco pálida, aunque al principio había creído que la pregunta se dirigía a Basia y no a ella. Ahora levantó hacia el viejo caballero sus bellos ojos azules, y le respondió con calma:

—¡No!

—¿No? A fe mía, la respuesta es breve. ¿Y por qué no lo queréis?

—Porque no quiero a ninguno.

—Krysia, cuéntalo eso a otra, no a mí —dijo Basia.

—¿Que es lo que le ha inducido a despreciar el matrimonio? —añadió Zagloba.

—No lo desprecio, pero siento la vocación de hacerme monja.

Había tanta seriedad y tristeza en su voz, que ni Basia ni Zagloba creyeron ni por un solo instante que se chancease; antes bien, ambos se quedaron tan estupefactos que comenzaron a mirarse con rostro alterado dirigiendo después sus miradas a Krysia.

—¡Muy bien! —dijo Zagloba rompiendo el silencio el primero.

Basia la miró atentamente, después le echó los brazos al cuello, y aproximando a sus mejillas sus labios rojos, le dijo:

—Krysia, tú me harás llorar. Dime ahora mismo que ha sido una broma, si no, lloraré, ¡cómo hay un Dios en el cielo que lloraré!

XVIII

Después de su conversación con Pan Zagloba, Kettlin se dirigió a la hermana de Pan Miguel para informarla que se veía obligado a quedarse en la ciudad para despachar algunos asuntos urgentes, que después debía marcharse por algunas semanas a Curlandia antes de emprender su viaje, de modo que le sería imposible acompañarla a su casa del arrabal, y le suplicaba, por fin, que considerase como suya aquella casa y que la ocupase con su marido y con Pan Miguel hasta que pasara la elección.

Panni Makovetski consintió, porque en el caso contrario la casa quedaría abandonada y no habría servido a nadie.

Después de aquella entrevista, Kettlin desapareció y no se dejó ver en la fonda, ni en las cercanías de Kokotov, cuando la hermana de Pan Miguel volvió con las dos jóvenes. Krysia sola sentía su ausencia. Zagloba estaba enteramente ocupado en la próxima elección, y Basia y Panni Makovetski se habían afligido de tal suerte de la imprevista resolución de Krysia, que no podían pensar en otra cosa.

Sin embargo, Panni Makovetski no intentó siquiera disuadir a la doncella, porque en aquellos tiempos se creía que el oponerse a tal propósito era una ofensa hecha a Dios. Sólo Zagloba habría tenido valor para protestar, a pesar de su devoción, si le hubiese interesado el asunto bajo cualquier aspecto, pero, como no le importaba, estaba tranquilo y contento de que las cosas se hubieran arreglado de tal modo que Krysia no podría interponerse ya entre Pan Miguel y el pequeño *haiduk*.

Estando ahora completamente convencido de que se realizarían sus deseos, pudo dedicarse todo entero a los trabajos electorales. Visitaba a los nobles que habían venido a la capital y pasaba el tiempo en entrevistas con el vicescanciller, que le había llegado a ser simpático y de quien era uno de los primeros auxiliares. Después de cada una de estas entrevistas, volvía a casa más ardiente partidario de un rey polaco y más declarado enemigo de todo candidato extranjero.

Pero conformándose a las instrucciones del vicescanciller, se mantenía quieto, aun cuando no pasara un día en que no conquistase a alguno para su secreto candidato. Llevó tan lejos esta tarea, que dicha candidatura llegó a ser para él el asunto más importante de su vida... después de la unión de Basia con Pan Miguel.

Se aproximaba el tiempo de la elección: la primavera había librado del hielo las aguas; había empezado a soplar una tibia brisa bajo cuyo hálito los árboles se habían

cubierto de yemas, y bandadas de golondrinas giraban por todas partes salidas de una grieta del Océano helado, según creía entonces la gente ignorante. Comenzaban a llegar los invitados a la elección, pero antes que nadie, llegaron los comerciantes que se prometían recoger rica cosecha de ganancias en una ciudad en que se reunirían más de quinientas mil almas, entre las cuales habría magnates, nobles y militares. Centenares de ingleses, holandeses, alemanes, rusos, tártaros, turcos, armenios y hasta persas acudieron llevando telas, lienzos, damascos, brocados, pieles, perlas, perfumes y confituras. Por las calles y fuera de la ciudad se levantaban barracones en que se encontraba toda suerte de mercaderías.

Corría la voz de que la elección sería bastante borrascosa porque todo el país andaba dividido en tres partidos, esto es, entre tres candidatos, principales, los príncipes de Condé, de Neuburg y de Lorena. Se decía que cada partido se esforzaría en hacer triunfar el candidato propio, usando, si necesario fuese, de la fuerza. El miedo se apoderó de los corazones, las almas estaban inflamadas de rencores partidistas. Algunos pronosticaban la guerra civil y estos pronósticos se fundaban en los fuertes destacamentos militares de que se rodeaban los magnates.

La multitud de los nobles aumentaba de día en día y era evidente que cuando después de la Dieta la elección principiase, su número superaría aún al de las fuerzas de los magnates. Pero aquella multitud no se hallaba en condiciones de guiar la nave del Estado a unas aguas más tranquilas, porque sus cabezas se hallaban rodeadas de tinieblas e ignorancia y sus corazones estaban corrompidos en su mayor parte. La elección prometía, por lo tanto, ser prodigiosa, y nadie preveía que concluyera pacíficamente, porque, exceptuando Zagloba, ni aun los que trabajaban por el polaco podían imaginar hasta qué punto les habría de ayudar la estupidez de los nobles y las intrigas de los magnates. No eran muchos los que esperaban hacer triunfar un candidato como el príncipe Miguel; pero Pan Zagloba nadaba en aquel mar como pez en el agua. Desde el principio de la Dieta habitaba en la ciudad y sólo volvió a casa de Kettlin cuando no podía resistir al deseo que le consumía de ver a su pequeño *haiduk*. Y como a consecuencia de la resolución de Krysia había perdido Basia gran parte de su buen humor, el viejo hidalgo la llevaba a veces a la ciudad a distraerla, alegrando a sus ojos la vista de las mercaderías expuestas en las tiendas. Por lo común salían por la mañana y Zagloba no la llevaba a casa hasta la noche. Por el camino y en la ciudad, el corazón de la joven se sentía aliviado al contemplar no sólo las variadas mercaderías sino también la abigarrada multitud de tantas gentes extrañas y de tropas tan magníficas.

Brillaban sus ojos como dos carbones ardientes, y no se saciaba nunca de contemplar este espectáculo siempre nuevo, fatigando a preguntas a su anciano acompañante. Zagloba le contestaba siempre con agrado, pues de esta suerte le mostraba su experiencia y su instrucción.

A veces, una brillante sociedad de militares circundaba al coche que les llevaba por la ciudad, y los caballeros admiraban mucho la belleza de Basia, su ingenio pronto y su carácter resuelto, y Zagloba contaba a todos la historia del tártaro muerto con un cartucho destinado a matar a un pato, maravillándose con su relato.

Un día, Zagloba y Basia volvieron a casa muy tarde, pues la revista de las tropas de Pan Félix Pototski les había entretenido todo el día. La noche era tibia y serena; ligeros velos de niebla se extendían por los campos. Aunque, Zagloba estaba siempre en guardia, porque con tal concurso de siervos y soldados era necesario tener gran cuidado para no ser sorprendidos por los bandidos, aquella noche se había dormido. También el cochero estaba algo amodorrado, y sólo Basia iba bien despierta, porque mil recuerdos e imágenes se le representaban como un torbellino en su mente. De pronto llegó a sus oídos el ruido de las pisadas de varios caballos, y tirando a Zagloba de una manga le dijo:

—Unos jinetes nos siguen.

—¿Qué hay? ¿Cómo? ¿Quién? —preguntó el anciano soñoliento.

—Vienen unos jinetes, no sé de qué especie —repitió la joven.

—Sí, se adelantan directamente hacia nosotros. Se oye el ruido de los cascos de los caballos; será quizá uno que sigue la misma dirección que nosotros.

—Son unos bandidos, sin duda —decía Basia, porque en su interior estaba deseosa de aventuras, y cuando Zagloba, bufando y refunfuñando, sacó de sus fundas dos pistolas que siempre llevaba para una ocasión, reclamó una para ella—. No erraré al primer bribón que se acerque —dijo—. La tía tira muy bien con un mosquete, pero de noche no ve. Juraría que esos hombres son ladrones. ¡Ah, con tal que nos ataquen! Presto, dadme una pistola.

—Os la daré, pero me habéis de prometer que no tiraréis hasta que yo haga u os diga: «¡Fuego!» Si os doy un arma sois capaz de disparar sobre el primer caballero que se presente, sin decir: «¡Allá va eso!», y podremos atraernos un serio compromiso.

—Gritaré primero: «¡Quién va!», pero con tal aspereza que nadie reconocerá mi voz femenil.

—Así sea —replicó Zagloba—. ¡Ah, siento que se acercan ya! Podéis estar segura que es buena gente. De lo contrario, nos habrían atacado de improviso o tendido una emboscada.

Sin embargo, como los caminos estaban realmente infestados de vagabundos, Zagloba mandó al cochero que evitase las arboledas que formando parajes oscuros en las revueltas del camino, y que se detuviese en un espacio libre desde donde se viese bien. Entretanto cuatro caballeros se habían ido acercando cada vez más, y Basia, engrosando la voz hasta imitar, según a ella le parecía, la de un dragón de caballería, gritó en son de amenaza:

—¿Quién va?

—¿Por qué os habéis detenido en medio del camino? —preguntó uno de los jinetes, suponiendo, sin duda, que se había roto algún eje del coche.

Al oír aquella voz bajó Basia su pistola y dijo azorada a Zagloba:

—Juraría que es la voz del tío.

—¿De qué tío?

—Del tío Makovetski.

—¡Hola! —gritó Zagloba—; ¿sois por ventura Pan Makovetski y Pan Volodiovski?

—¡Pan Zagloba! —exclamó el pequeño caballero.

—¡Miguel! —y al gritar así quiso bajar apresuradamente, pero antes que lograra sacar una pierna, Volodiovski, que se había apeado, se encontraba al lado del coche.

Al reconocer a Basia a la luz de la luna le cogió las manos y exclamó:

—Os saludo con todo mi corazón. ¿Dónde están Panna Krysia y mi hermana? ¿Están buenas?

—Perfectamente, gracias a Dios. Conque al fin habéis vuelto —dijo Basia con el corazón palpitante—. ¿Está ahí el tío también?

Al hacer esta pregunta Pan Makovetski se acercó a la carroza y ella le echó los brazos al cuello mientras que Zagloba abrazaba a Pan Miguel. Tras este mutuo cambio de saludos, Pan Makovetski fue presentado al anciano, y después, los dos viajeros, entregando los caballos a sus criados, tomaron asiento en el coche, frente a Zagloba y Basia.

Siguiéronse apresuradas preguntas y breves contestaciones, como suele ocurrir cuando, después de larga ausencia, se encuentran de nuevo los amigos. Pan Makovetski pidió noticias de su mujer; Miguel se informó por segunda vez de la salud de Krysia, admirándose de la próxima partida de Kettlin, pero no tuvo tiempo de insistir sobre este asunto, porque a su vez hubo de referir todo lo que había hecho en su campamento de la

frontera; cómo había atacado las partidas de bandoleros; cómo había sufrido mucho la nostalgia y cómo le había gustado volver de nuevo a su antigua vida.

—Me parecía —dijo el caballero—, que no había transcurrido el tiempo, creía que aún estábamos juntos con Pan Juan en Kurschel y Lyershul. Sólo cuando, por las mañanas, me lavaba en un cubo de agua y se reflejaban en ésta mis cabellos grises ya por las sienes, recordaba que no era yo el mismo de otro tiempo, aunque sentía en mi corazón que, siendo la voluntad la misma, el hombre debía ser el mismo.

—Ahora has dado en el clavo —replicó Zagloba—, ya veo que has recuperado tu talento entre la verde hierba, porque últimamente no eras tan listo; la voluntad es lo principal y no hay mejor remedio contra la tristeza.

—¡Cierto, muy cierto! —añadió Pan Makovetski—. Os aseguro, señor mío, que en el campamento de Miguel había muchísima voluntad de combatir y ninguna tristeza.

—¡Ah! ¡Si yo pudiese ir allá un solo día! —exclamó Basia.

—Hay un medio de realizarlo —dijo Zagloba—; casaos con el capitán de la guardia.

—Pan Adán llegará a ser capitán de un día a otro —dijo el pequeño caballero interviniendo.

—¡De veras! —exclamó Basia con cólera—. Yo no os he pedido que me traigáis a Pan Adán como regalo.

—Os he traído otra cosa: algunos dulces muy buenos. Mientras que los dulces son para Panna Basia, mi pobre camarada tiene que pasar tragos bien amargos.

—Siendo así, debías haberle dado los dulces a él; ¡dejadle que los coma hasta que le crezca el bigote!

—Habéis de saber —dijo Zagloba a Pan Makovetski—, que estos dos siempre están disputando. Pero tiene razón el proverbio: «Los que riñen siempre concluyen por quererse.»

Basia no respondió, pero Miguel fijó sus ojos en el rostro de la joven; e iluminado como estaba por la luz de la luna, le pareció tan bello, que pensó a su pesar: «Esta locuela es guapísima; sería capaz de fascinarme.»

Al mismo tiempo otra idea atravesó sin duda su cerebro, pues dijo al cochero:

—¡Aviva a los caballos y marcha más de prisa!

El carruaje adelantó tan velozmente que los viajeros guardaron silencio por algún tiempo. Al fin Miguel dijo:

—La partida de Kettlin me sorprende mucho... Precisamente ahora... antes de mi llegada y antes de la elección...

—Los ingleses se preocupan tanto de la elección como de tu regreso —dijo Zagloba—. Kettlin está afligidísimo de tener que dejarnos.

Basia iba a decir: «Y especialmente porque tiene que dejar a Krysia», pero algo le indujo a no hacer mención de este asunto ni de la repentina vocación de su amiga. Con su instinto de mujer adivinó que ambas cosas podían desagradar a Miguel y por eso guardó silencio, a despecho de su impetuosidad habitual.

—De las intenciones de Krysia ya le informarán otros —pensó para sí—; más vale no hablar de eso por ahora, puesto que Pan Zagloba no ha hecho la menor alusión.

Miguel se dirigió de nuevo al cochero para que fuese más de prisa.

Se encontraban ya próximos a la casa de Kettlin, a la que llegaron pocos minutos después.

Panni Makovetski y Krysia se habían acostado ya, y sólo algunos criados estaban esperando el regreso de Basia y de Zagloba. En la casa se produjo un gran movimiento cuando éste dio la orden de despertar a los demás criados y de preparar algunas viandas calientes para los recién llegados.

Pan Makovetski deseaba ver inmediatamente a su mujer, pero ésta, que había oído un ruido desacostumbrado y sospechando quiénes habían llegado, bajó al cabo de algunos

instantes, con lágrimas de alegría en los ojos y con la sonrisa en los labios. Los saludos, los abrazos, las preguntas y las exclamaciones continuaron así por muchos minutos.

Pan Miguel tenía fijos los ojos en la puerta por donde Basia había salido, esperando de un momento a otro ver aparecer por ella a Krysia, la doncella amada, radiante de júbilo, con las pupilas llameantes y con los cabellos recogidos de prisa sobre la cabeza; pero pasó una hora, sirvieron la cena y la mujer tan querida no apareció.

Al fin volvió Basia sola, un poco seria y preocupada; se acercó a la mesa y cogiendo una bujía en la mano dijo a Pan Makovetski:

—Krysia se siente algo indispuesta y no puede venir, pero le suplica al tío que suba a su habitación para saludarlo.

El aludido se levantó al punto y salió seguido de Basia. Miguel se puso terriblemente sombrío, y dijo:

—Confiaba en ver esta noche a Panna Krysia. ¿Está enferma de veras?

—¡Está muy buena! —le respondió su hermana—; pero ahora le interesa poco la gente.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te ha dicho Pan Zagloba nada de sus intenciones?

—¿De qué intenciones?

—Quiere hacerse monja.

Miguel miró a su hermana como quien cree haber oído mal lo que le dicen; su fisonomía experimentó un repentino cambio; se levantó de pronto y volvió a sentarse de nuevo. En un momento, gruesas gotas de sudor brotaron de su frente y las enjugó con la palma de la mano. En la sala reinaba profundo silencio.

—¡Miguel! —exclamó Makovetski alarmada.

El dirigió sus miradas extraviadas, ora hacia ella, ora hacia Pan Zagloba, y al fin gritó con voz terrible;

—¡Sobre mi cabeza pende una maldición!

XIX

Esta exclamación reveló a Zagloba y a Panni Makovetski el secreto de Miguel, y cuando él se alzó de pronto y dejó la habitación, se miraron con sorpresa e inquietud.

—¡Por el amor de Dios! —dijo la dama a Zagloba—; seguidlo, persuadirlo. Si no vais, iré yo.

—Es inútil —repuso el anciano—; no es a nosotros a quienes necesita, sino a Krysia. Si no puede verla, más vale dejarlo solo. Los consuelos inoportunos aumentan la desesperación.

—¡Ahora veo que estaba enamorado de Krysia! —dijo Panni Makovetski—. Sabía sólo que le agradaba mucho, y que buscaba su compañía, pero nunca se me ocurrió que estuviese enamorado.

—Es seguro que ha regresado con la idea de hacerte una proposición de que dependía su felicidad. Ahora el rayo le ha herido cuando le sonreía el sol —observó Zagloba.

—¡Por amor del Cielo! aconsejadme en este caso. En todas partes oigo repetir que no hay cordura superior a la vuestra.

—La gente habla continuamente de mi cordura, y haría mejor en callar un poco. En cuanto a consejos, puedo dalos: o inducir a Miguel a que se case con Basia, o persuadir a Krysia a desistir de su intención; una intención no es un voto.

En aquel momento entró Pan Makovetski a quien informó su mujer sobre lo que ocurría.

El hidalgo se quedó apesorado, porque amaba y estimaba mucho a su cuñado, pero por el pronto no supo encontrar remedio.

—Si Krysia se obstina —dijo Zagloba rascándose la frente—, ¿qué recursos se podrían emplear?

—Krysia se obstinará —dijo Pan Makovetski—, siempre ha sido así.

—¿Pero por qué no ha hablado Miguel antes de marchar? —preguntó Pan Makovetski—. ¿No se le ocurrió que podría nacer algún incidente desagradable, que algún otro podría conquistar el corazón de la muchacha durante su ausencia?

—Si eso fuese así, no se habría decidido tan pronto a hacerse monja —replicó su mujer—; por lo demás, por mi parte, es libre.

—Es verdad —contestó Pan Makovetski.

En la cabeza de Zagloba principiaba, entretanto, a brotar la luz.

Si antes hubiese conocido el secreto de Krysia y de Miguel, hubiera podido explicárselo todo fácilmente, pero sin aquel dato era difícil comprender nada. Sin embargo, la inteligencia viva del viejo caballero principiaba a disipar la niebla adivinando la verdadera causa de la resolución de Krysia y de la desesperación de Miguel. En un momento quedó casi seguro de que Kettlin no era ajeno a lo que había sucedido.

A esta suposición le faltaba solamente la certeza absoluta y para adquirirla se decidió a interrogar a Volodiovski estrechamente, pero en el camino le asaltó cierta inquietud al pensar que todo lo acaecido era en gran parte obra suya.

—Quería yo beber mucho hidromiel en la boda de Basia y de Miguel —dijo entre sí—, pero temo que en vez de hidromiel van a darme cerveza agria, porque Miguel querrá de seguro imitar a Krysia y endosarse de nuevo la cogulla.

A tal idea se estremeció y alargó tanto el paso, que en un momento se encontró en la estancia del pequeño caballero.

Volodiovski se paseaba arriba y abajo como una fiera en su jaula. Tenía terriblemente fruncido el ceño y vítreos los ojos; sufría intensamente.

Al ver a Zagloba se le plantó delante llevándose las manos al pecho y exclamó con ímpetu:

—¡Dime la causa de todo!

—Miguel —replicó Zagloba—, considera cuántas jóvenes entran en el convento todos los años; es una cosa muy corriente. Algunas entran hasta en contra de la voluntad de sus padres, con la esperanza de que Jesucristo aprobará su proyecto. ¿Por qué te ha admirado tanto ahora, si la chica es libre?

—No quiero guardar por más tiempo mi secreto —exclamó Miguel—. No, no es libre, porque me prometió su mano antes de mi partida.

—¡Ah! —dijo Zagloba—. Eso no lo sabía yo.

—¡Es verdad! —repuso el pequeño caballero.

—¡Quizá se dejará persuadir!

—Ella no se cuida ya de mí —añadió amargamente Pan Miguel—. Me apresuré día y noche para llegar lo más pronto posible y ella ni siquiera ha querido verme. ¿Qué he hecho yo? ¿Qué pecados he cometido para que me persiga así la ira de Dios y me arrastre como una hoja seca?... Una está muerta y la otra quiere ser monja. Dios me las quita ambas. Estoy maldito, es evidente. Para todo hombre hay piedad... y amor... ¡excepto para mí!

Zagloba temblaba hasta en el fondo de su alma, temiendo que Miguel, inconsciente por el dolor, comenzase de nuevo a blasfemar como lo hizo a la muerte de Anusia, y así, para dar otro curso a sus pensamientos, exclamó:

—No dudes, Miguel que hay misericordia para ti; además, no puedes saber lo que te espera mañana. Quizá Krysia, recordando tu aislamiento, renunciará a sus proyectos y mantendrá la palabra que te dio... Sea lo que fuere, ¿no debe consolarte el pensamiento de que Dios mismo es quien te arrebató esta paloma y no un hombre de este mundo? Dime tú mismo si no vale esto más.

En contestación a estas palabras los labios del caballero se agitaron convulsivamente; apretó los dientes y con voz sorda y entrecortada dijo:

—Si fuese un hombre de carne y hueso... si existiese ese hombre... lo querría... ¡al menos me quedaría la venganza!

—¡En este caso sólo te queda la oración! —repuso Zagloba—. Escúchame, amigo mío, ningún hombre podrá darte mejor consejo que yo. Quizá Dios lo cambiará todo por bien tuyo. Tú sabes que yo... que yo deseaba verte unido a otra, pero al contemplar tu dolor sufro contigo y ruego por ti para que incline hacia el tuyo el corazón de la mujer que amas.

Y mientras hablaba así, Zagloba vertía lágrimas sinceras. Si hubiera estado en su mano, habría sido el primero en empujar en este momento a Krysia entre los brazos de Pan Miguel.

—Escúchame —le dijo después de un momento de silencio—, habla otra vez con Krysia. Déjale oír tus lamentos, háblale de la insoportable pena que sufres. Su corazón debería ser de dura peña si no sintiese piedad de ti... y yo espero que la sentirá. Hoy lloras, Miguel, y mañana celebraremos quizá tus esponsales. Estoy persuadido de que será así. Quizá es la muchacha algo propensa a la hipocondría y será ésta la causa que le haya inspirado la idea de entrar en un convento. Por lo demás, tú no has oído con tus oídos y de sus labios mismo que quiere hacerse monja, y mediante Dios no lo oirás.

Las palabras de Zagloba obraron como un bálsamo benéfico sobre el dolorido corazón del pequeño caballero; la esperanza llenó su corazón. Por mucho tiempo no pudo hablar; y cuando consiguió contener sus lágrimas se arrojó entre los brazos de su amigo exclamando:

—¿Pero será como dices?

—Será como digo. ¿Recuerdas una sola vez que no se hayan cumplido mis profecías?

Al día siguiente Pan Miguel se acicaló con mucho esmero, dio a su rostro una expresión grave, se armó de todos los argumentos que le sugería su cerebro y de los que le había suministrado Zagloba, y así equipado bajó al comedor donde se reunían todos a las horas de las comidas.

Todos, en efecto, se hallaron presente menos Krysia, pero no se hizo esperar mucho tiempo.

Pan Miguel había apenas absorbido dos cucharadas de sopa cuando se oyó el suave roce de un vestido de mujer y la joven apareció en la sala.

Entró casi con precipitación: tenía las mejillas abotagadas, los párpados caídos y su rostro reflejaba temor y embarazo al mismo tiempo. Al acercarse a Pan Miguel le tendió las manos, pero sin levantar los ojos, y cuando él principió a besarlas con apasionado transporte se puso muy pálida. Por lo demás, no encontró ni una sola palabra para saludarle y se quedó muda ante él.

El corazón del caballero se dilató lleno de amor y de inquietud a la vista de su semblante bello y delicado, de sus formas esculturales, y hasta aquella misma confusión, aquel temor que se pintaba en su cara, le conmovieron dulcemente.

—¡Amada flor! ¿de quién temes? —pensó para sí—. Por ti daría mi sangre, toda mi vida.

Esto no lo dijo en alta voz, pero pegó sus labios por tanto tiempo y con tal fuerza sobre las manos de Krysia que quedaron huellas rojas.

Basia, que lo observaba todo, bajó su blondo tupé sobre la frente y los ojos para ocultar a todos su emoción, pero nadie reparaba en ella en aquel momento; todos miraban a Pan Miguel y a Krysia, que guardaron un silencio penoso.

—La noche ha transcurrido para mí entre el dolor y la inquietud porque ayer vi a todos excepto a vos, y de vos, recibí noticias tan terribles que estaba más dispuesto a llorar que a dormir.

Al oír aquellas palabras tan ingenuas, Krysia se puso pálida, hasta el punto que Pan Miguel creyó que iba a desmayarse y añadió apresuradamente:

—De todo eso hablaremos después; ahora no quiero haceros pregunta alguna, a fin de que tengáis tiempo de calmaros. No soy un bárbaro ni un bobo; Dios sabe cuánto cariño os tengo.

—Gracias —murmuró Krysia.

Zagloba, Pan Makovetski y su mujer comenzaron a cambiar algunas miradas para instigarse mutuamente a reanudar la conversación, pero por mucho tiempo nadie pudo decir una palabra.

—Hoy tenemos que ir a la ciudad —dijo al fin Zagloba dirigiéndose a los recién llegados—. Hay allí gran efervescencia a causa de la elección; cada uno quiere imponer su candidato propio. En el camino os diré a quién, según mi opinión, debemos dar nuestros votos.

Nadie respondió. Zagloba dirigió a su alrededor una mirada furtiva y de reconvención; luego, volviéndose a Basia, añadió:

—¿Queréis venir con nosotros?

—¡Iré aunque fuera hasta Rusia! —replicó Basia con vehemencia.

A estas palabras siguió un nuevo silencio. Toda la comida pasó en semejantes tentativas para reanudar una conversación general y sin interrupciones. Al fin todos se levantaron de la mesa y Pan Miguel se aproximó entonces a Krysia diciéndole:

—Tengo que hablaros a solas.

Al decir así le ofreció el brazo y la llevó a la estancia contigua, a aquella misma estancia donde habían cambiado el primer beso. Hizo sentar a la joven en un sofá, se sentó a su lado y comenzó a acariciarla los cabellos como lo hubiese hecho con un niño.

—Krysia —dijo al fin con voz tierna—, ¿ha pasado ya vuestra turbación? ¿Podréis responderme con calma?

Krysia no estaba turbada ya, sino un tanto conmovida de su ternura; y levantó hacia él los ojos por un instante y ésta fue la primera vez que lo miró a la cara después de su regreso.

—Puedo —dijo con voz débil.

—¿Es verdad que habéis hecho voto de entrar en un convento?

Krysia junto las manos y murmuró con tono suplicante:

—No os irritéis contra mí, no me maldigáis... Sí, es verdad.

—Krysia —añadió el pequeño caballero—, ¿os parece justo pisotear así la felicidad de un hombre como vos la pisoteáis? ¿No recordáis vuestra palabra? ¿Habéis olvidado vuestro libre consentimiento? No puedo mover guerra a Dios, pero os digo que no aumentaréis su gloria mostrándoos injusta conmigo. Dios reina sobre todo el mundo; la tierra, el mar, el cielo y el sol y las estrellas, todo es suyo; pero yo no tengo más que mi amada, y vos sois mi dicha, mi único bien. ¿Creéis que Dios quiere arrancar a un pobre soldado el único tesoro que posee? ¿Creéis que Él estará contento de vuestra resolución y no más bien ofendido? Vos le dais... vos misma; pero le dais lo que pertenece a otro, lo

que no es vuestro. Lo que le dais es mi llanto, mi dolor y mi muerte. ¿Tenéis derecho para obrar así? Pensad todo esto en vuestro corazón y en vuestra mente y preguntadle después a vuestra conciencia. Si os hubiese ofendido, si os hubiese olvidado, si hubiese cometido algún delito, alguna falta... pero no: partí lejos de vos para cumplir mi deber militar, para destruir los bandidos, para servir a mi patria con mi sangre. Y yo os he amado siempre; he pensado en vos día y noche, os he deseado ardientemente como el pájaro desea el aire o como un hijo desea a su madre. Y en cambio de todo esto, ¿cuál es mi recompensa? Krysia, amada mía, amiga mía, amor mío, decidme, ¿de qué procede vuestro cambio? Exponed vuestras razones como yo os expongo mis razones y mis derechos; conservadme vuestra fe y no me dejéis solo con mi desventura. Vos misma me concedisteis este derecho, no me impulséis a la desesperación.

El desgraciado Pan Miguel no sabía que existe un derecho superior y más antiguo que todos los derechos humanos, un derecho en virtud del cual el corazón debe seguir y sigue realmente al amor, que es su único guía. El corazón que cesa de amar se hace culpable de la más negra perfidia, aunque casi siempre lo hace tan inocentemente como una lámpara que se apaga cuando la llama ha quemado todo el aceite. Por no saber esto, Pan Miguel abrazaba las rodillas de Krysia y la imploraba: ella respondía con un torrente de lágrimas, pero no podía responderle con su corazón.

—Krysia —dijo al fin Pan Miguel alzándose—, en vuestras lágrimas se anega mi felicidad. ¡Y yo, loco, que imploraba de vos la salvación!

—No me pidáis razones —replicó Krysia sollozando—, no me preguntéis la causa. Es así, porque debe ser así y no puede ser de otro modo. No soy digna, no he sido nunca digna de un hombre como vos. Sé que cometo una injusticia que me duele terriblemente. ¡Oh, Dios misericordioso, siento que se me destroza el corazón! ¡Perdonadme, no os vayáis encolerizado! Perdonadme; no me maldigáis.

Y la joven se dejó caer a los pies de Pan Miguel, añadiendo:

—Sé que os hago una gran injusticia, pero imploro de vuestra piedad mi perdón.

Al pronunciar estas palabras la cabeza de Krysia se inclinó al suelo.

Pan Miguel levantó a la pobre joven, la hizo sentar de nuevo en el sofá y se puso a pasear por la habitación como un loco. De vez en cuando se detenía de improviso, se apretaba las sienes con los puños y después continuaba sus paseos hasta que al fin se detuvo ante Krysia.

—Tomaos algún tiempo y dejadme así alguna esperanza —le dijo—. Pensad que yo no soy una piedra. ¿Por qué herirme sin misericordia con un hierro candente? No puedo expresaros cuánto sufro, no lo puedo, como Dios existe. Soy un hombre sencillo; mi vida ha transcurrido en medio de la guerra. ¡Krysia! ¡Krysia! yo creía que seríais mía para siempre, y ahora no me queda nada... nada. ¿Qué ha pasado en vuestra alma? ¿Quién ha cambiado vuestro corazón? Krysia, yo soy siempre el mismo. ¿No comprendéis que este golpe será para mí más terrible que para otro porque ya he perdido un ser amado? Dios mío, ¿qué le diré yo para enternecer su corazón? Dejadme al menos la esperanza. ¡No me lo quitéis todo a la vez!

Krysia no respondió, pero los sollozos sacudían su cuerpo cada vez con mayor fuerza: el caballero estaba delante de ella, procurando refrenar su dolor y su terrible cólera y cuando consiguió domarla un tanto repitió:

—¡Dejadme al menos una esperanza! ¿Me oís?

—¡No puedo, no puedo! —respondió Krysia.

Pan Miguel se acercó a la ventana y apoyó la frente contra los vidrios.

Así permaneció largo tiempo inmóvil; al fin se volvió y dando algunos pasos hacia Krysia le dijo con voz sumisa:

—¡Adiós! Aquí no hay ya nada para mí. Sabed que os perdono con los labios, y con la ayuda de Dios espero perdonaros también con el corazón; pero tened más compasión de

los sufrimientos humanos y no volváis a prometer nada. ¡No puedo decir que llevo la esperanza al transponer el umbral! Adiós.

Al fin Pan Miguel se inclinó y salió de la estancia. En la que estaba contigua le esperaban Pan Makovetski con su mujer y Zagloba que se pusieron en pie para interrogarle; pero él hizo un ademán con la mano y dijo:

—¡Todo es inútil! ¡Dejadme en paz!

Desde aquella habitación un corredor algo estrecho conducía a la suya. Basia le cortó el paso en este corredor y le dijo:

—¡Que Dios os consuele y cambie el corazón de Krysia!

El pequeño caballero continuó su camino sin mirarla, sin dirigirle siquiera una palabra; pero de pronto se sintió invadir por una cólera salvaje; su corazón estaba lleno de un veneno amargo. Se volvió, se plantó ante la inocente Basia con rostro descompuesto, y lleno de sarcasmo le gritó con voz ronca:

—Prometed vuestra mano a Kettlin y después dejad de amarlo, patead su corazón y al devolvérselo id a haceros monja!

—¡Pan Miguel —exclamó Basia espantada.

—¡Divertíos, saboread los besos y arrepentíos después! ¡Ojalá hubierais muerto ambas!

Era demasiado para la pobre Basia. Sólo Dios sabía cuánto había luchado consigo misma para dirigir a Pan Miguel aquel augurio. «¡Que Dios cambie el corazón de Krysia!», y en pago de su esfuerzo él la condenaba, la insultaba en el momento mismo que ella hubiera dado su sangre por consolar a aquel ingrato. Por eso su alma se rebeló y ardió con una súbita llamarada, se inflamaron sus mejillas, las alas de su nariz se dilataron y sin reflexionar un instante exclamó:

—¡Sabed, señor mío, que no soy yo la que se hace monja por amor a Kettlin!

Y dicho esto subió la escalera que conducía a su habitación como una loca, y desapareció en un momento de los ojos del caballero.

Éste permaneció inmóvil como una estatua de mármol. Al cabo de algunos instantes se restregó los ojos con los puños, como un hombre que despierta de un pesado sueño.

Estaba sediento de sangre; saltó sobre su espada y con voz terrible gritó:

—¡Ay del traidor!

Un cuarto de hora después Pan Miguel galopaba hacia Varsovia a toda brida y tan velozmente que el viento silbaba en sus oídos. Los fragmentos de las piedras del camino volaban a su alrededor arrancadas por los cascos de su caballo.

XX

Pan Makovetski con su mujer y Zagloba vieron alejarse a Pan Miguel a galope tendido y una gran inquietud invadió sus corazones; se miraron uno a otro y se preguntaron con los ojos: «¿Qué ha sucedido? ¿Dónde va?»

—¡Dios mío! —exclamó Panni Makovetski—. Se irá al desierto y no le veremos más.

—O bien se meterá en un convento como aquella muchacha insensata —dijo Zagloba fuera de sí.

—Es necesario hacer algo —dijo Makovetski.

En aquel momento se abrió con ímpetu la puerta y Basia se precipitó en la estancia como un torbellino, pálida, agitada y sin aliento, y pateando el suelo como un niño caprichoso, se puso a gritar:

—¡Socorro! Pan Miguel ha ido a matar a Kettlin. ¡Corred detrás de él, detenedlo, por amor de Dios!

—¿Qué ha pasado? —le preguntó ansiosamente Zagloba aferrando sus manos.

—¡Socorro! Pan Miguel va a matar a Kettlin —repitió la joven—. Por culpa mía correrá la sangre. Kettlin morirá por mi culpa.

—¿Qué ha pasado? Hablad —le intimó Zagloba sacudiéndola—. ¿Por qué habéis de ser la causa de tamaña desgracia?

—Lo seré porque en un raptó de cólera le dije que se amaban; que Krysia quiere ser monja por amor de Kettlin. ¡Por el amor de Dios! detenedlo, id pronto, vamos todos.

Zagloba comprendió que no había tiempo que perder y dio orden de enganchar inmediatamente el coche. Panni Makovetski deseaba interrogar a Basia, porque hasta aquel día no había tenido ni aun la sospecha más remota de que Krysia y Kettlin se amasen, pero Basia siguió a Zagloba y ayudó a poner los arneses a los caballos y a engancharlos al coche. Después montó al pescante y con la cabeza al aire se empeñó en ocupar el puesto del cochero.

—Bajad —le dijo Zagloba.

—No quiero bajar —respondió—. Montad en seguida, si no, me marcho sola.

Y tomó las riendas, tan decidida, que tanto Zagloba como Pan Makovetski no insistieron más, comprendiendo que la obstinación de la joven ocasionaría un retardo perjudicial.

Entretanto vino un siervo con una fusta y Panni Makovetski llegó también trayendo un manto y un capuchón para Basia porque el día era bastante frío.

Partieron al fin, y Basia, que había cedido las riendas al cochero, no quiso abandonar el pescante aunque Zagloba, que deseaba interrogarla, la invitó repetidas veces a ocupar un asiento en el interior.

Se vio, pues, obligado a dirigirle preguntas a distancia, a las cuales contestó Basia sin volver la cabeza.

Llegaron por último a la ciudad y aquí principiaron en realidad sus angustias y sus tribulaciones. Ninguno de ellos sabía dónde habitaba Kettlin, ni hacia qué parte se había dirigido Pan Miguel. Buscar a cualquiera de los dos equivalía a buscar una aguja en un pajar. Se dirigieron ante todo al capitán general, y allí les dijeron que Kettlin debía partir aquel mismo día para emprender un largo viaje a Ultramar. Pan Miguel había venido a preguntar por él, pero no pudieron averiguar dónde había ido después el pequeño caballero, porque nadie lo sabía. Suponían que se había dirigido a ver los escuadrones que acampaban en las afueras de la ciudad.

Zagloba dio Orden al cochero que los sacase al campo, pero allí tampoco pudieron encontrar a nadie que les suministrase algún informe. Se volvieron después a la ciudad; preguntaron en todas las fondas de la *Dugla Ulica*, fueron después a Praga, pero todas sus pesquisas resultaron inútiles. En esto se hizo de noche, y como era imposible encontrar donde alojarse, se vieron forzados a volver a casa. Basia gritaba, el piadoso Makovetski rezaba y Zagloba estaba realmente alarmado, aunque procuraba animar a sus compañeros y a él mismo.

—Nos angustiamos —dijo—, y ¿quién sabe? Quizá Miguel está ya en casa.

—¡O muerto! —añadió Basia volviendo a sus lamentaciones—. ¡Cortadme la lengua! La culpa es mía, mía. ¡Ah! ¡me volveré loca!

—Calmaos, niña; la culpa no es vuestra —dijo Zagloba—. Sabed que si alguno está muerto, no es, de seguro, Miguel.

—Es que yo lo siento también por Kettlin. ¡Qué manera de pagarle su hospitalidad!

—Tienes razón —añadió Makovetski.

—Por el amor de Dios! ¡no os martiricéis más! En este momento está seguramente Kettlin más cerca de Prusia que de Varsovia. ¿No habéis oído que tenía que marchar esta mañana? Además, yo tengo confianza en Dios, y aunque lo haya encontrado Volodiovski, recordarán su antigua amistad y los servicios que mutuamente se prestaron. Es imposible que no recuerden su mutuo afecto cuando se encuentren frente a frente.

Hablando de este modo llegaron a su casa. Sus corazones palpitaron al ver las ventanas iluminadas todas, porque supusieron que Pan Miguel había vuelto, pero sólo encontraron a Panni Makovetski que les esperaba agitada y que prorrumpió en llanto cuando oyó que todas las pesquisas habían sido infructuosas. Basia lloró y gimió al ver a su tía, y Zagloba mismo no pudo dominar su dolor.

—Mañana volveré de nuevo a la ciudad al esclarecer, pero solo —les dijo—; quizá podré averiguar algo.

Nadie durmió aquella noche porque el pensamiento de que Kettlin era ya cadáver, llenaba de horror todos los ánimos. Además la noche fue tempestuosa, el trueno comenzó a retumbar y los relámpagos surcaban el oscuro cielo con sus zig-zags fulgurantes que rasgaban a cada momento las tinieblas. Hacia media noche se desencadenó un huracán terrible, que se llevó en sus alas los últimos días del invierno. Hasta los criados se levantaron.

Kryisia y Basia bajaron al comedor en donde todos se reunieron para rezar, repitiendo en coro después de cada trueno: ¡Que Dios nos asista!

Entre el silbido del viento se oía a veces como el galopar de un caballo y entonces el miedo y el terror erizaban los cabellos sobre la cabeza de Basia, de Panni Makovetski y de los dos hombres, porque les parecía que se iba a abrir la puerta de un momento a otro para dejar paso a Miguel manchado con la sangre de Kettlin.

Pero la noche pasó sin incidente alguno. Al amanecer, cuando el huracán se hubo calmado un poco, partió Zagloba de nuevo a la ciudad. El día fue para los que se quedaron aún más agitado que el anterior. Basia no se apartó ni un instante de la ventana que caía enfrente del portal, con los ojos fijos en el camino por donde debía regresar Zagloba.

Entretanto, los criados andaban preparando los baúles, puesto que Pan Makovetski quería dejar inmediatamente la casa del hombre a quien su cuñado había matado quizá. Kryisia vigilaba estos trabajos, lo que le permitía estar alejada de los demás.

Por la tarde los baúles estaban ya dispuestos para la partida, pero Pan Makovetski estaba esperando noticias de Zagloba. Se sirvió cena aunque nadie tenía gana de comer. La velada transcurría lenta, insoportable y tan silenciosa que parecía que todos hubiesen perdido el habla.

—Vamos al salón —dijo al fin Makovetski—. Me es imposible permanecer aquí más tiempo.

Le siguieron todos, mas apenas se habían sentado sin pronunciar una palabra, cuando se oyeron de improviso los ladridos de los perros al pie de las ventanas.

—¡Alguien viene! —exclamó Basia.

—Los perros ladran como si los que llegan fuesen de la casa —observó Panni Makovetski.

—Silencio —dijo su marido—. Me parece oír el ruido de un coche.

—Silencio —repitió Basia—. Sí, el ruido se acerca por momentos, es Pan Zagloba sin duda.

Basia y Pan Makovetski se levantaron y corrieron a la puerta de la casa. El corazón de Panni Makovetski latía con violencia, pero permaneció sentada para no dar a entender a Kryisia que Pan Zagloba les traía noticias importantísimas. En esto, la carroza estaba ya tan próxima que el ruido de las ruedas se oyó bajo la ventana y detenerse al fin. En la

entrada se percibieron algunas voces, y un instante después se precipitó Basia en la estancia como un huracán, con el rostro radiante como si hubiese visto una aparición celeste.

—Basia, ¿quién es? ¿quién es? —preguntó Panni Makovetski.

Pero antes que la joven hubiese tomado algún aliento y pudiese responder, se abrió la puerta dando paso a Pan Makovetski seguido de Miguel y de Kettlin,

XXI

Kettlin estaba tan demudado y tan débil que pudo apenas hacer una inclinación ante las señoras; después se quedó inmóvil y silencioso con los ojos medio cerrados como una imagen milagrosa. Pan Miguel abrazó a su hermana y se acercó después a Krysia, quien se puso pálida como la cera; su pecho se alzaba y se bajaba rápidamente. Volodiovski le cogió una mano y se la llevó a los labios, guardó silencio por algunos instantes como si tuviera necesidad de coordinar sus ideas y le dijo al fin con acento triste pero muy tranquilo:

—Gentil doncella, o mejor, amada Krysia mía, escuchadme sin sobresalto porque no soy un tártaro, ni un escita, ni una bestia feroz, sino un amigo que, aun cuando no sea feliz, desea vuestra felicidad. He sabido que Kettlin y vos os amabais. Panna Basia me lo reveló en un raptó de ira justísima. No niego que me precipité fuera de esta casa furioso de rabia para ir en busca de Kettlin y vengarme. El que pierde todo cuanto posee, está más inclinado a dejarse arrastrar por el deseo de venganza y Dios me es testigo que os amaba mucho. Si hubiese estado casado y Dios me hubiese dado un hijo o una hija y me los hubiese quitado después, no hubiera podido llorarlos más de que he llorado por vos.

En este punto Miguel sintió que la voz le faltaba, pero se repuso prontamente y añadió:

—El dolor es dolor, pero es necesario soportarlo y resignarse. Que Kettlin se haya enamorado de vos no es un milagro, ¿quién podría veros y no amaros? Que vos os hayáis enamorado de él, ha sido obra del destino, y aún en esto no hay nada de sorprendente, porque, ¿es posible acaso una comparación entre él y yo? Dios ha dado al uno la belleza y la ha negado al otro; pero en cambio le dio reflexión. Por eso, cuando el viento sopló sobre mí en el camino llevándose el primer ímpetu de mi indignación y mi cólera, la conciencia me dijo: «¿Por qué castigarlos? ¿Por qué derramar la sangre de un amigo? Si se aman es porque Dios lo ha dispuesto.» Los viejos suelen decir que el mandato de un capitán no puede nada contra el corazón. Se aman porque Dios lo ha querido así, pero no se han hecho culpables de traición. Kettlin no sabía nada de la promesa que me habíais hecho; ¿qué falta, pues, ha cometido?... Ninguna. ¿Habéis faltado vos acaso? No. El quería partir, vos queríais ser monja. Toda la culpa es de mi destino, y en esto veo la voluntad de Dios que exige que yo permanezca solo.

Pan Miguel se interrumpió de nuevo y comenzó a respirar tan afanosamente como un hombre que vuelve a la superficie después de haber estado mucho tiempo en el fondo del agua. Después tomó la mano de Krysia y continuó su interrumpido discurso:

—Amar y desearlo todo para sí mismo, no es laudable. «Nuestros tres corazones se destrozan, pensé en mí; vale más que sufra uno solo y que los otros dos se consuelen...» ¡Kryisia, que Dios os haga feliz con Kettlin!... Sufro un poquito, pero no importa... Me he vencido.

El pequeño caballero decía: «No importa», pero sus dientes rechinaban y la respiración brotaba de su pecho como el estertor de un moribundo. En el otro extremo de la estancia se oyeron en aquel momento los sollozos de Basia.

—¡Kettlin, ven aquí, hermano mío! —gritó Volodiovski.

El joven se acercó, puso una rodilla en tierra, abrió los brazos y abrazó en silencio con el mayor amor y respeto las rodillas de Kryisia.

—Que Dios os bendiga a entrambos —añadió Pan Miguel con voz entrecortada—. Ahora no os marcharéis ya a un convento, ¿no es verdad? Prefiero que me bendigáis... Dios me asistirá y velará por mí.

Basia no pudo resistir por más tiempo y salió de la sala como loca, mientras Pan Miguel decía a su hermana y a su cuñado:

—Pasad a la estancia próxima y dejadlos solos. Yo también me retiro porque tengo necesidad de rezar y encomendarme a Jesús.

Y así diciendo abandonó la sala.

En mitad del corredor encontró a Basia cerca de la escalera, en el mismo sitio en que ella le había revelado el secreto de Kryisia y de Kettlin en un arrebato de ira. Pero ahora la doncella estaba apoyada contra la pared y sollozaba con desesperación. Al verla se conmovió Pan Miguel pensando en su triste destino. Hasta entonces había logrado dominarse en lo posible, pero ahora lo venció el dolor y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

—¿Por qué lloráis? —le preguntó con dolorosa voz a la niña.

Basia levantó la cabeza y respondió sollozando:

—¡Estoy tan afligida! ¡Tengo tanta pena! ¡Pan Miguel es tan bueno... tan leal!

El pequeño caballero cogió sus manos y se las llevó a los labios exclamando con profunda gratitud:

—¡Que Dios os remunere! ¡Que Dios os remunere por vuestro buen corazón! No lloréis... calmaos...

Pero Basia continuó sollozando aún más fuerte. El dolor hacía vibrar todos sus nervios; principió a respirar con mayor afán y llegando al colmo su excitación gritó tan alto que su voz resonó por todo el corredor:

—¡Kryisia es una necia! Yo prefería a Pan Miguel a diez Kettlin. ¡Yo amo a Miguel con todas mis fuerzas... más que a la tía, más que al tío, más que a Kryisia!

—Por el amor de Dios, Basia, ¿qué decís? —exclamó el caballero.

Y queriendo calmar su agitación la cogió en sus brazos. Ella se apretó contra su pecho, tanto, que él sentía palpitar el corazón de la joven contra el suyo. La estrechó aún más y quedaron abrazados en silencio.

—Basia, ¿me queréis? —preguntó el caballero después de algunos minutos.

—Sí, sí, sí —respondió Basia con énfasis.

A tal respuesta Miguel se sintió invadir a su vez de un arrebato apasionado; besó sus purpurinos labios y continuaron abrazados.

Mientras tanto entró una carroza y al cabo de un instante Zagloba se precipitó en la antecámara y en el comedor donde se encontraban Pan Makovetski y su mujer.

—¡Ni huellas de Miguel! —gritó sin tomar aliento—. Pan Krytski me dijo que lo había visto con Kettlin. ¡Se habrán batido, sin duda!

—Miguel está aquí —repuso Panni Makovetski—, y ha traído a Kettlin y le ha cedido Kryisia.

La estatua de sal en que fue transformada la mujer de Lot, ofreció, sin duda, mayor animación y vida que la que el viejo hidalgo demostró al recibir esta noticia. Por algunos instantes guardó silencio, petrificado; después se restregó los ojos y preguntó:

—¿Qué es lo que habéis dicho?

—Kryisia y Kettlin están juntos en la habitación contigua —dijo Makovetski—, y Miguel se ha retirado a rezar.

Zagloba se dirigió a aquella estancia sin vacilar un momento, y aunque estaba informado de todo se quedó de nuevo sorprendido viendo a Kettlin sentado al lado de Kryisia. Ellos se pusieron en pie algo confusos y sin atreverse a proferir una palabra.

—Cien años de vida no bastarán para dar gracias a Pan Miguel —dijo al fin Kettlin—. Nuestra felicidad es obra suya.

—¡Que Dios os haga dichosos! —exclamó Makovetski que había seguido al anciano—. Nosotros no nos oponemos a lo que ha hecho Miguel.

Kryisia se arrojó en los brazos de Panni Makovetski y ambas prorrumpieron en lágrimas. Kettlin se arrodilló ante Makovetski como ante un padre y éste le dijo:

—Dad las gracias a Miguel, no a mí. Él fue quien...

No pudo decir más porque en aquel momento entró Basia sin aliento y más encendida que nunca, con su tupé rizado que la caía sobre los ojos. Corrió hacia Kettlin y Kryisia y sacudiendo, ora al uno, ora a la otra por el brazo, gritó:

—¡Suspirad, amaos, casaos! ¿Creéis quizá que Pan Miguel se quedará solo en el mundo?... No, en verdad... Yo estaré a su lado porque le amo... porque le he dicho que le quiero con toda mi alma... El me preguntó si le quería... y yo le respondí que le prefería a diez... y seré para él una buena esposa. Le acompañaré en la guerra y por todas partes. Le quiero desde hace mucho tiempo, aunque nunca se lo haya dado a entender, porque es el mejor, el más digno y el más amable de todos los caballeros... Casaos vosotros, yo me casaré con Miguel, mañana mismo si es preciso... porque... porque...

Hubo de interrumpirse porque la emoción le impedía continuar.

Todos la contemplaban extáticos no sabiendo si se había vuelto loca o si hablaba de veras; después se miraron unos a otros y apareció el pequeño caballero en el umbral de la puerta.

—¡Miguel! —preguntó Makovetski a su cuñado cuando se recobró de su estupor—, ¿es verdad lo que dice Basia?

—¡Dios ha obrado un milagro! —replicó éste con mucha gravedad—. Ella será mi tesoro, mi consuelo y mi amor.

Al oír esto se acercó Basia de un salto como una cervatilla.

Al fin cayó del rostro del viejo Zagloba la máscara del asombro, abrió los brazos y dijo con voz temblorosa:

—¡Pequeño *haiduk*, y tú, Miguel, venid sobre mi corazón!

XXII

El la amaba infinitamente y ella le correspondía con un amor igual. Eran felices, pero no tenían hijos, aunque hubieran transcurrido ya cuatro años desde el día de su casamiento.

Pan Miguel había comprado con su dinero y con el de Basia tierras y caseríos cerca de Kamenyets, muy baratos porque la gente medrosa se apresuraba a vender las fincas situadas en aquellas comarcas, que estaban siempre expuestas a las terribles invasiones de los turcos.

En sus posesiones había introducido un orden y una disciplina verdaderamente militares; domó la gente levantisca, reedificó las aldeas que habían sido destruidas por el incendio, construyó fortines, mejor dicho, casas fortificadas en las cuales puso guarniciones provisionales; en una palabra, así como antes había defendido al país, defendía sus tierras, sin deponer la espada ni un instante.

La gloria de su nombre era, empero, la mejor defensa de su propiedad. Bandas desordenadas de cosacos, destacamentos de las hordas, ladrones de las estepas, asesinatos de los caminos de Besarabia, todos temblaban al sólo pensar en el «pequeño halcón», y sus yeguas y rebaños y camellos pacían sin peligro en las praderas.

Su fortuna aumentaba cada día con ayuda de su mujer y estaba rodeado del respeto y del cariño de la población.

La patria, la guerra y el amor eran los tres elementos de su vida.

En el verano de 1671 se encontraba Pan Miguel en Sokol, tierras hereditarias de Basia, y allí, que era la perla de sus posesiones, acogieron con gran fiesta a Pan Zagloba que, afrontando las fatigas de un viaje tan largo, había ido a hacerles una visita, conforme prometiera el día de los esponsales.

Pero las fiestas y la alegría tuvieron poca duración, porque Miguel recibió orden del capitán general de tomar el mando de las tropas de Hreptyoff, de vigilar las fronteras de la Moldavia, de proteger la plaza, de impedir las correrías de los tártaros y de librar la región de bandidos.

El pequeño caballero, siempre dispuesto a servir, al reino como buen soldado, dio inmediatamente orden a sus siervos de que se pusieran en marcha.

El corazón se le destrozaba al pensar que tenía que separarse de su joven esposa, a quien amaba con el amor de un marido y de un padre; pero, sin embargo, no deseaba llevarla consigo ni exponerla a toda clase de peligros y privaciones en los salvajes desiertos de Ushytsa. Basia, empero, insistía en su propósito de acompañarlo, demostrándole que estaría más segura a su lado y bajo la protección de las tropas.

—Si vas solo —le decía—, mis ojos no se cerrarán ya al sueño, mi boca no probará alimento alguno, y cuando no pueda resistir más huiré sola a Hreptyoff, y si no quisieras dejarme entrar pasaría la noche a las puertas llorando y gritando hasta que tuvieras compasión de mí.

Conmovidamente de tanto afecto, Pan Miguel abrazó a su mujer y cubrió su rostro rosado de apasionados besos.

—No vacilaría —le contestó— si se tratase solamente de vigilar las fronteras o de dispersar algún destacamento de las hordas, pero temo lo que esos fanfarrones de la Dieta de Varsovia no quieren creer y que nosotros, los que vivimos cerca de la frontera, esperamos de un momento a otro, esto es, una gran guerra con Turquía. Y si ocurriera esto, ¿qué sería de ti, mi flor predilecta?

—Lo que sea de mi marido será de mí. No quiero otra suerte que la suya.

Pan Zagloba tomó partido por Basia y tras larga discusión Miguel tuvo que doblegarse; pero se convino en que él partiría primero a fin de preparar seguro alojamiento para ella y el anciano, y luego les mandaría a buscar.

Volodiovski cumplió su palabra; al cabo de tres semanas todo estaba dispuesto y enviaba una escolta considerable, compuesta de cien tártaros de la Lituania, que pertenecían al escuadrón de Pan Lanskorovski, y cien dragones de Linkhauz mandados por Pan Smitko. Los tártaros iban mandados por el capitán Azya Mellehovich, que descendía de los tártaros de la Lituania y era muy joven. Este era portador de una carta escrita por Pan Miguel a su esposa y concebida en los siguientes términos:

«Basia, predilecta de mi corazón. Puedes venir ahora cuando quieras, porque sin ti es lo mismo que estar sin pan. No he sido avaro en mandarte una escolta de soldados y de expertos oficiales, pero da la preferencia a Pan Smitko, que es un caballero y dueño de vastas posesiones y que puedes admitir en tu compañía. En cuanto a Mellehovich es un buen soldado, pero Dios sabe de dónde ha salido. No habría podido llegar a oficial en otro escuadrón, sino en el de los tártaros a causa de su origen desconocido: te mando un abrazo muy apretado y beso tus manos y tus pies. He construido un gran fortín con cien troneras en su alrededor. Para ti y para mí hay varias habitaciones en una casa apartada; he mandado ahorcar diecinueve ladrones que capturamos en los barrancos, y antes que tú llegues su número alcanzará a una treintena. Pan Smitko te dirá cómo vivimos aquí. Te recomiendo a Dios y a la Santa Virgen, alma mía.»

Basia entregó la carta a Zagloba, después de leerla, y éste demostró mayor consideración a Pan Smitko después de haberla leído a su vez, pero no tanta que no le diese a comprender que hablaba con un célebre guerrero y con un gran personaje que se dignaba admitirlo a su trato.

Pan Smitko era un buen soldado, de carácter alegre, que estimaba mucho a Volodiovski y se sentía tan pequeño frente a la fama de Zagloba y que no pensaba en exaltarse a sí mismo.

Azya no estaba presente a la lectura de la carta, porque apenas la hubo entregado habíase despedido con el pretexto de ocuparse en sus soldados, pero en realidad porque temía que le mandasen al departamento de la servidumbre.

Sin embargo, Zagloba había tenido tiempo de estudiarlo y recordando las palabras de Pan Miguel dijo a Smitko:

—Tenemos mucho gusto en conoceros, pero ese tártaro, ¿quién es? ¿Cómo se llama?

—Mellehovich.

—Pues bien, ese Mellehovich tiene cierto parecido con el lobo. Miguel nos dice que su origen es desconocido y esto me sorprende porque todos los tártaros que nos están sujetos son nobles, aunque sean mahometanos. En la Lituania he visto aldeas enteras habitadas por ellos. Han servido fielmente al reino en cambio del pan que recibían, pero en tiempo de la invasión de los campesinos varios de ellos se pasaron al bando de Mielniski y ahora oigo decir que empiezan a tener relaciones con las hordas. ¿Cuánto tiempo hace que Volodiovski conoce a ese tártaro?

—Desde nuestra última expedición contra Doroshenko a las órdenes de Pan Sobieski —replicó el interpelado.

—¿De qué país es ese Mellehovich? —añadió Zagloba.

—Dice que es tártaro de la Lituania, pero ninguno de ellos le conoce aunque sirva en su escuadrón. De aquí derivan las habladurías sobre su origen y que sus modales altaneros no pueden acallar. Pero es buen soldado, si bien muy adusto y taciturno. En Bratslav y en Kalnik nos prestó un gran servicio, en recompensa del cual el mariscal del

reino lo nombró capitán, a pesar de ser el más joven del escuadrón. Los tártaros sienten por él una especie de veneración, pero entre nosotros no goza de mucha simpatía porque es muy brusco y tiene, como decís, el aspecto de un lobo.

—Si es un valiente soldado y ha derramado su sangre por la patria —dijo Basia— me parece conveniente admitirlo en nuestra compañía, pues mi marido no me lo prohíbe en su carta. ¿Lo permite Vuestra Gracia? —añadió dirigiéndose a Pan Smitko.

—Soy vuestro humilde servidor —respondió éste.

Basia desapareció, y Zagloba, dando un profundo suspiro, preguntó a Pan Smitko:

—¿Qué os parece la mujer del coronel?

El veterano no respondió sino con ademanes que expresaban su entusiasmo.

—Es una perita en dulce, ¿no es verdad? —preguntó de nuevo el viejo hidalgo.

En aquel instante la *perita en dulce* apareció en el umbral acompañada de Mellehovich, que parecía tan asustado como un pájaro selvático.

—Por la carta de mi marido y por Pan Smitko conocemos vuestras acciones heroicas, y nos alegramos, por lo tanto, de tener ocasión de trataros más de cerca. Os invitamos, pues, a que permanezcáis en nuestra compañía; la comida estará servida pronto —le dijo la joven.

—Tened la bondad de acercaros —añadió Zagloba.

El rostro severo del hermoso joven tártaro no se serenó; pero se conocía que agradeció la acogida y que estaba satisfecho de que no le relegaran al departamento de los siervos.

Basia se mostró amable con él, porque en su corazón de mujer había adivinado que era suspicaz y orgulloso y que las humillaciones, que debía, sin duda, soportar a menudo, a causa de su oscuro origen, le harían sufrir bastante. Así, sin hacer ninguna diferencia entre Smitko y él, excepto lo que convenía a la edad más avanzada del primero, interrogó al joven capitán sobre los servicios prestados por él y en virtud de los cuales había sido promovido a capitán en Kalnik.

Zagloba también, adivinando los móviles de Basia, le dirigía la palabra con frecuencia, y el joven, aunque al principio conservase cierta reserva, daba respuestas convenientes y exactas y sus modales revelaban que no era un hombre vulgar, sino que, al contrario, llevaban el sello de una distinción sorprendente.

—En sus venas no corre, por cierto, la sangre de un villano —pensó para sí Zagloba, y en alta voz añadió—: ¿En dónde habita vuestro padre?

—En Lituania —replicó Mellehovich ruborizándose.

—La Lituania es una provincia muy extensa. Es lo mismo que si hubieseis dicho que vive en el reino.

—No vive en el reino, porque aquellas regiones no forman parte de él. Mi padre posee una finca cerca de Smolensko.

—Yo también poseía allí bienes que heredé de unos parientes que murieron sin hijos; pero los abandoné prefiriendo vivir en el reino.

—Eso mismo he hecho yo —dijo Mellehovich.

—Habéis procedido como un hombre honrado —dijo Basia.

Pero Smitko, que escuchaba en silencio, se encogió ligeramente de hombros, como si quisiera decir:

—¡Dios sabe quién eres tú y de dónde vienes!

Al viejo Zagloba no se le escapó aquel ademán, y dirigiéndose de nuevo al joven tártaro le preguntó:

—¿Profesáis la religión cristiana o pertenecéis, dicho sea sin ofensa, a los infieles?

—Soy cristiano, y por esta razón tuve que separarme de mi padre.

—Si lo dejasteis por tal motivo, el Señor no os abandonará, y la prueba de su benevolencia es que podéis beber vino, cosa que no podríais hacer si hubieseis permanecido en las tinieblas del error.

Las preguntas que se referían a su persona y a su origen no agradaban, evidentemente, a Mellehovich, pues de nuevo se puso muy serio y reservado. Pero Zagloba hizo poco caso porque el joven tártaro le gustaba muy poco. Le recordaba con sus gestos y sus miradas a Bahun, famoso y terrible cabecilla entre los cosacos.

En aquel momento sirvieron la comida. El resto del día lo emplearon en terminar los preparativos del viaje.

Partieron al amanecer, para llegar a Hreptyoff por la noche.

Veinte carros seguían a los viajeros, porque Basia había decidido abastecer con abundancia las despensas de Hreptyoff, y tras los carros venían camellos y caballos cargados, que se doblegaban bajo el peso de los odres de hidromiel y los fardos de carnes acecinadas. Detrás de la comitiva iban una docena de bueyes y un rebaño de ovejas. A la cabeza del convoy caminaba Mellehovich con sus tártaros; los dragones cabalgaban al lado de la carroza cerrada en que viajaban Basia y Pan Zagloba.

Sucedía a veces que éstos tenían que bajar del coche, porque el paso era muy difícil. En el fondo de aquellos barrancos brotaban manantiales o corrían arroyos, acrecidos en la primavera por las aguas del deshielo.

Aunque el sol calentase ya con bastante fuerza las estepas y los bosques, reinaba en aquellas gargantas un frío muy intenso que se apoderaba de pronto de los viajeros al penetrar por ellas.

Pero si los torrentes y barrancos ofrecían un aspecto tan tétrico y espantoso, la parte elevada del país, aún la cubierta de bosques de pinos, se presentaba alegre a los ojos de los viajeros. El sol avanzaba por la inmensa bóveda del cielo sin que le velara alguna nube y esparciendo sus espléndidos rayos sobre bosques y campos.

Octubre hallábase en su mitad y una infinidad de pájaros, especialmente los sensibles al frío, habían comenzado a atravesar el reino con dirección al mar Negro.

—Iré a cazar con Miguel —exclamó alegremente Basia viendo las bandadas de pájaros que cruzaban el espacio infinito volando sobre su cabeza.

—Si vuestro marido fuese uno de esos hombres a quienes agrada estarse quietecitos en su casa, ya se le habría puesto cana la barba con una esposa como vos; pero ya sabía yo lo que me hacía al daros a él. Otra mujer se mostraría agradecida, ¿no os parece?

Basia se apresuró a besar a Zagloba en las dos mejillas, de tal suerte que éste se conmovió y dijo:

—Los corazones cariñosos son tan queridos para un viejo como un rincón caliente al lado de la estufa. Abrazadme otra vez.

Basia estaba tan contenta, que habría abrazado a todo el mundo; satisfizo, pues, en seguida el deseo del anciano y continuaron su camino con el mejor humor del mundo.

En la vertiente de un barranco, el caballo de Mellehovich, que cabalgaba a la cabeza de los tártaros, como hemos dicho, tropezó y cayó sobre el peñascoso suelo, arrastrando consigo a su jinete, el cual chocó con la cabeza tan fuertemente sobre una roca, que perdió el sentido.

Basia y Zagloba contaron en dos palafrenes guiados a mano, y la joven mandó colocar al tártaro en el coche, recomendando que marchara despacio y con precaución.

A este efecto hacía detener el convoy en cada manantial que encontraba y con sus propias manos aplicaba a la cabeza del herido lienzos empapados en agua fría.

Mellehovich permaneció mucho tiempo con los ojos cerrados, pero al fin los abrió, y cuando Basia se inclinó sobre él y le preguntó cómo se sentía, le cogió la mano y se la llevó a los labios descoloridos en vez de contestar. Sólo después de una pausa, durante la cual parecía haber recobrado su presencia de espíritu, le dijo en ruso:

—Estoy bien; tan bien como no he estado nunca desde hace mucho tiempo.

El viaje continuó así todo el día. El sol, semejante a un gran disco de fuego, se inclinaba al occidente hacia la Moldavia; el Dniester centelleaba como inflamado por los últimos rayos mientras que del Oriente las tinieblas comenzaban a levantarse poco a poco.

Hreptyoff no estaba ya lejos, pero era preciso conceder un poco de descanso a los caballos, y el convoy tuvo que hacer una larga parada. Mas apenas reanudaron la marcha cuando aparecieron cinco jinetes en las alturas. Los tártaros abrieron sus filas.

—¡Miguel! —exclamó Basia al ver al que cabalgaba a la cabeza.

Era, en efecto, Volodiovski que con unos cuantos jinetes salía al encuentro de su mujer. Lanzándose uno hacia el otro se saludaron con gran alegría y comenzaron a referirse lo que habían hecho desde que se separaron.

Basia le contó las aventuras del viaje, entre las cuales la más desagradable fue la caída de Mellehovich. El pequeño caballero le hizo una relación detallada de los trabajos realizados en Hreptyoff en donde todo estaba dispuesto para recibirla.

Mientras conversaban de este modo, Miguel se inclinaba a cada momento hacia su joven esposa, ciñéndole la cintura con su brazo y atrayéndola hacia sí, y era evidente que a ella no le desagradaba el abrazo, pues cabalgaba tan cerca de su marido que los caballos se tocaban.

El término del viaje estaba próximo. Comenzaba una noche clara e iluminada por una luna espléndida que se hacía a cada momento más pequeña y más pálida a medida que se elevaba en el cielo. De pronto quedó oscurecida por la luz roja de un incendio que apareció llamear de improviso delante de la comitiva.

—¿Qué es eso? —preguntó Basia.

—Ya lo verás —respondió Volodiovski— en cuanto hayamos atravesado el bosque que nos separa de Hreptyoff.

Penetraron en efecto poco después en una pequeña selva y apenas habían recorrido la mitad cuando apareció a los ojos de los viajeros una enorme cantidad de luces que se movían en el límite opuesto de la misma, semejantes a un enjambre de luciérnagas o de estrellas errantes. Aquellas luces comenzaron a acercarse con grandísima rapidez y de pronto toda la selva se estremeció con gritos y exclamaciones de júbilo.

—¡Viva la señora!

—¡Viva nuestra coronela!

—¡Viva! ¡Viva! —gritaban los soldados que habían salido a dar la bienvenida a Basia.

Centenares de ellos llevaban pértigas en cuyo extremo ardían hachas encendidas. Otros habían atado a la punta de sus picas grandes teas cuya resina, ardiente caía en forma de lágrimas.

En un instante estuvo Basia rodeada de una multitud de rostros barbudos de aspecto algo salvaje, pero radiantes de alegría. La mayor parte no la habían visto nunca; algunos esperaban una dama imponente, pero experimentaron mayor placer a la vista de la joven que parecía más bien una niña, sobre su caballo blanco e inclinándolo a un lado y a otro su linda cabecita para darles las gracias por la acogida que le hacían.

—¡Gracias, gracias! —decía—; sé que no merezco tanto.

Pero su voz argentina se perdía entre los vítores y la gritería que atronaban la selva.

Los oficiales del escuadrón del estarosta de Podolia y del chambelán de Premysl, con los cosacos de Motovidlo y los tártaros, estaban juntos. Todos deseaban ver a la mujer del comandante y acercarse a ella; algunos, los más atrevidos, besaban la fimbria de su vestido o su pie sobre el estribo. Para aquellos soldados semisalvajes habituados a las correrías, a la caza del hombre, al derramamiento de sangre y a las matanzas, la aparición de aquella dulce criatura era una cosa tan nueva y tan extraordinaria, que en sus pechos nació un sentimiento nuevo y desconocido.

Habían salido a su encuentro por amor a Pan Miguel, deseando darle gusto y quizá lisonjearlo; pero aquel rostro sonriente, dulce e ingenuo, con sus ojos brillantes y las alas de su naricita dilatadas, se les hizo simpático al momento.

—¡Ésta es nuestra hija! —gritaban los viejos cosacos, verdaderos lobos de la estepa.

—¡Es un querubín!

—¡Es la aurora!

—¡Es la flor! —exclamaban por todos lados los oficiales mientras los tártaros hacían restallar su lengua llevándose las manos al pecho gritando:

—¡Alá! ¡Alá!

Volodiovski estaba, naturalmente, bastante conmovido, y contento y orgulloso de su mujer.

Finalmente la comitiva salió del bosque y ante los ojos de los recién llegados aparecieron unos edificios de madera levantados dentro de un recinto extenso, sobre una altura. Era el campamento de Hreptyoff, en el cual se veía en aquellos momentos tan bien como si fuera de día porque dentro de la empalizada ardían grandes hogueras.

Los soldados apagaron sus luces y descolgando de sus hombros mosquetes y fusiles, los descargaron en señal de alegría y saludo. Del recinto fortificado salieron también unos músicos, la banda del estarosta con sus cuernos retorcidos, los cosacos con sus trompas, sus tambores y varios instrumentos de cuerda y, finalmente, los tártaros con sus flautas de agudos sonidos.

El ladrar de los perros del campamento y el mugido y el balar de los ganados se unían al formidable estruendo.

El convoy se quedó un poco atrás, y a su cabeza se puso Basia cabalgando entre su marido y Pan Zagloba. Sobre el portón, que estaba adornado con ramas de abedul, se leían escritas con letras negras en membranas de vejigas untadas de sebo e iluminadas por detrás, las inscripciones siguientes:

«Que Cupido os conceda muchos momentos felices.

»Queridos huéspedes, *crescite et multiplicamini!*»

—¡Viva! —gritaron los soldados cuando el pequeño caballero y Basia se detuvieron para leer las inscripciones.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Zagloba—, yo también soy un huésped, pero si ese deseo de multiplicar se refiere a mí, no sabré qué hacer.

Pero Pan Zagloba vio después otro transparente dedicado a él, sobre el cual leyó con vivo placer:

«¡Larga vida al valeroso Onofrio Zagloba!

»¡El más bello ornamento de toda la Caballería!»

Pan Miguel, que estaba muy alegre, invitó a todos los oficiales a cenar y dio orden de distribuir entre los soldados algunos barriles de aguardiente.

Matáronse también algunos terneros, que aquellos hombres se pusieron a cazar en un santiamén. Hasta muy entrada la noche el campamento resonó con los gritos y los disparos, espantando las bandas de malandrines que estaban escondidas en los torrentes de Ushytsa.

XXIII

Pan Miguel no se abandonaba al ocio en sus cuarteles y tenía siempre en movimiento a sus soldados. Un centenar, y a veces menos, se quedaban de guarnición en Hreptyoff, y los demás hacían continuas expediciones por los alrededores.

Los destacamentos más fuertes tenían el encargo de desalojar de sus madrigueras a los bandidos de los torrentes de Ushytsa y vivían en un estado continuo de guerra porque las bandas de estos malhechores eran numerosas y les oponían fiera resistencia, de modo que era preciso librar con ellas verdaderas batallas. Estas expediciones duraban varios días y a veces semanas enteras.

Entretanto Basia tenía en Hreptyoff las riendas del gobierno. Estaba muy satisfecha de aquella vida de soldado, que nunca había visto tan de cerca, pero solía insistir con su marido para que le concediese tomar parte en alguna expedición, porque hasta entonces había tenido que contentarse con hacer algún paseo a caballo con su marido y con Zagloba por las inmediaciones de Hreptyoff, o con ir a cazar zorras y avutardas con este último.

Los soldados se encariñaban cada vez más con la joven, porque se interesaba mucho por su alimentación y cuidaba a los enfermos y a los heridos. Hasta el sombrío Mellehovich, que tenía un corazón más duro y más fiero que todos, se alegraba al verla. Curaba muy despacio su herida y como no tomaba parte en ninguna expedición y se quedaba confinado en su cuarto, nadie se cuidaba del joven capitán. Pero un caso fortuito hizo converger hacia él la atención de todos.

Los cosacos de Pan Motovidlo habían capturado un tártaro que estaba agazapado en las cercanías del campamento en actitud sospechosa, y lo habían llevado a Hreptyoff.

Sometido a un largo interrogatorio, aquel hombre confesó que era un tártaro de la Lituania que había desertado del servicio militar y del reino, refugiándose en los Estados del sultán. Procedía de un país situado más allá del Dniester y era portador de una carta de Kricynski para Mellehovich.

Pan Miguel quedó impresionado desagradablemente de este hecho y reunió al punto un consejo de oficiales.

—Señores —les dijo—, ya sabéis cuántos tártaros, aun de los que de tiempo inmemorial viven en Lituania, se han pasado recientemente a las hordas, pagando con la traición la hospitalidad que les concedía el reino. Por esta causa no debemos fiarnos mucho de ninguno de ellos y es preciso seguir todos sus movimientos con ojos atentos y vigilantes. Tenemos aquí un pequeño escuadrón de tártaros, cerca de ciento cincuenta, mandados por Mellehovich. Ahora bien, hace muy poco tiempo que conozco a este sujeto; lo único que sé es que el capitán general lo nombró capitán en premio de eminentes servicios prestados por él. Me ha sorprendido sobremanera que ninguno de vosotros le conociese antes de entrar al servicio del reino ni hubiese oído nunca hacer mención de él. El hecho de que nuestros tártaros le quieran mucho y le obedezcan ciegamente, lo atribuyo yo a su valor y a sus hechos heroicos, pero ni aun sus mismos soldados saben de dónde procede o quién es. Fiando en las recomendaciones del capitán general, hasta hoy no he podido concebir ninguna sospecha, y nunca le he interrogado, aunque se rodease de cierto misterio. Cada uno tiene sus ideas y sus gustos, y yo no me preocupo por esto, con tal que cumpla con su deber. Pero hoy los cosacos de Pan Motovidlo han hecho prisionero a un tártaro, que era portador de una carta de Kricynski a Mellehovich. Ahora bien, señores, ¿sabéis quién es Kricynski?

—Ciertamente —dijo Pan Nyenashinyets.

—Fuimos juntos a la escuela —comenzó a decir Pan Zagloba, pero se interrumpió de pronto al recordar que en tal caso Kricynski debía contar cerca de noventa años y que a tal edad los hombres, por regla general, no se hallan en estado de batirse.

—Para terminar en pocas palabras —continuó Volodiovski—, Kricynski es un tártaro polaco. Fue coronel de uno de nuestros escuadrones, después hizo traición a su patria y se pasó a las filas de las hordas contrarias, entre las cuales gozó, según me aseguran, de gran consideración, hasta el punto que se teme que induzca a los demás tártaros a pasarse a los infieles. Mellehovich se ha puesto en relaciones con éstos y la mejor prueba de lo que afirmo es esta carta cuyo tenor es el siguiente.

Así diciendo, el pequeño caballero abrió el pliego y comenzó a leer;

«Querido y amado hermano de mi alma; llegó tu mensajero y me entregó...»

—¡Escribe en polaco! —dijo Zagloba interrumpiéndole.

—Kricynsky, como todos nuestros tártaros, conoce sólo el polaco y el ruso —replicó Miguel—; y es probable que Mellehovich mismo no conozca el tártaro. Ahora, escuchadme, señores, sin interrumpirme.

Y continuando la lectura en el punto en que fue cortada, leyó:

«...tu carta. Quiera Dios que todo vaya bien y que puedas alcanzar lo que deseas. Aquí tenemos a menudo consejo con Moravski, Aleksandrovich, Tarasovski y Grohlski y escribimos a los demás hermanos pidiéndoles igualmente sus pareceres respecto a los medios más oportunos para el logro de tus aspiraciones. Ha llegado aquí la noticia de tu enfermedad; por esta razón mando un hombre para que te vea con sus ojos y nos tranquilice y consuele. Guarda escrupulosamente el secreto, porque ¡Dios nos libre que éste sea descubierto antes de tiempo! ¡Que Dios haga tan numerosa tu descendencia como las estrellas del cielo!

»Kricynski.»

Cuando hubo concluido de leer, Volodiovski paseó sus miradas en torno suyo fijándolas en todos los presentes, y como guardaban silencio reflexionando y pensando el contenido del escrito, dijo:

—Los individuos que se mencionan en esta carta eran antes capitanes de los tártaros y ahora son traidores.

—Y lo mismo pasa con otros varios" —añadió Pan Smitko—. Señores, ¿qué decís de esta carta?

—Es una traición manifiesta —dijo uno de ellos—. Ese conspira con Mellehovich para atraer a su partido todos nuestros tártaros.

—¡Por el amor del Cielo! Esto constituye un grave peligro para el campamento —exclamaron varias voces al unísono—. Nuestros tártaros darían el alma por Mellehovich, y si él les manda que nos ataquen a media noche, le obedecerán.

—¡Esta es la traición más negra perpetrada a la luz del sol! —exclamó Zagloba—. ¿Qué os dije, Pan Smitko, cuando por primera vez vi a ese hombre? ¿No afirmé que su aspecto era el de un renegado y el de un traidor? ¡Ah! Una sola ojeada me bastó. El podrá engañar a todos, pero no a mí.

Pan Mushalski, que rápidamente formaba juicio sobre un asunto cualquiera, dijo de pronto:

—Ante todo demos gracias a Dios que nos ha hecho descubrir estas intrigas infames, y ahora mandemos seis dragones que prendan a Mellehovich y le alojen una bala en la cabeza.

—Antes de eso conviene interrogar a Mellehovich —dijo Pan Miguel—, e informar después al capitán general de todo lo que ocurre, porque Pan Bogush me ha dicho que todos estos tártaros de la Lituania son muy estimados por el mariscal del reino.

Pan Smitko, cumpliendo órdenes de Volodiovski, salió a escape para detener a Mellehovich y pronto volvió con el joven capitán, que evidentemente no sabía nada de la captura del mensajero de Kricynski. Su bello rostro bronceado estaba muy pálido, aunque ya había curado de su herida y no llevaba vendada la cabeza. Los oficiales fijaron en él sus miradas como si contemplasen un ser extraño; él se inclinó profundamente ante el pequeño caballero, e hizo después un saludo casi altanero a los demás.

—Mellehovich —dijo Volodiovski mirándole fijamente—, ¿conocéis al coronel Kricynski?

Una sombra fugitiva y amenazadora pasó por el rostro del tártaro.

—Lo conozco —contestó.

—Leed —añadió Pan Miguel alargándole la carta que habían, quitado al mensajero.

Mellehovich empezó a leer, pero antes de concluir, su semblante tomó de nuevo una expresión de calma absoluta.

—Estoy a vuestras órdenes —dijo al devolver el escrito a Pan Miguel.

—¿Cuánto tiempo hace que proyectáis la traición y quiénes son vuestros cómplices?

—¿Luego se me acusa de traición?

—Responded y no interroguéis —le intimó Volodiovski en tono amenazador.

—Entonces os responderé así: No he proyectado ninguna traición, no tengo cómplices, y si los tengo, señores, son hombres a quienes no os atreveréis a juzgar.

Al oír estas palabras; los oficiales rechinaron los dientes e inmediatamente muchas voces amenazadoras gritaron:

—Habla con más humildad; ¡hijo de perro! Te hallas en presencia de tus superiores.

Mellehovich los midió de alto abajo con una mirada en que brillaba un odio intenso.

—Sé lo que debo al comandante como jefe mío —replicó inclinándose ante Volodiovski por segunda vez—. Ya sé que me consideráis como inferior a vosotros, y por eso evito vuestro trato. Vuestra Gracia —añadió dirigiéndose al pequeño caballero—, me ha preguntado por mis cómplices: pues bien, tengo dos: el uno es Pan Bogush, el chambelán de Novgorod, y el otro es el capitán general del reino.

Esta respuesta dejó tan atónitos a todos los presentes, que por breve espacio reinó un profundo silencio. Al fin Pan Miguel le preguntó:

—¿En qué sentido son vuestros cómplices?

—En este —repuso Mellehovich—. Kricynski, Moravski, Tarasovski, Aleksandrovich y los demás, al pasarse al servicio de las hordas, produjeron grave daño al país, pero no hicieron fortuna, bajo la nueva bandera. Quizá les empezó a remorder también la conciencia. Sea lo que fuere, el nombre de traidores suena muy amargamente a sus oídos. El capitán general está informado de todo y ha encargado a Pan Bogush y a Pan Myslishevski para que los traiga de nuevo bajo el pendón del reino. Pan Bogush se ha dirigido a mí en este asunto y me ha mandado que procure llegar a un acuerdo con Kricynski. Tengo cartas de Pan Bogush en mi alojamiento, a las que Vuestra Gracia dará más fe que a mis palabras.

—Id a buscar esas cartas con Pan Smitko y traédmelas en seguida.

Mellehovich se inclinó y salió.

—Señores —dijo Pan Miguel—, hemos ofendido gravemente a este soldado con nuestros aventurados juicios; si posee esas cartas, dice la verdad y; yo empiezo a creer que las posee en efecto. En tal caso no es solamente un caballero famoso por sus hechos militares, sino un hombre que ama el bien de su país, y por tanto es más digno de un galardón que merecedor de censuras. Es preciso remediar a toda costa el error cometido.

Todos los oficiales permanecieron callados, pues no sabían qué decir. Zagloba cerró los ojos fingiendo esta vez que dormía.

Entretanto volvió Mellehovich y entregó a Volodiovski la carta de Pan Bogush. El pequeño caballero leyó lo que sigue:

«Oigo decir por todas partes que no existe un hombre más a propósito que vos para tal encargo, y esto por razón del gran amor que esos hombres os profesan. El capitán general se halla dispuesto a perdonarlos y les promete además el perdón del reino. Comunicaos con Kricynski lo más a menudo posible por conducto de gente fiel, y prometedle una recompensa. Guardad escrupulosamente el secreto, porque en caso contrario nos perderíais a todos. Podéis confiarlo, empero, a Pan Volodiovski, porque siendo comandante vuestro, os puede ser de gran utilidad; no economicéis fatigas ni esfuerzos, porque el fin corona la obra y estad seguro que nuestra madre común recompensará vuestra buena voluntad con igual amor.»

—¡He aquí mi respuesta! —murmuró en tono sombrío el joven tártaro.

—Pero, ¿por qué no dijisteis a nadie una palabra de esto? —le preguntó Pan Miguel.

—Deseaba revelar todo a Vuestra Gracia, pero no he tenido ocasión, a causa de la enfermedad que siguió a mi desgraciado accidente de viaje. A estos señores —añadió Mellehovich volviéndose a los oficiales—, me había sido prohibido revelar el secreto y Vuestra Gracia querrá, ciertamente, intimarles ahora esta prohibición para no perder a aquellos hombres.

—Las pruebas de vuestra lealtad son tan evidentes, que no podría negarlas ni un ciego —dijo el pequeño caballero— Continudad, pues, vuestras negociaciones con Kricynski, y yo os prometo que no encontraréis ningún obstáculo sino apoyo, y en prueba de ello aquí está mi mano. Esta noche os espero a cenar conmigo.

Mellehovich apretó la mano que se le tendía y se inclinó por tercera vez. De todos los ángulos de la estancia los oficiales se dirigieron hacia él diciéndole:

—No os conocíamos; pero el que ama la virtud no os negará desde hoy más su mano.

Pero el joven tártaro se irguió, bajó después la frente como un ave de rapiña dispuesta a herir y exclamó:

—Me hallo en presencia de mis superiores.

Y sin volver la cabeza salió de la estancia. \

Los oficiales, cuando hubo desaparecido, se dijeron unos a otros:

—No hay que extrañarse, porque su corazón está indignado por la injusticia que le hemos hecho; pero ya sé le pasará. Debemos tratarlo mejor que hasta aquí. Hay en él, sin duda, el alma de un caballero; el capitán general sabe lo que se hace.

Pan Smitko callaba, pero tenía un aire triunfante. Al fin no pudo contenerse y dijo a Zagloba:

—Permítame Vuestra Gracia que le diga que este lobo no es un traidor.

—¿Qué no? —replicó Zagloba—. Era un traidor, pero un traidor leal, porque no nos hacía traición a nosotros sino a las hordas. No os desesperéis, Pan Smitko: rezaré por vuestro entendimiento y quizás el Espíritu Santo tendrá piedad de vos y os lo devolverá.

Basia se alegró cuando el viejo hidalgo le refirió todo lo que había sucedido en el consejo, porque sentía cierta simpatía por Mellehovich y le tenía lástima.

—Miguel y yo deberíamos acompañarlo en la primera expedición peligrosa —dijo—. Así le demostraríamos mejor nuestra confianza...

El pequeño caballero acarició la carita de su mujer, diciéndole:

—Para ti no se trata de Mellehovich, sino que te agrada galopar por las estepas y deseas asistir a una batalla; pero te aseguro que no lo conseguirás nunca.

—*Mullier insidiosa est* —dijo en tono sentencioso Zagloba.

Entretanto Mellehovich estaba en su cuarto con el mensajero tártaro y cuchicheaba con él en voz baja. Se hallaban sentados tan próximos que sus frentes casi se tocaban.

Una vela de sebo ardía sobre la mesa, iluminando con su luz amarillenta el semblante del capitán, quien a pesar de su belleza estaba verdaderamente terrible a causa de la expresión de odio, de crueldad y de salvaje alegría que se pintaba en él.

—¡Hamlim, escúchame! —susurró Mellehovich.

—Os escucho, effendi —respondió el mensajero.

—Di a Kricynski que es un hombre cuerdo, porque en su carta no había nada que pudiera comprometerme. Dile que no me escriba claramente. Ahora se fiarán de mí más que antes. ¿Me oyes? ¡Que la peste los mate a todos!

—Os oigo, effendi.

—Tengo que dirigirme ante todo a Rashkoff y después volveré aquí.

—Effendi, el joven Novoveski os reconocerá.

—No hay cuidado. Me vio en Kalnik y en Bratslav y no me reconoció. Me miró, frunció el ceño y se encogió de hombros. Tenía dieciocho años cuando me escapé; desde aquella época he pasado ocho inviernos sobre la estepa y yo estoy muy cambiado. El viejo me reconocería, pero el joven no. Os mandaré noticias desde Rashkoff. Dirás a Kricynski que esté dispuesto y que él en persona vigile por las cercanías. Nuestro escuadrón está en Yampol. Persuadiré a Bogush para que me proporcione una orden del capitán general por la cual se me autorice para dirigirme a aquel punto, pretextando que desde allí podré tratar más fácilmente con Kricynski. Pero debo volver aquí. Sí, debo volver... No sé lo que pasará... no sé lo que haré. Me devora un fuego abrasador; el sueño huye de mis ojos durante la noche. A no ser por ella, hubiese muerto.

Los labios de Mellehovich empezaron a temblar, e inclinándose aún más hacia el mensajero, murmuró delirante:

—¡Hamlim, benditas sean sus manos, bendita sea su cabeza, bendita sea la tierra que huellan sus pies! ¿Me oyes, Hamlim? Di allá abajo que gracias a ella estoy bueno.

XXIV

El padre Kaminski había sido soldado en su juventud y un caballero heroico y cumplido.

Ahora residía en Ushytsa para reorganizar allí una parroquia, pero como la iglesia estaba en ruinas y la grey faltaba, este pastor sin ovejas iba a Hreptyoff y pasaba allí semanas enteras edificando a los caballeros con sus discursos.

Una noche les habló del amor de los pueblos entre sí, único que puede poner término a las guerras sangrientas y a las matanzas, y concluyó narrando su vida pasada, que no estaba exenta de remordimientos por haber derramado la sangre de sus hermanos. Luego refirió cómo, a consecuencia de una visión que había tenido, abrazó el estado sacerdotal.

Pan Nyenashinyets, que había escuchado el discurso del sacerdote con profunda atención y con la frente perlada por el sudor, cuando aquél concluyó comenzó a decir en medio del silencio general:

—Que entre los cosacos hay caballeros estimables, tenemos aquí una prueba en Motovidlo, a quien amamos y respetamos todos. Pero si se trata de ese amor a los enemigos, amor que tan elocuentemente ha ensalzado el padre Kaminski, confieso que no lo he experimentado hasta aquí. Ahora me ha abierto un poco los ojos, pero comprendo que sin una gracia especial de Dios no penetrará jamás en mi corazón, porque aún conservo el recuerdo de una cruel injusticia que os voy a relatar brevemente.

—¡Bebamos antes un trago para entrar en calor! —dijo Zagloba.

—Echad buenos troncos al fuego —observó Basia, y los siervos se apresuraron a obedecerla.

—Sobre su lecho de muerte —prosiguió Nyenashinyets— me recomendó mi padre ardientemente que cuidase de una hermana mía llamada Halhaska. No tenía yo mujer ni hijos, y amaba, por lo tanto, a aquella muchacha como a la niña de mis ojos.

»Era veinte años más joven que yo y la había llevado en brazos cuando estaba en pañales, de modo que la consideraba como hija. Me fui a la guerra y entretanto las hordas la hicieron prisionera. Cuando volví a casa me golpeé la cabeza contra las paredes; tan desesperado estaba por su pérdida.

»Durante la invasión, mis posesiones habían sido devastadas y destruidas, y vendí lo poco que me quedaba, ensillé un caballo y me fui con unos armenios para rescatar a mi hermana, a quien encontré en Bagchesarai. Formaba parte de un harén, pero no era todavía odalisca, porque contaba doce años de edad escasamente.

»Nunca olvidaré el instante en que la vi, ni sus abrazos ni sus besos. Pero desgraciadamente el dinero que había llevado no era suficiente; la muchacha era hermosa y Yegu-Aga, que la había capturado, pedía por su rescate tres veces más de cuanto yo poseía.

»Me ofrecí como esclavo yo mismo, además del dinero, pero aun esto no bastaba. A mis ojos mismos fue vendida en el mercado a Tugay-Bey, aquel famoso enemigo nuestro, que quería tenerla tres años en su harén para hacerla después su mujer. Arrancándome los cabellos de desesperación volví a ponerme en camino.

»Un día, supe por casualidad que en una aldea tártara cerca del mar habitaba una de las mujeres de Tugay-Bey con su hijo predilecto Azya. Me decidí inmediatamente a robarlo, a fin de canjearlo luego con mi hermana; pero no podía tampoco poner en obra mi proyecto sin ayuda ajena. Era indispensable reunir una banda en la Ucrania y en las estepas, cosa no muy fácil, ante todo porque el nombre de Tugay-Bey inspiraba terror en toda Rusia. Sin embargo, lo conseguí; y después de mil peripecias, una noche nos apoderamos del niño y con él cayó en nuestras manos un espléndido botín. Volvimos sanos y salvos a la estepa, y de allí decidí dirigirme a Kamenyets para entrar enseguida en negociaciones con los mercaderes de aquel lugar.

»Dividí todo el botín entre mis compañeros, reservándome únicamente el hijo de Tugay-Bey, y como me había mostrado tan generoso, como había corrido con mis compañeros tantos peligros y fatigas, como los habíamos soportado juntos exponiendo mi vida por ellos, creía haber conquistado su corazón para siempre. Tuve, empero, motivo para arrepentirme bien pronto y bien amargamente de mi confianza. No se me había ocurrido que ellos eran capaces de destrozar su *etmanno*, para repartirse la parte que le tocó del botín: olvidé que hay hombres que no tienen fe, virtud, gratitud ni conciencia. Llegados a la vista de Kamenyets, la esperanza de sacar una buena suma del rescate de Azya tentó a mis secuaces. Me atacaron de noche como lobos, me ataron con una cuerda, me acribillaron el cuerpo a puñaladas, y por fin, creyéndome muerto, me quitaron el niño, y huyeron.

»Dios me envió a tiempo el socorro; me devolvió la salud, pero mi Halhaska quedó perdida para siempre. Quizá vive aún en cualquier país desconocido; quizá, después de la

muerte de Tugay-Bey, otro infiel se ha apoderado de ella; quizá se ha hecho mahometana olvidando a su hermano; quizá algún día un hijo suyo vierta mi sangre. ¡Dios lo sabe!

»Esta es mi dolorosa historia —añadió Pan Nyenashinyets después de un momento de silencio.

Después calló de nuevo, y fijó una mirada sombría en el suelo.

—¡Cuántos torrentes de nuestra sangre, y cuántas lágrimas corrieron por estas naciones! —exclamó Pan Mushalski.

—¡Amarás a tus enemigos? —repitióle el padre Kaminski.

—¿Y cuando recobrasteis la salud no hicisteis algunas pesquisas sobre el niño? —preguntó Zagloba.

—He sabido después que otra banda de malandrines atacó a mis asesinos y los destrozó. Es seguro que éstos cogieron al niño junto con el botín. He hecho pesquisas por todas partes, pero el niño desapareció como un grano de arena caído en el mar.

—Quizás hayáis tropezado con él más adelante sin haberlo reconocido —observó Basia.

—No sé si el niño tenía tres o cuatro años entonces. Sabía solamente que se llamaba Azya, pero si lo viese lo reconocería, porque sobre el pecho llevaba grabado un tatuaje que representaba un pez.

Mellehovich, que hasta aquel momento había permanecido en un rincón sin abrir la boca, dijo de pronto con voz alterada:

—Por ese signo no lo podréis reconocer, porque muchos tártaros lo tienen igual y en especial los que viven cerca del mar.

—No es cierto —replicó el viejo Pan Hromyka—. Después de la batalla de Derehtesko examinamos el cadáver de Tugay-Bey, que había caído en el combate, y sé que tenía un pez tatuado en el pecho, mientras que los demás tártaros muertos tenían otros signos diferentes.

—Pues yo os repito que muchos tienen un pez.

—Lo admito, pero éstos pertenecen a la diabólica estirpe de Tugay-Bey.

En este punto la conversación fue interrumpida por la entrada de Pan Leichtys a quien Volodiovski había mandado por la mañana para hacer un reconocimiento del que volvía en aquel momento precisamente.

—Pan comandante —dijo desde la puerta—, en Serotski Brod, por la parte de la Moldavia, hay una especie de banda que marcha hacia aquí.

—¿Qué clase de gente es? —preguntó Pan Miguel.

—Ladrones y bandidos. Hay algunos valacos y húngaros, pero la mayor parte de estos individuos proceden de las hordas; todos juntos ascenderán a unos doscientos.

—Deben ser los mismos de quienes me han dicho que andan saqueando por aquellos contornos —dijo Volodiovski—. Allá abajo debe hacer demasiado calor para ellos, por eso escapan hacia aquí. Durante la noche y al amanecer les cortaremos el camino. Pan Motovidlo y Mellehovich estarán dispuestos para media noche. Haced que se adelanten unos cuantos carneros para atraerlos y ahora que cada uno se retire a su alojamiento.

Los oficiales comenzaron a separarse, pero apenas habían dejado la habitación cuando Basia echó los brazos al cuello de su marido y se puso a susurrarle alguna cosa al oído. El se rió y meneó repetidas veces la cabeza, pero ella insistía abrazándolo con mayor fuerza. Viendo esto dijo Zagloba:

—Contentadla una vez al menos. Si así lo haces, yo también, viejo como soy, haré un poco de ruido junto a vosotros.

XXV

Los destacamentos independientes que se dedicaban especialmente al saqueo en las dos orillas del Dniester estaban formados de hombres que pertenecían a las diferentes nacionalidades que habitaban los países limítrofes. Había tártaros desertados de las hordas de la Drobuscha y de Belgrad más salvajes y más bravos que sus hermanos de Crimea, y junto a éstos, que estaban en número preponderante, había valacos, cosacos, húngaros y siervos polacos escapados de los campamentos establecidos a las orillas de aquel río.

Devastaban las tierras, bien del territorio polaco, bien las del moldavo, pasando y repasando el Dniester, que marcaba el límite, según que eran perseguidos por fuerzas turcas o por los comandantes del reino.

Estas bandas tenían sus reglamentos y sus capitanes, pero rara vez reunían un número considerable de hombres y sucedía a menudo que las más gruesas destruían a las menores.

Las bandas del Dniester, reforzadas con fugitivos de las hordas, eran las más terribles. Sus capitanes tomaban el título de *bey* y llevaban la destrucción a todo el país, a la manera de los tártaros, de tal suerte, que a veces los comandantes mismos no sabían si se las habían con bandidos o con destacamentos de las hordas. Carecían de fusiles. La mayor parte de ellos andaban armados con dagas, cimitarras turcas y testuces de caballos atadas a bastones de encina. Esta arma, manejada por manos robustas, producía efectos terribles, porque rompía los sables. Algunos llevaban horquillas con puntas de hierro, otros lanzas que usaban en momentos críticos contra la caballería.

La banda que se había detenido en Serotski Brod debía ser muy numerosa o hubo de encontrarse en extremo peligro en la ribera moldava para atreverse así a acercarse tanto al campamento de Hreptyoff, a pesar del terror que el solo nombre de Pan Volodiovski infundía a los salteadores de ambas partes del confín.

En efecto, otra avanzada trajo la noticia de que la banda estaba compuesta de cuatrocientos hombres de Azba-Bey, famoso devastador que por muchos años había esparcido el terror a lo largo de la orilla polaca y moldava.

Pan Volodiovski se alegró de saber con quién tenía que habérselas y dio órdenes en consecuencia. Además de Mellehovich y de Motovidlo hizo marchar los escuadrones del estarosta de Podolia y el del chambelán de Premysl en direcciones diferentes, disponiendo sus fuerzas de modo que todos estos escuadrones, operando en un ancho círculo, hubieran de encontrarse en Serotski Brod al clarear el día.

Basia asistió a la partida de las tropas con el corazón palpitante, porque aquélla era la primera expedición en que debía tomar parte.

Los escuadrones salieron del recinto en el más profundo silencio. La noche era tranquila y extraordinariamente clara. La luna llena iluminaba el campamento y la estepa, pero, a pesar de su claridad, apenas un escuadrón había salido del recinto, apenas la luna había hecho brillar los sables, cuando desaparecía de la vista como una banda de perdices en medio de las altas hierbas.

A Basia le parecían cazadores que partían a una batida que debía principiar al alba y que se movían con tanto silencio y precaución para no levantar demasiado pronto las piezas. Y su deseo de tomar parte en aquella caza creció infinitamente.

Pan Miguel había consentido en darle gusto sabiendo que más tarde o más temprano hubiera sido preciso contentarla, y también porque sabía que estos bandidos carecían de fusiles y de arcos.

No marcharon hasta tres horas después de la salida del último escuadrón, escoltados por Pan Mushalski con veinte dragones, hombres escogidos todos en medio de cuyos sables la preciosa mujer del comandante estaba tan segura como en su propia habitación.

Debiendo montar sobre una silla de hombre, Basia se vistió con un traje masculino; llevaba anchos pantalones de terciopelo gris perla, botas de tafilete amarillo y dormán y gris forrado de piel blanca y galoneado en las costuras y una cartuchera de plata.

Su armamento consistía en un precioso sable turco y en un par de pistolas en las fundas del arzón. Llevaba la cabeza cubierta con un gorro de piel de lince, debajo del cual desaparecía aquella carita rosada, casi infantil, con los ojos brillantes como dos carbones encendidos.

Así equipada y montada sobre un palafrén manso como un gamo, parecía un hijo del comandante que bajo la custodia de unos veteranos iba a recibir la primera lección.

Todos la admiraban. Zagloba y Mushalski se tocaban con el codo. Ambos le besaron las manos en muestra de homenaje y tanto ellos como Pan Miguel calmaban los temores de Basia relativos a su marcha que ella creía retrasada.

—Allá arriba nos pararemos —le dijo señalándole una altura distante algunos estadios (¹).

Después de estas palabras se adelantaron al galope hasta la mitad del camino, en donde el pequeño caballero mandó moderar el paso y guardar el mayor silencio, y por último paró él mismo su caballo antes de llegar a la cumbre.

—No subiremos hasta allá montados, porque en una mañana tan clara como ésta un ojo experimentado podría vernos de lejos. Iremos a pie y nos acercaremos a la cima de modo que solamente sobresalgan algunas cabezas.

Al hablar así se apeó del caballo y lo mismo hizo Basia; algunos caballeros les imitaron y los dragones se quedaron abajo escondiendo sus caballos; por lo demás subieron hasta el punto en que la altura bajaba al valle perpendicularmente como una muralla.

A los pies de aquella pared de rocas de algunas decenas de metros de altura, crecía una estrecha faja de monte tallar y más allá se extendía la estepa, que en una gran extensión se podía distinguir desde aquella altura.

Atravesaba la llanura un riachuelo cuyas aguas corrían hacia Kalusik y estaba cubierta de grupos de árboles iguales a los que se veían cerca de la roca. De aquellos bosques se elevaban al cielo sutiles columnas de humo.

—¿Ves? el enemigo está escondido allí —dijo Pan Miguel.

—Veo el humo, pero no distingo hombres ni caballos —replicó Basia con el corazón palpitante.

—No puedes verlos porque se ocultan entre los árboles, pero un ojo experimentado podría percibirlos. Mira, allá abajo se ven tres o cuatro caballos de los cuales el uno es blanco.

—¿Los alcanzaremos pronto?

—Sí, porque serán rechazados hacia esa parte, pero aún hay tiempo.

—¿En dónde están nuestros soldados?

—¿Ves la linde del bosque allá abajo? El escuadrón del chambelán debe llegar allí a esta hora y dentro de poco Mellehovich desembocará por la otra parte. Cuando vean la tropa vendrán hacia esta parte, porque aquí podrán llegar hasta el río mientras por el otro lado hay un torrente infranqueable.

—¿Luego están en una trampa?

—Precisamente.

—¿Pero cómo podremos resistir su ataque con sólo veinte hombres?

—¿No está ahí acaso Motovidlo?

¹() Medida de unos 200 metros.

—Es verdad; ¿pero por dónde anda?

Pan Miguel, en vez de contestar, lanzó de improviso un grito semejante al del halcón. Inmediatamente muchos gritos iguales respondieron desde el pie de la roca; eran los cosacos de Motovidlo que se hallaban tan bien escondidos en el monte tallar que Basia no los había visto, aunque estaban precisamente a sus pies.

La joven dirigió sus miradas abajo y después sobre su esposo; de pronto sus ojos llamearon y echando los brazos al cuello de su marido exclamó:

—¡Miguel, tú eres el más grande capitán que hay sobre la tierra!

—Tengo sólo un poco de práctica —replicó Volodiovski sonriendo—. Pero no me acaricies; piensa que un buen soldado debe conservar toda su calma.

La recomendación fue inútil porque parecía que Basia tenía fiebre. Quería montar a caballo en seguida y bajar de aquella altura para unirse al escuadrón de Motovidlo, pero su marido la contuvo.

Empezaba a salir el sol inundando toda la llanura con una luz pálida y fría. Los grupos de árboles más próximos estaban iluminados por su luz y los más lejanos se hacían cada vez más visibles. La niebla que se arrastraba aún aquí o allá en los puntos más bajos, se disipaba con rapidez, y el aire estaba tan transparente que la mirada podía abrazar un espacio sin límites.

—El escuadrón del chambelán sale ahora del bosque —dijo Volodiovski—; veo a los hombres y a los caballos.

En efecto, aparecían los jinetes en aquel momento en la linde del bosque, pero no avanzaban muy de prisa como si se propusieran esperar la llegada de los otros escuadrones.

Pan Miguel se volvió a la izquierda y exclamó:

—Allí está ya Mellehovich.

Y después de una pausa añadió:

—También llegan los soldados del chambelán de Premysl... ninguno se ha retrasado. Ahora ¡a caballo!

Se acercaron apresuradamente a los dragones y, saltando sobre la silla, bajaron costeadando la ladera para alcanzar el bosque en que se encontraban los cosacos de Motovidlo. Después, todos juntos se dirigieron hacia la linde, donde se detuvieron dirigiendo sus miradas hacia la llanura.

Era evidente que el enemigo había notado la presencia del escuadrón del chambelán, porque en aquel momento una multitud de jinetes se precipitó fuera del bosquecillo que surgía en medio de la llanura, como se precipita el jabalí cuando los cazadores lo persiguen.

A cada momento se veían aparecer nuevos grupos que parecían costear el lindero del bosque; los jinetes estaban inclinados sobre el cuello de sus caballos de tal suerte que a aquella distancia se podía creer que era sólo una yeguada que caminaba sin guardas. Indudablemente no sabían si el escuadrón se dirigía contra ellos, o si se trataba sólo de un destacamento de las cercanías que hacía una descubierta. En este último caso podían esperar que el bosque los ocultaría a los ojos de los soldados.

Desde aquel bosque en que se encontraba Pan Miguel a la cabeza de los cosacos de Motovidlo se podían ver perfectamente los movimientos indecisos de la banda, semejantes a los movimientos de una bestia feroz que olfatea el peligro.

Cuando las primeras filas alcanzaron la llanura abierta se detuvieron de pronto y los que iban llegando hicieron lo mismo: habían visto acercarse por aquella parte el destacamento mandado por Mellehovich. Torcieron, pues, en dirección opuesta describiendo un semicírculo y entonces apareció ante sus ojos el escuadrón de Premysl que avanzaba al trote. Los bandidos comprendieron entonces que habían observado su

presencia y que los escuadrones marchaban contra ellos. Una gritería salvaje partió del centro de la banda y en un momento principió la pelea.

Mientras los escuadrones disparaban, se adelantaban al galope de tal modo que la llanura entera retumbaba bajo los cascos de la caballería. Al verlos, la banda cambió de dirección en un abrir y cerrar de ojos y se precipitó a la carrera hacia la altura junto a la cual se encontraba el pequeño caballero con Motovidlo y sus hombres. El espacio que los separaba disminuía con una rapidez sorprendente.

Basia se puso al principio pálida por la emoción. El corazón le latía en el pecho con mayor fuerza; pero, sabiendo que la miraban y no viendo el menor síntoma de inquietud en el rostro de los que la rodeaban, se dominó en seguida. Toda su atención se volvió hacia aquella multitud desordenada que avanzaba como un torbellino. Apretó las riendas, empuñó su sable y la sangre afluyó de nuevo con fuerza desde su corazón a sus mejillas.

Tenía la mirada fija sobre su marido; y las aletas de su nariz se estremecían ligeramente. Al fin murmuró:

—¿Avanzaremos pronto?

—Aún no es tiempo —replicó Pan Miguel.

Entretanto los bandidos avanzaban como un lobo viejo que siente a sus espaldas la trailla de los perros. Se acercaban cada vez más. Basia oía el bufido de sus caballos, veía a los jinetes con la boca abierta, con los ojos extraviados, como a quien falta el aliento después de la violenta carrera.

Volodiovski dio una señal y los cosacos apuntaron sus mosquetes.

—¡Fuego! —mandó el pequeño caballero.

Retumbó una descarga terrible, después se alzó lentamente una nube de humo y en un instante la banda huyó por todas partes, aullando y disparando.

En aquel momento Pan Miguel salió del bosquecillo y al mismo tiempo el escuadrón de Mellehovich y del chambelán estrecharon el círculo forzando al enemigo a reunirse en el centro. En vano los bandidos intentaban escapar; o se precipitaban ya a la derecha, ya a la izquierda, hacia delante o hacia atrás; el círculo se había cerrado por completo. Entonces comenzó la lucha horrible.

Los bandidos comprendieron que sólo podría salvarse el que lograra abrirse paso a través de aquel círculo de hierro, y con el mayor coraje luchaban desesperadamente combatiendo sin orden y cada uno por su cuenta. Los soldados herían a mansalva con aquella terrible y desapiadada maestría del soldado de profesión. Acuchillaba a los miserables, hiriéndolos en la cabeza, en los hombros, en el cuello, cortando las manos con que intentaban parar los golpes, sin descanso, sin piedad. También herían ellos a la desesperada con las armas que empuñaban. Sus caballos, acorralados en el centro, se encabritaban o caían a tierra.

Después de una lucha breve y silenciosa se levantó de pronto entre los bandidos un alarido espantoso: habíanse hecho cargo de que para ellos no había escapatoria posible, que en aquel combate contra fuerzas superiores en número y mejor armadas, debían perder no sólo el botín sino la vida. Los soldados, enardecidos cada vez más, los pisoteaban y los herían con mayor furia. Algunos infelices se apeaban, con la esperanza de deslizarse por entre las patas de los caballos; pero si éstos no los derribaban pasando sobre ellos, los jinetes, bajándose sobre el arzón, los atravesaban sin misericordia; otros se echaban al suelo lisonjeándose de poder escapar haciendo el muerto mientras los escuadrones avanzaban hacia el centro dejándolos atrás.

La banda disminuía a ojos vistas, porque a cada instante continuaban cayendo caballos y hombres. Viéndose perdido, Azba-Bey reunió a su alrededor los restos de la banda y con ellos cayó impetuosamente sobre los cosacos de Motovidlo, pretendiendo romper el círculo a toda costa; pero fue rechazado y comenzó entonces una carnicería espantosa.

Mellehovich, impetuoso como una llama devoradora, los había atacado por la espalda. Este movimiento permitió, sin embargo, a una parte de los bandidos escapar del círculo de fuego, huyendo desesperadamente a través de la llanura; pero los soldados que se encontraban en las últimas filas y que, dada la angostura del campo de pelea, no habían podido tomar parte en ella, los persiguieron inmediatamente.

Entretanto, los que no habían podido escapar eran pasados a filo de la espada y a pesar de su desesperada defensa caían uno tras otro como espigas bajo la guadaña del segador.

Basia iba delante a la cabeza de los cosacos animándose con pequeños gritos, pues en los primeros momentos había sentido que se le nublaba la vista. Cuando se precipitó sobre el enemigo, vio sólo ante sí como una masa oscura que se movía y experimentó un irresistible deseo de cerrar los ojos para no ver; pero resistió y su audacia se sobrepuso a su confusión.

Percibió delante de ella cabezas de caballo, y sobre éstas aparecían caras salvajes e inflamadas; precisamente ante ella se encontraba una de esas caras y Basia le asestó un golpe con su sable. Aquella cabeza, herida, sin duda, desapareció tan rápidamente como si hubiese sido un fantasma.

En aquel momento llegó a su oído la voz tranquila de su marido que exclamaba:

—¡Bien!

Aquella voz le infundió aliento llenándola de placer y continuó hiriendo a derecha e izquierda y ante sí y a cada golpe suyo un hombre mordía el polvo.

Basia se maravillaba que fuese tan fácil la cosa sin reparar que lo era porque cabalgaba entre el pequeño caballero y Motovidlo. El primero velaba por ella con gran solicitud y abatía cada hombre con la misma facilidad con que habría apagado una bujía. Con su sable afilado cortaba un brazo de un solo tajo, y a veces lo levantaba sobre Basia para protegerla de un golpe enemigo.

Pan Motovidlo, un soldado muy sereno y flemático, velaba por el otro lado sobre la atrevida dama, y como un hábil jardinero en medio de sus árboles tala y abate una rama seca, así él derribaba aquí o allá un hombre, combatiendo con tanta calma como si estuviera pensando en otra cosa.

Pero la lucha se hacía tan feroz que Pan Miguel forzó a su mujer a alejarse con algunos hombres.

Basia obedeció, porque a pesar de su valor y su deseo de luchar, su temperamento femenino se sobreponía a su ardor; y al ver tanta carnicería y tanta sangre sentía escalofríos.

Haciendo retroceder a su caballo lentamente, se encontró bien pronto fuera del círculo formado por los combatientes y entonces Miguel y Motovidlo, no teniendo ya que velar por ella, pudieron entregarse con toda libertad a sus impulsos guerreros.

Pan Mushalski, que se encontraba a cierta distancia, se acercó a la joven y le dijo:

—Su Señoría se ha batido como un verdadero caballero. Cualquiera que hubiese ignorado vuestra presencia entre los combatientes, habría creído que el arcángel San Miguel había bajado del cielo para ayudar a nuestros cosacos contra esos hijos de perros. ¡Qué honor para ellos perecer bajo los golpes de tal mano!... que me permitiréis besar en este momento.

Y así diciendo, Pan Mushalski tomó la mano de Basia y se la llevó a los labios.

—¿Me habéis visto? ¿Me he portado bien? —preguntó la joven aspirando el aire a plenos pulmones.

—Un gato no lucharía mejor con los ratones. Como hay Dios que al veros se me ensanchaba el corazón. Habéis hecho bien en alejaros de la pelea, porque cuando se acerca el fin se corre más peligro.

—Así me lo había ordenado mi marido; cuando salimos del campamento yo prometí obedecerle.

—Veo tres hombres que galopan hacia nosotros.—añadió Mushalski—; sin duda los ha mandado el coronel para velar sobre vuestra persona: si él no lo hubiese hecho los habría mandado yo. Ahora tengo que volver en seguida a la roca, porque se acerca el fin del combate.

Tres dragones se aproximaron, en efecto, para escoltar a Basia, y Pan Mushalski, tranquilo ya por ella, espoleó a su caballo y se alejó rápidamente.

Por breve rato permaneció indecisa la joven si debía continuar en aquel sitio o volver a aquella altura desde donde había contemplado el paisaje por la mañana antes de la batalla. Por último, sintiéndose muy cansada, se decidió a permanecer donde estaba.

Su temperamento femenino se manifestaba ahora más poderoso que nunca. A menos de doscientos metros de distancia los soldados continuaban abatiendo sin piedad a los bandoleros que aún resistían y una masa oscura de combatientes se arremolinaba ante sus ojos en el sangriento teatro de la batalla. Resonaban en el aire gritos desesperados, y Basia, que se había mostrado tan atrevida poco antes, se sentía en cierto modo débil. Le asaltó tal miedo, que casi cayó desmayada y sólo la vergüenza de que los dragones notasen semejante debilidad le dio ánimos para mantenerse firme en su silla. Sólo volvió la cara a otro lado para ocultar su palidez.

El aire fresco le hizo recobrar poco a poco todo su valor, pero no hasta el punto de que le hiciera desear volver a mezclarse con los combatientes. Lo habría hecho, sí, para interceder por los restos miserables de la banda, pero sabiendo que era inútil, esperaba el fin de la lucha.

Continuaba ésta más encarnizada, si cabe, y el estrépito de los golpes y la gritería no cesaban ni un solo instante.

Había transcurrido ya casi media hora y los escuadrones estrechaban aún más el círculo con mayor fuerza, pero, de improviso, una veintena de bandidos consiguió librarse de él y se precipitaron como un torrente hacia la altura.

Habían calculado que una vez ganada aquella posición podrían escapar y salvar su vida ocultándose entre las malezas que empezaban al pie de aquélla, y ganar, por fin, la estepa; pero precisamente en su camino se encontraba Basia con sus tres dragones.

A la vista de aquel inminente peligro recobró Basia toda su presencia de ánimo y toda la claridad de su inteligencia. Comprendió en un instante que permanecer allí equivaldría a una muerte cierta, porque los fugitivos podían, con el ímpetu de sus caballos, arrollarla junto con su escolta, sin contar con que la acuchillarían sin piedad al paso.

El viejo sargento de dragones fue, sin duda, del mismo parecer, porque aferrando las bridas del potro que montaba Basia, gritó a ésta con voz desesperada:

—¡Adelante, señora, a escape!

La joven partió como una flecha, mientras que los tres fieles veteranos permanecieron firmes en su puesto como un muro con el fin de contener, siquiera por un minuto, el torrente y dar tiempo de ponerse en salvo a su amada coronela.

En el mismo instante otros dragones seguían de cerca a galope tendido a aquel grupo furioso, pero roto ya el círculo que los oprimía, se dieron a la fuga a la desbandada, y aunque la mayor parte de ellos quedase sobre el campo de batalla, una docena, con Azba-Bey en su centro, consiguieron escapar por este lado. Todos se precipitaban hacia la altura, galopando con toda la rapidez de que eran capaces sus caballos.

Tres dragones solos no podían contener a todos aquellos fugitivos, y, en efecto, tras una lucha brevísima, cayeron para no levantarse. Todo el grupo unido volaba ahora detrás de Basia con la velocidad del huracán, dirigiéndose hacia la vertiente que venía a morir en la estepa. Los escuadrones polacos y los tártaros de la Lituania los seguían furiosos a diez pasos de distancia.

Sobre aquella altura de la estepa, cruzada por muchas quebraduras y barrancos, toda aquella tropa formaba como un serpiente monstruosa de que Basia formaba la cabeza, el grupo de bandidos el cuello y Mellehovich, con sus tártaros, la continuación del cuerpo. Al frente de estos últimos galopaba Volodiovski, hundiendo las espuelas en los ijares de su caballo y llena su alma de terror.

En el momento en que aquel montón de bandidos había conseguido librarse rompiendo el círculo, peleaba Volodiovski en el lado opuesto, y por tanto no lo había notado hasta que Mellehovich se puso a perseguirlos.

Se le erizaban los cabellos al pensar que Basia podía ser capturada por los fugitivos, o bien, perdiendo su presencia de espíritu, precipitarse directamente al Dniester, o ser herida o muerta de un sablazo, de una puñalada o traspasada por una flecha; se le oprimía el corazón por el miedo ante el peligro que corría su idolatrado bien.

Tendido casi sobre el cuello de su caballo, pálido el rostro, con los dientes apretados, con un horrible torbellino de negros pensamientos que le enloquecían, espoleaba su caballo sin piedad, lo golpeaba con su sable y corría como una avutarda antes de levantar el vuelo.

—¡Que Mellehovich la alcance! ¡El tiene un buen caballo! ¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera! —repetía en su desesperación.

Pero sus temores eran infundados en parte y el peligro no era tan inminente como parecía al enamorado caballero.

Lo que a los bandidos urgía esencialmente era defender su propia piel; sentían demasiado cerca de sus espaldas a los tártaros de la Lituania para entretenerse en perseguir a un jinete aislado, aunque este jinete hubiera sido la hurí más bella del paraíso de Mahoma. Bastaba que Basia se dirigiese hacia Hreptyoff para evitar la persecución, porque de seguro los fugitivos no se tornarían en aquella dirección para caer en las fauces del león mientras que tenían delante un río y espesos cañaverales donde podrían ocultarse. Los tártaros de Lituania tenían más buenos caballos que los bandidos y Basia montaba en un potro de pura sangre mucho más rápido que los caballos ordinarios y peludos de aquellos salvajes.

Además ella no sólo no perdió la presencia de espíritu, sino que su índole audaz reapareció en toda su energía. El potro corría a galope tendido como un corzo; el viento silbaba en los oídos de la joven, que se sentía invadida de una especie de sensación embriagadora en vez del miedo.

—Me pueden seguir un año entero sin alcanzarme —pensaba—. Avanzaré un poco más y después me apartaré y los dejaré pasar delante; y si no dejan de perseguirme, les haré entablar íntimas relaciones con mi sable.

Recordando que había en ambos lados del arzón metidas en sus fundas dos buenas pistolas que Miguel mismo había cargado antes de su salida, moderó el galope de su ¿otro o más bien lo dirigió hacia Hreptyoff.

Pero apenas había recorrido su cabalgadura pocos metros, cuando se ofreció de improviso a su vista una profunda grieta del terreno que le cortaba el paso.

Basia no vaciló, espoleó a su corcel, que obedeció al punto, y saltó al otro lado; pero sólo sus patas delanteras alcanzaron la opuesta orilla. Por un instante se esforzó el noble animal en buscar un apoyo para sus patas traseras, pero la vertiente, muy rápida en aquella orilla y formada de tierra resbaladiza, cedió al fin, y el caballo, junto con Basia, se precipitó en el fondo del barranco. Afortunadamente el animal no cayó sobre la joven, y ésta había conseguido sacar los pies de los estribos y echarse hacia un lado con toda su fuerza, viniendo a caer sobre una espesa capa de musgo que tapizaba la hondonada; pero el golpe fue tan violento, que perdió los sentidos.

Pan Miguel no vio la caída, porque los tártaros le interceptaban la vista, pero Mellehovich mandó a sus soldados,, con voz terrible que persiguiesen sin descanso a los

fugitivos, y lanzándose hacia la cortadura desapareció en un momento. Apeóse de su caballo, bajó a la colina y cogió a Basia entre sus brazos.

Sus ojos de halcón la devoraron en una mirada intensa para ver si arrojaba sangre por alguna parte, después se dejó caer con ella sobre el musgo y comprendió que éste le había salvado de la muerte.

Un grito sofocado por la alegría se escapó de los labios del joven tártaro; Basia yacía en sus brazos y él la apretaba contra su pecho besando repetidas veces con transporte frenético sus ojos, como si quisiera devorarla. Todo daba vuelta en su alrededor en una especie de danza loca y vertiginosa.

La pasión oculta hasta entonces en el fondo de su corazón, como un dragón en el fondo de obscura caverna, estalló en aquel momento impetuosamente cual terrible huracán.

En aquel mismo instante el eco hizo llegar a sus oídos el ruido de muchos caballos que se acercaban rápidamente. Varias voces gritaban:

—¡Aquí, aquí, en este barranco!

Mellehovich depositó su carga sobre el musgo y gritó a su vez a los que se acercaban:

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Un momento después Pan Miguel estaba en el fondo de la quebradura, junto con Pan Zagloba, Mushalski y otros oficiales.

—No se ha hecho ningún daño grave —exclamó el tártaro—. El musgo la ha salvado.

Pan Miguel cogió entre sus brazos a su esposa desmayada y muchos corrieron en busca de agua a un arroyo que estaba a corta distancia. Zagloba tocó las sienes de la joven y se puso a gritar:

—¡Basia, Basia, querida hija!

—No es nada —repitió Mellehovich pálido como un cadáver.

El anciano se echó mano al costado, descolgó un frasco y vertiéndose unas cuantas gotas de *gorzalka* ⁽¹⁾ en la palma de la mano, comenzó a frotarle las sienes. Después le acercó el frasco a los labios y el fuerte licor produjo el efecto deseado, pues antes que volviesen los que habían ido en busca de agua, la joven abrió los ojos y comenzó a respirar y a toser, porque el *gorzalka* le había quemado el paladar y la garganta. Algunos instantes después había vuelto completamente en sí.

Volodiovski la abrazó con ternura, sin cuidarse de los presentes, y cubriendo sus manos de besos, exclamó:

—¡Amor mío! ¡Tu alma ha estado a punto de abandonarte! ¿No estás herida? ¿No sientes ningún daño?

—No, no siento nada —replicó Basia—. ¡Oh, ahora recuerdo que mis ojos se nublaron cuando mi caballo se precipitó en este barranco! ¿Ha concluido ya la batalla?

—Sí. Azba-Bey ha sido muerto. Volvamos en seguida al campamento, porque temo que estés rendida de cansancio.

—No me siento cansada —contestó la joven, y echando una rápida ojeada sobre los presentes añadió con viveza—: No creáis, señores, que el miedo me ha inducido a huir. ¡Oh, no! Y la prueba es que he descargado sobre aquellos bandidos mis dos pistolas. La desgracia que me ha pasado a mí, ¿no puede ocurrirle igualmente a cualquiera? —agregó—. Un caballo puede caer y arrastrar a su jinete, sin que éste pueda evitarlo. Es una fortuna que todos vosotros veléis por mí, si no, bien podría haber quedado tendida aquí quién sabe cuánto tiempo.

—Pan Mellehovich te vio el primero y él es quien te ha salvado —dijo Volodiovski.

Al oír Basia esto se volvió hacia el tártaro, y tendiéndole la mano le dijo:

—¡Gracias por vuestro, socorro!

¹() Aguardiente muy fuerte.

El joven no respondió; solamente se llevó a los labios la mano de Basia y después besó sus pies como pudiera hacerlo un siervo.

XXVI

Cuando menos lo esperaban, los Volodiovski encontraron huéspedes al volver al campamento. Había llegado Pan Bogush, decidido a pasar una temporada de algunos meses en Hreptyoff para tratar con Mellehovich el asunto de los capitanes tártaros Aleksandrovich, Moravski, Tarasovski, Kricynski y otros tártaros de la Lituania y de Ukrania que se habían pasado en otro tiempo a prestar servicio bajo el estandarte del sultán.

Pan Bogush venía acompañado del viejo Novoveski y de su hija Eva, de Panni Boski, una señora ya avanzada en edad y de su hija Panna Zosia que aún era muy joven y bellísima.

La vista de señoras en aquel país desierto encantaba a los soldados mucho, pero los sorprendía más aún.

También los huéspedes se quedaron atónitos al ver al comandante acompañado de su mujer. Juzgando a aquél por el terrible renombre que gozaba, se habían imaginado que debía ser una especie de gigante que aterrorizaría a la gente con una sola mirada y suponían igualmente que su mujer sería algún marimacho de espesas cejas y de voz áspera y hombruna. En lugar de esto, vieron aparecer ante sus ojos un soldado de estatura más bien pequeña, de fisonomía delicada y alegre y una jovencita más bien delgada, de mejillas rosadas como una muñeca que bajo su traje masculino y con su sable al costado antes parecía un hermoso niño que una mujer.

Pan Miguel y su joven esposa recibieron a sus huéspedes con los brazos abiertos. Basia besó cordialmente a las tres señoras, aun antes que le fueran presentadas. Cuando le dijeron quiénes eran y de dónde venían, exclamó:

—Señores y señoras, deseo que el Cielo os sea propicio, estoy contentísima de conocerlos. Es una fortuna que no os haya ocurrido una desgracia en el camino; nada es más común en nuestro desierto. Afortunadamente hoy mismo hemos destrozado a los bandidos.

Notando que Pan Boski la miraba con creciente sorpresa, ella golpeó con el puño el de su sable y añadió con gran prosopopeya:

—¡También yo me he batido, sí, ciertamente! Pero permitidme, señores, que vaya a ponerme un traje más conveniente a mi sexo y que me lave un poquito las manos sucias de sangre, porque vengo de una batalla terrible. Si no hubiésemos matado hoy a Azba, quizá no habríais llegado vosotros a Hreptyoff sin sufrir algún encuentro desagradable. Seré con vosotros dentro de unos instantes, y mientras tanto Miguel estará ya a vuestras órdenes.

Así diciendo desapareció, y el pequeño caballero, que había saludado ya a Pan Novoveski, se aproximó a Panni Boski.

—Dios me ha dado una mujer —le dijo—, que no solamente es una amorosa compañera en casa, sino que puede ser un valeroso camarada en el campo de batalla. Cumpliendo sus órdenes ofrezco mis servicios a Vuestras Señorías.

—¡Que Dios la bendiga en todo como la ha bendecido dándole la belleza! —repuso Panni Boski—. Yo soy Antonia Boski, y no he venido a pedir ningún servicio a Vuestra Gracia sino a implorar de rodillas ayuda y auxilio en mi desventura. Zosia, arrodíllate tú también ante este heroico caballero, porque si él no puede socorrernos, no lo podrá hacer ningún otro en el mundo.

Y al hablar así Panni Boski cayó de rodillas y la seductora Zosia siguió su ejemplo derramando ardientes lágrimas y exclamando entre sollozos:

—¡Salvadnos, valiente caballero! ¡Tened piedad de nosotras!

Numerosos oficiales se acercaron a las dos mujeres arrodilladas, atraídos por la curiosidad, pero más aún por la belleza de Zosia. El pequeño caballero, algo perplejo, alzó del suelo a Panni Boski y la hizo sentar sobre un banquillo.

—¡En nombre de Dios! ¿Qué hacéis? Yo soy quien debería arrodillarse ante vos. Decidme en qué puedo servirlos, y juro que no tardaré en hacerlo.

—No dudéis de que hará cuanto esté de su parte, y yo me ofrezco también a hacer lo que pueda. Zagloba *sum*, no necesitáis saber más —dijo el viejo guerrero conmovido por las lágrimas de las dos mujeres.

Panni Boski hizo una señal a Zosia, la cual sacó al momento del seno una carta y la entregó al pequeño caballero.

—Del capitán general —dijo éste examinando el sobreescrito.

Después rompió el sello y comenzó a leer:

«Carísimo y amado Volodiovski:

»Por mediación de Pan Bogush os envío la expresión de mi afecto y mis instrucciones, que verbalmente os comunicará. Apenas me siento recobrado de las fatigas soportadas en Zavarov y ya se me presenta otro asunto que me interesa mucho. Pan Boski, un caballero muy honrado y buen camarada, fue capturado hace algunos años por una horda de Kamenyets. He dado asilo a su mujer y a su hija en Zavarov, pero sus corazones sangran. Escribí por conducto de Pyotrovich a Pan Flotnitski, nuestro residente en Crimea, para que hiciese pesquisas sobre Pan Boski en todas partes. Lo encontraron, al fin, pero los tártaros lo escondieron de nuevo y por este motivo no pudo ser canjeado con otros prisioneros; ahora estará, sin duda, remando en alguna galera. Las pobres mujeres han cesado de importunarme, pero viendo que su dolor es inconsolable, no puedo por menos de intentar alguna cosa para salvar al pobre prisionero. Para esto os las envío, suplicándoos que las ayudéis.

»Pyotrovich irá pronto a Crimea; dadle cartas para aquellos *murzas* ⁽¹⁾ con quienes tengáis hermandad. No puedo escribir al visir, ni al khan porque no se encuentran muy dispuestos en favor mío y temo que si escribiese yo considerarían a Boski como un personaje eminente y pedirían un rescate excesivo. Encareced a Pyotrovich que no se vuelva sin Boski; haced, en una palabra, lo que os parezca bien. Id a Rashkoff, y prometed en cambio tres de los tártaros más considerados si entregan a Boski vivo. He sabido que en Hreptyoff todo está tranquilo, pero no perdáis de vista a Azba. Pan Bogush os hablará de los negocios públicos. Os recomiendo especialmente que vigiléis mucho por el lado de Moldavia, porque espero una gran invasión. Os saludo, etc., etc.»

Panni Boski lloró a la lectura de aquella carta, y Zosia la imitó, levantando hacia el cielo sus ojos azules.

Entretanto, y antes de que Pan Miguel hubiese terminado la lectura, Basia estaba de vuelta, vestida ya con su traje habitual. El pequeño caballero le leyó el escrito del capitán general, y cuando hubo acabado exclamó la joven abrazando a su marido:

¹() Capitán de tártaros o cabecilla.

—Pan Sobieski tiene un corazón de oro, pero nosotros le demostraremos que el nuestro no es peor. Panni Boski estará con nosotros hasta que vuelva su marido y antes de dos o tres meses tú ya habrás conseguido traerlo de Crimea, ¿no es verdad?

—¿Por qué no antes de un mes, de un día, de una hora? —repuso Pan Miguel sonriendo. Y volviéndose a Panni Boski añadió—: Como veis, mi mujer es muy expeditiva en sus cosas.

—¡Que Dios la bendiga! —dijo Panni Boski—. Zosia, besa la mano de la señora comandanta.

Pero como la señora comandanta no quería que le besaran la mano, abrazó a Zosia, que desde el primer momento le había sido muy simpática.

—¡Ayudadnos, señores —exclamó—, socorrednos pronto!

—Sí, pronto, porque esta cabecita está ya ardiendo —murmuró Zagloba.

—No es mi cabeza la que arde —repuso Basia sacudiendo su blondo tupé—, sino el corazón de estas señoras rebosantes de dolor.

—Nadie se opondrá a tus deseos —dijo Pan Miguel—, pero es preciso que Panni Boski nos cuente los pormenores de su historia.

—Zosia, habla tú, porque las lágrimas me lo impiden —profirió la dama.

La joven inclinó la cabeza sobre el pecho y se puso encarnada como una cereza. Confundíale el tener que hablar delante de tantas personas, pero Basia vino en su ayuda preguntándole cuándo y cómo habían hecho prisionero a su padre.

—En 1667, hace cinco años —respondió la joven con débil voz sin levantar las largas pestañas que velaban sus ojos. Al fin, animándose, dijo de un tirón—: No había entonces correrías y el escuadrón de papá se encontraba cerca de Panyavtsi. El papá y Pan Bulayovski estaban mirando a unos hombres que apacentaban sus rebaños en el prado, cuando de improviso llegaron los tártaros por el camino de Valaquia y capturaron a ambos. Pan Bulayovski volvió dos años ha, pero papá no.

Y al decir esto dos gruesas lágrimas rodaron lentamente por sus mejillas.

—¡Pobre muchacha! —exclamó Zagloba profundamente conmovido—; el papá volverá y bailará en vuestra boda, no lo dudéis.

—Pero, ¿el capitán general no escribió a Pan Zlotnitski? —le preguntó Volodiovski.

—Pan Sobieski escribió acerca de papá al portaestandarte de Posnania —replicó Zosia—, y éste y Pan Pyotrovich encontraron a papá en casa de Aga-Murza-Bey.

—Conozco a ese Murza-Bey —dijo el pequeño caballero—. ¿Y no quiso soltar a Pan Boski?

—Había una orden del khan para soltarlo, pero Murza-Bey es muy severo y cruel y escondió a papá asegurando que lo había vendido en Asia hacía mucho tiempo. Otros prisioneros dijeron a Pan Pyotrovich que no era verdad y que Murza-Bey obraba así porque se complacía en atormentar a papá, porque es el tártaro que trata con mayor crueldad a sus cautivos. Quizá no estaba papá en la Crimea, porque Murza-Bey posee muchas galeras y tiene necesidad de remeros. Los cautivos dijeron que el Murza prefiere matar a un esclavo antes que venderlo.

—Bien; escuchadme, señores, porque ahora conviene pensar en lo que debe hacerse —dijo Pan Miguel, cuando la joven hubo concluido—. Dentro de dos semanas lo más tarde, Pyotrovich estará aquí con una numerosa escolta. Se dirige a Crimea para rescatar a unos mercaderes armenios de Kamenyets que fueron robados y hechos cautivos. Toda esta gente es rica y no regateará el dinero, por lo cual, Pan Pyotrovich irá bien provisto de oro y ningún peligro le amenaza, porque en su compañía va el delegado del patriarca de Echmiadzin, que tiene un salvoconducto que le ha dado el joven khan. Daré cartas a Pyotrovich para el residente del reino y para mis hermanos. Además, Pan Rushchyts tiene parientes entre los tártaros, que han ascendido a las altas dignidades, como de seguro sabéis. Todos estos removerán cielo y tierra y si Aga-Murza-Bey se obstina excitarán al

khan en contra suya o bien le apretarán en secreto un nudo corredizo al cuello. Creo, por lo tanto, que si Pan Boski vive aún, como espero, estará aquí sin falta dentro de un par de meses, como manda el capitán general y mi inmediato superior aquí presente —añadió Pan Miguel inclinándose ante su mujer.

«Su inmediato superior» le saltó al cuello por segunda vez. Panni y Panna Boski juntaron sus manos dando gracias a Dios que las había conducido entre personas tan amables.

—Si el viejo khan estuviese vivo, sería aún más fácil la cosa —observó Pan Nyenashinyets—, porque era muy devoto, mientras que el joven, según se dice, es todo lo contrario.

—El joven khan se enmendará como el viejo, que fue nuestro enemigo acérrimo hasta que se convenció de nuestra lealtad —dijo Zagloba—. Nadie lo sabe mejor que yo, porque fui cautivo durante siete años —añadió, sentándose al lado de la señora Boski.

—¡Siete años! —repitió ésta lanzando un suspiro.

—¡Que me muera si he añadido un sola día! —afirmó Zagloba—. He estado siete años en el palacio del khan y habéis de saber que el joven khan es mi...

Aquí se interrumpió, e inclinándose hacia la señora Boski le susurró unas palabras al oído y prorrumpió luego en una sonora carcajada.

La dama se quedó algo turbada y alejóse un poco del jovial caballero; las jóvenes bajaron los ojos, adivinando que se trataba de alguna cosa que podía ofender su pudor, a juzgar por las risotadas de los oficiales.

—Será necesario escribir inmediatamente a Pan Rushchyts —dijo Basia—, a fin de que Pan Pyetrovich encuentre las cartas preparadas en Rashkoff.

—Es preciso apresurarse —añadió Pan Bogush—, mientras estamos en invierno. Dios sabe lo que sucederá esta primavera.

—¿Tiene el capitán general noticias de Tsargrad? —preguntó Volodiovski.

—Sí, pero de esto hablaremos a solas. Es necesario concluir pronto con este asunto de los capitanes tártaros. ¿Cuándo volverá Mellehovich? Todo depende de él.

—Tiene que acabar de destruir los restos de la banda y enterrar a los muertos. Volverá hoy o mañana. Le he dado orden de enterrar solamente a nuestros soldados, no a los hombres de Azba, porque estando próximo el invierno no hay peligro de una epidemia y además porque los cuervos se encargarán de quitarlos de en medio.

—El capitán general desea que Mellehovich no encuentre obstáculo alguno en su obra —dijo Pan Bogush—, y que se le deje ir a Rashkoff siempre que quiera.

—Que vaya a Rashkoff o adonde le plazca —repuso Volodiovski—, puesto que habiendo muerto Azba no tengo absoluta necesidad de él. Por ahora no aparecerá otra banda numerosa hasta que vuelva a crecer la hierba.

—¿Habéis destrozado la banda entera? —preguntó Novoveski.

—Habrán escapado unos veinte o veinticinco, pero a estas horas Mellehovich ya habrá dado cuenta de ellos.

—Me alegro infinito —profirió Novoveski—, porque así podré ir tranquilamente a Rashkoff.

Y volviéndose a Basia añadió:

—Podemos llevar a Pan Rushchyts las cartas de que ha hablado Vuestra Gracia.

—Os lo agradezco mucho —replicó la joven—, pero no nos faltan aquí las ocasiones, porque se envían mensajeros expresamente.

—Todos los comandantes deben estar en continuas relaciones entre sí —observó Pan Miguel—. Pero, decidme, ¿tenéis realmente intención de ir a Rashkoff acompañado de esta hermosa niña?

—El bribón de mi hijo, que sirve bajo la bandera de Rushchyts, me obliga a ir allá — contestó Novoveski—. Han transcurrido ya cerca de once años desde que huyó de casa, y desde esa fecha sólo por medio de cartas ha apelado a mi clemencia.

—¿Pan Adán es, pues, hijo vuestro?

—Así lo afirmaba su difunta madre; y como era una mujer virtuosa, no tengo motivo para dudarle.

—Estoy contentísimo de contaros en el número de mis huéspedes. Pero, por amor de Dios, no llaméis bribón a vuestro hijo, que es un valiente soldado y un respetable caballero que honra a Vuestra Gracia. ¿No sabéis que es el ojito derecho del capitán general? Se le ha encargado de varios mandos independientes y siempre ha cumplido sus comisiones de un modo muy satisfactorio.

Pan Novoveski se puso rojo de alegría.

—Coronel —dijo—, un padre censura a veces a su hijo para que los demás le contradigan, y no creo que pueda haber contradicción más agradable para un corazón paternal. Llegaron hasta mí, en efecto, las noticias de los buenos oficios prestados por Adán, pero me siento verdaderamente consolado en este momento por primera vez, al oír que me confirmáis con vuestra autorizada palabra cuanto supe acerca de él. Desde la infancia ha mostrado ese muchacho verdadera pasión por la guerra, y la mejor prueba es que se escapó de casa muy joven para tomar parte en ella. Si le hubiese podido atrapar entonces, no lo habría pasado muy bien; pero hoy no puedo ya castigarlo, porque se me escaparía por otros once años, y para un pobre viejo como yo la vida es muy triste sin él.

—¿No ha vuelto a casa en el transcurso de tanto tiempo?

—No, porque yo se lo había prohibido. Pero ya tengo bastante, y como él no puede venir a mí voy yo a verlo. Tenía intención de pedirlos a vos y a vuestra consorte un refugio para mi hija mientras estoy en Rashkoff; pero, como decís que por ahora no hay nada que temer, me la llevaré. Tiene muchos deseos de correr mundo, y yo quiero concederle ese gusto.

—Y al mundo el de contemplarla —añadió Zagloba interviniendo en el diálogo.

—Tendría muy poco que contemplar —repuso la doncella; pero sus ojos negros y su boca, que parecía hecha para los besos, la desmentían.

—He preferido traerla conmigo —prosiguió Pan Novoveski—, porque es peligroso dejar en casa una muchacha sola; pero si me voy sin ella a Rashkoff, Vuestra Gracia se servirá dar orden de que la aten para que no haga alguna travesura.

—También yo he sido algo traviesa —observó Basia.

—Una vez le dieron una rueca para hilar y se puso a bailar con ella a falta de mejor pareja —dijo Zagloba riendo.

Mientras hablaban así se abrió la puerta y apareció Mellehovich.

Pan Novoveski no notó en seguida su presencia, pero Eva lo vio y una llamarada de rubor le enrojeció el rostro por un instante, quedando después pálida como un cadáver.

—Pan comandante —dijo el joven tártaro a Miguel—, los bandidos fugitivos han sido capturados, según vuestras órdenes.

—Perfectamente. ¿Dónde están?

—Los he mandado ahorcar.

—Muy bien. ¿Y vuestros hombres han regresado todos?

—Una parte solamente; la otra se ha quedado para enterrar los cadáveres.

En aquel momento Pan Novoveski volvió la cabeza y una sorpresa inmensa se pintó en su semblante.

—¡Cielo santo! ¿qué es lo que veo? —exclamó, y poniéndose en pie se dirigió como una flecha hacia Mellehovich, diciéndole—: ¡Azya! ¿qué haces aquí, miserable?

Y al decir esto levantó la mano para coger por el cuello al joven tártaro; pero éste tuvo tal acceso de cólera que podría comparársele al estallido de un puñado de pólvora arrojado

al fuego. Se puso pálido como un muerto, y aferrando con fuerza irresistible la mano de Novoveski le gritó:

—¿Quién sois? ¡No os conozco!

Y lo rechazó con tal violencia que el anciano fue tambaleándose hasta el centro de la estancia.

Por algunos instantes la rabia le impidió articular palabra, pero tomando aliento se puso a gritar como un energúmeno:

—Pan comandante, ese hombre me pertenece, es un tráfuga. Estuvo en mi casa desde la infancia y este malvado lo niega. Eva, ¿quién es? Habla tú.

—Azya —murmuró la joven temblando de pies a cabeza.

Mellehovich no se dignó mirarla siquiera. Tenía los ojos fijos en el viejo Novoveski con una expresión de odio indescriptible, apretando al mismo tiempo, con mano convulsa, la empuñadura de su espada.

Los oficiales habían formado círculo alrededor de ambos adversarios. Basia se precipitó entre Mellehovich y Novoveski, y frunciendo fieramente las cejas gritó:

—¿Qué quiere decir esto?

—Pan comandante —insistió Novoveski—, este hombre, llamado Azya, me pertenece y ha huido de mi casa. Lo encontré medio muerto en la estepa en mis años juveniles, cuando luchaba en Crimea, y me lo llevé conmigo. Es un tártaro. Permaneció doce años en mi casa y fue instruido junto con mi hijo. Cuando éste huyó, él me ayudó en el manejo de mi hacienda, hasta que nació en su corazón cierto deseo por Eva y me vi obligado a propinarle una buena tanda de azotes. Poco después se me escapó. ¿Cómo se hace llamar aquí?

—Mellehovich.

—Ese es un nombre supuesto: se llama Azya a secas, no tiene nombre. Dice que no me reconoce; pues bien, yo sí le conozco y Eva también le ha reconocido.

—El hijo de Vuestra Gracia lo vio varias veces —observó Basia—. ¿Cómo se explica que no lo haya reconocido?

—Es muy sencillo: mi hijo no lo reconoció porque tenía quince años cuando huyó de casa. Azya permaneció cinco años más a mi lado y durante este tiempo cambió muchísimo, se hizo más alto y le crecieron los bigotes. En cambio Eva lo ha reconocido al punto. Espero que mis generosos huéspedes darán más crédito a un ciudadano del reino que a ese pillo.

—Pan Mellehovich es oficial del capitán general —dijo Basia—, y, por lo tanto, le pertenece.

—Permitidme que le interrogue —observó Pan Miguel—. Es preciso oír ambas partes. Pero Novoveski montó de nuevo en cólera.

—¡Pan Mellehovich! —exclamó furioso—. ¿De dónde le viene ese Pan? Es un siervo mío que se ha ocultado con nombre falso. Mañana haré yo de este Pan el guardián de mis perros, y al día siguiente le haré apalea con un buen garrote. El capitán general no puede impedirlo, porque soy noble y conozco mis derechos.

Al oír tales palabras, Pan Miguel se estremeció a su vez de cólera y respondió con dureza:

—Además de noble, como vos, soy coronel y conozco igualmente mis derechos. Podéis reclamar vuestro siervo por medio de la ley, podéis recurrir a la jurisdicción del capitán general, pero aquí mando yo y nadie más.

Pan Novoveski se calmó al recordar que no hablaba solamente al comandante sino al superior de su hijo, a uno de los caballeros más famosos del reino.

—Pan coronel —dijo en tono sumiso—, no pretendo apoderarme de ese hombre contra la voluntad de Vuestra Gracia, pero expongo mis derechos y os suplico que me creáis.

—Mellehovich, ¿no tenéis nada que decir en vuestra defensa? —le preguntó Volodiovski.

El joven tártaro bajó los ojos al suelo y guardó silencio.

—Todos sabemos que os llamáis Azya —añadió Pan Miguel.

—Hay también otra prueba además de ésta —dijo Novoveski—. Si es mi siervo, debe tener este hombre en el pecho un tatuaje que representa un pez.

Al oír esto, Pan Nyenashinyets abrió tamaños ojos, se quedó boquiabierto, apretóse luego la cabeza entre las manos y exclamó al fin:

—¡Azya Tugoy-Beyovich!

Todas las miradas se clavaron en él; su cuerpo temblaba convulso como si todas sus heridas se hubiesen abierto de nuevo, y con voz trémula repitió:

—¡Azya Tugay-Beyovich! ¡Este es mi cautivo! ¡Este es el hijo de Tugay-Bey!

El joven tártaro levantó entonces orgullosamente la cabeza, echó una mirada de gato montés sobre los circunstantes y abriendo sus vestidos mostró su pecho desnudo y exclamando con altivez:

—¡Este es el pez! ¡Sí, yo soy el hijo de Tugay-Bey!

XXVII

Todos callaron, tan grande fue la impresión producida por el nombre del terrible guerrero.

Tugay-Bey había sido el que, junto con el no menos terrible Mielniski, había hecho temblar a todo el reino; había vertido un mar de sangre polaca; había pisoteado la Ucrania, la Volinia, la Podolia y la Galitzia con los cascos de sus caballos; había destruido castillos y ciudades, incendiado pueblos y aldeas y capturado más de diez mil personas.

El hijo de un hombre semejante se encontraba ahora ante los oficiales y los huéspedes que se habían reunido en el campamento de Hreptyoff y decía orgullosamente a todos:

—¡Yo soy Azya, carne de la carne de Tugay-Bey!

Era, sin embargo, tan grande el respeto que sentían todos por los linajes nobles y famosos por su valor, que en vez del horror que habría debido inspirar el nombre del célebre *murza* en el ánimo de todo soldado, Mellehovich creció desmesuradamente a sus ojos, como si toda la grandeza de su padre se hubiese pasado a él.

Todos lo miraban con asombro, especialmente las mujeres, para quienes todo misterio presenta siempre el mayor atractivo.

También a él mismo le pareció haber crecido a sus propios ojos por efecto de su confesión, y así levantando la cabeza y dirigiéndose a Novoveski, dijo:

—Este noble dice que yo soy su siervo y yo le respondo: «Mi padre montaba sobre su corcel poniendo el pie en la espalda de hombres que valían más que vos.» Al afirmar que yo le pertenezco dice la verdad, así como bajo su látigo corrió la sangre por mis espaldas, cosa que no olvidaré jamás. Tomé el nombre de Mellehovich para huir de sus pesquisas, y ahora, habiendo podido dirigirme a Crimea, sirvo a este país con mi sangre y con mis fuerzas y no estoy sujeto a nadie más que al capitán general. Mi padre era pariente de)

khan y en Crimea me esperaba el lujo y la riqueza, pero permanecí aquí, porque amo esta tierra, amo al capitán general y amo a todos aquellos que no me han despreciado.

Al hablar así se inclinó ante Volodiovski y después ante Basia tan profundamente que su cabeza tocó casi las rodillas de la joven; luego, sin dignarse siquiera mirar a los demás, se puso el sable bajo el brazo y abandonó la estancia.

Durante largo rato continuó reinando el silencio. Zagloba lo interrumpió el primero diciendo:

—¿Dónde está Pan Smitko? Le dije que este Azya se asemejaba a un lobo y es, en efecto, hijo de un lobo.

—¡El hijo de un león! —corrigió Volodiovski—. ¡Y quién sabe si no se parece a su padre!

—¿No habéis observado, señores, que aprieta los dientes, precisamente como hacía el viejo Tugay-Bey cuando montaba en cólera? —preguntó Pan Mushalski—. Sólo por esto lo habría reconocido, porque vi con frecuencia a Tugay.

—¡No, por cierto, tan a menudo como yo! —exclamó Zagloba.

—Ahora comprendo por qué le estiman tanto los tártaros de la Lituania y del Mediodía —observó Pan Bogush interviniendo—. Para ellos es sagrado el nombre de Tugay. ¡Vive Dios! si este hombre quisiera, podría inducir a todos los tártaros a pasarse al servicio del sultán y ocasionarnos quién sabe cuántos sinsabores.

—No lo hará, porque al afirmar que ama al país y al capitán general dice la verdad —añadió Pan Miguel—. Si así no fuese no serviría en nuestras filas pudiendo disfrutar en Crimea de toda clase de consideraciones y comodidades. Entre nosotros, ciertamente, nunca ha nadado en la abundancia ni en el lujo.

—No se irá a Crimea porque, de haberlo querido, ya lo habría hecho —dijo Pan Bogush—. Nadie se lo impediría.

—Ahora es cuando inducirá a todos los capitanes traidores a volver al reino —añadió Pan Nyenashinyets.

—Pan Novoveski —dijo de pronto Zagloba—, si hubierais sabido que era el hijo de Tugay-Bey, quizá no habríais mandado... ¿eh?

—Hubiera mandado darle tres mil azotes en vez de trescientos —interrumpió éste—: ¡Que me mate un rayo si no digo la verdad! Queridos señores, me sorprende lo indecible que siendo hijo de Tugay-Bey no haya huido a Crimea. Lo conozco mejor que vosotros y os digo, que ni el diablo es tan pérfido, ni el perro tan rabioso ni el lobo tan maligno y cruel como ese hombre. Os hará traición a todos, os lo juro.

—¡Eso son cuentos! —exclamó Pan Mushalski—. Nosotros lo hemos visto batirse en Kalnik, en Uman, en Bratslav y en otras cien acciones.

—¡Ese no olvida nunca y querrá vengarse! —insistió Novoveski.

Entretanto Basia no podía darse un instante de reposo; la historia de Mellehovich le interesaba bastante y ansiaba que el fin fuese digno del principio. Así, pues, se acercó a Eva Novoveski y le murmuró al oído:

—Eva, vos le habéis amado. Confesadlo, no lo neguéis, y añadid que le amáis todavía. Sí, estoy segura, sed sincera conmigo. ¿En quién podríais tener mayor confianza? Por sus venas corre sangre real y el capitán general lo hará naturalizar no una sino cien veces si es preciso. Pan Novoveski se opondrá, pero no importa. Sin duda Azya os quiere aún. Lo sé, lo sé. No tengáis miedo alguno, él tiene confianza en mí. Le haré algunas preguntas y no habrá necesidad de ponerlo en el tormento para obtener una contestación. ¿Le habéis querido mucho, no es verdad? Lo queréis aún, ¿no es así?

No pudiendo Basia seguir interrogándola en presencia de todos, se la llevó junto con Zosia Boski a una alcoba y le preguntó de nuevo:

—Eva, respondedme sin tapujos, ¿le amáis todavía?

Una llamarada encendió el rostro de la doncella. Tenía los cabellos y los ojos negros y la sangre ardiente, y aquella sangre le aflucía al semblante siempre que le hablaban de amor.

—Eva —repitió Basia por décima vez—, ¿le amáis?

—No sé —repuso la joven después de un momento de vacilación.

—Fuera reticencias, sed sincera —añadió Basia—. Yo fui la primera que dije a Miguel que lo amaba y no me he arrepentido. Os habéis amado locamente en este tiempo. ¡Ah! ¡Ahora comprendo! Se consumía de amor y de deseos por vos, y por esta causa andaba siempre sombrío dando vueltas como un lobo. ¿Qué hubo entre vosotros? Decídmelo.

—Él me dijo en el jardín que me amaba —murmuró Eva.

—En el jardín, bien; ¿y después?

—Después me abrazó y empezó a besarme —prosiguió la niña bajando la voz.

—¿Y qué hicisteis vos?

—Yo me asusté tanto que empecé a gritar.

—¿Lo oís, Zosia? se puso a gritar de miedo. ¿Y cuando fue descubierto vuestro amor...?

—El papá vino, y en el primer momento de furia le hirió con un hacha; después me pegó y dio orden de darle tantos latigazos que estuvo en la cama quince días.

Y al decir esto, Eva se puso a llorar, un poco por la pena, otro por la confusión, y la sensible Zosia, que lo veía, no pudo contenerse y sus ojos azules se llenaron también, de lágrimas. Basia empezó a consolar a Eva lo mejor que pudo.

—Calmaos, todo acabará bien, os lo aseguro yo —le decía—. Persuadiré a Miguel y a Zagloba para que me ayuden. Nadie podrá resistir a la cordura y la autoridad de Pan Zagloba. No lloréis, querida Eva; ahora es tiempo sólo de ir a cenar.

Mellehovich no pareció a la mesa. Se quedó en su habitación a donde se había hecho llevar una cena frugal. Ya avanzada la noche fue a buscarle Pan Bogush para hablarle de los asuntos que le interesaban.

El tártaro le ofreció una silla cubierta de piel de oveja y le puso delante un jarro que contenía una bebida caliente, preguntándole si Pan Novoveski deseaba hacer de él un siervo.

—De eso no habla ya nadie —replicó el administrador de Novgorod—. Por lo demás, Nyenashinyets sería el primero que tendría el derecho sobre vos, pero no piensa siquiera hacerlo; sin duda su hermana ha muerto y ya no hay nada que hacer. Pan Novoveski ignoraba quién erais cuando os castigó por vuestra familiaridad con su hija. Nadie se atreverá ahora a mover un dedo contra vos, os lo juro, en tanto que sirváis fielmente al país. Tenéis amigos en todas partes.

—¿Y por qué no he de servirlo fielmente? —replicó Azya—. Mi padre combatió contra vosotros, pero él era un infiel mientras que yo profeso la fe de Cristo.

El joven tártaro inclinó la cabeza y empezó a soplar en su copa como para enfriar el contenido.

—¡Cómo os parecéis en este momento a Tugay-Bey! —dijo Bogush—. Le reconocí muy joven, lo vi en el palacio del khan y sobre el campo de batalla. Lo menos veinte veces lo visité en el campamento.

— ¡Que Dios bendiga a los justos y la peste caiga sobre los malvados! —exclamó Azya, de pronto, y levantando su copa, añadió—: ¡A la salud del capitán general!

—Salud y muchos años de vida —dijo Bogush—: Es verdad que los que están de su parte son pocos, pero todos buenos y fieles soldados. ¡Dios nos guarde de tener que ceder a aquellos dragones que no saben hacer otra cosa que intrigar en las Dietas y acusar al capitán general de traición al rey! En vano el capitán general manda mensajes pidiendo refuerzos para Kamenyets. Como Casandra, presagia la destrucción de Troya y del pueblo de Príamo: ellos no tienen ideas en su cerebro y no sueñan más que en traiciones al rey.

—¿De qué habla Vuestra Gracia?

—De nada. Hice una comparación entre Troya y Kamenyets, pero de aquella ciudad probablemente no habréis oído hablar nunca. Tened un poco de paciencia por ahora. El capitán obtendrá para vos la naturalización, y los tiempos son tales que no os faltará ocasión de cubrirlos de gloria.

—¡O yo me cubriré de gloria o me cubrirá la tierra! —replicó Azya—. ¡Como hay un Dios verdadero que oiréis hablar de mí!

—¿Y Kricynski y los demás qué harán? ¿Volverán? ¿Sí o no?

—Ahora están acampados los unos en Urzysk y otros más lejos, y es difícil llegar a un acuerdo, porque están muy lejos los unos de los otros. Han recibido orden de ir a Adrianópolis hacia la primavera, llevando consigo muchas provisiones.

—Esta noticia es importante porque si hay una gran concentración de fuerzas en Adrianópolis, la guerra contra nosotros es segura. Es preciso informar inmediatamente al capitán general.

—Hamlim me ha dicho que corre el rumor de que el sultán en persona irá a Adrianópolis.

—¡Que Dios nos asista! ¡Y nosotros que no tenemos aquí sino un manípulo de tropas! Todas nuestras esperanzas se fundan en el castillo Kamenyets. ¿Pretende Kricynski acaso imponernos nuevas condiciones?

—Él y sus compañeros desean una amnistía general; quieren la reintegración de los derechos y privilegios de la nobleza que gozaban antes y de mandos independientes para los capitanes; pero como el sultán les ofrece más vacilan.

—¿Qué me decís? ¿Cómo el sultán puede ofrecer más de lo que el reino les ofrece? En Turquía hay un gobierno absoluto en donde todos los derechos dependen del capricho del sultán. Aunque les cumpliera todas sus promesas, su sucesor podría impunemente pisotearlas, mientras que entre nosotros todos los privilegios son sagrados y ni aun el rey puede quitar nada a un noble.

—Ellos dicen que eran nobles y sin embargo fueron tratados como simples soldados, y que los estarostas les impusieron más de una vez obligaciones de que están exentos no ya los nobles sino hasta los siervos.

—¿Pero si el capitán general les da su palabra...?

—Nadie duda de su inteligencia superior ni de su lealtad y todos lo quieren en secreto. Pero se dicen a sí mismos: «Los nobles harán fusilar al capitán general como traidor. En la corte del rey le odian; está amenazado de una acusación terrible. ¿Qué puede hacer en tales condiciones?»

Pan Bogush se dio una palmada en la frente y exclamó:

—Y bien, ¿qué decidirán?

—Ni aun ellos mismos lo saben.

—¿Se quedarán en los dominios del sultán?

—No.

—Pues, ¿quién podrá obligarles a volver al reino?

—Yo.

—¿Cómo?

—Soy el hijo de Tugay-Bey.

—Querido Azya —comenzó a decir Pan Bogush tras breve silencio—, no niego que deben amar en vos vuestra estirpe y la gloria de vuestro padre, aunque ellos son tártaros de la Lituania y Tugay-Bey fue enemigo nuestro. Pero que el hecho de ser vos hijo de Tugay-Bey os dé el derecho de comandar a todos los tártaros, es lo que no me parece posible y no veo en ello una razón suficiente.

Azya calló por algunos instantes: después apoyó las manos sobre las rodillas y dijo:

—Kricynski y los demás capitanes me obedecen, no porque ellos sean tártaros y yo un príncipe, sino porque tengo otros recursos y otro poder.

—¿Qué recursos? ¿Qué poder?

—No sé cómo expresar lo que quiero decir —replicó Azya—. Pero, ¿por qué estoy yo dispuesto a hacer cosas que otro no se atrevería a hacer? ¿Por qué he pensado en cosas que otro no ha pensado?

—¿Qué decís? ¿Qué habéis pensado?

—He pensado que si el capitán general me diese la facultad y el derecho, no sólo haría volver estos capitanes, sino que pondría a su servicio la mitad de la horda. ¿No hay mucha tierra disponible en Ucrania y en el desierto? Que el capitán general proclame solamente que todo tártaro que venga al reino será noble, que serán respetadas sus creencias, que servirá en un escuadrón perteneciente a su nación, que todo escuadrón tendrá su capitán como lo tienen sus cosacos, y yo apuesto la cabeza que toda la Ucrania se poblará muy pronto. Los tártaros de la Lituania vendrían en seguida, vendrían de la Drobuscha y de Belgrad, vendrían de la Crimea con sus rebaños y sus mujeres y sus hijos. No meneéis la cabeza con ese aire incrédulo. Afirmo a Vuestra Gracia que vendrán... como vinieron en época lejana los que sirvieron fielmente al reino. En Crimea o dondequiera, el khan y los *murzas* oprimen a las poblaciones, pero en Ucrania tendrán sus sables y sus capitanes. Os juro que vendrán porque allá abajo lo sufren todo, hasta el hambre. Cuando se proclame en los pueblos que los llamo yo, el hijo de Tugay-Bey, en fuerza de la autoridad que me concede el capitán general, millares y millares acudirán aquí.

—Azya, por las llagas de Cristo, ¿cuándo se os han ocurrido esas ideas? ¿Qué sucedería si...?

—Sucedería sencillamente que en la Ucrania habría una población de tártaros como hay otra de cosacos. A éstos se lo habéis concedido todo. ¿Por qué no nos lo concedéis a nosotros? ¿Me preguntáis qué sucedería? Pues no pasaría lo que pasa ahora, porque nosotros pondríamos el pie en el cuello de los cosacos; no habría rebeliones de campesinos, ni matanzas, ni ruinas; no habría Doroshenskos, porque si éste se moviera yo sería el primero en arrastrarlo a los pies del capitán general con un cabestro, y si las fuerzas turcas se moviesen nos batiríamos con el sultán, y si el khan amenazase con invasiones derrotaríamos también al khan. ¿Hace tanto tiempo, acaso, que los tártaros de la Lituania y de la Polonia obraron así, aunque permanecieron fieles a la religión mahometana? ¿Por qué habríamos nosotros de obrar de otro modo?

El joven tártaro hizo una breve pausa y continuó después:

—Pesad bien mis palabras. La Ucrania tranquila, los cosacos tascando el freno; protección contra Turquía; diez, mil hombres de tropas auxiliares... eso es lo que se me ha ocurrido y por eso Kricynski y los demás capitanes me obedecen y por eso la mitad de los pueblos de la Crimea acudirían a estas estepas si los llamo yo.

Pan Bogush estaba tan sorprendido de las palabras de Azya como si las paredes de la estancia en que estaban se hubiesen abierto repentinamente ante sus ojos, y nuevas regiones hubiesen aparecido a su vista. Durante largo rato no pudo articular una palabra y se limitó a fijar en el joven tártaro una mirada estupefacta. Azya se puso a pasear por la estancia con paso agitado y añadió por último:

—Sin mí, nada de esto podría verificarse porque soy el hijo de Tugay-Bey, y desde el Dniester hasta el Danubio no hay hombre más poderoso entre los tártaros. Dicen que en la primavera estallará una gran guerra con el sultán, pero dadme sólo el permiso, que yo promoveré una fermentación tal entre los tártaros, que hasta el sultán quedará con las manos ligadas.

—En nombre de Dios, Azya, ¿quién sois vos? —dijo Pan Bogush.

—El futuro capitán general de los tártaros —replicó el joven.

Un reflejo del hogar cayó en aquel momento sobre Azya, iluminando su rostro, que era al mismo tiempo hermoso y terrible. A Pan Bogush le pareció tener ante sí un hombre completamente nuevo, tanta era la grandeza y la altivez que respiraba toda la persona del joven tártaro. Pan Bogush comprendía que Azya tenía razón. El viejo hidalgo conocía bastante bien la Crimea, en donde había estado dos veces prisionero; conocía la corte de Bagchesarai, conocía las hordas que habitaban entre el Don y la Drobusha; sabía que durante el invierno muchos pueblos quedaban despoblados a causa del hambre. Sabía que en Crimea las rebeliones no eran raras y comprendía que las tierras y los privilegios que se concedieron atraerían infaliblemente a todos aquellos que se sentían mal o estaban amenazados en su país natal. Y vendrían atraídos ciertamente por el hijo de Tugay-Bey, si éste alzaba la voz para llamarlos.

El solo podía hacerlo y ningún otro. Si el capitán general deseaba sacar partido de esta ocasión, podía considerar el hijo de Tugay-Bey como un hombre que la Providencia misma le enviaba.

Pan Bogush principió a considerar a Azya bajo otro aspecto y a cada momento se admiraba más de que tales ideas hubieran brotado en su cabeza. El sudor perlaba la frente del viejo caballero; tan inmensas le parecían aquellas ideas. No obstante, aún quedaba una duda en su alma, porque después de algún tiempo de reflexión dijo:

—¿Y sabéis que habrá guerra con Turquía?

—Habrá guerra con seguridad. ¿Para qué, si no, habrían dado orden a las hordas de reunirse en Adrianópolis? Habrá guerra, a menos que no surjan disensiones en los dominios del sultán; y si él se decide a abrir la campaña, la mitad de las hordas estarán de parte nuestra.

—A este bribón no le faltan nunca buenos argumentos ~ —dijo para su colete Pan Bogush; y después de algunos instantes añadió en alta voz—: De todos modos, la cosa no es fácil. ¿Qué dirían el rey, el canciller, el Cuerpo Legislativo y todos los nobles que en mayor parte son hostiles al capitán general?

—Yo no necesito más que el permiso escrito de Pan Sobieski, y una vez que estemos aquí, que prueben a echarnos fuera. ¿Quién se atrevería? ¿Y con qué medios?

—El capitán general se asustará con el solo pensamiento de asumir una responsabilidad tan grande.

—Detrás del capitán general habrá cincuenta mil sables de las hordas, además de las tropas que él tiene a su disposición.

—¿Pero y los cosacos? ¿No pensáis en ellos? Se opondrán, de seguro, inmediatamente.

—Precisamente para tener a raya a los cosacos somos nosotros indispensables. Dejad que yo pueda disponer de mis tártaros y ya veréis.

Y al hablar así Azya extendió la mano y abrió los dedos como si fuesen las garras de un águila; después apretó con ademán fiero la empuñadura de su sable, y añadió:

—Con éste dictaremos leyes a los cosacos. Ellos serán nuestros siervos y nosotros dominaremos en la Ucrania. ¿Me oís, Pan Bogush? Quizá me creéis un hombre ligero, pero no lo soy tanto como cree Novoveski, el comandante y vos. Mirad, he pensado tanto en este asunto día y noche, que hasta me he puesto flaco. Pero lo que he pensado es justo y por lo tanto os repito que en mí hay recursos, que en mí está el poder. Id a ver al capitán general, id presto. Exponedle mis ideas, inducidle a remitirme este escrito y ya veréis lo que me importa el Cuerpo Legislativo y todo lo demás. El capitán general es un gran hombre; decidle que soy el hijo de Tugay-Bey; que soy el único que puede realizar esa idea, que es la mía. Pero apresuraos, antes que la nieve cubra la estepa, porque con la primavera vendrá la guerra. Id y volved pronto, para que yo sepa a qué atenerme.

Pan Bogush no notó que Azya hablaba en un tono como si fuese un capitán que da instrucciones a su ayudante.

—Mañana descansaré —dijo— y pasado mañana marcharé. Dios quiera que encuentre al capitán general en Yavorov. Él es pronto en sus decisiones y dentro de poco tendréis una contestación.

—¿Creéis que consentirá?

—Quizá os mandará llamar para hablar con vos; así, no vayáis por ahora a Rashkoff porque desde aquí podéis fácilmente ir a Yavorov. No sé si consentirá, pero es seguro que tomará el asunto en consideración, porque sabéis presentar en su apoyo poderosas razones. ¡Como hay un Dios en el cielo, no me habría esperado nunca de vos una cosa semejante! Ahora veo que sois un hombre extraordinario y que Dios os ha predestinado a las grandezas. No me sorprendería al ver un airón de plumas en vuestro birrete. Pasado mañana, marcharé sin falta. Ahora os dejo porque ya es tarde y tengo la cabeza atontada como si hubiese en ella una serrería. Adiós, Azya. Me duelen las sienes como si estuviese borracho. ¡Adiós, hijo de Tugay-Bey!

Pan Bogush apretó la mano delgada del tártaro, y se dirigió hacia la puerta; pero en el mismo instante se detuvo y repitió: «Nuevas tropas para el reino, una espada siempre suspendida sobre la cabeza de los cosacos; disidencias en Crimea, la potencia de los turcos debilitada... ¡Dios mío! ¡todo eso parece imposible!»

Y se alejó meneando la cabeza, mientras Azya le seguía con los ojos, murmurando:

—Y para mí el bastón de mariscal... y ella,/con su consentimiento o sin él, para mí también. En caso contrario, ¡ay de vosotros!

Bebió después otro sorbo de *girzalka* y se echó en su lecho cubierto de pieles. El fuego se había apagado en la chimenea, y a través de la ventana penetraban en la estancia los rayos de la luna, que estaba a esta hora muy alta en aquel cielo invernal. Azya permaneció inmóvil por algún tiempo, pero el sueño no venía a cerrar sus párpados. Por último se levantó, se acercó a la ventana y contempló la luna que surcaba como una nave silenciosa la ilimitada soledad de los cielos.

El joven tártaro lo contempló largo rato; después se llevó las manos al pecho, levantó los dos pulgares, y su boca, que una hora antes había confesado la fe de Cristo, murmuró con una especie de melancólica cantinela:

—*¡La Alah ila Alah! ¡Mahomet Rossul Alah!* (1).

XXVIII

Al siguiente día Basia sometió al joven a un *examen*, según el consejo que le diera su marido, pero temiendo la suspicacia del tártaro, decidió no insistir demasiado la primera vez para no infundirle sospechas. Sin embargo, en cuanto le vio le dijo sin rodeos:

—Pan Bogush dice que sois un gran hombre, pero, a mi juicio, no puede existir hombre grande sin amor.

Azya cerró los ojos, inclinó la cabeza y respondió sencillamente:

—Vuestra Gracia tiene razón.

¹() Dios es Dios y Mahoma es Profeta.

—Me alegro de que lo reconozcáis así —repuso Basia, y sacudió su rubio tupé, al mismo tiempo que entornaba los ojos de cierta manera, como si quisiera decir que en tales asuntos era maestra y esperaba hablar con un hombre capaz de comprenderla,

Azya levantó los ojos y devoró con la mirada el rostro encantador de su interlocutora. Nunca le había parecido tan bella y fascinadora como en aquel momento en que sus ojos, brillantes por la curiosidad y la animación, se fijaban en él, y una deliciosa sonrisa irradiaba de su rostro casi infantil. Pero cuanto más ingenua era la expresión de aquel semblante, mayor era para Azya el encanto que emanaba de él y más ardientes eran los deseos que nacían en su alma, más patente el amor que inundaba su corazón y lo embriagaba como un vino generoso, ahogando en su corazón los demás deseos y dejando que predominase únicamente el de arrebatarla a su marido y llevársela muy lejos, el de tenerla apretada contra su corazón sintiendo su cuello rodeado por los torneados brazos, el de amarla, en fin, hasta el punto de olvidarse de todo y hasta de sí mismo por ella, y de perecer, si era preciso, a su lado. A tal pensamiento, parecíale que el mundo entero daba vueltas en su alrededor; nuevos deseos despertábanse en el fondo de su alma y surgían arrastrándose como serpientes que salen de las grietas de las rocas.

Pero Azya sabía dominar como nadie sus emociones, y se dijo para sí:

—¡Aún no es hora!

Y refrenó su corazón apasionado, como se refrena un caballo furioso arrojándole un lazo.

Permanecía delante de la joven frío en apariencia, aunque una viva llama ardiese en sus ojos, y sus negras pupilas expresaron todo lo que sus apretados labios rehusaban confesar.

Pero Basia poseía un alma tan pura como el agua de primavera y además su mente estaba enteramente ocupada por otro hombre, de manera que no comprendía aquel mudo lenguaje. Pensaba en aquel momento en lo que debía decir todavía al joven, y al fin añadió:

—Más de uno lleva oculto en su corazón un amor secreto que no se atreve a manifestar a nadie, pero si lo confesara sinceramente podría, quizá, saber algo que la proporcionaría una dicha inefable.

El rostro de Azya se serenó por un instante; una esperanza atravesó su mente como un relámpago, pero en seguida se rehízo y preguntó con calma:

—¿A qué se refiere Vuestra Gracia?

—Otra mujer no perdería el tiempo en circunloquios —prosiguió Basia—, porque, generalmente, las mujeres son impacientes y poco reflexivas, pero yo no soy así. Estoy dispuesta a ayudaros, y os ayudaré con mucho gusto, pero no exijo vuestra confianza tan pronto. Sólo os digo: «No ocultéis vuestros sentimientos, venid aquí todos los días.» He hablado de este asunto con mi marido. Comprenderéis fácilmente que no os interrogo por mera curiosidad, sino por simpatía y porque si he de ayudaros debo asegurarme previamente de que estáis enamorado. Además, es conveniente que lo manifestéis vos primero; si me lo confesáis quizá podré daros una respuesta.

El hijo de Tugay-Bey comprendió por estas palabras cuán vana era la esperanza que poco antes había nacido en su alma. Adivinó en seguida que se trataba de Eva Novoveski, y todas las maldiciones que el tiempo había acumulado en su alma vengativa contra la familia entera le subieron a los labios.

El odio estalló en él como una llama tanto más violenta cuantos más contrarios eran los sentimientos que antes lo agitaron, pero supo dominarse porque poseía no sólo el dominio sobre sí mismo, sino también la astucia de los orientales.

Pensó que si daba rienda suelta a su odio venenoso contra los Novoveski, perdería el favor de Basia y la posibilidad de verla todos los días; pero sentía, por otro lado, que no podía dominarse hasta tal punto de mentir frente a la mujer adorada de su alma, diciéndola

que amaba a otra. Víctima, pues, de un verdadero conflicto interior, y de un desgarramiento imposible de disimular, se postró de improviso ante la joven y besando sus pies dijo:

—En manos de Vuestra Gracia pongo mi alma y mi destino. No quiero hacer más de lo que vos me ordenarais, no deseo dejarme guiar por otra voluntad. Haced de mí lo que os agrade. Vivo entre dolores y tormentos; soy muy infeliz. Tened piedad de mí; en caso contrario, soy un hombre perdido para siempre.

Y al decir esto comenzó a gemir porque experimentaba una pena inmensa, y sus secretos deseos le abrasaban como una llama viva. Basia consideró sus palabras como una manifestación de su amor por Eva... amor tormentoso y por tanto tiempo disimulado, y la invadió una compasión tan grande por el pobre joven, que brillaron en sus ojos las lágrimas.

—Levantaos, Azya —dijo al tártaro arrodillado—. Siempre he deseado vuestro bien y ahora quiero sinceramente ayudaros. Sois de sangre noble, y de seguro no se os negará la naturalización en pago de vuestros servicios. Pan Novoveski se dejará apaciguar, porque ahora os ve bajo otro aspecto; y Eva...

Basia se interrumpió, se puso en pie y levantando su rosado rostro sonriente, murmuró al oído de Azya:

—Eva os ama.

El rostro del joven se contrajo de rabia... se llevó las manos a los costados, y sin pensar en la sorpresa que podía producir aquella exclamación, repitió varias veces con voz ronca:

—¡Alá, Alá, Alá!

Después se precipitó fuera de la estancia.

Basia lo siguió por un instante con los ojos. Aquella exclamación no la había sorprendido gran cosa, porque los soldados polacos se servían de ella a menudo, pero notando el ímpetu del joven tártaro se dijo para sí:

—¡Es una verdadera llama de fuego! ¡Está loco por ella!

El mismo día Pan Zagloba y Eva quedaron informados de la conversación con Azya. El corazón de la niña se abandonaba por entero al dulce sentimiento del amor, y desahogaba su emoción y su intranquilidad besando con transporte las manos de Basia, al mismo tiempo que dirigía los ojos hacía la puerta, esperando ver aparecer por ella el rostro severo, pero hermoso, del joven Tugay-Bey.

Mas Azya no pareció, porque estaba conferenciando con Hamlim, el viejo y fiel servidor de su padre, y ahora importante *murza* en la Drobuscha. Había venido sin ocultarse, porque ya se sabía en Hreptyoff que él era el intermediario entre Azya y aquellos capitanes que militaban bajo las banderas del sultán. Habíanse encerrado en el departamento ocupado por Azya, y allí Hamlim, después de inclinarse humildemente ante el hijo de Tugay-Bey, cruzó las manos sobre el pecho y esperó con la cabeza baja ser interrogado.

—¿Traes cartas? —le preguntó Azya.

—No, effendi. Me ordenaron que todo te lo dijera verbalmente.

—Habla, pues.

—La guerra es cierta. En la primavera debemos dirigirnos a Adrianópolis. A los búlgaros se les ha dado orden de que lleven allá heno y cebada.

—¿Y qué hará el khan?

—Irá directamente a Soroshenko, atravesando la Ukrania.

—¿Qué se dice en los campamentos?

—Se alegran que estalle la guerra y suspiran por que llegue la primavera; en los campamentos se sufre bastante, aunque apenas haya comenzado el invierno.

—¿Sufren mucho?

—Bastante. En Belgrad ha habido hombres que se han vendido como esclavos para ir tirando hasta la primavera. Han muerto muchos caballos, porque ha habido poca hierba en las estepas y el sol la ha quemado.

—¿Han oído hablar del hijo de Tugay-Bey?

—He hablado todo cuanto me has permitido decirles. La noticia se ha propagado entre los tártaros de la Lituania y de la Podolia, pero nadie sabe toda la verdad. Se susurra que el reino quiere darles privilegios y tierras y llamarlos a su servicio, poniéndoles bajo las órdenes del hijo de Tugay-Bey. Esta sola noticia ha puesto en ebullición hasta las aldeas más pobres. Están dispuestos, effendi, están dispuestos, pero alguien les ha dicho que todo era mentira, que el reino mandará contra ellos tropas y que no existe hijo alguno de Tugay-Bey. Bastaría, empero, que los llamasen para que corrieran en tropel. Dame sólo permiso para hablar y ya verás.

El rostro de Azya se puso radiante de contento, y el tártaro comenzó a pasear por la estancia con paso agitado. De pronto se detuvo y dijo:

—Ha venido Pan Bogush y le he revelado mis recursos y mi poder.

—¿Ha aprobado tus ideas?

—Al principio se cogió la cabeza entre las manos, pero en este momento galopa para llevar la buena noticia al capitán general.

—Effendi —replicó Hamlim tímidamente—; ¿y si el Gran León no las aprobase?

—¿Quién, Sobieski?

—Sí.

Una luz siniestra relampagueó de nuevo en los ojos de Azya, pero sólo un instante, porque su rostro se serenó inmediatamente. Se sentó sobre un banquillo, apoyó la cabeza entre las manos y se sumergió en una profunda meditación.

—He reflexionado en lo que responderá el capitán general a Pan Bogush, cuando éste le comunique tan alegres noticias —dijo luego—. El capitán general es juicioso, prudente, y consentirá. Sabe que hacia la primavera habrá guerra con el sultán y que el reino no tiene hombres ni dinero. Sabe que si Doroshenko y los cosacos se unen al sultán la destrucción total de la Polonia será un hecho cierto, tanto más cuanto que ni el rey ni el Cuerpo Legislativo creen en la guerra, y no hacen absolutamente nada para prepararse a ella. Pan Sobieski es un gran hombre. Consentirá, porque sabe que si los tártaros obtienen aquí tierra y privilegios, estallará la guerra civil en Crimea y en las estepas de la Dobruscha, y el sultán tendrá que pensar en reprimir estas rebeliones dejando tiempo al capitán general para prepararse mejor. Esta es la única salvación para el reino, que está tan débil que hasta el regreso de algunos millares de tártaros de la Lituania es para él de la mayor importancia. El general sabe todo esto y consentirá.

—Me inclino ante tu sabiduría —replicó Hamlim—; ¿pero qué sucederá si Alá quita al Gran León sus luces, o Si Satanás ciega hasta tal punto su orgullo que rechaza tus proyectos?

Azya acercó su rostro feroz al oído de Hamlim y murmuró:

—Quédate aquí hasta que llegue la contestación del capitán general; hasta entonces yo no iré a Rashkoff. Si rechazan mis proyectos, te mandaré a hablar con Kricynski y con los demás. Les llevarás la orden de adelantarse hacia Hreptyoff y mantenerse dispuestos. Atacaré con mis hombres en medio de la noche el campamento y después...

Aquí Azya se interrumpió y poniéndose dos dedos en la nuca con un ademán expresivo, exclamó:

—¡Así lo querrá el destino!

Hamlim hundió la cabeza entre los hombros; en su rostro bestial apareció una sonrisa siniestra y preguntó:

—¿Y el pequeño halcón?

—Él será el primero.

—¿Y después en marcha hacia los dominios del sultán?

—Sí... sí, en marcha con... *ella*.

XXIX

Un invierno crudísimo había cubierto los bosques de carámbanos de hielo relleno de nieve hasta los bordes de los barrancos y torrentes, de tal suerte que todo el país no era más que una llanura blanca. Sobrevinieron de improviso huracanes terribles que sepultaron a hombres y a ganados; bajo el fúnebre manto de la nieve, los caminos se pusieron intransitables, pero, a pesar de esto, Pan Bogush adelantaba con la mayor celeridad posible hacia Yavorov para comunicar al capitán general los proyectos de Azya. Siendo un noble nacido en la frontera, y crecido en el continuo temor a las invasiones de los cosacos y de los tártaros, estaba penetrado de la idea de los peligros de que estaba amenazado el país por las insurrecciones y por las correrías, y sobre todo por las fuerzas de Turquía, y veía en estos proyectos de Azya la única salvación.

Creía firmemente que el capitán general, que era muy estimado por él y por todos los habitantes de los confines, no vacilaría un instante en aceptarlos, tratándose del bien y del poder del reino. Por esta razón avanzaba con el corazón alegre, a despecho de la nieve, de los malos caminos y de los huracanes.

Llegó finalmente a Yavorov el domingo, y tuvo la suerte de encontrar a Pan Sobieski en su casa. Se hizo anunciar inmediatamente y, contra lo que él se temía, porque el capitán general estaba siempre muy ocupado, fue introducido en seguida ante su jefe.

Encontró a Pan Sobieski muy cambiado; su aspecto revelaba grandes preocupaciones. Eran, en efecto, aquellos años, los más borrascosos de su vida. Su nombre no resonaba aún, en aquella época, por todo el ámbito de la Cristiandad, pero gozaba ya la fama de gran capitán y de terrible exterminador de musulmanes en todo el reino. A la vista de Pan Bogush, irradió una sonrisa en su rostro serio; apoyó sus manos en los hombros del hombre que se inclinaba ante él y dijo:

—¡Os saludo, Pan Bogush, os saludo! No esperaba volver a veros tan pronto, pero sed bienvenido a Yavorov. ¿De dónde venís? ¿De Kamenyets?

—No, poderoso señor capitán general; aún no he estado en Kamenyets. Vengo directamente de Hreptyoff.

—¿Qué hace mi pequeño caballero? ¿Está bueno? ¿Ha desembarazado ya de bandidos las selvas de Ushytsa?

—Los bosques están ya tranquilos y seguros, de suerte que podría atravesarlos sin peligros un niño. Los bandidos fueron ahorcados, y en estos días pasados Azba-Bey y toda su partida han sido destrozados de tal modo que ni un testigo ha quedado de la matanza. Precisamente llegué yo a Hreptyoff el mismo día en que la banda había sido destruida.

—Reconozco en este hecho a Volodiovski. Rushchyts, que manda en Rashkoff, es el único que puede comparársele. ¿Qué se dice en las estepas? ¿Hay noticias recientes del Danubio?

—Las hay, pero malas. Habrá una gran revista de tropas en Adrianópolis en los últimos días de invierno.

—Ya lo sabía. Ahora no hay más que malas nuevas... malas noticias del reino, malas de Crimea, y malas de Estambul.

—Pero no todas lo son. Yo, por ejemplo, soy portador de buenas noticias, tan buenas, que si fuese un turco o un tártaro pediría un regalo en albricias.

—Si así es, habéis caído del cielo. Hablad presto, disipad mi ansiedad.

Pan Bogush empezó a explicarle los proyectos de Azya, y lo hizo con tal entusiasmo que casi llegó a estar elocuente. De vez en cuando, su mano, temblorosa de emoción, escanciaba un vaso de hidromiel, que Sobieski había hecho servir, haciendo rebosar la preciosa bebida. Ante las miradas atónitas del gran capitán, desenvolvió con gran claridad el cuadro del porvenir millares de tártaros venían a pedir tierras y privilegios, conduciendo consigo sus mujeres, sus hijos y sus enseres; los cosacos, al ver la nueva potencia del reino, se inclinaban obedientes ante el rey y el capitán general; ya no había insurrecciones en Ucrania, ni más correrías, devastadoras como el fuego, avanzarían por los viejos caminos contra el reino. Al lado de los ejércitos polacos y cosacos se alinearían en la estepa los escuadrones de los tártaros nobles de Polonia.

Aquella potencia, antes tan hostil, se ponía ahora al servicio del reino. La Crimea se desplomaba, la antigua supremacía huía de manos del khan y del sultán, que sentíase invadir del espanto, porque desde la Ucrania el nuevo capitán general de una nueva nobleza tártara los miraba con ojos amenazadores. Y aquel fiel defensor del reino era el célebre hijo de un padre terrible: era el joven Tugay-Bey.

Una llamarada inflamó el rostro de Pan Bogush; parecía exaltarse al sonido de sus propias palabras. Levantó al fin sus dos manos y exclamó:

—¡Esto es lo que os traigo! ¡Esto es lo que ha proyectado aquel joven entre los bosques salvajes de Hreptyoff! Ahora sólo es necesario darle una carta y el permiso de Vuestra Magnificencia de esparcir la voz en la Crimea y en las orillas del Danubio. Si el hijo de Tugay-Bey no hiciese otra cosa que promover tumultos en Crimea y en el Danubio, iniciando la guerra civil entre los tártaros, levantando un partido contra el otro, y esto en la víspera de un conflicto, haría un grandísimo e inolvidable servicio al reino.

Mientras Pan Bogush exponía con tanto fervor la idea de Azya, Pan Sobieski se paseaba por la estancia con paso agitado, sin decir una palabra. Su noble rostro estaba sombrío y casi terrible; gesticulaba hablando evidentemente entre sí, no se sabe si consigo mismo o con Dios.

Finalmente el gran capitán reveló su pensamiento diciendo al ferviente orador:

—Bogush, aun cuando yo tuviese derecho de expedir una carta y un permiso semejante, nunca jamás expediré ni la una ni el otro.

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta fuerza y energía, que Pan Bogush las sintió gravitar sobre él como una losa de plomo, quedando mudo y con la cabeza baja por algún tiempo.

Sólo al cabo de una larga pausa preguntó con voz lastimera:

—¿Por qué Vuestra Magnificencia, por qué?

—Primeramente os diré, como hombre de Estado, que el nombre del hijo de Tugay-Bey podrá atraer cierto número de tártaros si se les ofrecen tierras y privilegios con títulos de nobleza, pero no tantos como él y vos habéis imaginado. Pero, haciendo abstracción de esto, sería una verdadera locura llamar a los tártaros a la Ucrania y establecer en ella un pueblo nuevo cuando no podemos tener a raya a los cosacos. Diréis, quizá, que entre ellos surgirán cuestiones y guerras y que habrá siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los cosacos; pero, ¿quién os asegura que esa espada no se manchará más bien con sangre polaca? Hasta ahora no he conocido a este Azya, pero observo que alberga en su pecho la serpiente del orgullo y de la ambición y por eso pregunto de nuevo: ¿Quién nos garantiza que no será para nosotros un segundo Mielniski? Él batirá a los cosacos, pero si el reino no le satisface un día una petición, o le amenaza

con hacer justicia por algún desafuero suyo, se unirá a los cosacos, llamará hordas de Oriente como Mielniski llamó a Tugay-Bey, le ofrecerá sus servicios al sultán como hizo Doroshenko y en vez de un aumento de población tendremos nuevas derrotas y nuevo derramamiento de sangre.

—Si los tártaros consiguen títulos de nobleza, se mantendrán fieles al reino.

—¿Había pocos tártaros de la Lituania en Cherenis? Eran nobles desde hacía tiempo y, sin embargo, se pasaron al servicio del sultán.

—Los tártaros de la Lituania fueron privados de sus privilegios.

—En parte, sí. Pero, ¿qué sucederá, sí como es indudable, los nobles de Polonia se oponen a tal extensión de sus derechos a otros pueblos? ¿Con qué atrevimiento, con qué conciencia queréis dar a unas hordas semisalvajes y rapaces, que han traído constantemente la ruina y la asolación a nuestro país, el poder y el derecho de decidir de los destinos del reino, de elegir rey, de mandar diputados a la Dieta? ¿Por qué darles semejante recompensa? ¿Qué locura se ha apoderado del cerebro de ese tártaro y qué espíritu maligno se ha posesionado de vos, viejo soldado, para dejarlo deslumbrar y seducir hasta el punto de creer que sea posible tal, deshonra?

Bogush bajó los ojos y dijo con voz algo insegura:

—Ya sabía yo que el Cuerpo Legislativo se opondría; pero Azya sostiene que si los tártaros se establecen en la Ucrania con el permiso de Vuestra Magnificencia, no se dejarán expulsar por nadie...

—Mientras pronunciaba estas palabras amenazadoras, levantaba su espada sobre el reino —observó Pan Sobieski—; ¿no lo habéis advertido? ¿No lo habéis comprendido así?

—Pero, ¿no se podría conceder la nobleza a una parte sola de los tártaros —añadió Bogush que no sabía ya a qué santo encomendarse—, esto es, a los más considerados, proclamando a los demás libres? Bajo estas condiciones responderían también al llamamiento del hijo de Tugay-Bey.

—Pero, ¿por qué no habría de ser mejor proclamar hombres libres a los cosacos? ¡No insistáis, veterano! Os repito que un espíritu maligno se ha apoderado de vos.

—Concédame Vuestra Magnificencia...

—Y añadido —continuó Sobieski frunciendo la frente leonina y con los ojos llameantes — que aun cuando las cosas ocurrieran como decís, aun cuando nuestro poder aumentase a consecuencia de estas condiciones y aun cuando se pudiese evitar por este medio la guerra con Turquía; aunque los nobles mismos consintiesen, yo no lo permitiría jamás en tanto que mi diestra sea capaz de manejar una espada y pueda hacer el signo de la cruz. ¡No, nunca! ¡Por el Dios vivo a quien amo!

—Pero, ¿por qué no lo permitiría Vuestra Magnificencia?

—Porque no soy solamente un capitán general polaco, sino un general cristiano que debe defender la Cruz. Y aun cuando estos cosacos lacerasen más cruelmente que nunca las entrañas del reino yo no cortaré la cabeza a un pueblo, bárbaro, sí, pero cristiano, con la espada de un infiel, porque si así lo hiciese insultaría a nuestros padres, a nuestros abuelos, a todos nuestros antepasados y pisotearía sus cenizas, su sangre vertida durante toda la vida del reino... Sí, ¡por el Dios vivo!, si nos espera la ruina, si nuestro nombre está destinado a ser el de un pueblo muerto y no el de un pueblo vivo, dejad al menos que nos sobreviva nuestra gloria y la memoria de aquella misión que Dios nos ha confiado. Dejad que las futuras generaciones, al echar la mirada sobre esta cruz y sobre estas tumbas, exclamen: «¡Aquí está la Cristiandad! ¡Aquí los que defendieron la Cruz contra la herejía mahometana mientras que hubo aliento en su pecho y sangre en sus venas! ¡Aquí yacen los que murieron valerosamente por defender a las demás naciones!»

En aquel momento se oyó el toque de las campanas del vecino convento de los dominicos.

Al oír aquel sonido, Pan Sobieski dijo:

—Tocan a vísperas, Bogush; vamos a encomendarnos a Dios.

XXX

Entretanto, otros huéspedes habían llegado a Hreptyoff a los pocos días de un año nuevo. Desde Kamenyets vino Naviragh, un delegado del patriarca de Echmiadzin, con dos célebres teólogos de Kaffa y un numeroso séquito.

Los soldados contemplaban con gran admiración las vestiduras de aquellos hombres, sus birretes rojos, sus largos mantos y con no menor sorpresa miraban sus caras oscuras y la gran seriedad y el aire importante con que daban vueltas al campamento.

Pan Pyotrovich, renombrado por sus antiguos viajes a Crimea y mucho más por el ardor con que seguía y rescataba a los prisioneros en los mercados de Oriente, les acompañaba como intérprete.

Pan Volodiovski entregó inmediatamente la cantidad necesaria para rescatar a Pan Boski, y como la mujer de éste no tenía dinero suficiente, lo completó del suyo. Basia ofreció sus pendientes de perlas para socorrer a la doliente señora y a su graciosa hija.

Venía además Serefovich, pretor de Kamenyets... un rico armenio cuyo hermano gemía en los cepos de los tártaros... y dos mujeres jóvenes aún y bastante hermosas, aunque demasiado morenas: Panni Naresevich y Panni Nyeremovich, que estaban muy intranquilas por la suerte de sus respectivos maridos, que habían sido cautivados.

La mayor parte de los huéspedes de Hreptyoff estaba compuesta de personas afligidas, pero había además algunas alegres.

El padre Kaminski había mandado a Hreptyoff a su sobrina Panna Kaminski, para que pasara el carnaval bajo la tutela de Basia; también Pan Novoveski hijo, esto es, Pan Adán, cayó el día menos, pensado en Hreptyoff, como un rayo. Sabedor de que su padre había llegado al campamento, pidió y obtuvo un permiso de Pan Rushchyts y se apresuró a venir a verlo.

Durante los pocos años transcurridos, Pan Adán había cambiado bastante; ante todo su labio superior estaba bien sombreado por un bigote algo corto aún, que dejaba ver sus dientes blancos como los de un lobo. En segundo lugar, el joven que ya era alto años antes, había llegado a ser casi un gigante. Parecía que un cabello tan crespo y espeso sólo podía crecer en una cabeza tan enorme para soportar la cual se necesitaban hombros tan poderosos. El rostro, que era ya moreno, se había bronceado y sus ojos brillaban como carbones encendidos; todas sus facciones revelaban la audacia y su persona entera la fuerza: rompía con gran facilidad una herradura y parecía más grueso de lo que era en realidad. Cuando andaba, el pavimento crujía bajo sus pies, y cuando tropezaba con un banco lo hacía volar en astillas.

En una palabra, era un hombre como no se encontraba otro entre mil, en el cual la vitalidad, la audacia y la fuerza bullían como el agua en una caldera.

Entraba en acción con una carcajada que recordaba el relincho de caballo de batalla y daba tales golpes que los soldados terminando el combate, iban por curiosidad a examinar sobre el campo los cuerpos de los enemigos muertos por él, admirando sus sorprendentes cuchilladas.

Habituado desde su infancia a las estepas, a la vigilancia y a la guerra, era cauto y previsor a pesar de su vehemencia. Conocía todas las estratagemas de los tártaros, y después de Volodiovski y Rushchyts era considerado como el mejor capitán del ejército.

A pesar de sus amenazas y de sus juramentos, el viejo Novoveski no recibió muy bruscamente a su hijo, porque temía que se alejase de nuevo ofendido de él, en cuyo caso era seguro que no volvería a verlo en otros doce años.

Además, el noble egoísta estaba contento en el fondo de su corazón de aquel hijo que no le había hecho gastar mucho dinero, que se había abierto por sí mismo camino en el mundo y conquistado la gloria entre sus compañeros y el grado de oficial, que nadie podía obtener sin protección.

Se abrazaron repetidas veces y después el joven se apresuró a pedir noticias de su hermana.

—He dado orden de tenerla alejada hasta que yo no la llame —dijo el viejo Novoveski—; la chica no cabrá en su piel de contenta.

—¡Por el amor del Cielo! ¿En dónde está? —preguntó Pan Adán; y abriendo la puerta principió a gritar tan fuerte que el eco repitió sus voces—: ¡Eva! ¡Eva!

La joven, que estaba esperando en la habitación contigua, entró corriendo; pero apenas tuvo tiempo de gritar: ¡Adán! porque dos fuertes brazos la rodearon levantándola del suelo.

Su hermano la había querido siempre mucho; en tiempos pasados, para protegerla de la tiranía del padre, cargaba voluntariamente con sus culpas y recibía, naturalmente, el castigo por ella. Su padre era un déspota en su casa y verdaderamente cruel; por esta causa la joven saludó en él no sólo al hermano, sino también a su protector. El joven levantó sus cabellos con las manos y de vez en cuando se alejaba un poco de ella para mirarle a su sabor la cara y después exclamaba con alegría:

—¡Una soberbia muchacha! ¡Por Dios verdadero! ¡Cómo ha crecido!

Eva le sonreía con los ojos. Después hablaron con volubilidad de su larga separación, de las cosas de casa y de la guerra.

El viejo Novoveski daba vueltas a su alrededor refunfuñando. El hijo, hábiale causado honda impresión; pero de cuando en cuando le asaltaba cierta inquietud sobre su futura autoridad paternal.

Eran tiempos aquellos en que la patria potestad era muy grande aún, pero Novoveski comprendió en seguida que habría sido muy difícil hacerla valer con un hijo semejante. Y, sin embargo, estaba seguro de que aquel hijo no le faltaría nunca al respeto, que se dejaría, por el contrario, modelar como si fuera cera y que lo soportaría todo como lo había soportado de adolescente.

—¡Bah! —pensaba el viejo—; si se me antoja que aún es un muchacho, lo trataré como tal; pero es audaz, y es teniente, y a pesar mío me impone...

En una palabra, Pan Novoveski sentía crecer su afecto paternal de minuto en minuto y comprendía que experimentaría cierta debilidad por aquel hijo gigante.

Entretanto, Eva charlaba como un mirlo, abrumando de preguntas a su hermano.

—¿Cuándo vendrás a casa? ¿Cuándo te establecerás allí? ¿Te casarás? —le preguntaba entre otras mil cosas.

Había oído decir a Pan Volodiovski que los soldados se enamoran fácilmente.

—¡Qué hermosa y amable es Panni Volodiovski! En toda Polonia no podría encontrarse una igual ni más buena, aunque la buscasen con una linterna. Sólo Zosia Boski podría comparársela.

—¿Quién es Zosia Boski? —preguntó Pan Adán.

—Es una persona que se encuentra aquí con su madre y cuyo padre ha sido capturado por los tártaros. Si la ves te enamorarás inmediatamente.

—¡Dadme en seguida a Panna Boski! —exclamó el joven.

Su padre y Eva se rieron de su vivacidad.

—El amor es como la muerte —añadió Pan Adán—, no perdona a nadie. Aún no tenía yo un pelo de barba y Panni Volodiovski era una chiquilla cuando me enamoré de ella locamente. ¡Dios mío! ¡Cuánto he amado a Basia! Quise confesarle mi amor y su respuesta cayó sobre mí como una bofetada. Parece que ya por entonces estaba enamorada de Pan Volodiovski. Pero, ¿de qué sirve hablar de eso? Tenía razón de sobra.

—¿Por qué? —gritó el viejo Novoveski.

—Porque es el primer soldado del reino, ante el cual el mismo Pan Rushchyts debe descubrirse.

—¡Y cómo se quieren! —dijo Eva a su vez—. Te darán envidia cuando los veas juntos.

—Y a ti se te hará agua la boca —dijo Pan Adán—, porque te ha llegado tu tiempo.

—¡Oh, yo no pienso en eso! —replicó la joven con modestia.

—Aquí no faltan oficiales y gentes de buena sociedad —observó su hermano.

—No sé si papá te habrá dicho que Azya está aquí —añadió Eva.

—¿Azya Mellehovich, el tártaro de la Lituania? Lo conozco: ¡buen soldado, a fe mía!

—¿Pero no sabes —dijo Pan Novoveski— que no se llama Mellehovich y que es aquel Azya que se ha criado contigo?

—¡Cielos! ¿Qué oigo? —exclamó Pan Adán—. A veces me pareció reconocerlo; pero me dijeron que se llamaba Azya Mellehovich y entonces pensé que me equivocaba. Azya es un hombre bastante común entre los tártaros. Nuestro Azya era más bien pequeño y feo, mientras que éste es un real mozo.

—Y, sin embargo, es nuestro Azya —repitió el viejo Novoveski—; esto es, no el nuestro, porque tú no sabes lo que se ha descubierto y de quién es hijo.

—¿Cómo lo he de saber?

—Es el hijo de Tugay-Bey.

El joven se golpeó las rodillas con las manos con tal fuerza que el ruido atronó toda la casa.

—Me cuesta trabajo dar crédito a mis oídos —dijo—. ¡El hijo de Tugay-Bey! Si eso es verdad es un príncipe y pariente del khan. En Crimea no hay una estirpe más ilustre que la de Tugay-Bey.

—Es la estirpe de un enemigo nuestro.

—El padre; pero el hijo está con nosotros. Yo mismo lo he visto muchas veces durante el combate. Ahora comprendo de dónde le viene su diabólica audacia. Pan Sobieski le ensalzó un día ante todo el ejército y lo nombró capitán. Me alegraría saludarlo, porque es un valiente.

Eva experimentó un deseo imperioso de besar de nuevo a su hermano. Después se sentó a su lado y comenzó a acariciarle el tupé con su bella mano.

La entrada de Pan Miguel puso término a sus ternezas. Pan Adán se puso en pie para saludar al comandante y se excusó de no haberle presentado antes sus respetos, aduciendo que no había venido de servicio sino para asuntos privados.

Pan Miguel lo abrazó cordialmente y le dijo:

—¿Quién podrá censuraros, querido camarada, después de tantos años de separación, por haber venido a postraros ante todo a los pies de vuestro padre? Si hubieseis venido de servicio, el caso hubiera sido diferente. ¿No traéis ningún encargo de Pan Rushchyts?

—Solamente el de saludaros. Pan Rushchyts ha ido a Lagorkik porque le han informado de que por allí se ven muchas pisadas de caballo sobre la nieve. Mi comandante recibió vuestra carta y la envió a sus parientes y hermanos, encargándoles que hiciesen pesquisas. Él no quiere escribir porque dice que su mano es demasiado torpe y poco experta en ese arte.

El pequeño caballero se acercó a Eva y le dio un golpecito en la mejilla.

—Como veis, no soy un joven cito —dijo—, pero mi Basia es poco más o menos de vuestra edad, y con este motivo procuro a veces proporcionarle alguna diversión conveniente a la juventud. Aquí la quieren todos con extremo y creo que vos tenéis también motivo para amarla.

—¡Dios mío! —exclamó Eva—. No hay en el mundo una mujer igual a ella. Lo decía poco ha a mi hermano.

Pan Miguel experimento tal placer, que su semblante se puso radiante.

—¿Lo habéis dicho de veras? —le preguntó.

—¡Por el Dios verdadero! —afirmaron padre e hijo.

—Pues bien, adornaos lo mejor que podáis, porque he mandado venir de Kamenyets una orquesta, sin que Basia lo sepa. He dado orden a los músicos de esconder sus instrumentos en la paja y a ella le he dicho que eran unos gitanos que venían a herrar los caballos. Esta noche tendremos un gran baile. A ella le gusta mucho bailar, aunque a veces la echa de matrona seria.

Al hablar así, Pan Miguel comenzó a frotarse las manos. Evidentemente estaba satisfecho de sí mismo.

XXXI

El baile estaba animadísimo. Basia, con su traje de brocado de plata orlado de armiño, parecía una rosa que se acababa de abrir en la nieve.

Eva y Zosia, a pesar de ser extraordinariamente hermosas y más jóvenes, no podían sostener la comparación con ella, y muchos temían que la mujer del comandante les hiciese perder la cabeza.

Pan Adán no se separó un momento de Panna Zosia, de la que se había enamorado perdidamente, y en los intervalos de la danza le hizo sin rodeos una declaración de amor. Los soldados hacían repetidas salvas con sus mosquetes y tomaron parte en la fiesta, que se prolongó hasta que aparecieron los albores del nuevo día.

Todos se levantaron tarde a la mañana siguiente, excepto los soldados de guardia y el pequeño caballero, a quien jamás las diversiones distraían de sus deberes del servicio. Pan Adán se levantó también bastante temprano y el recuerdo de Panna Zosia le parecía cada momento más precioso y más encantador. Después de vestirse con meticulosidad, se dirigió a la habitación de su padre y sin más preámbulos dijo a éste:

—¡Papá, amo a Zosia con locura y necesito vuestro consentimiento! Si no me lo concedéis, me iré de aquí, entraré al servicio de la República de Venecia, y ¡por Dios vivo! no volveréis a oír hablar de mí.

—¡Qué hijo! ¡qué hijo! —exclamó el anciano sin incomodarse—. ¿No puedes pasar sin mi consentimiento? Haz lo que quieras, vete a servir a la República de Venecia o cástate con esa muchacha; sólo te digo que no te daré un ochavo de mis bienes ni del dinero de tu madre, que también es mío.

—No os pido dinero, padre mío, no lo necesito; únicamente deseo vuestra bendición. Han transcurrido once años desde que empecé a manejar estos puños, que, según dicen,

valen algo, y ¿queréis que no haya ganado nada? Tomé parte en el asalto de muchas ciudades rebeldes, en donde los tártaros y los bandidos habían amontonado el botín más rico. He combatido contra los *murzas* y contra las bandas de salteadores, y en todas partes había algo que ganar. Me quedé sólo la parte que me correspondía, sin perjudicar a nadie, y si no hubiese sentido, como joven, la necesidad de hacer de vez en cuando una calaverada, hoy poseería yo el doble de lo que os dejó vuestro padre.

El anciano se quedó bastante sorprendido porque no esperaba una cosa semejante, y tras larga discusión, acabó por dar a su hijo el consentimiento deseado.

Pan Adán, rebotante de júbilo, se encaminó a la sala donde la noche anterior se había celebrado el baile y allí esperó, devorado por la impaciencia, a que las señoras salieran de sus habitaciones.

Al fin se dejó ver Panni Boski y el enamorado mancebo se precipitó a sus pies exclamando:

—¡Ya tengo el consentimiento de mi padre! ¡Mamá, dadme Zosia, dadme mi Zosia!

Sus gritos hicieron acudir a la gente que se hallaba en las habitaciones contiguas; vino Basia, vino Pan Miguel, que estaba en su despacho, y acudió en fin Zosia. La joven fingió ignorar lo que ocurría, pero el vivo rubor que le cubría el rostro la delató: juntó las manos y se apoyó en la pared con los ojos bajos.

Pan Miguel corrió a buscar al viejo Novoveski, que se presentó en seguida mostrándose ofendido porque su hijo no le hubiese dado a él el encargo de pedir la novia confiando este asunto a su elocuencia.

Panni Boski, que tenía, en verdad, gran necesidad de protección, prorrumpió en lágrimas y accedió a la demanda de Pan Adán de irse a Rashkoff y de esperar allí el regreso de su marido. Después se volvió hacia su hija con el rostro inundado de lágrimas y dijo:

—¡Zosia! ¿aprueba tu corazón los proyectos de Pan Adán?

Todos los ojos se fijaron sobre la joven que permanecía apoyada en la pared, con los ojos bajos fijos en el suelo, y sólo después de un breve silencio respondió con voz apenas perceptible:

—Iré a Rashkoff.

—¡Predilecta de mi corazón! —gritó Pan Adán acercándosele de un salto y la apretó contra su pecho.

Después se puso a gritar con voz tan fuerte que las paredes retemblaron:

—¡Zosia es mía! ¡mía! ¡mía!

Pan Adán marchó a Rashkoff inmediatamente después de sus esponsales, a fin de buscar y preparar un alojamiento para Panni Boski y su hija.

Quince días después de su partida, una caravana dejaba el campamento de Hreptyoff: la componían Naviragh, los dos teólogos, las dos señoras armenias, Seferovich y Panni Boski y su hija, los dos Pyotrovich y el viejo Novoveski, sin contar a los armenios de Kamenyets y una numerosa escolta de siervos y criados armados que debían guiar los carros, enganchar los caballos y cargar las bestias.

Pyotrovich y la delegación del patriarca de Echmiadzin eran los únicos que continuarían su viaje a Crimea, después de descansar en Rashkoff. El resto de la caravana había decidido establecerse en este punto por algún tiempo y esperar allí por lo menos hasta el deshielo o la vuelta de los prisioneros, especialmente de Pan Boski, del joven Seferovich y de los comerciantes armenios, cuyas mujeres los esperaban desde hacía mucho tiempo llenas de dolor. Eva se quedó en Hreptyoff, detenida por Panni Basia, la cual deseaba aproximarla a Azya, porque el joven tártaro comenzaba a preocuparla.

Y como Azya no se decidía a hablar, Basia tuvo un coloquio con él, después del cual corrió a Eva alegremente:

—¡Todo está arreglado! —exclamó apenas puso el pie en el umbral de la puerta.

—¿Qué está arreglado? —le preguntó Eva ruborizándose.

—Le he dicho: «¿Por qué me pagáis con tanta ingratitud? He retenido a Eva para que pudieseis aprovechar la ocasión que se os ofrece de declararle vuestro amor; si no lo hacéis pronto, sabed que dentro de dos o tres semanas lo más tarde la enviaré a Rashkoff y es muy posible que la acompañe yo misma, dejándoos en el atolladero.» Cuando me oyó hablar de este viaje, su fisonomía cambió instantáneamente y cayó a mis pies con la frente en el suelo. Le pregunté qué le pasaba y me respondió: «Durante el viaje confesaré todo lo que hay oculto en mi corazón; entonces sucederá lo que ha de suceder, lo que está escrito. Lo confesaré todo, porque no puedo vivir más sufriendo los tormentos que sufro.» Sus labios temblaban mientras decía esto, y se puso muy agitado, aunque ya lo estaba muchísimo por haber recibido noticias de Kamenyets nada satisfactorias para él. Me dijo que tenía que dirigirse a Rashkoff y que mi marido poseía una orden del capitán general que así se lo imponía, aunque sin señalar fecha, porque ésta dependía de ciertas negociaciones iniciadas por él con los capitanes que se pasaron al servicio del sultán. «Ahora, añadió, se acerca el tiempo en que mi viaje a Rashkoff será necesario y podré acompañar de paso a Vuestra Gracia y a Panna Eva.» Yo le contesté que aún no sabía si me sería posible ir, porque dependía de mi marido. Cuando oyó esto se quedó petrificado. En fin, Eva, sois verdaderamente una tonta al decir que no os ama, pues cayó a mis pies conjurándome que fuese y gemía y se desesperaba tanto que casi me hizo llorar. ¿Y sabéis por qué hacía esto? Me lo dijo él mismo: «Quiero confesarle lo que llevo en el fondo del alma, pero sin la intercesión de Vuestra Gracia no podré llegar a un acuerdo con los Novoveski y sólo conseguiré atraerme su indignación y su cólera. Mi destino está en manos de Vuestra Gracia, de vos depende mi salvación. Si Vuestra Gracia no viniera, mejor sería para mí que me tragase la tierra o que me devorase el fuego.» Así es como él os ama, Eva. El solo pensamiento de perderos le hace estremecer. Si le hubieseis visto en aquel momento, su aspecto os hubiera causado horror.

—¡Oh, no, horror no! —replicó Eva besando las manos de Basia—. ¡Venid con nosotros, venid con nosotros! —repitió con manifiesta emoción—. Vos sola podéis salvarnos; vos sola tendréis ánimo para hablar con mi padre, vos sola podéis obtener algo. ¡Venid con nosotros, imploraré de rodillas el permiso de Pan Miguel para que os deje ir! Sin vos, mi padre y Azya se atacarán cuchillo en mano. ¡Venid con nosotros, venid con nosotros!

Y al decir estas últimas palabras cayó a los pies de Basia y abrazó sus rodillas sollozando.

—¡Dios quiera que pueda ir! —dijo ésta—. No cesaré de atormentar a Miguel hasta que me otorgue su permiso.

Después de su entrevista con Basia, Azya se retiró a su estancia con el corazón inundado de alegría tal y de tal satisfacción, como si después de una enfermedad gravísima hubiese recobrado la salud. Poco antes destrozaba su alma una terrible desesperación, porque había recibido una breve carta en la que Pan Bogush la decía secamente que el capitán general rechazaba de plano sus proyectos, le aconsejaba que abandonase sus miras ambiciosas y se contentara con el cargo que desempeñaba, sin dejar por eso de llevar a buen término las negociaciones con Kricynski y los otros capitanes tártaros.

Hamlim no reconoció a su amo cuando éste volvió de aquel coloquio. La expresión de ira había desaparecido de su rostro, sus ojos brillaban como los de un gato montés y sus dientes relucían bajo sus bigotes. En su belleza salvaje era el vivo retrato del terrible Tugay-Bey.

—Señor —dijo Hamlim—, ¿cómo ha confortado Dios tu alma?

—Hamlim —repuso Azya—, Dios hace surgir el día espléndido después de la noche oscura y manda al sol que salga del mar.

Y aferrando al viejo tártaro por los hombros, añadió:

—Dentro de un mes ella será mía para siempre.

Mientras hablaba así irradiaba su rostro un resplandor tal que parecía bellissimo.

Hamlim se inclinó hasta él y exclamó:

—¡Oh, hijo de Tugay-Bey, tú eres grande y poderoso y la malignidad de los incrédulos no puede vencerte!

—Escúchame —dijo Azya.

—Te escucho, hijo de Tugay-Bey.

—Me dirigiré hacia el mar azul en cuyas orillas la nieve sólo existe en la cima de los montes, y si alguna vez vuelvo a estos lugares será a la cabeza de muchas legiones, tan numerosas como las hojas de estos bosques y vendré con el hierro y fuego; pero tú, Hamlim, hijo de Kurdulk, te pondrás en camino hoy mismo, buscaos a Kricynski y le dirás que se apresure a ir con sus hombres hacia la orilla, frente a Rashkoff. Adurovich, Moravski y los demás reunirán también sus tropas y darán orden a todos los destacamentos que se encuentran en sus cuarteles de invierno con Doroshenko, que promuevan una gran alarma hacia Uman para que las guarniciones polacas de Mohiloff, Yampol y Rashkoff se internen en la estepa. No debo encontrar tropa alguna en mi camino, de modo que cuando salga de Rashkoff no ha de quedar tras mí sino ruinas y cenizas.

—¡Qué Dios te asista, señor! —replicó Hamlim.

XXXII

Pan Volodiovski comenzaba a ceder a las reiteradas súplicas de las dos jóvenes, de las cuales una le presentaba la cosa como una buena acción y un deber mientras que la otra le conmovía con sus lágrimas y sus lamentos, cuando también Azya se inclinó ante el comandante diciendo que se veía indigno de tal favor, pero que su afección probada por los Volodiovski le infundía ánimo para pedirlo. Añadió que les debía una gratitud inmensa porque ni uno ni otra habían permitido que nadie le insultase aun en la época que no se sabía que era hijo de Tugay-Bey, y que no olvidaría nunca que la mujer de su comandante había curado con sus manos sus heridas siendo para él tan amorosa y solícita como una madre. El día del combate había podido dar una pequeña muestra de su reconocimiento, pero, con la ayuda de Dios, estaba pronto a verter en lo sucesivo hasta la última gota de sangre si era necesario, por defender la vida de la señora.

Habló después de su antiguo y desgraciado amor por Eva, afirmando que no podría vivir sin la muchacha a quien no había dejado de amar durante los largos años de separación, aunque sabía que era un amor sin esperanza, y jamás dejaría de amarla. Pero entre él y el viejo Novoveski existía un odio inveterado y sus antiguas relaciones de amo a siervo les separaban como si entre ellos hubiese un abismo infranqueable. Panni Volodiovski era la única persona capaz de reconciliarlos y si no lo conseguía al fin, podía al menos proteger a aquella querida niña contra la tiranía de su padre, preservándola de la reclusión de los latigazos.

Pan Miguel hubiese preferido que Basia no se entrometiese en este asunto; pero, como él mismo deseaba hacer bien, no podía admirarse del buen corazón de su mujer. Sin

embargo, no dio aún una respuesta afirmativa al joven tártaro y resistió hasta las lágrimas que Eva añadió a las súplicas de Azya.

Pero algunas noches después se puso a la mesa con una fisonomía alegre, y acabada la cena preguntó de improviso al hijo de Tugay-Bey:

—¿Azya, cuándo habéis de marchar?

—Dentro de una semana —respondió aquél—. Hamlim debe haber concluido en este tiempo las negociaciones con Kricynski.

—Pues bien, dad la orden de arreglar el gran trineo, porque tendréis que acompañar a dos señoras a Rashkoff.

Cuando oyó estas palabras, Basia comenzó a palmotear, precipitándose hacia su marido; Eva la siguió y Azya cayó a los pies de Pan Miguel con tal ímpetu salvaje de alegría, que éste tuvo que defenderse contra estos transportes de reconocimiento.

Después de esta conversación, hubo aún muchos conciliábulos, en los pocos días que faltaban para la marcha sobre los preparativos del viaje, de los que cuidó personalmente Pan Miguel y vigilaba la reparación del trineo que había mandado forrar con las pieles de zorras cazadas durante el invierno. Zagloba ofreció su propia pelliza para que Basia se cubriese con ella los pies y cargáronse en los trineos una cama y muchas provisiones.

El pequeño caballero llevó tan lejos su solicitud, que cargó con sus manos las pistolas que habían de ir dentro de sus fundas en el arzón del caballo de Basia.

Llegó al fin la hora de la partida. Aún no había amanecido cuando los doscientos hombres del escuadrón de los tártaros de la Lituania estaban alineados sobre la explanada.

En la sala del pabellón del comandante reinaba también un gran movimiento. Pan Miguel, Zagloba, Mushalski y casi todos los oficiales habían venido para despedir a los viajeros. Basia y Eva absorbían sus tazas de vino caliente. Pan Miguel, sentado al lado de su mujer, le rodeaba la cintura con el brazo, y Zagloba no cesaba de echarles vino diciendo:

—Bebed, bebed, porque hace mucho frío por ahí fuera.

Basia y Eva vestían trajes de hombre, porque así era la costumbre en aquellos países vecinos de la frontera. Basia llevaba su sable al costado. Iba cubierta con una especie de gabán de piel de gato montés, un birrete de armiño que le tapaba las orejas, pantalones muy anchos que parecían faldas y botas flojas que le subían hasta las rodillas. A todo esto se añadió una capa con capuchón para guardarse la cara del frío. La de Basia se mostraba descubierta, produciendo la admiración de todos con su belleza. Muchos admiraban también a Eva, que tenía una boquita hecha para los besos.

En la plaza de armas se oía el relinchar de los caballos y los pasos de los soldados y de los dragones que se habían agrupado delante de la caballería para dar un adiós a la mujer del comandante y a los tártaros.

—¡Ya es tiempo de partir! —dijo al fin Pan Miguel, y al oír estas palabras Basia se puso en pie y se precipitó entre los brazos de su marido.

Éste la apretó contra su pecho con toda su fuerza, y la besó en la frente, en los ojos y en la boca.

Se amaban con locura y no podían separarse fácilmente uno del otro.

Tras de Pan Miguel vino el turno de Zagloba, después se acercaron los oficiales para besarle la mano y ella les repetía con su voz argentina e infantil:

—¡Pasadlo bien, señores, pasadlo bien!

Las dos jóvenes se envolvieron después en sus mantos y se cubrieron la cabeza con los capuchones; abrieron la puerta y poco después se encontraron en la plaza.

La blancura de la nieve y la naciente aurora permitían distinguir perfectamente los objetos.

La escarcha había recamado el pelo de los caballos y cubierto los vestidos de pieles de oveja de los soldados, de tal modo que el escuadrón entero parecía vestido de blanco y montado en caballos blancos también.

Basia y Eva ocuparon sus puestos en el trineo forrado de pieles. Los dragones y los soldados hicieron una descarga como para desearles buen viaje en el momento de su partida.

El estruendo hizo levantar el vuelo a una bandada de cuervos, a quien el riguroso invierno había forzado a acercarse a los sitios habitados. Se alzaron del tejado impetuosamente y principiaron a volar graznando.

El pequeño caballero se inclinó sobre el trineo y su rostro se hundió en el capuchón que cubría la cara de su mujer.

Al fin se decidió a separarse de Basia, y haciéndose la señal de la cruz, exclamó:

—En el nombre de Dios.

Azya montó en aquel momento a caballo; su rostro salvaje estaba radiante de alegría a las primeras luces del alba.

Agitó su fusta de tal modo que su *burka* ⁽¹⁾ se levantó como las alas de un ave de rapiña y con voz penetrante gritó:

—¡Adelante!

Los cascos de los caballos hicieron crujir la nieve endurecida. La primera fila se puso en marcha lentamente, seguida de la segunda y luego la tercera y la cuarta; tras esta última iba el trineo y el resto de la escolta.

Miguel los bendijo con la Santa Cruz y cuando el trineo hubo atravesado la puerta del recinto, se puso en portavoz las manos en la boca y gritó con toda su fuerza:

—¡Buen viaje, Basia!

Pero sólo le respondió el graznar de los cuervos,

XXXIII

Un destacamento de cerca de veinte hombres formaba la vanguardia encargada de explorar el camino y advertir a los comandantes de las guarniciones que detrás venía Panni Volodiovski, a fin de que ésta encontrase siempre preparado su alojamiento en el momento de su llegada.

Aquel destacamento iba seguido a la distancia de algunas millas por el cuerpo principal de los tártaros de la Lituania, por el trineo en que viajaban Basia y Eva y por otro trineo con las criadas. Otro pequeño destacamento cerraba la marcha.

Después de algunas horas la caravana llegó a Yarhisoff, donde se debía hacer la primera parada. De todo el pueblo no quedaba más que una posada que habían restaurado desde que el frecuente paso de soldados prometía algún provecho. Basia y Eva encontraron allí un comerciante armenio vecindado de Mohiloff, que llevaba a Kamenyets pieles de tafilete.

¹() Especie de capa de fieltro.

Cuando éste oyó que aquella señora era Basia Volodiovski, se inclinó ante ella hasta el suelo, poniéndose a ensalzar a su marido hasta las estrellas, prodigándole las más hiperbólicas alabanzas.

Basia escuchaba a aquel hombre con gran placer y al fin le dijo para variar la conversación:

—También Pan Revuski es un valiente soldado. ¿No está ahora en Mohiloff?

—Creo que ha permanecido allí tres días —respondió el interpelado—. Ayer marchó de improviso toda la caballería para Bratslav y sólo Pan Gorzenski se ha quedado en la ciudad con la infantería.

—Me sorprende que toda la caballería haya marchado —dijo Basia echando una mirada interrogativa a Azya, que estaba presente.

—Habrá salido para ejercitar los caballos —replicó Azya con calma.

—En la ciudad se dice que Doroshenko ha avanzado de improviso —añadió el comerciante.

—¿Con qué alimentará sus caballos? ¿con la nieve? —dijo Azya riendo y volviéndose hacia Basia.

—Pan Gorzenski podrá dar noticias más exactas a Vuestra Magnificencia —insistió el mercader.

—No creo que haya ninguna novedad —dijo Basia después de un momento de reflexión—, porque mi marido habría sido el primero en saberlo.

—Sin duda —afirmó Azya—. Suplico a Vuestra Gracia que no tenga miedo alguno.

Basia levantó hacia el tártaro su hermoso rostro y las alas de su nariz se estremecieron.

—¡Miedo yo! ¿cómo podéis pensar eso? Eva, ¿lo oís?

Esta no pudo responder en seguida porque, gustándole la fruta y los dulces, se había llenado la boca de dátiles que el mercader armenio le había ofrecido; pero esto no le impidió arrojar a Azya una mirada ardiente, y cuando hubo acabado de engullir dijo:

—Yo tampoco tengo miedo, escoltada por un oficial tan bravo.

Y al hablar así fijó tiernamente sus ojos en los de Tugay-Bey, quien desde el momento en que Eva había principiado a ser un obstáculo para él, no experimentaba por ella más que una secreta aversión. Así permaneció inmóvil, y bajando la vista, dijo con una voz en que había algo de terrible:

—En Rashkoff se verá si merezco vuestra confianza.

Las dos jóvenes no pararon atención en el tono extraño de su voz, pues sabían que el tártaro era diferente de los demás hombres, tanto en sus palabras como en sus acciones.

Marcharon sin tardanza, caminando de prisa hasta que llegaron a los montes a cuyas faldas estaba situado Mohiloff. Basia quiso montar a caballo, pero Azya la persuadió de que permaneciese con Eva en el trineo, que iba bien seguro amarrado por cuerdas con las cuales se dejaba deslizar pendiente abajo con la mayor precaución. Durante aquella bajada, Azya marchaba junto al trineo; pero atento sólo a la seguridad de éste y a su responsabilidad como jefe, dirigía muy pocas veces la palabra a Basia y a Eva.

El sol se puso antes que hubiesen pasado aquellos montes, pero el destacamento que formaba la vanguardia encendía hogueras con ramas secas y el trineo bajaba entre aquellas hogueras y aquellas caras salvajes alumbradas por las llamas.

Ya estaba muy alta la luna en el cielo cuando lograron al fin pasar aquellas montañas. De pronto vieron allá abajo muchas luces como en el fondo de un precipicio.

—Mohiloff está a nuestros pies —dijo una voz detrás de las dos mujeres.

Era Azya que marchaba junto al trineo.

—¿Pero está la ciudad situada en el fondo de un barranco? —preguntó Basia.

—Sí, los montes la resguardan por completo de los vientos del Norte —replicó Azya—. ¿No le parece a Vuestra Gracia que aquí hay otra temperatura más tranquila y menos

rígida? Aquí la primavera llega quince días antes que en la vertiente opuesta y los árboles se revisten muy pronto de sus hojas. Mirad allá abajo, es un viñedo, pero la tierra está aún cubierta de nieve.

En efecto, había nieve por todas partes, pero el aire era más templado y tranquilo. A medida que bajaban hacia el valle, aumentaba el número de las luces.

—Es un país extenso —observó Eva.

—Los tártaros no lo han incendiado en tiempo de las insurrecciones de los campesinos —dijo Azya—. Los cosacos pasan generalmente aquí el invierno, pero los polacos venían pocas veces.

—¿Por quién está poblado?

—Por tártaros, que tienen su mezquita, porque en el reino todo hombre es libre para profesar su religión. Viven también valacos y griegos. Es una ciudad completamente diferente de las demás, en donde concurren gentes de diversas naciones para ejercer su comercio.

—Ahora ya estamos en ella —dijo Basia.

En efecto, poco después entraban en Mohiloff, que, como había dicho Azya, era una ciudad diferente de las demás. Las casas estaban construidas a la usanza asiática, con sus ventanas cubiertas de rejas de madera y otras casas que no tenían ventanas al exterior. Las calles no estaban empedradas y no por falta de canteras en los alrededores. Pan Gorzenski, que mandaba la infantería, había sido informado por los soldados de la vanguardia de la llegada de la mujer del comandante de Hreptyoff y había montado a caballo para salir a su encuentro. No era joven, y tartamudeaba algo; así es que cuando principió a hablar de la «estrella» que había aparecido en el cielo de Mohiloff, poco faltó para que Basia no estallase en una sonora carcajada. La recibió del mejor modo que le fue posible. En el campamento ya estaba preparada una buena cena, y le aguardaba un lecho de plumas, que Pan Gorzenski se había hecho prestar por un rico armenio, en parte de buen grado y en parte a la fuerza.

Pan Gorzenski tartamudeaba, es cierto, pero durante la cena contó cosas tan extrañas que valía la pena de escucharlo.

A creerlo, había empezado a correr de improviso cierto vientecillo inquietante que soplaba de la estepa, de las hordas de la Crimea que se habían puesto en marcha hacia Kaysin, junto con un millar de cosacos; y como si esto no bastase, se habían propalado al mismo tiempo informes alarmantes de muchos sitios sospechosos. Pan Gorzenski no daba mucho crédito a estas voces.

—Es necesario observar —añadió—, que los primeros informes no vinieron directamente de los comandantes, sino traídos por algunos campesinos. Sólo hace tres días que Pan Yakuvovich trajo las primeras noticias que confirmaban aquellos informes, y entonces fue cuando la caballería salió inmediatamente.

—¿Luego aquí no ha quedado más que la infantería?

—Sí, cuarenta hombres a lo sumo. Apenas bastan para montar la guardia en el fortín; si a los tártaros que habitan en Mohiloff se les ocurriese sublevarse, no sé cómo podría defenderme.

—Dejaré a Vuestra Gracia cincuenta de mis hombres —dijo Azya.

—¡Que Dios os lo premie! —exclamó Pan Gorzenski—. Pero, ¿podéis dejármelos?

—Lo puedo hacer porque en Rashkoff encontraremos las tropas de aquellos capitanes que se pasaron al servicio del sultán y ahora desean volver al del reino. Kricynski dispondrá, con seguridad, de trescientos caballos; quizá estará también Adurovich y los demás vendrán igualmente. Por orden del capitán general debo asumir el mando de esas tropas, que antes de la primavera formarán una división entera.

Pan Gorzenski conocía a Azya de mucho tiempo, pero no le profesaba grande estimación por su origen obscuro.

Sabiendo ahora que era hijo de Tugay-Bey —noticia que había tenido por la caravana con que viajaba el delegado del Patriarca de Echmiadzin— se inclinó ante él, honrando en el Joven tártaro la estirpe de un gran guerrero y al oficial a quien el capitán general había confiado servicios tan importantes.

Azya salió para dar algunas instrucciones, y llamando a un *sotnik* ⁽¹⁾ le dijo:

—David, hijo de Skander, te quedarás en Mohiloff con cincuenta hombres. Verás con tus ojos y oirás con tus orejas lo que pase a tu alrededor. Si el «pequeño halcón» manda para mí cartas desde Hreptyoff, detendrás al mensajero y me enviarás las cartas por uno de tus hombres. Te quedarás aquí hasta que yo te mande la orden de retirarte. Si mi mensajero te dice: «Es de noche», te irás tranquilamente; pero si te dice: «El día está cercano», pondrás el país a sangre y fuego y te pasarás a la orilla moldava e irás a donde yo te mande.

—Has hablado —replicó David— y tus órdenes se cumplirán puntualmente.

A la mañana siguiente la caravana prosiguió el viaje con cincuenta hombres menos. Pan Gorzenski escoltó a Basia hasta el otro lado del torrente de Hahiloff, desde donde se volvió después de despedirse de ella, tartajeando más que nunca.

Azya se mostraba cada vez más alegre e instigaba sin cesar a sus tártaros para que marchasen más de prisa.

Basia no sabía explicarse su conducta y le preguntaba:

—¿Por qué tanta prisa?

—Todo hombre ansia alcanzar pronto su felicidad —decía Azya—, y la mía está en Rashkoff.

Eva sonreía tiernamente, suponiendo que aquellas palabras se dirigían a ella, y animándose dijo:

—Pero mi padre...

—Pan Novoveski no me impedirá alcanzarla —replicó el joven tártaro, y un resplandor siniestro brilló en sus ojos.

Tampoco encontraron tropas en Yampol, pues nunca había habido allí infantería, y la caballería había marchado, dejando sólo unos cuantos hombres en el castillo. Los alojamientos estaban preparados, pero Basia durmió mal porque todos aquellos rumores comenzaron a inquietarla. Reflexionó especialmente en la inquietud que experimentaría su marido, si se confirmase, en efecto, que había avanzado algún destacamento de las fuerzas de Doroshenko; pero trató de tranquilizarse pensando que sólo se trataba de una falsa alarma.

Por un momento pensó volverse, haciéndose escoltar por una parte de las tropas de Azya, pero varios obstáculos se oponían a la realización de este propósito. En primer lugar Azya no podía darle más que una escolta reducida, que en caso de peligro no bastaría para protegerla, y en segundo lugar ya había recorrido las dos terceras partes del camino. En Rashkoff se hallaba un oficial que ella conocía y una fuerte guarnición, que, aumentada con el escuadrón de Azya y con las tropas de aquellos capitanes que volvían al servicio del reino, formarían una fuerza importante. Por todas estas consideraciones Basia decidió proseguir su viaje hasta su término.

Sin embargo, no lograba conciliar el sueño. Desde que se puso en marcha le asaltó por primera vez una especie de miedo como si sobre ella se cerniese un peligro desconocido. Quizá contribuía a ello el lugar en que se encontraba, porque por las narraciones de Zagloba y de su marido, había sabido que en Yampol se afirmaba que a eso de la media noche se oían lamentos y gemidos junto a las vecinas cataratas del Dnieper y que el agua se ponía roja como teñida de sangre.

A pesar suyo, la joven prestaba oído, y en el silencio de la noche le parecía oír, en efecto, llantos y lamentos mezclados al estrépito de las cataratas, cuando lo que oía en

¹() Sargento.

realidad eran los gritos de los centinelas. Después recordó su hermosa habitación de Hreptyoff, a su marido, a Pan Zagloba, Pan Nyenashinyets, Pan Mushalski y todos los demás, y por primera vez se sintió sola lejos de ellos, experimentando tal ansia de verlos, que le vino un gran deseo de llorar.

Al amanecer se durmió, pero su sueño fue turbado por pesadillas terribles y extrañas: veía sangrientas matanzas y en todas aquellas imágenes se le aparecía siempre el rostro de Azya, pero no el mismo Azya que ella creía conocer, sino un cosaco, un tártaro salvaje o Tugay-Bey en persona.

Se levantó temprano, satisfecha de que hubiese pasado al fin aquella noche interminable y que se hubiesen desvanecido tan tremendas visiones. Había decidido hacer el resto del viaje a caballo, en primer lugar por una necesidad de hacer ejercicio y después para dejar a Eva y a Azya la ocasión de hablarse sin testigos. El tártaro le tuvo el estribo, pero no se sentó en el trineo al lado de Eva, antes al contrario, se alejó inmediatamente poniéndose a la cabeza del destacamento y cerca de Basia.

Entonces notó ésta que el número de los soldados había disminuido bastante y se dirigió a Azya para inquirir la causa.

—¿Según parece, habéis dejado también en Yampol algunos hombres?

—Sí, cincuenta, como en Mohiloff —replicó el tártaro.

—¿Por qué?

Azya se puso a reír de un modo singular; abrió los labios como un perro enfurecido cuando enseña los dientes y contestó:

—Deseo que haya guarniciones en estos puntos para asegurar el regreso de Vuestra Gracia.

—Pero si las tropas vuelven de la estepa habrá allí fuerzas más que suficientes.

—Esas tropas no volverán tan pronto.

—¿Cómo lo sabéis?

—No pueden, porque antes deben asegurarse de lo que hace Doroshenko, y para eso se requiere al menos tres o cuatro semanas.

—Si es así, hacéis bien en dejar esos hombres a la espalda.

Continuaron después cabalgando uno al lado de otro en silencio. Azya miraba de vez en cuando el rostro rosado de Basia semioculto por el capuchón, y cerraba los ojos después de cada mirada como si deseara fijar mejor en su mente aquella imagen encantadora.

—Sería preciso que hablaseis con Eva —dijo al fin Basia—. Conversáis tan poco con ella, que no sabe qué pensar. Bien pronto os encontraréis en presencia de Pan Novoveski y esta idea me espanta aun a mí. Es conveniente que os pongáis de acuerdo sobre el modo mejor de conseguir vuestros deseos.

—Querría hablar primero con Vuestra Gracia —dijo Azya, cuya voz tenía una entonación extraña.

—¿Por qué no lo hicisteis ya?

—Porque aguardo un mensajero de Rashkoff; creía encontrarlo en Yampol.

—Pero, ¿qué relación puede tener este mensajero con lo que tenéis que decirme?

—Me parece que llega en este momento —dijo Azya evitando el responder a esta pregunta.

Al hablar así se lanzó al galope, pero después de algunos minutos volvió atrás y dijo:

—No era él.

En su aspecto, en su modo de hablar, en sus ojos, en su voz había un no sé qué tan febril que su inquietud se comunicó a Basia, aunque en la mente de ésta no hubiese penetrado aún la más remota sospecha.

La agitación de Azya se podía explicar perfectamente por la proximidad de Rashkoff y del terrible padre de Eva, pero a pesar de esta reflexión Basia se sentía oprimida como si presintiese algo que había de decidir de su destino.

Se acercó al trineo y por espacio de algunas horas cabalgó al lado de Eva, hablando de Pan Novoveski, de Pan Adán, de Zosia Boski y del país que atravesaban, que era cada vez más horrendo y salvaje.

También los contornos de Hreptyoff estaban desiertos, pero de vez en cuando se veía surgir alguna columna de humo, indicio seguro de una habitación humana. Aquí en cambio, no había huella alguna de alma viviente, y si Basia do hubiese sabido que se dirigía a Rashkoff, en donde habitaba mucha gente y había una guarnición polaca, habría creído que la conducían a algún desierto desconocido o a algún paraje situado al fin del mundo.

Al arrojar sus miradas sobre el país, detuvo involuntariamente su caballo y se quedó a la cola de la caravana. Azya se reunió con ella poco después y como conocía bien aquella región, le mostró algunos sitios indicándole los nombres.

Mas de repente comenzó a levantarse una especie de niebla. En aquellas regiones no reinaba, evidentemente, el invierno con tanto rigor como en Hreptyoff. Había todavía nieve aquí o allá, en los valles, en las hondonadas o en la cima de las alturas, pero el terreno no estaba cubierto enteramente por ella y aparecían a trechos las manchas oscuras de las espesuras de monte tallar y prados, en donde la hierba brillaba mojada y medio marchita. De aquella hierba surgía una ligera niebla blanquecina, que, extendiéndose sobre el país, le daba, vista de lejos, la apariencia de una gran sabana de agua que llenaba los valles, e inundaba la llanura. Aquella niebla se levantaba cada vez más alta hasta cubrir el sol, transformando en un día nublado y triste el que había comenzado sereno y claro.

—Mañana lloverá —dijo Azya.

—Quizá llueva hoy mismo —repuso Basia—. ¿Estamos aún lejos de Rashkoff?

—Estamos más cerca de Rashkoff que de Yampol —contestó Azya y al mismo tiempo respiró ruidosamente como si hubiese aligerado su pecho de un gran peso.

En aquel momento se oyó el trote de un caballo y entre la niebla apareció indistintamente la figura de un jinete.

—Es Hamlim, lo reconozco —exclamó Azya.

Era, en efecto, Hamlim, que apenas llegó junto a Azya, saltó de la silla e inclinándose tocó con la frente el estribo del tártaro.

—¿Vienes de Rashkoff? —le preguntó Azya.

—De Rashkoff, señor —respondió Hamlim.

—¿Qué novedades hay?

El viejo volvió su cara fea y demacrada por las fatigas hacia Basia, como si quisiera preguntar si podía hablar en su presencia; el hijo de Tugay-Bey le dijo:

—Habla sin temor. ¿Han marchado las tropas?

—Sí; sólo queda un manípulo.

—¿Quién lo manda?

—Pan Novoveski.

—¿Los Pyotrovich han marchado ya a Crimea?

—Hace muchos días. En Rashkoff quedaron sólo dos mujeres con el viejo Novoveski.

—¿Dónde está Kricynski?

—Está esperando en la orilla opuesta del río.

—¿Quién está con él?

—Adurovich con su compañía. Ambos se inclinan ante ti, ¡oh hijo de Tugay-Bey!, y se ponen en tus manos... ellos y todos los demás que aún no han llegado.

—Bien está —dijo Azya, cuyos ojos echaban llamas—. Ve inmediatamente a reunirte con Kricynski y llévale la orden de que ocupe a Rashkoff.

—Hágase tu voluntad, señor —repuso Hamlim, y de un salto montó en su caballo y desapareció como un fantasma entre la niebla.

Un relámpago siniestro iluminó el semblante de Azya. El momento decisivo, el momento tan esperado, el momento que le traía la felicidad, había llegado; el corazón le palpitaba tan fuerte que casi le quitaba el aliento. Por algunos minutos cabalgó en silencio al lado de Basia, y sólo cuando sintió que no le faltaría la voz, fijó en ella sus ojos impenetrables pero radiantes y dijo:

—Ahora hablaré a Vuestra Gracia con toda sinceridad.

—Os escucho —contestó Basia mirándolo atentamente, como si deseara adivinar la causa de su actitud, que había cambiado de improviso.

XXXIV

Azya acercó tanto su caballo al de Basia que los estribos se tocaron casi y dijo con voz que parecía tan cambiada como él mismo:

—Vuestra Gracia no me ha conocido hasta ahora.

—Entre esta niebla tiene vuestra voz un tono tan diferente —replicó Basia inquieta—, que me pareció oír hablar a otro hombre.

—En Mohiloff no hay tropas, ni en Yampol, ni siquiera en Rashkoff. Aquí soy yo el amo... Kricynski, Adurovich y los demás son mis esclavos, porque yo soy un príncipe, el hijo de un soberano. Yo soy un jefe, soy la cabeza de todos los *murzas*, como lo fue Tugay-Bey. Yo sólo tengo autoridad para mandar, aquí todo está bajo mi poder.

—¿Y por qué me decís todo eso?

—Vuestra Gracia no me ha conocido hasta ahora —prosiguió Azya sin tener en cuenta la pregunta—. Rashkoff no está lejos. Quería ser capitán general de los tártaros y servir al reino, pero Sobieski no me lo ha permitido. Ahora no quiero servir ya bajo las órdenes de nadie, sino mandar yo mismo regimientos que dirigiré contra Doroshenko o contra el reino, según me mande Vuestra Gracia, según el deseo de Vuestra Gracia.

—¿Según mi deseo? Pero, Azya, ¿qué tenéis? ¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que todos son aquí mis esclavos y yo soy el vuestro. ¿Qué me importa a mí el capitán general? Haré lo que me plazca, me lo permita o no. Pronunciad una palabra y pondré a Akkerman a vuestros pies, y la Dobruscha y todas aquellas hordas que se encuentran en aquellas aldeas y todas las que están en los cuarteles de invierno, serán vuestros esclavos como lo soy yo. Mandad y obedeceré al khan de Crimea y no al sultán; le declararé la guerra con mis fuerzas y ayudaré al reino; crearé nuevas hordas en estas regiones de quien seré el jefe supremo. Sólo vos estaréis sobre mí; sólo ante vos me inclinaré, suplicándoos que me concedáis vuestro amor.

Y al decir así se inclinó sobre su silla y abrazó a la joven, que le escuchaba aterrorizada, aturdida completamente por sus palabras. Azya continuó con voz ronca:

—¿No habéis comprendido que no amo a nadie más que a vos, a vos sola? ¡Oh, ya he sufrido bastante! Ahora sois mía y lo seréis siempre. Nadie podrá arrancaros de mis manos en estos lugares... ¡eres mía, mía!

—¡Jesús María! —gritó Basia.

Pero él la apretó entre sus brazos como si quisiera sofocarla. La respiración le salía afanosa del pecho y por un instante se le nubló la vista. Al fin la arrancó de su silla y se la puso delante oprimiendo su seno contra su pecho, mientras sus labios buscaban ávidamente la boca de Basia.

La joven no dio un grito, pero le resistía con una fuerza de que no se creía capaz. Entre ambos se inició una lucha ruda y silenciosa, durante la cual no se oía sino sus alientos. Los esfuerzos que Basia tenía que hacer y la proximidad de aquel rostro odioso, le devolvieron toda su energía y su presencia de espíritu.

En un instante tuvo la visión clara de su situación como la tiene aquel que se va a ahogar. Sintió que la tierra le faltaba bajo sus pies y que ante ella se abría un abismo sin fondo hacia el cual la arrastraba aquel hombre a viva fuerza; comprendiendo el deseo que le dominaba, su traición, la triste suerte que a ella le esperaba, su debilidad y su impotencia. Experimentó un terror indecible y una pena aguda, pero al mismo tiempo brotó en ella una llama terrible de ira e indignación.

Y el valor de aquella hija de un noble caballero, esposa del primer soldado del reino, era tan grande que, en aquel momento crítico, pensó ante todo en la venganza y el pensamiento de salvación se le ofrecía en segunda línea solamente.

Todas las facultades de su alma adquirieron una lucidez prodigiosa; mientras luchaba, sus manos buscaban un arma, y al fin su diestra tocó la culata de una pistola. Pensó, sin embargo, que aun cuando estuviese cargada, antes que pudiese descargarla contra la cabeza de Azya, podría éste aferrarle la mano y arrebatarse el único medio de defensa. Por eso decidió atacarlo de otro modo.

Todas estas reflexiones pasaron por su mente en un abrir y cerrar de ojos. Azya previó el ataque y alargó la mano con la rapidez del rayo, pero no calculó bien su movimiento y Basia le asestó un golpe entre los dos ojos con la culata de la pistola, con toda la fuerza de su brazo vigoroso, centuplicada por la desesperación.

Azya no pudo siquiera exhalar un grito y cayó hacia atrás como un cuerpo muerto, arrastrándola en su caída al suelo.

Basia se levantó de un salto, se lanzó sobre su caballo y escapó con la rapidez de un torbellino en dirección opuesta al Dniester, galopando hacia la estepa.

La niebla se cerró tras ella como una tienda; su caballo corría al acaso entre rocas, quebraduras y torrentes. De un momento a otro podía caer precipitada en uno de aquellos abismos o estrellarse contra algún ángulo saliente de las rocas, pero Basia no preveía ni pensaba en nada; para ella el único peligro eran Azya y sus tártaros.

Era verdaderamente extraño que ahora que se había librado de aquel traidor, ahora que le había visto tendido inerte en el suelo, fuese el miedo el solo sentimiento que la dominara. Con el rostro casi apoyado en el cuello de su caballo, galopaba a rienda suelta entre la niebla como un gamo perseguido por los lobos. Comenzó a tener miedo de Azya más aún que cuando se encontró de improviso aprisionada en sus brazos; experimentaba ahora el terror y la debilidad de un niño que se ha extraviado en el camino y se siente solo y abandonado.

En su corazón se levantaron gritos lastimeros, pidiendo protección entre gemidos y plegarias y repitiendo sin cesar:

—¡Miguel, sálvame! ¡Miguel, sálvame!

Entretanto continuaba el caballo su carrera desenfrenada, y, guiado por su instinto maravilloso, saltaba las quebraduras y evitaba con rápidos movimientos los precipicios que le cortaban el paso. Al fin cesó de resonar bajo los herrados cascos del noble bruto el suelo pedregoso del camino; evidentemente había entrado en uno de aquellos prados que se extendían aquí y allí entre los barrancos.

El caballo estaba humeante de sudor; sus narices respiraban penosamente, pero continuaba corriendo.

—¿Adonde ir? —pensaba Basia, y al instante se contestó—: ¡A Hreptyoff!

Pero un nuevo temor invadió de nuevo su alma al pensar en aquel largo camino a través de un país salvaje.

Pronto recordó que Azya había dejado destacamentos de sus tártaros en Mohiloff y Yampol, que indudablemente estaban iniciados en la conspiración. Todos estaban sometidos al joven tártaro y, sin duda, se apoderarían de ella y la conducirían a Rashkoff; por esta razón era forzoso que se internara cuanto le fuera posible en la estepa, dirigiéndose al Norte para evitar los sitios habitados junto a las orillas del Dniester.

Tenía que hacerlo así, especialmente por el motivo de que si enviaban algunos hombres para perseguirla, éstos tomarían el camino de las orillas del río. En la estepa tenía ella la probabilidad, remota, sin duda, de tropezar con algún escuadrón polaco, en marcha hacia los fuertes.

El caballo comenzaba a acortar gradualmente su carrera, y Basia, que era una amazona experta, comprendió que era preciso darle siquiera tiempo para respirar, pues de lo contrario no tendría fuerzas para proseguir, y comprendió también que sin caballo estaba irremisiblemente perdida en aquel desierto. Moderó, por tanto, el galope y lo puso al paso. Una nube de vapor caliente salía de todo el cuerpo de la pobre bestia.

La niebla empezaba a disiparse y Basia se puso a orar. De pronto oyó a breve distancia el relincho de otro caballo y los cabellos se le erizaron sobre la cabeza.

—El mío caerá muerto, pero así lo quiere Dios —dijo en alta voz y espoleó de nuevo al pobre animal.

Por algún tiempo el caballo avanzó con la velocidad de una paloma seguida por un halcón y voló hasta que las fuerzas le faltaron; pero el relincho continuaba resonando entre la niebla a poca distancia.

Había en aquel relincho algo lastimero y amenazador a un tiempo, y Basia pensó, pasado el primer momento de espanto, que si alguien montase sobre aquel caballo éste no relincharía tan a menudo, pues el jinete se lo impediría para no denunciar su presencia.

—¿Será acaso el caballo de Azya que sigue al mío? —se preguntó la joven.

Por precaución sacó las dos pistolas cargadas de las pistoleras del arzón, pero su cautela era inútil. Al cabo de un rato empezó a dibujarse confusamente entre la niebla una forma oscura y al fin el caballo de Azya se acercó con las crines ondeantes al viento y la nariz dilatada por la carrera. Al llegar junto al potro de Basia relinchó alegremente y éste le contestó en seguida.

El animal, acostumbrado a la compañía del hombre, se dejó coger por la brida sin oponer resistencia. Basia levantó los ojos al cielo exclamando:

—¡Dios me protege!

Era, en efecto, un hecho providencial para ella la posesión de un caballo de recambio, y, por otra parte, la presencia de aquel animal le aseguraba de que no la perseguía por el momento. Si el caballo se hubiese dirigido a unirse con el destacamento de los tártaros, éstos, alarmados al verlo sin su jinete, habrían retrocedido sin perder un minuto en busca de su jefe. Ahora, en cambio, no tendrían ningún recelo y sólo volverían atrás cuando la prolongada ausencia de su *murza* empezara a alarmarlos.

—Cuando lo noten, ya estaré yo muy lejos —pensó para tranquilizarse, pero recordó de nuevo que Azya había dejado destacamentos de su tropa en Mohiloff y en Yampol—. Es indispensable que atraviese la estepa, acercándome a la orilla del Dniester únicamente cuando me encuentre cerca de Hreptyoff —añadió—. Ese hombre terrible ha dispuesto las cosas con una previsión infernal, pero Dios me salvará.

Y fiada en él, se animó, continuando con alguna esperanza su fatigoso viaje.

En el arzón de la silla del caballo de Azya había encontrado pendiente un mosquete, un cuerno lleno de pólvora, una cartuchera y, lo que era más precioso para ella en tal

momento, un saquito lleno de cañamones, que los tártaros tienen la costumbre de masticar continuamente.

Basia acortó los estribos de la silla de Azya para adaptarlos a la longitud de sus piernas y pensó que durante su largo viaje, viviría como un pájaro alimentándose con aquellas semillas.

—Dios me asistirá, indicándome el camino y concediéndome el volver salva al lado de mi Miguel —se dijo.

Después hizo la señal de la cruz, se enjugó la cara bañada por la humedad, echó una rápida ojeada sobre el paisaje y puso de nuevo su caballo al galope.

XXXV

A nadie se le ocurrió ir en busca del hijo de Tugay-Bey, y así quedó éste tendido en el suelo, abandonado, hasta que recobró los sentidos.

Cuando al fin volvió en sí, como quería darse cuenta de lo que había ocurrido y del lugar donde se encontraba, echó una ojeada a su alrededor. Le parecía que estaba a oscuras y el dolor le demostró que sólo veía con un ojo y aun con éste mal porque la sangre le cegaba.

Azya se llevó las manos a la cara; sus dedos tocaron la sangre que se había coagulado en su bigote y en la boca de suerte que casi le ahogaba. Tosió, pero el esfuerzo le produjo un dolor tan atroz en la cara que le arrancó un gemido.

El golpe que Basia le había asestado habíale roto la parte superior de la nariz y herido el pómulo.

Permaneció algún tiempo sentado y sin moverse; después dirigió una nueva mirada en torno suyo con el ojo que aún le quedaba sano y viendo un poco de nieve en el hueco de una roca, se dirigió a ella, tomó un puñado y se lo aplicó a la herida.

Continuó sentado cerca de una hora, al cabo de la cual comenzó a hacer nuevos esfuerzos para ponerse en pie. Al fin lo consiguió, manteniéndose derecho apoyado de espaldas a una roca; pero, cuando quiso abandonar aquel sostén y dar un paso, se sintió tan débil y abatido, que tuvo que sentarse de nuevo.

Por último, haciendo un gran esfuerzo, se levantó, y apoyándose en el sable, que había desenvainado, se puso en marcha tambaleándose. Sin embargo, después de dar algunos pasos, sintió que sus piernas eran fuertes y le servían perfectamente y que sólo su cabeza no parecía suya sino de otro y le pesaba como si fuera de plomo.

Experimentaba una sensación muy extraña, como si tuviese que llevar con indecible cuidado aquella cabeza pesadísima y vacilante, y temiese al mismo tiempo que cayese al suelo y se rompiese contra las piedras.

Cerraba ya la noche cuando oyó, por fin, las pisadas de un caballo.

Era su ordenanza que venía a tomar órdenes. Aquella misma noche, a pesar de su estado, Azya tuvo aún bastantes fuerzas para disponer lo conveniente a la persecución de Basia, pero en seguida cayó sobre su lecho de pieles y por tres días nadie pudo aproximársele, excepción hecha del barbero griego que curaba sus heridas (pues en aquel

tiempo y en aquellos países los barberos ejercían de cirujanos) y del fiel Hamlim que lo asistían y velaban. Al fin, al cuarto día recobró el habla y la conciencia de todo lo ocurrido.

—¡Ha huido! ¡ha huido! —repetía obstinadamente; la rabia le sofocaba y en ciertos momentos le parecía que la razón iba a abandonarle de nuevo.

Aullaba como una fiera y procuraba levantarse para ir en seguimiento suyo a fin de cogerla y ahogarla con sus manos en un ímpetu de rabia imponente y de amor furibundo.

Por último cayó en un sueño profundo y durmió veinticuatro horas seguidas. Cuando despertó, la fiebre había desaparecido por completo y pudo recibir a Kricynski y a Adurovich.

Ambos estaban con ansia de verlo porque no sabían qué partido tomar. Las tropas que habían marchado a las órdenes de Pan Adán no volverían, probablemente, hasta pasadas dos semanas, pero cualquier suceso imprevisto podía apresurar su regreso y por este motivo era indispensable que supiesen lo que tenían que hacer.

No ignoraban que, en último extremo, Azya pensaba en hacer traición al reino, pero suponían que les impondría aguardar hasta la declaración de la guerra, antes de hacer patente su traición con objeto de que fuera más eficaz.

Corrieron, pues, apresuradamente a su lecho, y se inclinaron ante él. Azya tenía toda la cara vendada y un solo ojo descubierto; se sentía aún débil pero se hallaba en vía de convalecencia.

—Estoy enfermo —dijo sin gastar preámbulos—La mujer que deseaba traer conmigo se ha escapado de mis manos, después de haberme herido con la culata de una pistola. Era la esposa de Volodiovski; ¡que la peste cargue con ella y con todo su linaje!

—¡Así sea como dices! —contestaron al unísono los dos capitanes.

—Y que Dios os conceda a vosotros, amigos fieles, el éxito y la felicidad.

—Y a ti también, señor —replicaron.

Después se pusieron a deliberar sobre lo que tenían que hacer.

—Es imposible pensar en aplazamientos —dijo Azya—, porque después de lo que ha sucedido con esa mujer, no nos darán ya crédito y nos atacarán en seguida; pero antes que esto suceda nos haremos dueños de este país y lo reduciremos a cenizas para mayor gloria de Dios. Secuestraremos el puñado de soldados que se encuentran aquí, capturaremos a los ciudadanos fieles al reino, nos repartiremos las riquezas de los valacos, de los armenios y de los griegos, y después pasaremos a la otra orilla del Dniester a los dominios del sultán.

Kricynski y Adurovich llevaban desde hacía algún tiempo una vida nómada entre las hordas, en compañía de las cuales habían saqueado y robado, convertidos en verdaderos salvajes; así, sus ojos relampaguearon al pensar en el rico botín que dentro de poco tiempo se repartirían entre ellos.

—Gracias a ti —dijo Kricynski—, nos admitieron en esta plaza que hoy pone Dios en poder nuestro.

—¿No se opuso Novoveski? —preguntó Azya.

—Novoveski sabía que nosotros queríamos volver al servicio del reino y no ignoraba que vendríais aquí a nuestro encuentro; se ha fiado de nosotros confiando en ti.

—Nos detuvimos en la orilla moldava —añadió Adurovich—; pero Kricynski y yo fuimos a su casa como huéspedes. El nos recibió con toda la cortesía debida a un noble y nos dijo: «Puesto que volvéis al servicio del reino, quedan borradas todas las ofensas antiguas, y como el capitán general os perdona merced a las seguridades que da Azya, no me estaría bien que os enseñase los dientes como un perro.» Nos invitó a que fuéramos a la ciudad con nuestras tropas, pero nosotros le respondimos: «No queremos entrar hasta que Azya, el hijo de Tugay-Bey, nos traiga el permiso del capitán general.» Pero antes de marchar nos invitó a otra fiesta y nos rogó que velásemos por la ciudad.

—En esta fiesta —dijo Kricynski—, vimos a su padre, a una señora de cierta edad que busca a su marido cautivo y a una doncella con quien Novoveski quiere casarse.

—¡Ah! —exclamó Azya con júbilo—; no creía que estuviesen todos aquí; yo he traído conmigo a Panna Novoveski.

Inmediatamente dio una palmada, Hamlim apareció en seguida y le dijo;

—Cuando vean mis hombres a la ciudad presa de las llamas, les dirás que caigan sobre los soldados que se encuentran en el fortín y que los degüellen. Atarán al viejo Novoveski y a las mujeres, y los tendrán bajo su custodia hasta que reciban órdenes mías.

Y volviéndose a los dos capitanes agregó:

—No puedo ayudaros porque todavía estoy débil; voy, sin embargo, a montar a caballo para ser testigo de Vuestras hazañas. ¡Manos a la obra, queridos camaradas, manos a la obra!

Kricynski y Adurovich se precipitaron juntos y corrieron en busca de su gente. Azya salió tras ellos dando orden de que le trajesen un caballo sobre el que montó, y se dirigió despacio hacia la empalizada, para observar desde la puerta del fortín, que estaba emplazado en alto, lo que iba a suceder en la ciudad.

Las bandas de Kricynski y de Adurovich se esparcieron por las calles de Rashkoff y principiaron a correr por todas direcciones aullando como energúmenos como si quisieran animarse así y excitar recíprocamente a la matanza y al saqueo. Pero aunque muchos de ellos apretasen el cuchillo entre los dientes, según costumbre tártara, la población de la ciudad, compuesta, como en Yampol, de valacos, armenios, griegos y en parte de comerciantes tártaros, los miraban sin desconfianza. Los gritos de los tártaros de la Lituania atraían simplemente las miradas de aquellos habitantes que los contemplaban con curiosidad, suponiendo que se entretenían en algún juego.

Pero, de improviso, empezaron a levantarse hacia el cielo grandes columnas de humo por todos lados en la plaza del mercado, y de la boca de los tártaros salieron aullidos tan terribles, que el espanto más atroz se apoderó de los armenios, de los valacos, de los griegos y de sus familias.

Inmediatamente principió a caer una lluvia de flechas sobre los pacíficos habitantes, y sus gritos de socorro, el ruido de las puertas y de las ventanas que se cerraban a toda prisa, se confundieron con el galopar de los caballos y con los alaridos de los salteadores.

No hubo lucha; las hojas de los cuchillos se hundieron en el pecho de los soldados polacos antes que éstos se diesen cuenta de lo que ocurría: sus cabezas cortadas fueron amontonadas a los pies del caballo de Azya.

La ciudad ardía como una inmensa hoguera y el humo lo envolvía todo. Sólo de vez en cuando se oía la detonación de un tiro de mosquete semejante al ruido del trueno o se distinguía a un hombre que huía perseguido por una turba de tártaros.

Azya permaneció inmóvil y contemplaba aquel espectáculo con alegría de su corazón; una sonrisa entreabría sus labios entre los cuales relucían sus dientes blancos: aquella sonrisa parecía más feroz, porque sus heridas aún no bien cicatrizadas le ocasionaban un fuerte dolor. Además de la alegría henchía el corazón de Azya el orgullo. Por fin había arrojado la máscara deprimente de la disimulación, y por primera vez daba libre desahogo al odio oculto por tantos años. Ahora era cuando se sentía hijo de Tugay-Bey.

Permaneció junto a la puerta del recinto fortificado hasta que terminó la matanza y el silencio reinó en la ciudad incendiada y saqueada. Después bajó del caballo y se dirigió a pasos lentos a su habitación, en cuyo centro había extendidas sobre el pavimento unas pieles de carnero, en las que se sentó y aguardó la vuelta de los dos capitanes.

No tardaron éstos en presentarse con sus *sotnik*. La alegría se pintaba en el rostro de todos, porque el botín había excedido a todas sus esperanzas. La ciudad había crecido mucho, llegando a ser mucho más rica después de las incursiones de los campesinos.

Habían hecho cautivas a más de cien muchachas y gran número de niños de diez o más años, que podrían venderse ventajosamente en los mercados de Oriente. Las mujeres viejas y los niños demasiado pequeños e ineptos para soportar las fatigas del camino habían sido despiadadamente degollados. Las manos de los tártaros goteaban sangre, y sus gabanes de pieles de oveja exhalaban un hedor de carne quemada.

Todos se sentaron alrededor de Azya, y éste dio orden de que los prisioneros fuesen traídos a su presencia.

Sus órdenes fueron ejecutadas en el acto.

Panni Boski se presentó llorando a lágrima viva, y su hija Zosia, que la seguía, estaba más blanca que un lienzo.

Venían después Eva y su padre. El viejo Novoveski tenía los brazos y las piernas ligados con cuerdas. Todos estaban aterrorizados y estupefactos de lo que tan inesperadamente había ocurrido.

Eva se perdía en conjeturas sobre la desaparición de Basia, y se admiraba de que ésta no se hubiera dejado ver. No sabiendo nada de la carnicería de Rashkoff ni de la causa por que se les ataba y trataba como a prisioneros a ella y a sus compañeros, se había imaginado que Azya, tío queriendo sujetarse por su excesivo orgullo a pedir su mano a Pan Novoveski, había decidido en un ímpetu de amor ardiente apoderarse de ella por la fuerza. Todo esto era horrible en sí mismo, pero Eva no temía nada por su vida.

Los prisioneros no reconocieron al pronto a Azya, porque su rostro desaparecía casi por completo bajo las vendas, pero el terror que invadió a las mujeres fue tanto mayor cuanto que supieron que los tártaros salvajes habían degollado a los de la Lituania y héchose dueños de Rashkoff. La vista de Kricynski y de Adurovich les demostró que se hallaban en poder de los tártaros de la Lituania.

Continuaron guardando silencio, hasta que al fin Pan Novoveski preguntó con voz insegura pero fuerte:

—¿En manos de quién hemos caído?

Azya se quitó el vendaje que cubría su cara, y descubrió su rostro, muy bello en otro tiempo, desfigurado ahora para siempre con la nariz deformada y una cavidad negra en lugar del ojo; un rostro horrible con una sonrisa semejante a una mueca infernal, y con una expresión bárbara y cruel.

Por un momento calló, pero fijando después su ojo fulgurante en el viejo, dijo:

—En las mías... en las del hijo de Tugay-Bey.

El viejo Novoveski lo había reconocido antes de hablar, así como Eva, quien había sentido oprimírsele el corazón a la vista de aquella cara que inspiraba horror.

La joven se cubrió el rostro con las manos, y su padre abrió los ojos desmesuradamente, repitiendo con la mayor sorpresa:

—¡Azya, Azya!

—Sí, Azya, a quien Vuestra Gracia ha educado, para quien habéis sido un padre tan benigno, y sobre cuya espalda corrió la sangre bajo el látigo manejado por vuestra amorosa mano.

Al oír estas palabras, la sangre se le subió a la cabeza al viejo noble.

—¡Traidor! —exclamó—, responderás de tus acciones ante un juez. ¡Serpiente! ¡Aún tengo un hijo!

—Y una hija —añadió Azya—, por cuyo amor disteis la orden de azotarme a muerte. Esa hija la daré al último de la horda, para que haga de ella lo que quiera.

—Señor, dámela a mí —gritó Adurovich vivamente.

—¡Azya, Azya! —exclamó Eva arrodillándose ante él—; siempre te he...

El traidor no la dejó acabar, y la rechazó con el pie; Adurovich la cogió por los brazos y comenzó a arrastrarla fuera de la estancia.

Pan Novoveski se puso lívido de rojo que estaba; las cuerdas con que le habían ligado los brazos crujieron bajo el esfuerzo que hizo para romperlas, y de su boca salieron palabras ininteligibles.

Azya se puso en pie y se le acercó, primero lentamente, y después más de prisa como una fiera que se lanza sobre su presa. Cuando estuvo cerca cogió al viejo por el bigote con una mano y con la otra se puso a golpearlo sin piedad en la cara y en la cabeza.

Un grito ronco, semejante a un rugido, salió de su garganta cuando el viejo cayó en tierra. Azya se arrodilló sobre su pecho, y la hoja de un puñal brilló de pronto en la mano.

—¡Socorro! ¡Misericordia! —gritó Eva.

Pero Adurovich le dio un golpe en la frente y le tapó la boca con las manos, mientras Azya cortaba la cabeza al padre de la desdichada joven.

El espectáculo era tan terrible que hizo estremecerse a los tártaros mismos. Con fría crueldad Azya había hundido el cuchillo en la garganta del desventurado viejo, que emitía un estertor penoso. De la profunda herida saltó la sangre sobre las manos del asesino, y corrió como un arroyo sobre el pavimento. Después el estertor cesó gradualmente hasta concluir en un postrer suspiro. Los pies del moribundo batieron el suelo con la convulsión final de la agonía.

Azya se puso en pie, y su mirada cayó sobre el rostro pálido y suave de Zosia Boski, que parecía más muerta que viva, y que había caído desmayada en los brazos de un tártaro.

—Esa muchacha la guardo para mí —dijo—, hasta que la dé a cualquiera o la venda.

Y volviéndose después hacia los tártaros añadió:

—Apenas hayan vuelto los hombres que he mandado a perseguir la fugitiva, nos pasaremos a los dominios del sultán.

Los perseguidores volvieron dos días después, pero con las manos vacías, y el hijo de Tugay-Bey tuvo que marcharse a Turquía con la rabia y la desesperación en el alma, dejando detrás de sí montones de ruinas humeantes.

XXXVI

Las ciudades por que había pasado Basia, al dirigirse desde Hreptyoff a Rashkoff, estaban distantes una de otra diez o doce millas de la Ukrania (¹) y el camino a lo largo del Dniester tenía cerca de treinta millas. Saliendo por la mañana temprano habían hecho todo el viaje en tres días, comprendiendo los pasos difíciles y las paradas.

En aquella época las personas aisladas o las tropas no viajaban habitualmente con tanta rapidez, pero el que lo deseaba o se veía obligado a ello podía hacerlo.

Basia calculó que el viaje de regreso a Hreptyoff lo verificaría en menos tiempo yendo a caballo y siendo como era una fuga, en la cual su salvación dependía de la velocidad.

Pero advirtió su error desde el primer día, porque, no pudiendo huir por el camino del Dniester, se veía obligada a atravesar las estepas dando grandísimos rodeos. Además podría extraviarse y era muy probable que esto le sucediese sin tener en cuenta los otros

¹() Una milla de Ukrania equivale a unos 9 kilómetros.

obstáculos que se le presentarían. Sólo Dios, por lo tanto, sabía cuánto tiempo tardaría en llegar a Hreptyoff.

A cada instante se le hacía más insoportable aquella soledad y creía que Dios la castigaba de aquel modo por su manía de buscar aventuras, por su pasión por la caza y las expediciones, aun contra la voluntad de su marido; en una palabra, por su ligereza y por su falta de seriedad.

Reflexionando sobre estas cosas se le agolpaban las lágrimas a los ojos, y levantando la cabeza repetía para sí entre sollozos:

—¡Castígame, Dios mío, pero no me abandones! ¡No castigues a mi Miguel! ¡Miguel es inocente!

Entretanto se acercaba la noche y con ella el frío y el horror de las tinieblas, pero poco a poco la noche se hizo más clara y las estrellas comenzaron a brillar al disiparse la niebla que las velaba.

Para Basia aquella circunstancia era bastante favorable, en primer lugar porque disminuyeron sus temores y después porque al contemplar la Osa Mayor podía dirigirse al Norte en dirección a Hreptyoff.

Examinando el paisaje en torno suyo calculó que debía encontrarse a una distancia considerable del Dniester, porque había menos rocas desnudas y más colinas cubiertas de robles y grandes llanuras.

No obstante, de vez en cuando se veía obligada a atravesar algún barranco, al que descendía con el corazón oprimido porque en el fondo de aquellos desfiladeros eran las tinieblas más profundas y se sentía en ellos un frío penetrante.

Al fin llegó a una vasta llanura cubierta en parte por una selva poco poblada, y viendo que los caballos podían apenas mantenerse en pie por el cansancio y el hambre, se detuvo para concederles algún reposo. Después montó sobre el caballo de Azya, porque el suyo la había llevado durante muchas horas y aunque más fuerte era más delicado que el otro.

Ella también comenzaba a sentir los estímulos del hambre y se puso a comer los cañamones que había encontrado en el saquito que pendía de la silla de Azya. Los encontró muy buenos, aunque un poco amargos, y dio gracias a Dios que le había proporcionado al menos aquel alimento. Comió pocos para que le durasen todo el viaje hasta Hreptyoff.

El sueño comenzó entonces a asaltarla con fuerza irresistible y el frío penetraba todos sus huesos. Tenía los pies ateridos y sentía además en todos sus miembros una debilidad inmensa. El cansancio la venció al fin y sus ojos se cerraron al sueño, pero los volvió a abrir por un esfuerzo supremo.

—No —pensó—, no debo dormir. Dormiré de día, pero si ahora me entregase al sueño, me moriría helada.

Por algunos minutos luchó vigorosamente, pero al fin el sueño fue más fuerte que su voluntad y se quedó dormida. Por fortuna un ruido extraño la despertó antes que la sangre se le helase en las venas. Los caballos se estremecieron de improviso; era evidente que ocurría algo extraordinario en el bosque.

En aquel instante recobró Basia toda la lucidez de su espíritu, empuñó el mosquete de Azya y se puso a escuchar con ansiedad.

Era su temperamento tal que un peligro cualquiera despertaba toda su energía y toda su prudencia dejándola dispuesta a defenderse a todo trance.

El ruido que la despertó habíalo producido el gruñido de unos jabalíes. Quizá otras fieras trataban de arrebatárselas crías, o tal vez los jabalíes reñían entre sí. El rumor venía, sin duda, de lejos, pero en el silencio de la noche le parecía tan próximo, que Basia no sólo oyó sus gruñidos sino también sus resoplidos poderosos. Al fin oyó el paso de todas aquellas bestias fieras al través de la espesura que crujía ante su empuje y toda la

manada pasó como un torrente a poca distancia de ella perdiéndose en las profundidades del bosque.

Basia comprendió que no podía permanecer más tiempo a pie firme en aquel sitio, porque el frío se iba apoderando de ella, y aunque los caballos estaban rendidos, los impulsaba sin compasión cuando entraba en alguna llanura, volviendo a dejarlos al paso cuando algún bosque la acogía bajo sus sombras protectoras.

Después de haber atravesado un bosque y llegado a una extensa llanura, vio cerca de las colinas que la limitaban, y a la distancia de una milla poco más o menos, una columna de humo que se levantaba hacia el cielo.

En la opuesta linde vio Basia un campo de heno, y compadecida de sus caballos, los detuvo para dejarlos pacer, sin cuidarse de su propio peligro. Los animales hambrientos hundían su cabeza hasta las orejas en el heno y aunque el freno les impedía masticar bien, Basia no se atrevió a quitárselo diciendo para sí:

—Donde hay humo debe haber una habitación; y habiendo heno aquí, debe haber también caballos con los que podrían seguirme; por tanto, debo estar alerta y dispuesta a escapar al menor asomo de peligro.

Mas a pesar de todas estas reflexiones se detuvo casi una hora en aquel campo hasta que los caballos comieron a su hartura; luego los espoleó y partió como una flecha.

Afortunadamente no había malezas y los árboles estaban tan separados que no presentaban obstáculos a aquella desenfrenada carrera. Los caballos habían recobrado sus fuerzas con el abundante pienso que habían comido con avidez y corrían como el viento.

Basia estaba tan cansada que al llegar a una vasta estepa dijo:

—¡Aquí no hay árboles contra los cuales pueda tropezar; quiero dormir aunque me quede helada!

Y ya iba a cerrar los ojos cuando le pareció ver en lontananza muchos puntos negros sobre la nieve que se movían en diferentes direcciones.

—Son lobos —murmuró medio adormecida y poco después se durmió del todo.

El relincho del caballo de Azya, que montaba entonces, la despertó sobresaltada. Giró en torno suyo la mirada y vio que se había despertado a tiempo, pues se encontraba en la linde de un bosque. Si hubiese continuado durmiendo, habría corrido el peligro de chocar contra el tronco de un árbol.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —exclamó Basia con espanto al ver que su caballo no se hallaba a su lado.

Había ocurrido una cosa muy sencilla. Había atado las riendas de su caballo al pomo de la silla del que ella montaba, pero sus manos, ateridas por el frío, no pudieron asegurarlas bien; así, durante su sueño las riendas se soltaron.

Por fortuna tenía sus pistolas al cinto, lo mismo que el saquito de cañamones que llevaba siempre sobre ella. La desgracia no era tan sensible porque el caballo de Azya, aunque no tan veloz, era mucho más resistente al frío y a la fatiga. A pesar de esto, la joven, apenada por la pérdida de su caballo favorito, decidió volver atrás para buscarlo. Sólo le extrañaba no distinguir al animal en la estepa, aunque la noche fuese extraordinariamente serena y clara.

—Se habrá tendido en cualquier hondonada y por eso no lo veo —pensó—, pero lo buscaré y lo encontraré de seguro.

Sin vacilar volvió su caballo, pero de súbito se estremeció porque le pareció oír una voz humana que le decía distintamente:

—¡Basia, no vuelvas atrás!

Al mismo tiempo interrumpieron el silencio de la noche otros gritos de mal agüero que parecían venir de debajo de tierra aullando y gimiendo, y finalmente un aullido agudo y lúgubre. Todo esto era tanto más horrible cuanto que en la estepa no se veía nada. Un

sudor frío cubrió a Basia desde los pies a la cabeza y de sus labios lívidos se escapó un grito.

Adivinó que los lobos habían matado a su caballo y comprendiendo que ya no era posible salvarlo porque aquellas fieras ya lo habrían devorado. Necesitaba pensar en su propia seguridad y con este objeto disparó una pistola para asustar a los lobos y puso al galope su caballo.

A la mañana siguiente, después de haber rezado sus oraciones, Basia se puso a calcular cuánto tiempo había transcurrido desde que se había escapado de las manos de Azya.

—Me escapé a eso del mediodía del jueves —se dijo—, he galopado toda la noche, después todo el día y luego otra noche, de modo que éste es el tercer día que me encuentro en camino. Aunque me hayan perseguido mis enemigos, deben a esta hora haber desistido porque Hreptyoff no puede estar lejos. Dios mío, ya es tiempo que llegue —añadió dirigiendo al cielo una mirada suplicante.

No cesaba de implorar a Dios que la mitad de su camino hubiese ya quedado a su espalda, porque se sentía incapaz de soportar por más tiempo el hambre y la fatiga. Hacía tres días que no se alimentaba más que de los cañamones, y ahora, aunque los había economizado mucho, el saquito estaba completamente vacío. Lo único que podía sostenerle era la esperanza de no estar lejos de Hreptyoff; pero junto con esta esperanza, lo que la mantenía y la alentaba era la fiebre. Así, aunque el aire se hacía cada vez más frío, sus manos y sus pies, que al principio del viaje estaban entumecidos, ardían ahora como el fuego.

—¡Con tal que tenga la fuerza necesaria para llegar y volver a ver a Miguel! —decía entre sí—. ¡Hágase la voluntad de Dios!

Tuvo que atravesar aún muchos torrentes y ríos, pero la mayor parte estaban helados.

Había algunos de éstos en que el agua corría por la superficie mientras que en el fondo el hielo era duro y resistente y éstos eran los que ella más temía porque su caballo, a pesar de su valor, tenía mucho miedo al entrar en ellos. Al acercarse a la orilla bufaba, enderezaba las orejas y se mostraba, a veces recalcitrante y si al fin cedía, avanzaba cautamente y no adelantaba un pie hasta no haber sentado bien el otro.

Era ya algo entrada la tarde cuando Basia, después de atravesar un espeso bosque de abetos, se detuvo a la orilla de un río más ancho que los que había cruzado hasta entonces. Supuso que podía ser el Ladoga o el Kalusik y la alegría aceleró las palpitaciones de su corazón. Hreptyoff debía estar muy cerca y aun cuando hubiese ido más allá podía considerarse completamente en salvo, porque el país era menos desierto y los habitantes menos terribles. El río, hasta donde podía llegar su vista, tenía sus orillas más ásperas y sólo en un punto aparecían más bajas y accesibles.

En las orillas las aguas se habían helado completamente, pero por el centro corría aún una ancha corriente y Basia esperaba que bajo ella se encontrase, como de ordinario, el hielo firme.

El caballo resistió un poco, cómo solía hacer cada vez que atravesaba un río, y después entró en el agua con la cabeza baja olfateando el hielo.

Cuando llegó a la corriente, Basia se arrodilló sobre la silla, según hacía siempre, y agarróse con ambas manos al pomo del arzón. El agua salpicaba bajo los herrados cascos del caballo, pero el hielo, como Basia había supuesto, era muy resistente.

Mas, de pronto, el caballo, cuyas herraduras se habían desgastado y bruñido por el largo viaje, cayó sobre la grupa, se alzó de nuevo, pero habiéndole espantado comenzó a tirar coces desesperadamente a un lado y a otro.

Basia cogió la brida, pero en aquel instante sintió un crujido sordo y las dos piernas del animal se hundieron en el hielo que se había roto.

—¡Jesús, María! —gritó la joven.

El noble bruto, que apoyaba todavía las patas posteriores en el hielo, hacía esfuerzos desesperados; pero evidentemente aquel hielo cedía cada vez más e iba hundiéndose poco a poco.

Basia tuvo suficiente presencia de ánimo para agarrarse a las crines del caballo y lanzarse hacia adelante sobre el hielo firme. Cayó en el agua, pero alzándose prontamente y sintiendo el piso resistente bajo sus pies, comprendió que estaba en salvo.

Deseaba salvar también a su caballo e inclinándose un poco logró coger la rienda. Dirigióse luego hacia la orilla tirando de él, pero el caballo se hundía a ojos vistas.

El pobre animal comenzó a gemir con una voz que tenía algo de humana, fijando sus miradas en Basia con una indescriptible expresión de tristeza como si quisiera decirle:

—Para mí ya no hay salvación. Suelta las riendas para que no te arrastre conmigo.

Y así tuvo que hacerlo Basia comprendiendo que sería inútil cuanto intentara para salvarlo.

Cuando la pobre bestia desapareció bajo el hielo, ella llegó a la otra orilla, se sentó sobre un ribazo y se puso a llorar como un niño.

Su valor y su energía le habían abandonado por un momento. Todo se conjuraba en su contra: los caminos amenazados por los salteadores, la obscuridad, los elementos, los hombres y los animales; sólo Dios parecía que velaba por ella.

En la divina asistencia había puesto toda su confianza y aun ésta creía que llegaría a faltarle en tan angustiosa situación.

—¡Miguel! —exclamó—, he hecho todo cuanto he podido para llegar hasta ti, amado mío, pero Dios no lo ha querido.

En aquel momento se sintió invadida el alma por un amor tan apasionado hacia su marido y experimentó un deseo tan intenso de morir siquiera a su lado, que apelando a toda su energía se puso en pie y echó a andar alejándose de la orilla.

Por fortuna no sentía frío porque la fiebre le inflamaba la sangre.

Después de haber penetrado en el bosque marchó con perseverancia, cuidando siempre de que el sol se quedase a su izquierda.

Había transcurrido ya más de la mitad del día y Basia no temía acercarse a las orillas, pareciéndole que Mohiloff ya estaba muy atrás.

Anochece.

Pasó una hora. El bosque de abetos se volvió oscuro y misterioso.

Reinaba un silencio profundo como si se concentrase en sí mismo y meditara sobre la suerte de aquella pobre criatura que continuaba caminando con gran pena, cayendo muchas veces aquí o allá a causa de la obscuridad, o por efecto de la extenuación de sus fuerzas.

Basia llevaba alta la cabeza, mas no para orientarse mirando las estrellas, porque ya había perdido hasta la conciencia de su situación.

Andaba por andar, y visiones suaves y serenas se aparecían ante sus ojos cansados, sobre los cuales parecían extenderse ya las sombras de la muerte.

Imaginábase que la selva se transformaba de pronto en una estancia, en su casa de Hreptyoff; que se encontraba ya al lado de su marido, el cual le rodeaba el talle con su brazo y le murmuraba al oído tiernas palabras.

Pero las visiones desaparecieron pronto porque la fiebre había cesado, casi vencida por esa extrema debilidad que precede a la muerte.

Basia volvió en sí y recobró al punto la memoria.

—He huido de manos de Azya —se dijo—, y me encuentro sola en el bosque en medio de la noche. No puedo llegar a Hreptyoff, porque estoy moribunda.

En efecto, empezaba a apoderarse de ella un gran frío desde que había cesado la fiebre.

Las piernas no la sostenían ya y al fin cayó arrodillada sobre la nieve al pie de un árbol.

Ninguna nube ofuscaba su mente.

Experimentaba un dolor inmenso por tener que abandonar la vida, pero sabía y sentía que su fin estaba cercano, y queriendo encomendar su alma a Dios, se puso a rezar con voz débil y entrecortad:

—En el nombre del Padre y del Hijo...

De improviso un rumor extraño, mezclado con las voces de muchas personas, interrumpió su plegaría.

Basia abre la boca. La pregunta: «¿Qué es esto?», que iba a formular, muere en sus labios. Se lleva a la cara sus manos temblorosas y se le escapa un grito.

—¡Oh, Jesús! ¡oh, Jesús! —exclama—. ¡Estos son los barrenderos!... ¡Estoy en Hreptyoff!

Y aquella criatura moribunda poco antes, salta en pie, y con paso incierto, con respiración afanosa, con los ojos llenos de lágrimas, se arrastra al través de la selva y se levanta y cae otra vez para alzarse de nuevo y corre repitiendo:

—¡Oh, Jesús! ¡oh, Jesús! ¡Estoy en Hreptyoff!

El bosque se aclara, comienzan a verse los campos cubiertos de nieve y ya se divisa la altura desde donde las ventanas iluminadas miran como otros tantos ojos resplandecientes a Basia que se acerca y son para ella como un faro salvador en la obscuridad; aquello es el fortín cuyo lado oriental daba precisamente a la selva.

Le faltaba todavía un buen trozo de camino, pero Basia lo recorrió sin saber cómo.

Los soldados que estaban cerca no la reconocieron en la obscuridad, pero la dejaron pasar creyendo que era algún muchacho que el comandante había enviado a algún sitio para hacer un encargo y que regresaba a aquellas horas.

Entró, sintiendo que le faltaba el aliento; atravesó la explanada con un supremo esfuerzo y llegó a la puerta del cuerpo principal.

El pequeño caballero y Zagloba estaban a horcajadas sobre un banco junto al fuego bebiendo *krupnik* ⁽¹⁾.

Hablaban de Basia creyendo que estaba en Rashkoff. Ambos estaban tristes porque sin ella les faltaba la luz, y todos los días disputaban sobre su regreso.

—Que Dios nos libre de la lluvia y de un deshielo repentino —decía Zagloba tristemente—. En cualquiera de estos casos, sólo Dios sabe cuándo podrá regresar.

—El invierno durará todavía —replicaba el pequeño caballero—. La espero dentro de ocho o diez días a más tardar.

—¡Ojalá no se hubiese marchado, no sé qué hacer en Hreptyoff sin ella!

—¿Por qué me aconsejaste, entonces, que la dejase marchar?

—No inventes cosas que no son verdad, Miguel. Tú has hecho lo que te ha dado la gana.

—Con tal que vuelva sana y alegre... y lo más pronto posible —añadió Miguel suspirando.

En aquel momento la puerta rechinó sobre sus goznes y una pobre criatura pálida, extenuada, con los vestidos desgarrados, cubierta de escarcha, apareció en el umbral llamando con voz débil y lastimera:

—¡Miguel! ¡Miguel!

El pequeño caballero se levantó de un salto, pero quedó aturdido al principio como si se hubiese convertido en una estatua; abrió los brazos, bajó y levantó los párpados dos o tres veces, pero no se movió.

—Miguel... Azya... traidor... quería robarme... he huido... y...

No pudo añadir más. Vaciló y cayó como muerta al suelo.

¹() Bebida hecha con aguardiente y ron.

Pan Miguel se precipitó a sostenerla, la levantó entre sus brazos como una pluma y gritó con acento desgarrador:

—¡Dios misericordioso!

La cabeza de la pobre Basia se apoyaba pesadamente en su hombro y parecía privada de vida.

Creyendo tener entre sus brazos un cadáver, Miguel se puso a gritar con acento desgarrador:

—¡Basia ha muerto! ¡Socorro! ¡Socorro!

XXXVII

La noticia de la vuelta de Basia se esparció por todo Hreptyoff con la rapidez del relámpago, pero excepto su marido, Pan Zagloba y sus sirvientes, nadie la vio aquella noche ni los días siguientes.

Después del desmayo recobró los sentidos, de modo que pudo referir con pocas palabras lo que había sucedido; pero de improviso cayó de nuevo en un desvanecimiento profundo, y una hora después, a pesar de todos los medios empleados, no conocía ni siquiera a su marido.

No había duda alguna que se trataba de una enfermedad larga y grave.

La incertidumbre pesaba como el plomo sobre todos los corazones.

La multitud se agolpaba en la explanada; también estaban los habitantes del pueblo; las preguntas volaban de boca en boca; los soldados narraban las traiciones de Azya y decían que la «señora» se había salvado huyendo, pasando una semana entera por los caminos sin comer y sin dormir.

Tales noticias hacían estremecer de rabia todos los corazones.

Al fin un terrible frenesí se apoderó de los soldados, pero reprimieron su cólera temiendo que las voces pudieran ocasionar algún daño a la enferma.

Después de una larga expectativa Pan Zagloba se presentó a los oficiales con los ojos enrojecidos; todos lo rodearon, asaltándole con preguntas ansiosas hechas a media voz.

—¿Está viva? ¿Cómo está? ¿Vivirá? —interrogaban a una Voz.

—Está viva —replicó el viejo—, pero sólo Dios sabe si dentro de una hora no habrá muerto.

Y al decir esto la voz se le ahogó en la garganta y sus labios temblaron.

Apretándose la cabeza entre las manos, se dejó caer en un banquillo y los sollozos que reprimía en vano le sacudieron el pecho.

Anta semejante espectáculo, Pan Mushalski apretó entre sus brazos a Nyenashinyets, aunque no se querían muy bien, y comenzó a gemir sordamente.

A Pan Motovidlo se le extraviaban los ojos como si tuviese algo en la garganta que le sofocase y no pudiese tragar; y Pan Smitko se abotonaba y desabotonaba el jubón con manos temblorosas.

Los soldados que estaban fuera y veían a través de las ventanas todas aquellas muestras de desesperación, creyeron que Basia había muerto, y prorrumpieron en gritos y lamentos.

Pan Zagloba, al oír aquel estrépito, se lanzó fuera con la rapidez de una flecha y lleno de furor.

—¡Silencio, bribones! ¡Así os parta un rayo! —exclamó con voz ronca.

Todos se callaron inmediatamente, comprendiendo que no había llegado aún la hora de las lamentaciones, pero no quisieron retirarse.

Zagloba se volvió a la sala más tranquilo y se sentó de nuevo sobre un banquillo.

Al cabo de un momento apareció una enfermera.

Zagloba se precipitó hacia ella, la detuvo y le preguntó:

—¿Cómo está?

—Duerme —repuso la mujer.

—Duerme, ¡alabado sea Dios! —exclamó el anciano.

Mientras la mujer se iba se volvió a los oficiales y les repitió lo que ella le había dicho.

—¡Que Dios tenga piedad de Basia! —añadió—. Ese sueño hace nacer una sombra de esperanza en mi corazón.

Los oficiales suspiraron profundamente; después rodearon a Pan Zagloba y principiaron de nuevo a preguntarle.

De improviso se oyó un gran escándalo en la plaza, que hizo montar de nuevo en cólera a Zagloba, quien se lanzó hacia la puerta gritando:

—¡Estaos quietos, hijos de perros! Si no, tendréis que habéros las conmigo.

A la vista del viejo hidalgo seguido de los oficiales, los soldados enmudecieron; pero uno de ellos, llamado Zydor, sargento de dragones, un favorito de Pan Miguel, se adelantó algunos pasos y dijo con tono resuelto:

—Si semejante hijo de perro ha ofendido a la mujer del comandante, pedimos que nos dejen ir contra él para vengarla; y si el coronel no puede venir con nosotros, iremos bajo las órdenes de otro, aunque fuera hasta Crimea, para apoderarnos de él, y juro que ha de pagar muy caro lo que ha hecho.

La cólera de Zagloba se desvaneció ante semejante muestra de cariño que aquellos hombres sentían por Basia, y como uno de ellos había dicho que la mejor medicina para la enferma sería la sangre del traidor, se le ocurrió que faltaba un médico a la cabecera de la joven, pues en los primeros momentos nadie había pensado en recurrir a un doctor, difícil de encontrar ¿en aquel país salvaje.

Sólo en Kamenyets había algunos y entre ellos un griego, hombre célebre, muy rico y tan sabio que pasaba a los ojos de todos por nigromántico; pero era dudoso que un hombre poseedor de inmensa fortuna consintiese en venir a aquel desierto, aunque se le ofreciera una enorme recompensa.

Zagloba reflexionó un rato y dijo al fin:

—Escuchadme, en Kamenyets habita un doctor llamado Rodopul. Iréis a su casa, le diréis que el estarosta de la Podolia se ha dislocado un pie en el campo y que lo espera con impaciencia. Cuando le hayáis sacado fuera de las murallas, lo ponéis sobre un caballo, y si es preciso dentro de un saco, y lo traéis a Hreptyoff a galope tendido. Pero mucho cuidado de que venga vivo; ¿de qué nos serviría un médico muerto?

Se oyó un nuevo murmullo, pero esta vez de satisfacción.

Zydor Lusnia se atusó el bigote y dijo:

—Lo traeré aquí sin falta, y no lo perderé en el camino; yo os lo aseguro.

—Pues en marcha a escape.

—¿Me permite Vuestra Gracia una pregunta?

—Habla.

—¿Y si muere de miedo?

—No hay cuidado. Toma seis hombres y ve volando.

Zagloba volvió a la casa satisfecho de sí mismo.

Pan Miguel salió poco después de la habitación de la enferma, abatido, cambiado, indiferente a todas las palabras de consuelo que le prodigaban sus amigos y camaradas.

Después de decir a Zagloba que Basia continuaba durmiendo, se dejó caer sobre un banquillo fijando una mirada extraviada en la puerta de la estancia en que yacía aquélla.

Transcurrido un poco de tiempo Zagloba se acercó de puntillas a Volodiovski.

—Miguel —le dijo—, he mandado a Kamenyets a buscar a un médico; pero quizá será conveniente mandar por algún otro.

Volodiovski le miró de hito en hito; evidentemente no le había comprendido.

—Sería bueno llamar a un sacerdote —añadió el anciano—. El padre Kaminski podría venir mañana temprano.

El pequeño caballero cerró los ojos, volvió la cara hacia el fuego y exclamó con voz afanosa:

—¡Jesús, Jesús, Jesús!

Zagloba no quiso dirigirle ninguna otra pregunta, pero salió a dar las órdenes oportunas.

Cuando volvió, Pan Miguel no estaba ya en la sala. Los oficiales le dijeron que la enferma había llamado a su marido, pero no se sabía si había pronunciado su nombre en el delirio de la fiebre o si había vuelto en sí.

El viejo hidalgo quiso cerciorarse inmediatamente, y se convenció de que Basia deliraba aún.

Sus mejillas estaban inflamadas; sus ojos, aunque brillantes, eran oscuros como si las pupilas se hubieran disuelto en lo blanco; sus manos diáfnas buscaban siempre sobre la cubierta del lecho con un movimiento uniforme.

Pan Miguel estaba a sus pies más muerto que vivo.

De vez en cuando la enferma murmuraba algunas palabras a media voz o pronunciaba más fuerte alguna frase vaga e incomprensible. La palabra «Hreptyoff», que repetía a menudo, dejaba suponer que se creía aún en el camino.

Pero lo que particularmente impresionaba a Zagloba era aquel movimiento monótono e inconsciente de sus manos sobre la cubierta, en la cual veía un síntoma de la muerte cercana. Era Zagloba muy experto y había visto morir a muchas personas, pero jamás su corazón había experimentado un dolor tan agudo como el que sentía en aquel momento al ver aquella hermosa flor agostarse prematuramente.

Comprendió que sólo Dios podría salvar aquella existencia que se apagaba y se arrodilló junto al lecho rezando con fervor.

Entretanto la respiración de Basia se hacía más fatigosa y gradualmente se convertía en una especie de estertor.

Volodiovski y Zagloba se pusieron en pie interrumpiendo sus plegarias. Ni uno ni otro decía una palabra; fijaron sólo en sus ojos una mirada de espanto. Les parecía que iba a morir, pero ese estado sólo duró unos instantes; después la respiración de la paciente se hizo más fácil y menos ruidosa.

La noche pasó para ellos lentamente entre la esperanza y el miedo.

Tampoco se acostaron los otros oficiales y permanecieron en la sala, ora mirando la puerta de la habitación de la enferma, ora comunicándose sus temores al oído.

A intervalos entraba un muchacho para echar leña al fuego, y a cada ruido del picaporte se ponían en pie asustados, suponiendo que era Volodiovski o Zagloba que veían a pronunciar las terribles palabras: «¡Ha muerto!»

En la explanada comenzó el movimiento habitual.

Entre el silbido del viento se oyeron pisadas de caballos sobre el entarimado de la caballeriza, el rumor de las escobas y las voces de los soldados. De pronto sonó una campana: era que llegaba el padre Kaminski.

Cuando entró con la sobrepelliz y el humeral, los oficiales se arrodillaron. A todos les parecía que llegaba aquel momento solemne a que debe seguir inevitablemente la muerte.

La enferma estaba aún delirando y por consiguiente el sacerdote no pudo oír en confesión. Le administró sólo la Extremaunción y después se puso a consolar a Pan Miguel, exhortándolo a resignarse a la voluntad de Dios; pero estos consuelos eran en vano, porque no había palabras que pudiesen mitigar un dolor tan inmenso.

Por un día entero la muerte se cernió sobre Basia y a veces parecía que ya echaba sus negras sombras sobre su rostro y que aquella alma estaba ya dispuesta a desplegar sus alas para lanzarse en el espacio infinito y pasar a mejor vida.

A veces aquellas negras sombras parecían disiparse y la esperanza volvía a llenar todos los corazones; pero era una esperanza pasajera y nadie creía que la joven pudiese sobrevivir.

Ni aun Pan Miguel esperaba que curase, y su dolor llegó a ser tan terrible que Zagloba se asustó y lo recomendó a los cuidados y a la vigilancia de los demás oficiales.

—Por el amor de Dios, no le perdáis de vista —les dijo—, porque es capaz de plantarse un cuchillo en el pecho.

La idea del suicidio no había cruzado aún por la mente de Pan Miguel, pero en la desgarradora pena que laceraba su alma se preguntaba continuamente:

—¿Cómo podré permanecer en este mundo cuando ella haya partido? ¿Qué dirá no viéndome a su lado?

Estos pensamientos le inducían a desear morir con la mujer amada. Como no creía posible vivir sin ella, no podía persuadirse de que Basia fuese feliz sin él en la otra vida.

Hacia el mediodía se inició una ligera mejoría: las mejillas de la enferma se pusieron pálidas y la fiebre disminuyó tanto que pareció vislumbrarse que recobraba los sentidos.

Permaneció unos momentos con los ojos cerrados y luego, abriéndolos de repente, miró a su marido y le preguntó:

—Miguel, ¿estoy en Hreptyoff?

—Sí, amor mío —repuso el pequeño caballero apretando los dientes.

—¿Y tú estás a mi lado?

—Sí, ¿cómo te sientes?

—Bien.

Evidentemente ella no sabía si era real lo que veía o si eran visiones febriles, pero desde aquel momento no deliró más.

Hacia el amanecer Lusnia llegó con sus hombres, y apenas entró en el fortín sacó de un saco al doctor de Kamenyets que estaba más muerto que vivo. Pero cuando se convenció de que no se hallaba en poder de unos bandidos, como había creído, sino que le llevaron de aquel modo para ver a un enfermo, se rehízo de su miedo y se puso en seguida a la obra especialmente después que Zagloba, mostrándole una bolsa llena de oro y una pistola cargada le dijo:

—Éste es el precio por la vida y este otro por la muerte. Escoged.

Al amanecer el doctor pronunció su pronóstico:

—La enfermedad será larga —afirmó—, pero curará.

La alegre nueva resonó en todo Hreptyoff como un eco de fiesta. Cuando la oyó Pan Miguel, cayó al suelo y prorrumpió en sollozos tan violentos que su pecho parecía estallar y Zagloba sintió como un desfallecimiento de gozo; su rostro se cubrió de sudor y apenas tuvo fuerzas para exclamar:

—¡Dadme de beber... de beber!

En la explanada se habían reunido de nuevo los dragones con los cosacos de Pan Motovidlo y sólo a duras penas se logró contener sus gritos de júbilo; pero como sentían una necesidad imperiosa de demostrar de un modo cualquiera su contento, pidieron permiso para ahorcar algunos ladrones que estaban presos en Hreptyoff, en honor de la señora; mas el pequeño caballero se lo negó rotundamente.

XXXVIII

Durante una semana Basia sufrió mucho, y sin las seguridades del médico Pan Miguel y Zagloba hubieran creído muchas veces que la llama de su existencia iba a extinguirse de un momento a otro.

Sólo hacia el fin de la semana se notó en ella una notable mejoría; recobró toda su lucidez y desde aquel momento nadie dudó que con el tiempo recuperaría la salud y las fuerzas.

Volodiovski no se alejaba casi nunca de la cabecera de su cama: después del grave peligro de que había escapado la amaba más, si cabe, que antes, y no existía para él otra cosa en el mundo que su adorada esposa.

Cuando se sentaba junto a ella, cuando contemplaba su rostro pálido y demacrado, aunque jovial, y sus ojos que gradualmente recobraban su antiguo brillo, le tentaba un irresistible deseo de reír, de gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Mi Basia se pone buena! ¡Mi Basia no morirá!

Cogía sus manos besándolas con transporte y a veces besaba sus pies, aquellos piecitos que habían caminado tan animosamente por entre la nieve para venir a Hreptyoff.

Sentía un reconocimiento inmenso hacia la Divina Providencia, tanto, que una vez dijo a Zagloba y a algunos oficiales:

—No soy muy rico, pero aunque tuviera que someterme a las mayores privaciones, aun cuando tuviera que soportar las mayores fatigas para buscar el dinero, quiero edificar una iglesia, y cuando oiga tocar sus campanas recordaré la gracia que Dios me ha hecho y mi alma se elevará hasta El rebotando de gratitud.

—Quiera Dios que podamos vencer en la inevitable guerra con los turcos —dijo Zagloba.

—El Señor sabe lo que le es más grato —replicó el pequeño caballero—; si quiere que le edifique una iglesia, me preservará de todo peligro; pero si en sus divinos designios está escrito que prefiere mi sangre, estoy dispuesto a derramarla por mi patria.

Con la salud recobró Basia su buen humor. Dos semanas después dio orden, una tarde, de abrir un poquito la puerta de la habitación, y cuando todos los oficiales se hubieron reunido en la sala contigua, les gritó con su voz argentina:

—¡Buenas tardes, señores! ¡Por esta vez no me enterraréis!

—¡Gracias sean dadas al Altísimo! —respondieron todos en coro.

—*Szastie dla tebià ad Boga dorogaià moià* (1) —exclamó Pan Motovidlo, que sentía por Basia una ternura paternal y que hablaba en ruso en los momentos de grandes emociones.

—¿Quién lo habría creído, señores, cuando marché? —añadió la joven.

—Afortunadamente todo ha concluido bien —replicaron los oficiales, que le hablaban a través de la puerta entreabierta.

—Pan Zagloba me ha motejado siempre porque tenía más afición al sable que a la rueca. ¡De bastante me hubiera servido una rueca en aquella ocasión! Decidme, ¿no me he portado como un caballerito?

—¡Un ángel no hubiera podido hacer más!

Pan Zagloba interrumpió la conversación cerrando la puerta, porque temía que Basia se agitase demasiado.

Ella hubiese querido seguir charlando, especialmente para oír algunas alabanzas a su bravura. Ahora que el peligro había pasado y sólo quedaba el recuerdo, la joven estaba orgullosa de sus aventuras y pretendía absolutamente que todos elogiasen su valor extraordinario.

La alegría que experimentaban todos en Hreptyoff por su curación turbábala el pensamiento de la traición de Azya y la suerte que había cabido al viejo Pan Novoveski, a/su hija Eva, a Pan Boski y a Zosia. Todos andaban inquietos y tristes y Basia no menos que los demás.

Los horrores de Rashkoff eran ya conocidos con todos sus espantosos pormenores no sólo en Hreptyoff sino en Kamenyets y más lejos aún.

Algunos días antes Pan Myslishevski había llegado a Hreptyoff y, a despecho de la traición de Azya, de Kricynski y de Adurovich, no había perdido la esperanza de atraer al servicio del reino a los demás capitanes.

Después de Myslishevski llegó Pan Bogush y se tuvieron noticias directas de Mohiloff, Yampol y Rashkoff.

Pan Gorzenski era tartamudo y por consiguiente mal orador, pero un soldado experto y valiente y no se había dejado engañar.

Había interceptado las órdenes corridas por Azya a sus tártaros, a quienes atacó de improviso con la infantería, matando a una parte y haciendo prisioneros a los demás.

También había enviado un mensaje a Yampol, de manera que Rashkoff fue la única víctima de la traición.

Pan Miguel recibió una carta de Pan Byaloglovski en la que hablaba, entre otras cosas, de Pan Adán, que servía a sus órdenes y que por entonces estaba rebajado del servicio a causa del inmenso dolor que le había postrado de un modo indecible.

«Su padre ha muerto, su hermana ha sido entregada como esclava a Adurovich por Azya, quien se ha reservado para sí a Zosia, la prometida del pobre joven.»

Así escribía Pan Byaloglovski, añadiendo:

«Para ellas no hay salvación posible aun cuando se presentase ocasión de rescatarlas. Todo esto nos lo ha referido un tártaro que se dislocó un hombro al pasar un río y a quien hicimos prisionero.

»Azya, Kricynski y Adurovich se han dirigido a Adrianópolis. Novoveski se consume con el deseo de echarles mano: jura que se ha de apoderar de Azya a toda costa, aunque tuviese que buscarlo en medio del campamento del sultán, para tomar horrible venganza.

¹() Gloria a Dios, querida hija.

Yo trato de contenerlo diciéndole que Azya vendrá aquí pronto porque la guerra es segura y más seguro aún que las hordas formarán la vanguardia.

»Dios nos asista, porque vendrán contra nosotros todas las fuerzas de Turquía, a las cuales sólo podemos oponer un manípulo de las nuestras.

»Todas nuestras esperanzas se fundan en el castillo de Kamenyets que, a Dios gracias, está suficientemente provisto de vituallas y municiones.

»En Adrianópolis es ya primavera y aquí se acerca también el buen tiempo. Me voy a Yampol porque Rashkoff no es ya más que un montón de cenizas.»

El pequeño caballero había recibido ya otros informes idénticos que provenían directamente del capitán general; pero la carta de Pan Byaloglovski le produjo hondísima impresión porque venía de la frontera del reino y los confirmaban plenamente. Por lo demás, él no temía la guerra sino por Basia.

Aquel mismo día recibieron un refuerzo inesperado de huéspedes queridos.

Hacia el anochecer llegaron los Kettlin sin ningún aviso previo.

La alegría y la sorpresa de su inesperada venida a Hreptyoff fueron indescriptibles; y no menor fue el júbilo de los recién llegados al saber que Basia estaba convaleciente ya de su enfermedad.

Krysia se precipitó a la alcoba y las alegres exclamaciones que se oyeron en el instante de abrazarse las dos amigas anunciaron al pequeño caballero el contento inmenso que experimentaba Basia al ver a su antigua compañera.

Kettlin y Miguel se apretaron en estrecho y larga abrazo, que interrumpían de vez en cuando para contemplarse mejor y volver a abrazarse.

—¡Por Dios verdadero que no estaría más contento si me hubiesen hecho mariscal que lo estoy de verte! —decía el pequeño caballero—. Pero, ¿qué es lo que te ha traído por este país?

—El capitán general me ha honrado nombrándome comandante de la artillería de Yamenyets —repuso Kettlin—, y ahora me dirijo allá con mi mujer. He sabido todas tus desgracias en el camino y he venido sin perder un minuto.

Kettlin quiso que lo informasen nuevamente de todo, y cuando Miguel y Zagloba le hubieron referido, alternativamente, todos los pormenores, levantó los ojos y las manos al cielo maravillándose del valor y de la perseverancia de Basia.

Pan Miguel a su vez rogó que le contase cuanto había hecho en el largo período de tiempo que no se habían visto.

Después de su casamiento, los Kettlin habían vivido en sus posesiones de Curlandia, y su felicidad era tan grande que ni aun en el cielo creían pudieran gozarla mayor.

Al casarse con Krysia, Kettlin estaba perfectamente convencido de que se unía a un *ser superior*, y todavía no había cambiado de opinión.

—¿Y ese *ser superior* no ha pasado por uno de esos trances que sobrevienen a los simples mortales que son de su sexo? —le preguntó Zagloba sonriendo con cierta ironía.

Kettlin comprendió y dijo:

—Dios me ha dado un hijo y ahora me parece que...

—Ya lo he notado —interrumpió Zagloba—. Aquí, por el contrario, todo permanece en el *statu quo ante*.

Y al decir esto miró a Pan Miguel, cuyos labios temblaron.

La conversación fue interrumpida por Krysia, que apareció en el umbral de la puerta diciendo:

—Basia quiere que paséis a verla.

Todos entraron juntos en la habitación de la convaleciente.

Kettlin besó las manos de Basia y Miguel las de Krysia por segunda vez; después se miraron todos con curiosidad, como se hace ordinariamente en casos semejantes entre personas que no se han visto desde hace mucho tiempo.

Kettlin no había cambiado; sólo se había cortado los cabellos, que llevaba antes muy largos, lo que le hacía parecer más joven.

Krysia, en cambio, había transformado notablemente, por lo menos en relación con el tiempo transcurrido. No era ya tan esbelta y flexible como antes, y estaba pálida por lo que resaltaba el ligero vello que le cubría el labio superior; pero conservaba sus magníficos ojos, de largas pestañas, y el mismo aspecto sereno y digno. Sus rasgos, antes tan bellos, habían perdido su delicadeza y su regularidad; y aunque esta pérdida era quizá momentánea, no pudo por menos de decirse, comparándola con Basia:

—¿Cómo pude enamorarme de ella, cuando estaban juntas? ¿Dónde tenía yo los ojos?

Basia, en cambio, pareció a Kettlin más bella que antes, y realmente lo estaba con su ricito sobre la frente y el color de su tez que, habiendo perdido, con la enfermedad, su carmín, semejaba el del pétalo de una rosa blanca. En aquel momento la alegría animaba su carita y le latían ligeramente las naricillas. Parecía aún más joven y, a primera vista, hubiérase dicho que la esposa de Kettlin contaba diez años más que ella. Pero su belleza no producía en el sensible Kettlin otra impresión que la de hacerle pensar con mayor ternura en su mujer, ante la que se creía culpable por haber admirado a otra.

Las dos mujeres se refirieron todo lo que había ocurrido desde su separación; y sentados todos en torno del lecho de Basia, comenzaron a recordar los tiempos pasados; pero, al hablar de la temporada pasada en casa de Kettlin que había sido muy agradable y dejado un recuerdo muy grato, el marido de Krysia se apresuró a dar otro giro a la conversación.

—No os he dicho —añadió de pronto—, que al venir nos hemos detenido en casa de Pan Juan, que nos ha tenido dos semanas tratándonos a cuerpo de rey.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo están? —le preguntó Zagloba—. ¿Los encontraréis a todos en casa?

—Sí; Pan Juan había vuelto por una temporada con sus tres hijos mayores, que sirven en la caballería.

—No he visto a Pan Juan ni a su familia desde la fecha de tu matrimonio —dijo Miguel a Kettlin.

—Todos ansían volver a veros —repuso éste dirigiéndose especialmente a Zagloba.

—Y yo de verlos a ellos —replicó el anciano—. Pero, ¿qué queréis?, cuando estoy aquí siento añoranza por ellos, y cuando me encuentro a su lado estoy inconsolable por mi pequeño *haiduk*. ¡Esta es la vida! Si el viento no sopla en una oreja sopla en la otra. La suerte de un hombre sólo es mísera, porque si tuviese hijos no amaría a extraños.

—No podríais amar a vuestros propios hijos más de lo que nos amáis a nosotros —dijo Basia.

Al oír estas palabras Zagloba experimentó tal placer que sus tristes pensamientos se desvanecieron y reapareció más alegre su buen humor.

—He sido verdaderamente un tonto de capirote cuando estaba en casa de Kettlin —dijo—, porque conquisté a Basia y a Krysia para vosotros dos y no pensé en mí, cuando aún era tiempo.

Y volviéndose a las jóvenes añadió:

—Confesad que ambas os habríais enamorado de mí y que la una o la otra, me habrían preferido a Kettlin o a Miguel.

—Eso por sabido se calla —respondió vivamente Basia.

—También me habría preferido la mujer de Pan Juan, si en aquellos tiempos hubiera yo pensado en amores —prosiguió Zagloba—, y habría tenido hoy una mujer seria y no

una de vuestro temple que rompe la cabeza a los tártaros. ¿Cómo está aquella buena señora?

—Muy bien, pero algo agitada porque dos de sus hijos, los medianos, han huido del colegio de Lukov para entrar en el ejército. Esto no ha afligido demasiado a Pan Juan, pero una madre es una madre.

—¿Tiene muchos hijos?

—Doce varones, y ahora ha empezado a venir el bello sexo —contestó Kettlin.

—Sobre esa casa hay una bendición especial de Dios —exclamó Zagloba—. Figuraos que las mujeres de los alrededores que son estériles creen que la mujer de Pan Juan está bendecida por Dios, y algunas le han pedido prestado un vestido. Y, ¿lo creéis?, han tenido hijos.

Todos se quedaron admirados y guardaron silencio por algunos segundos, hasta que Pan Miguel, dijo, de pronto, a su mujer:

—¿Has oído, Basia?

—¿Quieres callarte, Miguel?

Pero Miguel no quería callarse, porque le pasaban en aquel instante muchas ideas por la cabeza, y se puso a decir con aparente indiferencia, como se si tratase de un asunto insignificante:

—Como hay Dios que me agradecería muchísimo hacer una visita a Pan Juan y a su mujer. Él se encontrará ahora, probablemente, con el capitán general, pero ella es una mujer muy hacendosa y se habrá quedado en casa. La primavera está próxima —añadió volviéndose a Krysia—, y hará muy buen tiempo. Aún es muy pronto para Basia, no me opondría a que marchara allá dentro de algunos días. Pan Zagloba podría acompañarla y yo, si hubiera aquí tranquilidad, iría a veros después.

—¡Es una idea magnífica! —exclamó el viejo hidalgo.

—¿Qué os parece? —preguntó Pan Miguel a Krysia estudiando su fisonomía.

—La idea no me desagrada —contestó ésta con su calma acostumbrada—; pero no puedo adherirme a ella; porque deseo permanecer con mi marido en Kamenyets y no quiero separarme de él ni un instante.

—¿Qué decís? —exclamó admirado el pequeño caballero—. ¿Queréis permanecer en una fortaleza que será sitiada por un enemigo que no conoce la moderación ni la piedad? Si se tratase de una guerra con un enemigo civilizado, menos mal; pero sin duda no sabéis lo que es la cautividad entre los turcos o los tártaros.

—Y, sin embargo, no puedo abandonarlo.

—¡Kettlin! —gritó Miguel fuera de sí—. ¿Es posible que te dejes imponer de ese modo? Reflexiona sobre lo que haces.

—Hemos celebrado un largo consejo de guerra y de él no ha salido otra solución que la que acabas de oír.

—Nuestro hijo está en Kamenyets con una señora parienta mía. Además, ¿quién os asegura que Kamenyets será sitiada por los turcos? Dios es muy poderoso y no engañará nuestra confianza en Él, y como he jurado a mi marido que estaré a su lado hasta la muerte, no le dejaré.

Pan Miguel se quedó algo confuso porque no suponía tal valor en Krysia, y Basia, que desde el principio había comprendido a qué tendía su marido con el proyectado viaje a casa de Pan Juan, se reía maliciosamente. Al fin le dijo:

—¿Has oído, Miguel?

—Basia, ¿te quieres callar? —exclamó el pequeño caballero dirigiendo miradas desesperadas a Zagloba, como si de él dependiera la salvación; pero el traidor se puso en pie de improviso y dijo:

—Voy a mandaros traer un refrigerio, porque no sólo de conversación vive el hombre —y se marchó de la estancia.

Pan Miguel lo siguió apresuradamente y lo detuvo.

—Y bien, ¿qué hacemos? —le preguntó Zagloba.

—Eso es lo que yo te pregunto: ¿qué hacemos? —replicó Volodiovski.

—¡Así la coja una bala de cañón a la mujer de Kettlin! —exclamó el anciano—. ¿Cómo es posible que el mundo no reviente si lo gobiernan las mujeres?

—¿No podría sugerirme algo...?

—¿Y qué quieres que te sugiera yo si no te atreves a hacer nada, porque tienes miedo a tu mujer? ¡Anda y que el albéitar te ponga herraduras! ¡eso es lo que mereces!

Los Kettlin permanecieron en Hreptyoff tres semanas. Antes de su partida, intentó Basia levantarse de la cama, pero se convenció de que aún no podía servirse de sus piernas.

Había recobrado la salud antes que las fuerzas.

El médico le prohibió moverse del lecho hasta que las hubiese recuperado por completo.

Entretanto había llegado la primavera. Un viento tibio que soplabá del mar Negro arrastró el velo de nubes que obscurecía el cielo.

De cuando en cuando aquellas nubes dejaban caer a su paso una abundante lluvia que junta con la nieve y el hielo disuelto formaban pequeñas lagunas en la estepa.

Desde lo alto de las rocas se precipitaba el agua en torrentes, los barrancos se transformaban en ríos, y todas aquellas aguas corrían hacia el Dniester, produciendo un ruido ensordecedor, como otros tantos hijos que corren gozosos al seno de su madre.

Un rayo de sol brillaba a intervalos entre las nubes y fajas de verde hierba comenzaba a brotar del terreno húmedo; las ramas de los árboles aparecían recubiertas de yemas y el sol difundía un calor vivificador.

Era la vuelta de la primavera, mas para aquellas desgraciadas regiones traía el luto y no la alegría, la muerte y no la vida.

Algunos días después de la partida de Kettlin, Volodiovski recibió el siguiente informe de Pan Myslishevski:

«En las llanuras de Kuchunkaury la concentración de las tropas aumenta de día en día. El sultán ha enviado grandes cantidades de dinero a Crimea. El khan se pone en movimiento con cincuenta mil hombres para unirse a Doroshenko. Apenas se sequen los torrentes avanzarán todos juntos por el camino de Kuchman. ¡Que Dios proteja al reino!»

Pan Miguel envió en seguida a su ayudante al capitán general con estas noticias, pero él no se movió de Hreptyoff.

En primer lugar, no podía abandonar su campamento sin orden de Pan Sobieski, y además conocía de muchos años las artimañas y maniobras de los tártaros y sabía que no se moverían tan pronto.

En todo caso había tiempo suficiente, y aun cuando no lo hubiese, a Volodiovski no le habría desagradado el tropezar con alguna horda a quien dejar perenne y nada grato recuerdo.

Era un soldado de cuerpo entero, un soldado de profesión y la proximidad de la guerra excitaba en él la sed de sangre del enemigo y al mismo tiempo le dejaba sereno e impassible.

Pan Zagloba estaba menos tranquilo, a pesar de haber afrontado tantos peligros en el curso de su larga vida.

En presencia del enemigo recobraba todo su valor, pero las primeras noticias de una guerra próxima le turbaban siempre profundamente.

Después que el pequeño caballero le hubo expuesto sus ideas, Zagloba se tranquilizó y hasta comenzó a burlarse del Oriente y a amenazarlo.

—Cuando entran en guerra dos naciones cristianas —dijo—, Nuestro Señor Jesucristo está apenado y todos los Santos se rascan la cabeza indecisos, porque cuando el amo está inquieto no andan muy tranquilos los que le rodean; pero el que derrota a los turcos hace saltar de alegría a todos los moradores del cielo.

—Así debe ser —replicó Miguel—; pero las fuerzas de Turquía son inmensas, mientras que nuestras tropas cabrían en tu puño.

—Sin embargo, no han de conquistar el reino. Las fuerzas de Carlos Gustavo, ¿no eran acaso más importantes? En aquel tiempo teníamos guerra con los pueblos del Norte, con los cosacos, con Rakotski y con el Elector; y ahora, ¿dónde están todos esos? Fueron rechazados con el hierro y con el fuego.

—Es verdad. Personalmente no temo la guerra, por el contrario, me digo que debo distinguirme por alguna acción especial para demostrar a Jesús y a la Virgen mi gratitud por la salvación de Basia; pero me inquieta el pensar que este país puede caer en poder de los infieles, junto con el castillo de Kamenyets. ¡Considera cuántas iglesias serían profanadas y cuánta opresión tendrían que sufrir los cristianos!

—Lo importante es que Yamenyets resista —añadió Zagloba—. ¿No te parece, Miguel, que resistirá?

—Creo que el estarosta de la Podolia no ha abastecido el castillo lo suficiente y que los habitantes, creyéndose seguros, no han tomado las medidas que hacen al caso. Kettlin me ha dicho que los regimientos del obispo de Trebitski vinieron con contingentes escasísimos; pero, con la ayuda de Dios, que nos asistió en Zbaraj, protegidos por mezquinas trincheras contra numerosas fuerzas, resistiremos también ahora porque Kamenyets es un nido de águilas.

Tanto el pequeño caballero como Zagloba estaban, empero, muy preocupados por la suerte futura de Kamenyets; para ellos era una cuestión personal que tenía íntima relación con Basia, pues en caso de una rendición tendría ésta que participar de la suerte de los demás habitantes.

De pronto Zagloba se dio una palmada en la frente y exclamó:

—¡Por el amor de Dios! ¿por qué nos preocupamos tanto? ¿Por qué hemos de ir a Kamenyets? ¿No es mejor para ti estar al lado del capitán general y combatir con el enemigo en campo abierto? En tal caso Basia no podrá seguirte y se verá obligada a buscar un refugio en cualquier parte, y mejor que en ninguna otra en casa de Pan Juan. Miguel, Dios sabe cuánto deseo combatir contra los infieles, pero por tu amor y el de Basia, renunciaré a todo para llevarla lejos de aquí.

—Te agradezco la intención —contestó Miguel—, pero es el caso que si no tengo que ir a Kamenyets, Basia no cederá; mas si el capitán general me manda allá, ¿qué hemos de hacer?

—¿Qué hemos de hacer? Espera, déjame pensar un momento... ¡Ya está!; debemos adelantarnos a la orden.

—¿De qué modo?

—Escribe en seguida a Pan Sobieski como si quisieras darle alguna noticia, y al final le dices que en vista de la próxima guerra deseas combatir en el campo raso a su lado, por el amor que le tienes. ¡Por las llagas de Cristo, es una idea sublime! Ante todo es imposible que quiera encerrar a un hombre como tú entre las murallas de una fortaleza en vez de utilizarlo en el campo de batalla; además, el capitán general agradecerá el afecto que le demuestras y querrá tenerte a su lado. Escribe, pues, Miguel, pero antes bebamos algo que nos haga entrar en calor... No, no, escribe primero la carta.

Aquel mismo día el pequeño caballero envió un mensaje al capitán general y proclamó una amnistía general en favor de los ladrones y salteadores de caminos que se alistasen en sus compañías.

Todos aceptaron entusiasmados y prometieron atraer a los que todavía infectaban el país.

Basia estaba contentísima, porque esta idea había sido suya.

Sin pérdida de tiempo se hicieron venir sastres de Ushytsa y de Kamenyets para confeccionar los uniformes, y en pocos días los bandidos, transformados en soldados, pasaron su primera revista en la explanada del fortín.

Pan Miguel estaba también satisfecho, porque creía que el capitán general le llamaría a su lado y así su mujer no estaría expuesta a los peligros de un asedio, sin dejar por eso de prestar un gran servicio a Kamenyets y al país.

Los preparativos seguían febrilmente desde hacía algunas semanas, cuando llegó una tarde un mensajero con una carta de Pan Sobieski, que escribía lo siguiente:

«Querido Volodiovski: Como me mandáis todas las noticias importantes con tanta diligencia, no podéis imaginaros cuán agradecidos estamos la patria y yo a vuestro celo.

»La guerra es segura. Me consta que en Kuchunkaury se reconcentrarán trescientos mil hombres, comprendidas las hordas. El sultán concede gran importancia a Kamenyets. Los tártaros traidores indicarán a los turcos todos los caminos y los informarán con exactitud sobre el plano de la fortaleza.

»Espero que Dios pondrá en vuestras manos a esa serpiente que es hijo de Tugay-Bey, o en las de Novoveski, a cuyo dolor me asocio de todo corazón.

»En lo concerniente a vuestro deseo de combatir a mi lado, Dios sabe que os lo concedería de muy buena gana, pero me es imposible.

»El estarosta de la Podolia me ha prestado grandes servicios en la época de la elección, y deseo mandarle mis mejores soldados, porque la fortaleza de Kamenyets me interesa sobremanera. Por este motivo quiero mandaros allá.

»Kettlin es un valiente guerrero, pero no tan conocido como vos. Los habitantes sólo confiarán en vos, y aunque el mando lo tenga otro, los soldados os obedecerán ciegamente.

»El servicio de Kamenyets es peligroso, pero estamos acostumbrados a que nos mojen esos chaparrones de los que tanto huyen los demás.

»Para nosotros, la gloria y el renombre entre nuestros compatriotas agradecidos es una recompensa suficiente; lo principal es la patria, a cuya salvación no tengo necesidad de excitaros.»

—Esta carta, que fue leída en una reunión de oficiales, produjo enorme impresión, porque todos preferían combatir en el campo de batalla a defender un castillo.

—¿Qué te parece, Miguel? —le preguntó Zagloba.

Volodiovski, que no tardó en reponerse de tan desagradable sorpresa, le respondió con voz tranquila, como si no hubiese sido sacrificado en sus esperanzas:

—¡Qué me ha de parecer! Iremos a Kamenyets.

Y después de un instante de silencio añadió:

—Sí, queridos camaradas, iremos a Kamenyets, pero no nos rendiremos.

—Antes que rendirnos moriremos todos —respondieron en coro los oficiales.

Zagloba callaba; pero echando una mirada a los circunstantes y viendo que esperaban que él hablase, resopló dos o tres veces y al fin exclamó:

—¡Que el diablo cargue conmigo! ¡Me voy con vosotros!

XXXIX

Cuando la tierra se hubo secado y la hierba florecía en la estepa, el khan en persona se dirigió con cincuenta mil hombres de las hordas de Astrakán y de la Crimea para socorrer a Doroshenko y los insurrectos.

El khan y todos sus parientes, juntos con los *murzas* y los beyes más poderosos, llevaban capitanes que les había dado el sultán y no se dirigían contra el reino con el solo fin de hacer botín o de capturar algunos hombres como era costumbre, sino para llevar la guerra santa proclamada contra el reino de Polonia, y contra la Cristiandad.

Otra tormenta más terrible se condensaba en Adrianópolis, y para resistir el ímpetu no había más que la fortaleza de Kamenyets, porque el resto del reino estaba tan abierto como la estepa o semejante a un hombre enfermo incapaz de defenderse y hasta de tenerse en pie.

Las guerras sostenidas en lo pasado contra los suecos, los prusianos, los moscovitas, los cosacos y los húngaros, aunque victoriosas al fin, habían agotado las fuerzas del reino, y ahora se encontraba excesivamente debilitado a causa de las disensiones entre los partidos dominantes en la Corte, de la incapacidad del rey, del feudalismo de los magistrados y por la ceguedad de una aristocracia frívola, y por el peligro de una guerra civil. En vano les avisaba el gran Sobieski que iban en derecho a la ruina... nadie quería creer en la guerra.

Se descuidaban los medios de defensa; en el tesoro no había dinero y el capitán general no tenía tropas. Contra una potencia a la que difícilmente habría podido resistir una confederación de todas las naciones cristianas, el capitán general no podía oponer en campo abierto sino algunos millares de hombres.

En el Oriente, en donde todos los pueblos sujetos a él eran como una espada en la mano, las cosas seguían otro camino más expeditivo. Desde el momento en que se desplegaba el gran estandarte del Profeta y era izado sobre la puerta del Serrallo y sobre la torre de Serasquierato el estandarte de las tres colas de caballo; desde el momento en que el ulema había proclamado la guerra santa, la mitad del Asia y la parte septentrional de África se ponían inmediatamente en movimiento.

El khan había acampado en esta primavera en la llanura de Kuchunkaury, en donde se reunían fuerzas tan poderosas como no se habían visto iguales desde hacía mucho tiempo.

Había allí legiones de hombres armados; cien mil caballos relinchaban en el campo; centenares de miles de bueyes, de carneros y de camellos pacían junto a las yeguas.

Se habría creído que por orden de Dios un ángel hubiese empujado ante sí a todos aquellos pueblos para que fueran a aquel país en que el sol es más pálido y las llanuras están en el invierno cubiertas de nieve.

Se pusieron en camino con sus rebaños formando una muchedumbre innumerable de guerreros blancos, morenos y negros. ¡Cuántos idiomas diversos se oían hablar a aquellas gentes! ¡cuántos trajes diferentes centelleaban al sol primaveral! Sólo cuando los almuédanos llamaban a la oración, todos aquellos hombres que hablaban en diferentes idiomas volvían sus rostros hacia el oriente e invocaban a una voz a Alá.

Había más esclavos en la corte del sultán que tropas del reino.

Detrás del ejército y de las bandas de voluntarios marchaba una multitud de mercaderes, que vendían objetos de toda clase, y sus carros iban juntos con los de las tropas.

Dos bajáes de tres colas tenían él encargo de suministrar víveres a toda aquella gente, y había abundancia de todo.

El ejército llevaba doscientos cañones y entre éstos diez de asedio tan enormes que ningún rey cristiano los poseía iguales. Las tiendas del campamento ocupaban un espacio tan vasto que en comparación suya Adrianópolis no parecía una gran ciudad. Las tiendas del sultán, resplandecientes de seda purpúrea y de tisú recamado de oro, parecían una ciudad aparte.

Sobre la plaza, frente a las tiendas del sultán, que con su lujo y su esplendor recordaban los cuentos de *Las mil y una noches*, se veían otras tiendas menos espléndidas que aquéllas, pero iguales a las del rey... esto es, las del visir, del ulema, del bajá de Anatolia y de Kara-Mustafá, del joven *kaimakán* ⁽¹⁾, sobre el cual se fijaban los ojos del sultán y de todos como en el futuro «Sol de la guerra».

Delante de las tiendas del sultán se veía la guardia santa de infantería, con turbantes tan altos que los hombres que los llevaban parecían gigantes. Estaban armados con jabalinas y con sables cortos y encorvados. Sus tiendas de lienzo estaban cercanas a la residencia del soberano. Un poco más allá se veía el campamento de los formidables genizaros armados de lanzas y de mosquetes. Estas tropas formaban el nervio del ejército turco. Ni el emperador de Alemania ni el rey de Francia podían jactarse de poseer una infantería igual por el número ni por la disciplina.

En las guerras contra Polonia, los pueblos del sultán, en general más enervados, no podían medirse con la caballería polaca, en igualdad de fuerzas, pues vencían solamente por la enorme preponderancia del número.

Pero los genizaros osaban afrontar hasta los escuadrones de la caballería regular e infundían el espanto y el terror en todo el mundo cristiano, y el sultán mismo temía a veces a estos pretorianos y al comandante que estaba a la cabeza de aquellos «corderos», que era uno de los dignatarios más poderosos del Divan.

Después de los genizaros venían los spahis, después las tropas regulares, y al fin toda la turba que seguía siempre al ejército. Toda aquella tropa había estado acampada algunos meses cerca de Constantinopla esperando que las fuerzas del ejército fuesen completadas por las legiones que venían de las partes más remotas del Imperio turco y aguardando que el sol primaveral alumbrase la marcha hacia Polonia, después de haber absorbido la humedad de la tierra.

El sultán, que había venido al campamento hacia fines de abril, no se puso en marcha en seguida. Esperó más de un mes, hasta que los torrentes se hubiesen secado del todo. La *kaseka*, esto es, su mujer favorita, le acompañaba en aquella expedición circundada de una corte que parecía un sueño del Paraíso.

Un carro dorado transportaba a la sultana bajo un palio de seda purpúrea; la seguían otros carros y camellos blancos de Siria, cubiertos de gualdrapas de seda roja también, que llevaban los bagajes, y las bayaderas alegraban con sus cantos y sus danzas el camino.

Cuando se sentía cansada del viaje y bajaba sus largos párpados, mecían su sueño los dulces sonos de melodiosos instrumentos. Durante el calor del día, le hacían aire con abanicos de plumas de avestruz y de pavo real; preciosos perfumes de Oriente se quemaban ante su tienda en pebeteros de la India. Estaba, en una palabra, rodeada de todos los esplendores, de todas las maravillas. La seguía un cortejo, cuyos trajes centelleaban de oro, de plata y de piedras preciosas.

Los pueblos se postraban ante ella no osando levantar sus miradas a su rostro, que solamente el sultán tenía derecho a contemplar, y su séquito les parecía una visión sobrenatural que Alá mismo había mandado a la tierra desde la región de los sueños.

El sol calentaba cada día más la tierra y al fin llegó el estío. Una tarde se enarboló la bandera sobre la tienda del sultán y un cañonazo dio la señal al ejército y al pueblo de que había sonado la hora de marchar contra la Polonia.

¹() Generalísimo.

Se redobló el gran tambor sagrado y poco después, empezaron a tronar el aire todos los demás del ejército.

Se oían los sonidos agudos de las flautas campestres y los gritos de los piadosos derviches medio desnudos, mientras que todo aquel río de gente se ponía en camino durante la noche para evitar los calores del mediodía. Pero el ejército no debía ponerse en marcha hasta algunas horas más tarde, después de la primera señal.

Delante iba el *tabor* ⁽¹⁾, después los bagajes encargados del aprovisionamiento de las tropas, luego una legión entera de obreros que debían plantar las tiendas, a continuación los rebaños de bestias de carga, detrás los animales destinados al matadero.

La marcha debía durar seis horas cada noche y estaba dispuesta de modo que las tropas, cuando llegaban al lugar del alto, encontrasen siempre preparado el rancho y levantadas las tiendas.

Cuando llegó el momento en que debía moverse el ejército, el sultán montó a caballo y subió a una altura desde donde su mirada podía abrazar todas sus fuerzas y regocijarse a su vista.

Con él se encontraban el visir, el ulema y el joven *kaimakán* Kara Mustafá («el sol naciente de la guerra») y una compañía de la guardia. La noche era tranquila y serena, la luna brillaba en el cielo y el sultán podía contemplar sus legiones hasta donde alcanzaba su vista, porque la columna tenía muchas millas de longitud.

Se regocijaba en su corazón y mientras hacía pasar entre sus dedos las cuentas de sándalo oloroso de su rosario, levantaba los ojos al cielo para dar gracias a Alá que lo había hecho señor y amo de tal ejército y de tales pueblos. Después, cuando la cabeza no estuvo ya al alcance de sus miradas, interrumpió su oración y volviéndose a Kara Mustafá le dijo:

—Se me había olvidado. ¿Quién manda en la vanguardia?

—Luz del paraíso —replicó Kara Mustafá—, en la vanguardia marchan los tártaros de Lituania, mandados por ese perro de Azya, el hijo de Tugay-Bey.

Azya, después de una larga detención en la llanura de Kuchunkaury, marchaba, en efecto, con todos sus tártaros hacia las fronteras de Polonia, a la cabeza del ejército turco.

Después del terrible golpe que habían recibido del reino sus proyectos, y su persona de la valiente mano de Basia, una estrella propia parecía resplandecer de nuevo sobre él.

Ante todo ya estaba completamente curado. Su belleza, a decir verdad, había desaparecido para siempre; había perdido un ojo, y su nariz se había quedado aplastada; el rostro, en conjunto, era monstruoso y horrible. Pero precisamente el terror que infundía su aspecto había aumentado el prestigio que tenía sobre los tártaros de la Dobruscha.

Su llegada alborotó a todo el campamento; sus hechos, repetidos de boca en boca, parecieron heroicos a todos. Decían que había inducido a los tártaros de la Lituania a pasarse al servicio del sultán; que había engañado a los polacos como ninguno había sabido hacerlo hasta entonces, y que había incendiado muchas ciudades a lo largo de las orillas del Dniester pasando al filo de la espada todas las guarniciones y recogiendo un botín enorme.

El visir mismo quiso conocerlo y también el joven *kaimakán* Kara Mustafá, gran admirador del valor militar. Lo interrogaron sobre las fuerzas del reino, sobre el capitán general y sobre Kamenyets, quedando bastante satisfechos de sus respuestas, de las cuales dedujeron que la guerra no representaría grandes dificultades y que concluiría con la victoria del sultán, con la derrota de los polacos y con el título de Ghazi ⁽²⁾ para ellos.

El visir y el *kaimakdn* lo colmaron de regalos y todos los capitanes traidores, que en otro tiempo habían servido al reino, y después se habían pasado al servicio del sultán, se

¹() El convoy de carros.

²() Conquistador.

pusieron sin resistencia alguna bajo las órdenes del hijo de Tugay-Bey, honrando en él al príncipe y al descendiente de un gran guerrero.

A despecho de todo esto, Azya tenía su alma llena de veneno.

Ante todo su orgullo se sentía ofendido por el hecho que sus tártaros, comparados con los turcos y especialmente con los genízaros, se podían considerar como perros respecto a los cazadores.

El mismo gozaba de mucha consideración, pero los tártaros en general eran mirados por los turcos como una caballería muy mediana.

Los turcos se servían de ellos y quizá los temían, pero en el fondo los despreciaban.

Azya lo advirtió y pretendió mantener separados de los demás sus tártaros de la Lituania, excitando con esto la indignación de los *murzas* de la Dobruscha y de Belgrad.

Además, habiéndose criado en país cristiano, en medio de los nobles y de los caballeros, no podía habituarse a los usos y a las costumbres de los orientales.

Pero más que otra cosa le torturaba el recuerdo de Basia.

No le irritaba el haber sido herido y precipitado de su caballo por aquella mano débil, él, que en Bratslav, en Kalnik y en otras cien batallas había combatido como un león contra los caudillos más formidables; se irritaba pensando en su vergüenza y en su desgracia.

Amaba a aquella mujer sobre todas las cosas y la quería tener en su tienda, para contemplarla, para pegarle y para besarla.

Si le hubiese sido dado elegir o ser sultán y gobernar a medio mundo o estrecharla entre sus brazos, sentir latir su corazón contra el suyo, respirar su aliento, devorar sus labios con los suyos, no habría vacilado un minuto.

Quería que fuese suya porque la amaba; la deseaba, porque la odiaba.

Cuando recordaba en su tienda que había besado una vez sus ojos después del combate de Azba-Bey, y que en, Rashkoff la había tenido algunos instantes entre sus brazos, le invadía un deseo loco de poseerla. No sabía qué había sido de ella ni si había perecido durante su fuga.

A veces encontraba un consuelo en el pensamiento de que hubiese muerto, y, otras veces se decía para sí:

—Mejor habría sido que no hubiese intentado robarla, que no hubiese incendiado Rashkoff, que me hubiese quedado en Hreptyoff en donde al menos podría contemplarla.

En lugar suyo sólo encontraba en su tienda a Zosia Boski, cuya vida transcurría en el desempeño de los servicios más bajos, en medio de las vergüenzas y del continuo terror que le inspiraba Azya, en cuyo corazón no había ni siquiera un átomo de piedad para ella.

Le atormentaba porque no era Basia. Y, sin embargo, ella poseía la dulzura y encanto de una flor campestre además de la belleza y de la juventud.

Azya saciaba sus deseos en aquella belleza, pero después la rechazaba a patadas, o azotaba su cándido cuerpo con un látigo.

Infierno mayor que aquel en que la pobre Zosia vivía no podía existir, porque ni siquiera le era permitido alimentar la esperanza de salir nunca de él.

Su vida había empezado a florecer en Rashkoff bajo el hálito vivificador del amor de Pan Adán.

Lo amaba con toda su alma por su noble carácter, por su persona, y ahora se veía convertida en esclava y en la concubina de aquel monstruo tuerto.

Debía enjugar sus pies, temblar como un perro al que han pegado y contener sus lágrimas.

Sabía que para ella no había salvación posible, porque si por un milagro hubiese podido librarse de aquellas horribles manos, no era ya la Zosia pura e inmaculada de otro tiempo, no podía corresponder a un amor honesto.

La infeliz tenía que abreviar sus caballos y sus camellos, ir a buscar al río agua para sus abluciones, llevar la leña para el fuego, preparar sus alimentos y disponer las pieles que le servían de cama.

En otras partes del campamento turco, las mujeres no salían de las tiendas, puesto que así lo exigían la costumbre y el temor que se tenía a los genízaros; pero el campo de los tártaros de la Lituania estaba separado de los demás y no acostumbraban esconder sus mujeres como los turcos, porque habiendo vivido mucho tiempo en el reino, habían contraído otros hábitos.

A pesar de sus grandes fatigas, la desventurada Zosia experimentaba una especie de alivio cuando iba a buscar leña o a dar de beber a los caballos y camellos al río. En la tienda no se atrevía a llorar, pero en medio del campo daba rienda suelta a sus lágrimas. Una vez que venía con un haz de leña, encontró a su madre que Azya había dado a Hamlim. Madre e hija se abrazaron con tanta efusión, que tuvieron que arrancarlas a viva fuerza a la una y a la otra y aunque Azya azotase luego despiadadamente a Zosia, llenándola de golpes hasta en la cabeza, la niña recordaba el placer de aquel encuentro.

Otra vez, mientras estaba lavando unos pañuelos, vio a poca distancia a Eva que llenaba unos cubos de agua.

Caminaba ésta encorvada bajo el grandísimo peso; su rostro había cambiado mucho, pero sus facciones, aunque las llevaba medio ocultas por un velo, le recordaron las de Pan Adán y entonces experimentó una opresión tal en el corazón que por algunos instantes perdió el sentido. Vuelta en sí, no se atrevió siquiera a dirigirle la palabra.

El miedo oprimía y dominaba los sentimientos de Zosia y no pensaba en otra cosa que en no ser golpeada.

En su puesto, Basia hubiera matado a Azya con su puñal el primer día, sin pensar en lo que sucedería después; pero Zosia era tímida como una niña y no tan atrevida como ella.

Sentada bajo la tienda, no separaba los ojos de él y seguía todos sus movimientos tratando de adivinar sus deseos.

Cuando veía lucir sus dientes blancos, bajo su bigote, se sentía presa de un espanto indecible; abrazaba sus rodillas y gritaba como un niño asustado:

—¡No me pegues, Azya, perdóname, no me pegues!

Él no la perdonaba nunca, no sólo porque ella no era Basia, sino también porque había sido la prometida de Novoveski.

Azya tenía un alma intrépida, pero pensando en las cuentas que había de saldar entre él y Pan Adán, y recordando la estatura gigantesca de éste, una sombra de temor invadía al joven tártaro.

La guerra estaba próxima y era muy probable que se encontrasen.

Azya no podía evitar aquel encuentro, y como la vista de Zosia le recordaba aquel que había sido su prometido esposo, se vengaba en ella como si quisiera librarse de sus temores azotándola.

Al fin dio el sultán orden a su ejército para que se pusiera en marcha.

Azya estaba destinado con sus hombres a la vanguardia y tras él venía la legión de los tártaros de la Dobruscha y de Belgrad, seguidos de todo el ejército turco y toda aquella turba de gente que iba a la cola.

La marcha seguía sin incidentes, pero en las lagunas que hay al pie de los Balkanes el carro dorado de la *kaseka* se atascó de tal modo en el fango, que doce bueyes no pudieron sacarlo de allí.

—Este es un mal agüero, ¡oh señor! y para todo el ejército —dijo el *mufti* al sultán.

—Un mal agüero —repitieron los derviches, medio locos de terror.

El sultán se asustó y decidió alejar a todas las mujeres, sin exceptuar a la bellísima *kaseka*. Aquellos soldados que no sabían adonde mandar sus prisioneras y que amándolas, no querían venderlas a unos extranjeros, prefirieron matarlas.

Los mercaderes que acompañaban al ejército compraron muchas de ellas para volver a venderlas en el mercado de Estambul.

Azya puso inmediatamente en venta a Zosia, sin vacilar un momento, y un viejo mercader de Estambul la compró para su hijo.

Era un buen hombre que, conmovido por sus lágrimas, compró también a su madre.

En Estambul la suerte de Zosia era mucho mejor, sin dejar de ser degradante.

Su nuevo amo la amaba y al cabo de algunos meses la hizo esposa suya.

Varios hombres y también algunas mujeres volvieron a su patria después de muchos años de cautividad. Hubo una persona que por todos los medios y a toda costa había hecho buscar a Zosia, pero sin resultado.

Zosia no volvió a ver jamás su país natal ni los rostros de los seres a quienes había amado.

Hasta su muerte vivió en un harén.

XL

Algún tiempo después que los turcos salieron de Adrianópolis, había principiado un gran movimiento en los campamentos situados a las orillas del Dniester.

Llegaban continuamente a Hreptyoff, que era el campamento más próximo a Kamenyets, correos mandados por el capitán general, transmitiendo órdenes que el pequeño caballero cumplía si le tocaban directamente o transmitía a quien correspondía por medio de personas fieles.

En cumplimiento de estas órdenes, la guarnición de Hreptyoff había disminuido mucho.

Pan Motovidlo se unió a Hanenko con los pocos cosacos que habían permanecido fieles al reino, luchaba cuanto podía contra Doroshenko y las hordas de la Crimea que se le habían unido.

Pan Mushalski, Pan Smitko, Pan Nyenashinyets y Pan Hromyka había sido enviados con sus escuadrones a Bogot; Pan Bogush recibió la orden de permanecer en Mohiloff hasta ver a los turcos con sus propios ojos.

El capitán general mandó a buscar con toda premura al famoso capitán Rushchyts, que sólo podría ser comparado con Volodiovski, el cual se había dirigido a las estepas con un puñado de hombres, y había desaparecido como si hubiese caído en el mar.

Solamente pasado algún tiempo se llegó a saber que un espíritu maligno hostigaba sin cesar la banda de Doroshenko y las hordas, arrebatándoles cada día los soldados aislados y hasta medias compañías.

Se sospechó que debía ser Pan Rushchyts, y en efecto era él.

Como se había decidido previamente, Pan Miguel debía dirigirse a Kamenyets.

Sobieski quería que Kamenyets defendiese al reino para que el reino pudiese defender a todo el mundo cristiano.

Esto habría sido posible si el reino hubiese sido fuerte y no estuviera exhausto; pero el capitán general no tenía siquiera bastantes fuerzas para hacer un reconocimiento y mucho menos para sostener la guerra. Si mandaba algunos soldados a un puesto, se quedaba otro puesto indefenso, portillo por donde podía penetrar una horda devastadora. En medio de estas terribles dificultades, en general, escribió la siguiente carta a Pan Miguel:

«Quería mandaros a Rashkoff, muy cerca del enemigo, pero me he abstenido porque las hordas, al atravesar el río por los siete vados, ocuparán el país y no podrías llegar a Kamenyets, en donde vuestra presencia es necesaria.

»Hasta ayer no recordé a Novoveski, que es muy audaz y buen soldado y que me podrá servir eficazmente, porque un hombre desesperado está dispuesto a todo. Enviadle la poca caballería ligera de que os podáis desprender, ordenándole que se interne todo lo posible; que aparezca por aquí y por allá donde menos se le espere; que haga cundir el rumor de que poseéis grandes fuerzas y, sobre todo, encargadle que no se deje capturar.

»Ya se sabe de qué parte vendrán los enemigos, pero si él ve algo nuevo os avisará inmediatamente y vos me lo comunicaréis en seguida, lo mismo que a Kamenyets.

»Que Novoveski salga sin pérdida de tiempo y vos estad dispuesto para dirigiros a Kamenyets.»

Pan Adán llegó tres días después.

A sus amigos les costó trabajo reconocerlo, y pensaron que Pan Byaloglovski tenía razón al decir que estaba hecho un esqueleto. Ya no era aquel joven ingenioso y alegre de otros tiempos que iba al encuentro del enemigo con la sonrisa en los labios. Se había puesto pálido y flaco hasta el punto que parecía más alto de lo que era en realidad. Cuando miraba, entornaba los ojos como si no pudiese ya reconocer a sus amigos, y era preciso repetirle una cosa dos o tres veces, porque no podía comprenderla a la primera. Parecía que corría por sus venas el dolor en vez de sangre.

Evidentemente se esforzaba en no pensar en ciertas cosas para no volverse loco.

En aquellas regiones no se encontraba ni un hombre ni una familia que no hubiesen sido heridos por los infieles y no tuviesen motivo para llorar a un amigo, a un pariente o a una persona querida; pero sobre Pan Adán había caído un diluvio de desventuras. En un solo día había perdido a su padre, a su hermana y a su prometida, a quien amaba con toda el alma.

La vista de Basia volvió a abrirle heridas, al parecer cicatrizadas, pues al besarle la mano comenzó a gemir como uno que sufre terriblemente. Cuando Basia apretó entre sus manos la cabeza de Novoveski, con la ternura de una madre, Adán cayó a sus pies y por mucho tiempo no pudo volver a levantarse.

Sólo cuando oyó qué clase de misión le confiaba el capitán general se reanimó y un relámpago de alegría siniestra brilló en su rostro.

—Haré eso y más aún.

—¡Y si encontráis a aquel perro rabioso hacedlo desollar vivo! —dijo Zagloba.

Pan Adán no contestó en seguida; miró solamente a Zagloba con una expresión salvaje en los ojos.

Después se acercó al viejo noble como si quisiera precipitarse sobre él.

—¿Creéis —le dijo— que yo haya hecho alguna vez mal a ese hombre?

—No lo creo, no lo creo —exclamó Zagloba resguardándose tras el pequeño caballero—. Os acompañaría yo también, pero me atormenta la gota.

—Novoveski, ¿cuándo queréis marchar? —le preguntó Miguel.

—Esta tarde.

—Os daré cien dragones y yo me quedaré aquí con otros tantos y la infantería. Vamos ahora a la explanada.

Salieron para dar las órdenes necesarias. Zydor Lusnia los aguardaba delante de la puerta.

Se había esparcido la noticia de la expedición, y el sargento, en su nombre y en el de su compañía, suplicó al pequeño caballero que los dejase marchar con Pan Adán.

—¡Cómo! ¿quieres dejarme? —le preguntó Volodiovski con sorpresa.

—Pan Coronel, hemos hecho voto de vengarnos de aquel hijo de perro, si cayese entre nuestras manos —replicó el sargento.

—Lo sé; ya me ha hablado de eso Zagloba —dijo el pequeño caballero.

Lusnia se volvió a Novoveski.

—Pan comandante —le dijo—, si lo cogemos, lo confiaréis a mi custodia.

Sobre el rostro de aquel hombre se pintaba un odio tan feroz, que Novoveski se inclinó hacia Pan Miguel, diciéndole con insistencia:

—Ruego a Vuestra Gracia que me dé este hombre.

Pan Miguel no tenía intención de negárselo y se lo concedió. La tarde misma, al obscurecer, Novoveski salió de Hreptyoff a la cabeza de cien dragones.

Marcharon por el camino directo; pasaron por Mohiloff, llegando hasta Yampol. Allí estacionaba la guarnición que antes ocupaba Rashkoff. De esta guarnición se unieron a Novoveski otros doscientos hombres por orden del capitán general, en tanto que el resto debía dirigirse a Mohiloff en donde se encontraba Pan Bogush.

Pan Adán prosiguió su marcha hacia Rashkoff, que no era ya sino un montón de cenizas y cuyos contornos estaban completamente devastados. Los pocos habitantes que habían sobrevivido a la matanza huyeron antes que estallase la tormenta.

Eran ya los primeros días de mayo y las hordas de la Drobuscha podían invadir aquellas regiones de un momento a otro.

En el camino el sargento Lusnia continuaba haciendo proyectos e ideando estratagemas que, según su opinión, debía Pan Adán poner en práctica, para engañar al enemigo.

Por lo pronto exponía sus ideas a los soldados, que lo escuchaban con atención.

—Pues yo no creo que de este modo nos podamos apoderar de ese perro —se atrevió a decir un soldado, aludiendo a Azya.

—¡Cállate! —le intimó el sargento—. ¿Quién formará la vanguardia, sino los tártaros de la Lituania?

Las previsiones del sargento debían cumplirse. Cuando llegaron a Rashkoff, Pan Adán dejó reposar a sus hombres. Todos creían que se dirigían a las cavernas de que estaban llenos los alrededores, y que permanecerían ocultos en ellas hasta que se presentase la vanguardia enemiga, pero al día siguiente el joven comandante dio orden a sus soldados de ponerse en marcha y los llevó más allá de Rashkoff.

—¿Dónde vamos? —preguntó el sargento para sí.

Se iban acercando al río y no tardaron en llegar al vado llamado «de la sangre», en donde se detuvieron. Pan Adán, sin decir una palabra, hizo entrar a su caballo en el agua, dirigiéndose hacia la opuesta orilla.

Los soldados se miraban unos a otros son sorpresa.

—¿Qué quiere decir esto? ¿Vamos contra los turcos? —se preguntaban a media voz.

Pero estando habituados a la férrea disciplina de los campamentos, siguieron a su comandante sin vacilar, admirándose de que siendo sólo trescientos hombres fuesen a hacer frente a un ejército enemigo tan fuerte y tan poderoso que hacía temblar al mundo.

El agua chapoteaba por todas partes bajo los cascos de los caballos, y los soldados cesaron de asombrarse, teniendo ahora que procurar que no se mojasen los sacos que contenían sus víveres y el forraje para sus monturas.

Sólo cuando llegaron a la orilla opuesta principiaron de nuevo a mirarse susurrando:

—¡Por el amor de Dios, estamos en Moldavia!

Todos se volvieron a mirar al Dniester, que centelleaba bajo los rayos del sol, cerca del horizonte, como una ancha cinta de oro.

El sargento Lusnia pensó que Novoveski se había vuelto loco, peor el comandante era a quien correspondía el mando y a él le tocaba obedecer y no hizo la más pequeña observación. Entretanto los caballos salidos del agua, comenzaron a resoplar y los soldados, muy alegres, lo consideraron como una buena señal.

—¡Adelante! —mandó Pan Adán.

El escuadrón se puso de nuevo en movimiento, dirigiéndose contra aquellos centenares de miles de hombres de diversas naciones que estaban acampados en Kuchunkaury.

Pan Adán confiaba que su expedición asombraría en el primer momento al enemigo y se obtendrían mayores ventajas de las que se habría prometido el capitán general; pero lo que sobre todo esperaba, era que fuese desastrosa para Azya y su gente.

Como los turcos no conocían bien el reino, Pan Adán estaba seguro de que los tártaros formarían la vanguardia del ejército enemigo y fundaba precisamente sobre esta circunstancia todas sus esperanzas.

El alma destrozada del joven Novoveski no deseaba por ahora otra cosa que atacar de improviso a Azya, librando quizá de su cautividad a su hermana y a Zosia, realizar su venganza sobre el traidor y morir después.

Bajo la influencia de estos pensamientos y esperanzas, Pan Adán se despertó de aquella especie de letargo en que había caído y todas sus facultades se reanimaron.

Su marcha por caminos desconocidos, los arduos trabajos, el viento helado de las estepas y los peligros de su empresa temeraria, le devolvieron la salud y las fuerzas de los tiempos pasados.

El espíritu recobraba de nuevo su imperio sobre aquel hombre agobiado bajo el peso de la desgracia.

Después de pasar el Dniester, los polacos marcharon por un camino transversal hacia el Pruth.

Durante el día se ocultaban a menudo en las selvas y en los cañaverales y de noche hacían marchas forzadas.

Evitaban los polacos, y sólo alguna vez se detenían en algunas aldeas pequeñas, compuestas de cuatro o cinco caseríos, cuyos habitantes les suministraban víveres sin saber siquiera con qué clase de tropas se las habían.

El destacamento continuó su marcha hacia el Sur.

Ahora encontraban más a menudo rebaños, exclusivamente custodiados por tártaros.

Durante dos semanas de marcha Pan Adán sorprendió y destrozó a tres bandas de pastores, compuestas de algunas decenas de hombres.

Los dragones se apropiaban siempre los gabanes de piel de oveja de aquellos hombres y después de limpiarlos se los ponían para disfrazarse de pastores.

Transcurrida otra semana todos andaban vestidos como los tártaros, conservando solamente sus propias armas.

De cerca era fácil reconocerlos por sus bigotes rubios y por sus ojos azules, pero a cierta distancia hasta un hombre experto se habría dejado engañar, tanto más fácilmente cuanto que los ganados que habían robado y que necesitaban para alimentarse, marchaban delante de ellos.

Al acercarse al Pruth continuaron por la orilla izquierda, y al llegar a una bifurcación del río Pan Adán se detuvo largo tiempo, ante todo para dejar descansar a sus hombres y a sus caballos, y en segundo lugar para esperar en un sitio bien resguardado la vanguardia de la horda.

La espera fue larga, pero al fin llegó el momento tan esperado por Pan Adán.

Una mañana, el destacamento observó grandes bandadas de pájaros que cubrían el cielo y la tierra. Al verlos, los dragones se miraron unos a otros y las palabras «¡ya vienen, ya vienen!» corrieron de boca en boca.

Los rostros se animaron en un momento; los ojos brillaban, pero en toda aquella animación no había el menor síntoma de alarma.

Por muy poco tiempo Pan Adán estuvo incierto, si debía salir a su encuentro por caminos ocultos o si debía esperarlos en los bosques.

Escogió este último partido, porque era más fácil atacar de improviso manteniéndose escondido en la espesura.

Pasó un día y una noche.

No sólo bandadas de pájaros sino otros muchos animales reunidos en manadas venían a refugiarse en la selva.

Al fin, a la mañana siguiente, apareció el enemigo.

Al sur del bosque se extendía una pradera vastísima y ondulada, cuyos límites se perdían en el lejano horizonte, por aquella pradera se dejó ver el enemigo, acercándose rápidamente a la selva.

Los dragones espiaban a través de los árboles todos los movimientos de aquella obscura masa que desaparecía a veces tras una ondulación del terreno para volver a aparecer de nuevo.

El sargento Lusnia, que tenía una vista penetrante, se acercó a Novoveski y le dijo:

—Pan comandante, no son más que algunos hombres que llevan los caballos al pasto.

Pan Adán se convenció de que el sargento tenía razón y un relámpago de alegría brilló en sus ojos.

—Eso quiere decir que el lugar de su parada está a cuatro o cinco millas de distancia del bosque —murmuró.

—Precisamente —respondió Lusnia—. Marchan de noche, sin duda, y descansan de día durante las horas del calor y llevan al pasto a los caballos hasta que el sol se pone.

—¿Hay muchos hombres junto a los caballos?

—Unos mil quinientos son los animales, pero sus guardianes no creo que pasen de veinticinco. Como están en su país, no tienen temor alguno.

—¿Puedes reconocer a esos hombres?

—Están lejos, pero puedo asegurar que son tártaros de la Lituania. No se nos escaparán.

—Sí, no se escaparán —respondió Pan Adán y dejó oír un grito semejante al del halcón.

Inmediatamente parte de los dragones se internaron en la espesura del bosque. Allí se dividieron en dos destacamentos, uno de los cuales se perdió en una garganta estrechísima para caer por la espalda sobre los tártaros, mientras que el otro formó un semicírculo y aguardó escondido.

Todo se ejecutó tan silenciosamente, que el oído más fino no habría percibido rumor alguno.

La hierba, que era muy alta, amortiguaba el ruido producido por los cascos de los caballos, y éstos, como si hubiesen comprendido que el éxito del ataque dependía del silencio, no dejaban oír ni el más débil relincho.

Las yeguas de los tártaros llegaron en esto delante del bosque y se diseminaron por el prado. Sus guardianes bajaron de las sillas, dejando pacer también a sus cabalgaduras, y penetraron en la selva en busca de un sitio fresco donde acostarse y descansar.

Poco después encendieron una gran hoguera, y cuando las ramas secas se hubieron convertido en brasas, uno de ellos puso a asar sobre ellas dos cuartos de potro, sentándose a alguna distancia para no sentir demasiado el calor del fuego.

En la selva reinaba el más profundo silencio; sólo se oía de vez en cuando el grito del halcón.

El olor de carne chamuscada les anunció al fin que el asado estaba a punto. Dos hombres lo sacaron del fuego y lo llevaron a la sombra de un árbol frondoso; los demás se sentaron en círculo cortando pedazos de carne con sus cuchillos y comiéndoselos con avidez bestial.

Cuando hubieron concluido de comer, bebieron leche agria de yegua, que llevaban en odres de piel, hasta que se sintieron satisfechos. Continuaron charlando todavía, pero al poco rato sus cuerpos se rindieron al sueño y sus párpados se cerraron.

Era la hora del mediodía y el calor sofocaba. Los tártaros dormían, pero con un sueño agitado. De vez en cuando alguno suspiraba profundamente y otro entreabría los párpados por un instante murmurando:

—¡Alá!

De improviso se oyó en la linde del bosque un ruido sordo pero terrible, como el estertor de un hombre estrangulado a quien no se le deja tiempo para gritar. Sea que los guardianes tuvieran el oído muy fino o que el instinto les hubiese avisado del peligro, o bien que el hálito frío de la muerte pasara sobre ellos, el hecho es que se despertaron y se pusieron en pie en un momento.

—¿Qué pasa? —se preguntaban unos a otros.

Pero en aquel instante los dragones se precipitaron sobre ellos y los rodearon.

Quedaron tan aterrados, que hasta los gritos de espanto expiraron en sus gargantas. Entablóse una lucha encarnizada, durante la cual se oía sólo la respiración anhelante de los combatientes o algún gemido o algún grito, pero pocos instantes después reinó un profundo silencio.

—¿Cuántos están vivos aún? —preguntó una voz entre los asaltantes.

—Cinco, Pan comandante.

—Examinad los caídos uno a uno; no me dejéis vivo ninguno. Plantadles un cuchillo en la garganta y llevad a los prisioneros junto al fuego.

La orden fue ejecutada en un santiamén. Los cadáveres fueron clavados con sus propios cuchillos sobre el terreno herboso; los prisioneros, después de haber sido atados sólidamente por los pies, fueron llevados junto al fuego que Lusnia había removido de modo que las brasas que estaban ocultas bajo la ceniza apareciesen en la superficie.

Los prisioneros miraban al sargento y sus preparativos con ojos extraviados. Entre ellos había tres tártaros de Hreptyoff que conocían a Lusnia.

Este, que les conocía también, les dijo:

—Ánimo, camaradas, ahora vais a cantar claro, si no queréis ir al otro mundo con las plantas de los pies asadas. Como sois antiguos conocidos no escatimaré el fuego.

Y al decir esto echó en la hoguera algunas ramas secas que ardieron en el acto.

Entonces se acercó Pan Adán y comenzó a interrogar a los prisioneros.

De sus respuestas puso en claro que todo cuanto él había imaginado era exacto. Los tártaros de la Lituania formaban la vanguardia de las hordas y de todo el ejército del sultán. Iban mandados por Azya, el hijo de Tugay-Bey, y marchaban de noche, como las demás fuerzas, para evitar el calor, y de día descansaban, mandando sus rebaños y caballos al pasto.

No rodeaban de centinelas el campamento suponiendo que los enemigos no les atacarían cerca del Dniester, y mucho menos en las márgenes del Pruth. Caminaban, por lo tanto, sin precaución alguna, con sus caballos, bueyes y camellos que llevaban las tiendas de los oficiales.

La tienda del *murza* Azya se podía distinguir fácilmente entre las demás, porque en lo alto tenía un gran penacho de plumas y todas las banderas de las compañías se enarbolaban en torno de ella durante las paradas. El campamento distaba de allí cuatro o cinco millas; se hallaban reunidos unos dos mil hombres, pero de éstos tenían que ir algunos a engrosar la horda de Belgrad, que marchaba cinco millas más atrás.

Pan Adán les interrogó también sobre el camino más corto para llegar al campamento, sobre la situación de las tiendas, y finalmente les habló de lo que más le afligía el corazón.

—¿Hay mujeres en la tienda del *murza* Azya?

Los tártaros temblaban por sus vidas. Los que habían servido en Hreptyoff sabían que Pan Adán era hermano de una de aquéllas y el prometido de la otra, y presentían la ira furibunda que había de apoderarse de él cuando supiera la verdad.

Aquella ira recaería desde luego sobre ellos y vacilaban, por lo tanto, en lo que habían de decir; pero Lusnia dijo sin preámbulos:

—Pan comandante, calentaremos un poquito las plantas de los pies a estos hijos de perro y ya veréis cómo hablarán.

—¡Mételes los pies en la hoguera! —contestó Pan Adán.

—¡Tened compasión! —gritó Eliashevich, un tártaro viejo de Hreptyoff—, Os diré todo lo que he visto con mis ojos.

Lusnia miró al comandante para leer en su rostro si debía ejecutar la orden a pesar de esta súplica, pero Pan Adán sacudió la cabeza en señal de denegación y dijo al tártaro:

—Dime qué has visto.

—Señores, nosotros somos inocentes —repuso el tártaro—; no hemos hecho más de lo que nos han ordenado. El *murza* dio vuestra hermana a Pan Adurovich, que la guardaba en su tienda. Yo la veía en Kuchunkaury cuando iba a sacar agua con los cubos y le he ayudado a llevarlos muchas veces, porque eran pesados.

—¡Maldición! —murmuró Pan Adán entre dientes.

—La otra joven la guardó para sí nuestro *murza*. No la veíamos con frecuencia, pero la oíamos gritar, porque la azotaba con varas, aunque se servía de ella como concubina.

Los labios de Pan Adán comenzaron a temblar convulsos.

—¿En dónde están ahora? —preguntó con voz apenas inteligible.

—Vendidas para Estambul.

—¿A quién?

—Eso no lo sabe ni siquiera el *murza*. Llegó una orden del sultán de alejar a todas las mujeres del campamento y todos vendieron las suyas en los bazares y el *murza* hizo lo propio.

Después de estas explicaciones dadas junto a la hoguera, sobrevino un largo silencio. De vez en cuando una ráfaga de viento sacudía las ramas de los árboles. El calor se hizo sofocante y en el horizonte aparecieron negros nubarrones.

Pan Adán paseaba arriba y abajo como un lobo, sin darse cuenta de, lo que hacía. Al fin cayó al suelo; clavaba las uñas en la tierra, se mordía las manos y por último le acometió un estertor terrible, como si estuviese moribundo. Una horrible convulsión agitaba su cuerpo gigantesco y así permaneció por algunas horas, mientras que sus dragones lo miraban de lejos y ni Lusnia osaba acercársele.

Suponiendo éste que el comandante no se había de irritar demasiado si daba muerte a los pocos tártaros prisioneros, el tremendo sargento, impulsado únicamente por su instinto bárbaro y cruel, les tapó la boca con un puñado de hierba para que no pudiesen gritar, y los hizo degollar como borregos. Sólo perdonó a Eliashevich, creyendo que aún le sería útil como guía.

Entretanto había avanzado la tarde y se acercaba la noche. Las nubes que aparecieron en el horizonte cubrían ya todo el cielo y se hacían a cada momento más densas y oscuras, descendiendo hasta el suelo.

El viento soplaba a veces con violencia, doblando los árboles y levantando montones de hojas que arrastraba muy lejos; después se calmaba, como si se lo hubiese tragado la tierra.

Durante estos intervalos de silencio se oía en el seno de aquellos nubarrones un rumor sordo y amenazador como si una legión de rayos se forjase en su oscuro centro, gruñendo sordamente antes que su cólera se desencadenase y fulminase la tierra horrorizada.

—¡Se prepara una tormenta! —susurraban entre sí los dragones.

Y, en efecto, la tormenta estaba muy cercana y el cielo se ponía a cada instante más negro.

Empezaban a caer las primeras gotas de lluvia sobre la hierba reseca cuando Pan Adán, alzándose de pronto, se puso al frente de sus dragones gritándoles con voz estentórea:

—¡A caballo!

Habían transcurrido apenas cinco minutos después de esta orden, cuando se puso en marcha a la cabeza de los ciento cincuenta hombres. A la salida del bosque se les unió la otra mitad de los dragones que habían permanecido en aquel puesto para impedir que algunos de los pastores pudiesen escapar y llevar la alarma al campamento enemigo.

Los dragones rodearon al ganado cogido dando gritos salvajes a uso de los tártaros y empujando delante de ellos a los caballos y bueyes espantados.

El sargento llevaba a Eliashevich ligado con una cuerda y le gritaba al oído tratando de dominar con su voz el tableteo de los truenos:

—Guíanos bien, hijo de perro, o si no te planto un cuchillo en la garganta.

Las nubes, entretanto, estaban tan bajas, que casi tocaban la tierra.

De improviso reventaron como una explosión súbita y se desencadenó un huracán formidable; un relámpago deslumbrador, seguido de un trueno espantoso, disipó por un momento las tinieblas.

Un olor de azufre se esparció en la atmósfera y después de otros dos o tres relámpagos todo volvió a quedar envuelto en la oscuridad.

Un pánico terrible se apoderó del ganado.

Los caballos montados por los dragones, impulsados por sus gritos salvajes, corrían alocados con la nariz dilatada, las crines ondeantes, tocando apenas el suelo con sus cascos.

El fragor de los truenos no cesaba un instante; silbaba el viento, y los caballos, furiosos, galopaban en medio del huracán y de las tinieblas, a la luz de los relámpagos y al retumbar de los truenos que hacían temblar la tierra, como una legión de vampiros o de espíritus malignos arrastrados en infernal cabalgata a través de la estepa salvaje.

Devoraban el espacio; no necesitaban guía porque los caballos mismos corrían en dirección al campo de los tártaros, al cual se acercaban con espantosa velocidad.

Los relámpagos surcaban el cielo en todas direcciones transformándolo en un mar de fuego, y a su resplandor pudieron divisar las primeras tiendas del enemigo.

Entonces se abrieron las cataratas del cielo y empezó a caer a torrentes el agua, tan espesa que no se veía nada a dos pasos de distancia.

Pocos instantes más y el rebaño y los dragones estarían en medio del campamento, pero precisamente delante de las tiendas el rebaño se dividió en dos partes y continuaron galopando presa del mayor pánico.

Trescientos pechos emitieron en aquel momento un alarido espantoso, trescientos sables brillaron al resplandor de los relámpagos y los dragones se precipitaron sobre las tiendas.

Antes que comenzase a llover, los tártaros habían visto acercarse los caballos a la luz de los relámpagos, pero ninguno podía sospechar por qué terribles guardianes iban guiados.

La sorpresa y el miedo les invadió, se asombraron que el ganado se precipitase directamente sobre las tiendas y se pusieron a gritar para alejarlo.

Azya mismo levantó la cortina de la entrada de su tienda y se asomó, a pesar de la lluvia, con la ira pintada en su rostro monstruoso.

Mas en aquel momento se dividió el ganado y entre la lluvia y los vapores que se levantaban de la tierra aparecieron ciertas formas negras, mucho más numerosas de lo que debían ser los guardianes, y se oyó grito de:

—¡Matad! ¡Matad!

No había tiempo para nada, ni aun para adivinar lo que había ocurrido, ni para asustarse siquiera.

El huracán de los hombres era más espantoso y formidable aún que el de los elementos.

Antes que el hijo de Tugay-Bey hubiese podido dar un paso para retirarse bajo su tienda, una fuerza que hubiera podido creerse sobrehumana lo levantó del suelo. De pronto se sintió oprimido por un abrazo tan estrecho y tan terrible que sus huesos crujieron y se le rompieron dos costillas. Como a través de la niebla vio una cara que él hubiera preferido fuera la de Satanás y perdió los sentidos.

Entretanto continuaba el ataque o por mejor decir la matanza.

El huracán, la obscuridad, el número desconocido de los asaltantes, la rapidez del ataque y el haberse desbandado los caballos por el campamento, eran todas causas que aterraron a los tártaros, los cuales ni siquiera intentaron defenderse, atolondrados como estaban por el terror que se había apoderado de todos.

No sabían a dónde huir o dónde esconderse; muchos no habían tenido tiempo de coger sus armas, otros habían sido sorprendidos en medio del sueño.

Reunidos en grupos que se empujaban y derrababan pisoteándose unos a otros, los tártaros eran arrollados por los caballos mientras que los jinetes los acuchillaban sin piedad.

Una tormenta, por impetuosa que sea, no destroza ni devasta de tal modo una selva de árboles aún tiernos; una manada de lobos voraces y hambrientos no degüella tantos corderos ni ovejas como tártaros mataron los dragones. Por un lado la sorpresa y el espanto, por otro la ira y la sed de venganza, colmaron la medida de su desgracia.

Torrentes de sangre corrían por el suelo mezclados con, la lluvia. A los tártaros les parecía que el cielo se les caía sobre las cabezas y que la tierra se hundía bajo sus pies.

Jamás había habido un ataque tan imprevisto y una derrota más terrible.

Trescientos hombres solos habían destrozado a unos dos mil de una caballería infinitamente superior.

Estaba ya muy avanzada la noche cuando Pan Adán se puso en camino para volverse con sus dragones hacia la frontera del reino. Entre él y el sargento Lusnia caminaba un caballo sobre cuyo lomo, sólidamente atado con cuerdas, iba el jefe de los tártaros de la Lituania, Azya, el hijo de Tugay-Bey, con las costillas rotas y en un estado lastimoso. Estaba vivo, pero desmayado.

La tormenta comenzaba a calmarse. El cielo estaba cubierto de nubes, entre las cuales se veía brillar aquí y allá alguna estrella que se reflejaba temblorosa en los charcos de sangre y de agua. En lontananza, hacia los confines del reino, percibiase aún el eco lejano del trueno.

XLI

Los tártaros que habían conseguido escapar llevaron la noticia del desastre a la horda de Belgrad.

Inmediatamente se enviaron correos al *Ordum i Humuyan*, esto es, al campamento del sultán, en donde la infausta nueva produjo una impresión extraordinaria.

El sultán estaba tan sorprendido que no sabía qué hacer. El gran visir y el «futuro sol de 1a guerra», el *kaimakán* Kara Mustafá, no estaban menos atónitos de aquel ataque imprevisto.

En el Consejo de guerra el sultán recibió al visir y al *kaimakán* con un aire terriblemente sombrío.

—Me habéis engañado —les dijo—. Los polacos no deben ser tan débiles cuando vienen a molestarnos en nuestros propios dominios. Me decíais que Sobieski no podía defender a Kamenyets, y, por lo contrario, a estas horas nos espera con todo el ejército.

Poco a poco, empero, los destacamentos de las hordas de Belgrad y de la Drobuscha, mandados a un reconocimiento, comprobaron que no existía un cuerpo considerable de tropas en las cercanías, ni destacamentos siquiera.

Descubrieron las huellas de unos trescientos caballos que se dirigían al Dniester, pero los tártaros recordaban demasiado la suerte que había cabido a los hombres de Azya para que intentaran perseguirlos.

El ataque fue, pues, para todo el mundo un hecho estupendo e inexplicable, pero la calma se restableció gradualmente en el *Ordum i Humuyan* y el ejército formidable del sultán continuaba avanzando como una inundación.

Entretanto, Pan Adán llegaba sano y salvo a Rashkoff con su presa viviente.

Azya había hecho todo el camino entre el joven comandante y el sargento, tendido sobre el lomo de un caballo y ligado de modo que no podía moverse. Tenía dos costillas rotas y estaba extremadamente débil porque también la herida que le había inferido Basia en la cara habíase vuelto a abrir en la breve lucha que sostuvo con Pan Adán y a causa de la posición en que se veía obligado a cabalgar con la cabeza colgando.

El terrible sargento cuidaba de que no muriese antes de llegar a Rashkoff, substrayéndose así a su venganza.

El joven tártaro, en cambio, prefería morir, pues sabía lo que le esperaba; así es que decidió no tomar ningún alimento; pero Lusnia le entreabría los apretados dientes con la hoja de un cuchillo y le obligaba a tragar vino de Moldavia, al cual habían mezclado galletas reducidas a polvo.

En los puntos de parada le echaban agua en la cara por temor de que la herida del ojo, sobre la cual se paraban las moscas, se gangrenase causando su muerte.

Pan Adán no le habló en todo el camino. Sólo una vez, al principio del viaje, al ofrecerle Azya el rescate que quisiera por su libertad, prometiéndole además la devolución de Zosia y de Eva, el joven comandante le dijo:

¡Mientes, perro! Las dos han sido vendidas por ti a un comerciante de Estambul, que las volverá a vender en el *bazar*.

Y a continuación dio orden de traer a su presencia a Eliashevich, que declaró ante su antiguo amo:

—Así es, effendi. Tú las vendiste sin saber a quién y Adurovich vendió la hermana de Pan comandante, estando encinta.

Después de estas palabras Azya creyó por un instante que Novoveski lo iba a aplastar con sus formidables puños; luego, cuando hubo perdido toda esperanza, resolvió exasperar al joven gigante para que lo matase en un arrebató de ira, ahorrándole así los

tormentos que temía. Como Novoveski cabalgaba a su lado, comenzó a jactarse cínicamente de todo lo que había hecho.

El sudor corría en gruesas gotas por el rostro pálido de Pan Adán; lo oía y no tenía fuerza para alejarse. Escuchaba con avidez; sus manos temblaban, estremecimientos nerviosos sacudían todo su cuerpo, pero a pesar de todo, consiguió dominarse y no lo mató.

Azya, entretanto, martirizaba a sus enemigos narrándoles sus hechos atroces, y se atormentaba a sí mismo, porque al hablar de Zosia y de Eva, recordaba la terrible situación en que se hallaba.

Poco antes era un hombre que vivía en el lujo, un *murza* poderoso; ahora se veía extendido sobre el lomo de un caballo, las moscas lo devoraban vivo e iba en busca de una muerte horrible.

Experimentaba un alivio cuando perdía los sentidos, rendido por el dolor de sus heridas, lo que sucedía con tanta frecuencia que Lusnia empezó a temer que no llegase vivo a la frontera.

Pero el alma malvada del tártaro no quería abandonar su maldito cuerpo.

En los últimos días de su viaje, le atacó una fiebre que le hacía caer a menudo en un sueño agitado.

Soñaba entonces que estaba aún en Hreptyoff, que sostenía guerra con Volodiovski o que se llevaba a Basia a Rashkoff o bien que la había robado y la tenía escondida en su tienda; pero al despertarse y al abrir los ojos veía la cara de Novoveski o de Lusnia y volvía en seguida a la espantosa realidad.

Había momentos en que le parecía imposible que un hombre en un estado tan miserable como el suyo pudiese ser Azya, el hijo de Tugay-Bey; imposible que su vida tan llena de acontecimientos extraordinarios, que le prometían alcanzar los más altos destinos, hubiese de concluir tan pronto y de un modo tan terrible.

De este modo se habían ido acercando a Rashkoff. Penetraron en una región peñascosa que indicaba la proximidad del Dniester.

Durante la noche Azya cayó en un estado de inconsciencia en el cual las ilusiones andaban mezcladas con la realidad.

Le parecía que había llegado, que se habían detenido, y que en torno suyo gritasen:

—¡Rashkoff! ¡Rashkoff!

Después le pareció oír el ruido de unas hachas que partían leña; luego que algunos hombres echaban agua fría sobre su cabeza, mientras otros le hacían tragar *gorzalka*. Al fin volvió en sí del todo. Sobre su cabeza se extendía un cielo estrellado; alrededor suyo lucían algunas antorchas.

—¿Ha vuelto en sí? —preguntó una voz.

—Así parece.

En el mismo instante vio el rostro de Lusnia que se inclinaba sobre él para examinarlo.

—Está bien —dijo el sargento con voz tranquila—, ha llegado tu última hora.

Azya estaba tendido boca arriba y respiraba con más libertad porque le habían atado las manos por encima de la cabeza y el pecho se dilataba más fácilmente; pero no podía mover las manos porque las tenía atadas a un palo de encina y envueltas con paja impregnada de pez.

En seguida adivinó por qué lo habían atado así, y al ver los demás preparativos comprendió que su tortura sería larga y horrible.

Estaba desnudo desde la cintura a los pies y bajando un poco la cabeza vio entre sus rodillas un palo aguzado y cuyo extremo estaba apoyado en el tronco de un árbol.

De cada uno de sus pies pendía una cuerda atada por el otro extremo a un caballo.

A la luz de las antorchas Azya podía ver la grupa de los dos caballos y a dos hombres que, al parecer, los tenían por el diestro.

El desgraciado abarcó todos estos preparativos con una sola mirada, después contempló el cielo y vio las estrellas y el disco refulgente de la luna...

—Quieren empalarme —murmuró Azya para sí, y a esta idea apretó los dientes con tanta fuerza que sus mandíbulas se contrajeron en un espasmo inconcebible.

El sudor bañó su frente y su cara se puso fría, porque desapareció de ella toda su sangre.

Después le pareció que la tierra se hundía bajo sus pies y que su cuerpo caía precipitado en un abismo sin fondo.

Por unos instantes perdió la conciencia del tiempo, del lugar y de lo que hacían con él.

El sargento abrió su boca con un cuchillo y le vertió en ella un poco de *gorzalka*.

Azya tosió y escupió parte de aquel líquido ardiente, pero tuvo que tragarse el resto.

De pronto oyó unos pasos pesados que se acercaban, y después Pan Adán llegó hasta él.

Todos los nervios del tártaro se estremecieron al verlo; no temía a Lusnia, porque lo despreciaba demasiado; pero no podía despreciar así a Pan Adán; al contrario, su aspecto lo llenaba de un terror supersticioso. En aquel supremo momento pensó para sí:

—Estoy en su poder y le temo.

Y aquella idea era tan horrible para él, que, bajo su influencia, se le erizaron los cabellos al hijo de Tugay-Bey.

—Por cuanto has hecho perecerás entre tormentos —le dijo Pan Adán.

El tártaro no respondió, pero comenzó a respirar ruidosamente.

Novoveski se alejó y reinó un silencio de algunos minutos, interrumpidos al fin por Lusnia.

—Tú te atreviste a poner la «mano sobre la señora —le dijo con voz ronca—. Ahora ella está en su casa con su marido y tú te encuentras en nuestras manos. Ha llegado tu última hora.

Con estas palabras principió la tortura de Azya.

Aquel hombre terrible supo en la hora de su muerte que su traición y su crueldad habían sido inútiles.

Si Basia hubiese perecido durante su fuga, él habría tenido al menos el consuelo de decirse que si él no la poseía, tampoco ningún otro; y aun esta esperanza, que era su único alivio, se la quitaban en aquel momento en que empezaba su suplicio.

Después de haberlo torturado con refinada crueldad, haciendo penetrar en su cuerpo la punta del palo poco a poco, lo levantaron en alto y plantaron el palo en tierra.

Entre los castigos ideados por la ferocidad de aquellos tiempos era aquél el más terrible, porque las víctimas vivían dos o tres días así empaladas.

Azya no había exhalado aún su último suspiro, pero su cabeza pendía sobre el pecho como la de un cadáver, en tanto que sus manos ligadas con la paja embreada a la rama de encina se levantaban sobre su cabeza hacia el cielo como si aquel hijo del Oriente invocase la venganza de la media luna turca sobre los ejecutores de su suplicio.

—¡A caballo! —mandó Pan Adán.

Antes de obedecer a esta orden, el sargento acercó una antorcha a las manos del tártaro, después saltó sobre la silla y todo el destacamento se dirigió a Yampol.

Entre las ruinas de Rashkoff, en medio de las tinieblas y de la soledad, Azya, el hijo de Tugay-Bey, se quedó solo carbonizándose lentamente.

XLII

Tres semanas después, a cosa del mediodía, llegaba Pan Adán a Hreptyoff.

Había hecho el viaje de Rashkoff tan despacio porque había atravesado dos o tres veces el Dniester atacando algunos campamentos junto a la orilla del río.

Las tropas del sultán habían sido informadas por éstos que se veían destacamentos polacos por todas partes y habían sido hablar de un grande ejército, que de seguro no aguardaría a que los turcos llegasen a Kamenyets para interceptar su marcha dándoles una gran batalla campal.

El sultán, a quien se le había asegurado que el reino ni siquiera podría defenderse, estaba asombrado de estas noticias.

Al mandar delante los tártaros, los valacos y las hordas del Danubio él no se daba prisa en avanzar, porque, a despecho de sus fuerzas preponderantes, temía medirse en una gran batalla contra el ejército del reino.

Pan Adán no encontró a Volodiovski en Hreptyoff, porque había seguido a Motovidlo para ayudar al estarosta de Podolia contra las hordas de la Crimea y Doroshenko.

Allí alcanzó grandes victorias añadiendo nuevos laureles a su fama.

Cuando llegó Pan Adán, Basia estaba preparándose para, marchar a Kamenyets, pues era necesario alejarse de Hreptyoff en vista de una invasión próxima.

Basia sentía mucho dejar aquel fuerte en que había sufrido mucho pero en donde había sido muy feliz, por haber vivido con su marido en medio de corazones amantes y de célebres guerreros.

Ahora se dirigía por su espontánea voluntad a Kamenyets en busca de una suerte incierta y de los peligros inherentes a un asedio, pero como era valerosa no se abandonaba al dolor y vigilaba atentamente todos los preparativos de la partida.

En esto la ayudaba Zagloba, que se mostraba experto en toda clase de faenas, y Pan Mushalski que no era solamente un arquero de primera clase sino un hombre práctico por excelencia.

Todos se alegraron de la llegada de Pan Adán, aunque el aspecto sombrío de su rostro reveló que no había conseguido librar a Eva y a la bella Zosia de la cautividad de los infieles.

Basia lloró la suerte de las dos muchachas con amargas lágrimas, porque ahora se podían contar perdidas para siempre.

No se sabía en qué manos habían caído y por tanto se había perdido toda probabilidad de rescatarlas.

Pan Zagloba lloró, lo mismo que Pan Mushalski; sólo los ojos de Pan Adán quedaron secos, porque no tenían ya lágrimas.

Cuando contó sus proezas, la matanza de los tártaros de la Lituania a poca distancia de las hordas y del ejército turco, y la captura de Azya, el infame traidor, los dos viejos hicieron resonar sus sables exclamando:

—Aquí era donde debía morir, en Hreptyoff.

—No, no era en Hreptyoff sino en Rashkoff —replicó Pan Adán—. Aquél era el lugar en donde debía sufrir la pena de sus crímenes, y el sargento ha elegido para él un género de muerte apropiado.

Y describió con todos sus pormenores el fin de Azya, horrorizando con su narración a los que lo escuchaban.

—Se sabe que Dios castiga los delitos —observó al fin Zagloba—, pero es extraño que el diablo no proteja mejor a sus fieles servidores.

Basia suspiró, levantó los ojos al cielo y después de una breve meditación añadió:

—No los protege, porque le faltan las fuerzas para luchar contra Dios.

A estas palabras siguió un breve silencio.

Pan Adán, sentado en un banquillo, tenía apoyadas las manos sobre las rodillas y fijos los ojos vítreos en el suelo.

—Debe ser un gran alivio el satisfacer su venganza —dijo Pan Mushalski.

—¿Os habéis sentido realmente mejor? —preguntó Basia al joven con una voz en que vibraba una intensa piedad.

Pan Adán no contestó inmediatamente; parecía que luchaba con sus pensamientos; al fin dijo como atontado y tan bajo que sus palabras parecían un murmullo:

—¡Por el Dios verdadero! Creía sentirme mejor después de haber castigado a aquél. Lo vi en el palo, vi arder sus manos, me decía a mí mismo que me sentía mejor; pero, ¡no era verdad! ¡no era verdad!

Al hablar de este modo, Pan Adán se oprimió la cabeza con las manos, y añadió, apretando los dientes:

—Estaba él mejor en el palo, atormentado, martirizado de mil modos; estaba mucho mejor que yo. La muerte es el único consuelo que me queda; ¡la muerte! ¡la muerte! Esta es la verdad.

El corazón valeroso de Basia se estremeció a estas palabras; y, poniendo las manos sobre la cabeza del desventurado joven, dijo:

—¡Que Dios os la dé gloriosa en Kamenyets; decís bien; la muerte es el único consuelo!

En la tarde de aquel día marcharon a Kamenyets.

Después que hubo salido del recinto, Basia continuó por mucho tiempo mirando al fortín alumbrado por los últimos rayos del sol; al fin se hizo la señal de la cruz y dijo:

—¡Dios quiera que podáis volver aquí con Pan Miguel!

Mientras hablaba así, dos lágrimas le corrían por las rosadas mejillas, y un dolor extraño oprimía todos los corazones.

Cayó la noche y las tinieblas envolvieron todo lo creado.

Los viajeros iban lentamente precedidos de los carros y de los caballos, bueyes y camellos.

En torno de la carroza de Basia marchaban, con el mosquete al hombro, aquellos bandidos que en otro tiempo estaban presos en la cárcel de Hreptyoff y a quienes Pan Miguel había transformado en soldados.

Sabían que debían la vida a Basia y marchaban orgullosos de custodiarla, dispuestos a defenderla hasta lo último, si les atacaba algún destacamento enemigo.

El camino, empero, estaba expedito, porque Pan Miguel era más previsor que todos y además amaba demasiado a su esposa para exponerla a un peligro cualquiera.

Hacia las doce del día siguiente a aquel en que habían salido de Hreptyoff, vieron las altas rocas de Kamenyets.

Al contemplar los baluartes que surgían entre aquellas rocas experimentaron un gran consuelo y una gran confianza en el porvenir, porque les parecía imposible que seres humanos pudiesen conquistar aquel nido de águilas circundado por el río.

Era un magnífico día de verano.

Las torres de las iglesias que descollaban aquí o allá entre las peñas resplandecían como otras tantas antorchas gigantescas y la paz y la alegría parecían reinar en aquella región tranquila.

—Basia —dijo Zagloba—, los infieles han tratado muchas veces de hincarle el diente a aquellos baluartes, pero siempre se los han roto. ¡Quiera Dios que se los rompan también ahora!

—Se los romperán de seguro —replicó Basia con el rostro radiante— porque Miguel estará en Kamenyets.

—Quizás mandará socorros Pan Sobieski —añadió Mushalski.

—Alabado sea Dios, las cosas no se presentan tan mal —observó la joven.

—Aun cuando se presentaran peor, lo esencial es no desanimarse. Aún no nos han devorado y no nos devorarán en tanto que no nos abandone nuestro valor —dijo Zagloba.

Bajo la influencia de estos pensamientos que los confortaban, continuaron su camino en silencio, pero de pronto Pan Adán se acercó al galope a Basia; su fisonomía, habitualmente tan triste y sombría, estaba sonriente y tranquila.

Tenía los ojos fijos en Kamenyets con una expresión de beatitud y se sonreía de continuo.

Los dos caballeros y Basia lo miraban con sorpresa porque no comprendían cómo había podido la vista de la fortaleza librar tan de improviso al pobre joven del peso que le oprimía el corazón.

—¡Alabado sea Dios! —dijo volviéndose a Basia—. Las dos están junto con el mayor Tomashevich y es bueno que estén aquí escondidas, porque en esta fortaleza los bandidos no podrán hacerles mal alguno.

—¿De quién habláis? —le preguntó Basia inquieta.

—De Zosia y de Eva.

—¡Que Dios nos asista! —exclamó Zagloba.

Pero Pan Adán continuó con el mismo tono:

—Tampoco es verdad lo que han dicho de mi padre; no es verdad que Azya lo haya matado.

—¡Se ha vuelto loco! —murmuró Pan Mushalski.

—Dejadme que me adelante —respondió Pan Adán—. Hace tanto tiempo que no las veo, que anhelo el momento de volver a abrazarlas.

Así diciendo inclinó la cabeza a un lado y a otro, clavó las espuelas en los ijares del caballo y partió a galope tendido.

Pan Mushalski hizo una señal a algunos dragones y siguió con ellos al pobre loco para no perderlo de vista.

Basia escondió el rostro entre las manos y ardientes lágrimas le cayeron a través de los dedos.

—Era bueno y corriente como el oro, pero desventuras tales son superiores a la fuerza humana —dijo—. La venganza no le ha procurado ningún consuelo a sus penas.

En Kamenyets había gran efervescencia de preparativos para la defensa.

Sobre los baluartes, en el castillo viejo y cerca de las puertas, especialmente de la puerta de los Romanos, los habitantes de la ciudad pertenecientes a diversos pueblos trabajaban bajo la dirección de sus jefes, entre los cuales el polaco Tomashevich ocupaba el primer puesto, por estar dotado de un gran ardimiento y de una extraña habilidad en el manejo del cañón.

Al mismo tiempo, polacos, rusos, armenios, judíos y zíngaros trabajaban con palas y picos rivalizando entre sí en actividad.

Oficiales de diversos regimientos vigilaban estos trabajos en que los ciudadanos coadyuvaban con los soldados.

Hasta los nobles trabajaban olvidando que Dios había creado sus manos únicamente para esgrimir el sable, dejando los otros oficios mezquinos al pueblo. Pan Hernyetski, el portaestandarte de Podolia, daba buen ejemplo, llevando piedra en una carretilla.

Entre la multitud de los trabajadores iban los dominicos, los jesuitas, los frailes de San Francisco y los carmelitas bendiciendo los esfuerzos de todos.

Las mujeres llevaban la comida, repartiendo licores entre los trabajadores.

Hermosas armenias, mujeres e hijas de los ricos mercaderes y judías de Karvaseri, de Ivanyets y de Dunaigrod atraían las miradas de los soldados.

La entrada de Basia distrajo a toda esta muchedumbre que la hizo objeto de su mayor admiración.

Había muchas mujeres hermosas y linajudas en Kamenyets, pero ninguna cuyo marido hubiese conquistado más gloria.

Habían oído decir que Panni Volodiovski era una mujer animosa, que no temía habitar en un campamento en medio de gente semisalvaje, que acompañaba a su marido en sus expediciones guerreras, que había sido capaz de herir mortalmente a un tártaro que quería robarla, y que había escapado de sus manos.

Por todas estas circunstancias, gozaba de gran fama, y los que no la conocían se habían imaginado que sería una especie de gigante que rompía con los dedos la herradura de un caballo.

¿Cuál no fue su asombro al ver su rostro delicado semejante al de un niño?

—¿Es ésa Panni Volodiovski o su hija? —preguntaba la gente.

—Es ella misma —respondían los que la conocían excitando la admiración y el asombro de todos, mujeres, ciudadanos, sacerdotes, frailes, o soldados.

Con no mayor maravilla contemplaba el pueblo la invencible guarnición de Hreptyoff, aquellos famosos dragones en medio de los cuales cabalgaba Pan Adán, tranquilo y sonriente dejando vagar aquí y allí sus ojos extraviados y aquellas terribles caras de los ladrones convertidos en soldados.

Siguiendo las instrucciones de Pan Miguel, Basia se dirigió con todo su séquito al convento de las monjas dominicas, recientemente edificado.

El pequeño caballero tenía una casa en Kamenyets; pero estando el monasterio situado en una posición en donde difícilmente podían llegar las balas de cañón, prefirió aquel sitio para su querida esposa, en la seguridad de que sería bien recibida, siendo él uno de los bienhechores del convento.

La abadesa, en efecto, llamada la madre Victoria, que era hija de Esteban Pototski, recibió a Basia con los brazos abiertos.

Tras el abrazo de la abadesa, recibió otro más agradable, el de su tía Makovetski, a quien no había visto en muchos años.

Tía y sobrina lloraron de alegría, porque ésta había sido siempre la predilecta de aquélla, y después, apenas enjugadas las lágrimas de ternura, entraron Krysia y Kettlin y volvió a renovarse la escena de los abrazos y de las lágrimas.

Las monjas y muchas nobles damas, entre ellas Panni Bogush, rodearon a Basia para saludarla y esta última para pedirle noticias de su marido.

Otras le preguntaban qué pensaba de la invasión de los turcos, y si creía que Kamenyets podría resistir.

Basia notaba con placer que la consideraban como persona que tenía cierta autoridad militar, y esperaban oír algún consuelo de sus labios; así es que no vaciló en mostrarse tranquila, confirmando que debían tener plena confianza en su marido, que llegaría dentro de dos días para encargarse de la defensa de la fortaleza.

Las palabras de Basia tranquilizaron a todas aquellas señoras, y especialmente la promesa de la próxima llegada de Pan Miguel.

El nombre de éste era tan respetado, que los oficiales de la guarnición se creyeron en el deber de ir a saludar a su esposa; pero Basia recibió solamente al mayor Kvasibrotski, que mandaba la infantería del obispo de Cracovia, al secretario Revuski y a Kettlin, mandando decir a los demás que estaba cansada del viaje.

Debía además cuidar del desventurado Pan Adán, que se había caído del caballo precisamente delante del convento y había sido transportado sin sentido a una celda.

Hizo venir en seguida al mismo médico que la había curado, quien declaró que se había presentado una conmoción cerebral, y dio muy pocas esperanzas de su curación.

Basia, Pan Mushalski y Zagloba, se pasaron hablando casi toda la tarde sobre la suerte del infeliz caballero a quien todos querían tanto.

La conversación fue interrumpida por un siervo que les anunció que había en la ciudad gran ruido y que se agolpaba el pueblo para asistir a la entrada del estarosta de Podolia, que hacia su ingreso seguido de numerosa escolta.

—A él le corresponde el mando —dijo Zagloba—. Es un acto de valor de parte de Pan Pototski el preferir esta plaza a otra cualquiera, pero yo quisiera que no viniese aquí. Era uno de los que hacían oposición al capitán general y de los que no creían en la guerra.

—Quizá vendrán otros Pototski después de él —dijo Mushalski.

—Es evidente que los turcos no andan lejos —añadió Zagloba.

—Quiera Dios que el estarosta de Podolia sea un segundo príncipe Jeremías y Kamenyets un segundo Zbaraj.

—Debe serlo, de lo contrario pereceríamos todos —gritó una voz en el umbral.

Basia, al oír aquella voz, saltó gritando:

—¡Miguel! —y se arrojó en los brazos de su marido, pues era él en efecto.

Pan Miguel traía del campamento muchas noticias importantes que comunicó a su mujer en aquella celda tranquila, antes de comunicarlas al Consejo de guerra.

Había destruido varios destacamentos y hostigado mucho el campamento de las hordas de Crimea y de la Drobuscha, cubriéndose, como siempre, de gloria.

No todos, sin embargo, habían obtenido un éxito tan favorable.

Así, el estarosta de Podlyasye, había sido derrotado en una batalla muy reñida y mortífera, a la cabeza de numerosas tropas.

Motovidlo había sido batido por Kricynski, que lo había perseguido por el camino de la Valaquia junto con la horda de Belgrad, y con los tártaros que habían sobrevivido a la victoria ganada por Pan Adán.

—El asedio de esta fortaleza es inevitable, paloma mía, pero no nos rendiremos, porque aquí cada uno no defiende sólo su patria, sino también sus tesoros.

Y al decir esto la estrechó entre sus brazos, la besó en las mejillas y por aquella noche no hablaron más.

Al día siguiente por la mañana, Pan Miguel repitió ante el Consejo de guerra las noticias que había dado a Basia, pero no se quedó muy satisfecho al oír la declaración de Pan Pototski que rehusaba asumir toda la responsabilidad del mando, y lo quería confiar a un Consejo.

—En ciertas contingencias repentinas debe haber una cabeza sola y una voluntad única —dijo el pequeño caballero—. En Zbaraj había tres hombres a quienes correspondía el mando por sus grados, pero todos lo resignaron en el príncipe Jeremías, juzgando que en el peligro más vale obedecer a uno solo.

Estas palabras no produjeron gran efecto. En vano Kettlin citó el ejemplo de los Romanos, que siendo los primeros guerreros del mundo, inventaron la dictadura.

El obispo Lanskorovski (que no profesaba a Kettlin grandes simpatías porque se le había metido en la cabeza que debía ser en el fondo de su alma un hereje por ser escocés), replicó que los polacos no tenían necesidad de aprender la historia de un inmigrante, y añadió que poseían el juicio suficiente para guiarse sin necesidad de imitar a los Romanos, a quienes no se sentían inferiores en valor y elocuencia.

—Así como hay mayor llama echando muchos troncos en la hoguera, así hay más entendimiento en varias cabezas juntas que en una sola —sentenció el obispo.

Después se puso a alabar la modestia de Pan Pototski, cuando los demás creían que era sólo miedo a la responsabilidad, y al fin concluyó diciendo que por su parte aconsejaba entrar en negociaciones con el enemigo.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, todos los oficiales a una se pusieron en pie furiosos, rechinando los dientes y llevaron las diestras a las empuñaduras de sus sables.

—No creíamos haber venido aquí para tratar con el enemigo —gritaron.

—El traje que viste lo protege —exclamó a su vez el mayor Kvasibrotski—. Vuestro puesto es la iglesia, y no el Consejo de guerra.

El obispo se puso en pie y dijo en alta voz:

—Sería el primero en dar mi vida por una iglesia y por mi grey, y si he hablado de negociaciones lo hice sólo por el deseo de ganar tiempo. Dios me es testigo que no quiero la rendición de la fortaleza, sino ganar tiempo para que el capitán general pueda reunir refuerzos. Para los infieles el nombre de Pan Sobieski tiene un sonido terrible. Aunque no disponga de fuerzas suficientes, los mahometanos se alejarían bien pronto de Kemenyets si se esparce el rumor de que él viene.

Como hablaba con tanto énfasis, todos callaban y algunos se alegraban de oír que el obispo no pensaba en la rendición. Cuando él calló, Pan Miguel tomó la palabra.

—El enemigo —dijo—, antes de asediar a Kamenyets debe destruir a Ivanyets, porque no puede dejar a sus espaldas un castillo fortificado. Con permiso del estarosta, me encerraré en dicho fuerte y lo defenderé todo el tiempo que el obispo deseaba ganar con negociaciones. Me llevaré algunos hombres resueltos, y mientras yo tenga vida no se rendirá Ivanyets.

—¡Eso es imposible! Vuestra presencia es indispensable aquí —exclamaron todos a la vez—. Sin Vuestra Gracia los ciudadanos perderían el ánimo y los soldados no se batirían de tan buena gana y con tanto arrojo como bajo vuestras órdenes. ¿Quién tiene más experiencia que Vuestra Gracia? ¿Quién ha estado de Zbaraj? Y si fuera preciso realizar alguna salida, ¿quién la mandaría? En Ivanyets sucumbiríais y nosotros sucumbiríamos aquí sin vuestra ayuda.

—Al comandante incumbe disponer de mí —replicó Pan Miguel.

—Mandad a Ivanyets algún oficial joven y atrevido que pueda defenderlo —dijo el chambelán de Podolia.

—Mandad a Novoveski —dijeron varias voces.

—Novoveski no puede ir, porque no tiene la cabeza muy segura —añadió Pan Miguel—; en este momento está en cama y bien lejos de los asuntos de este mundo.

—Por el momento —dijo el obispo— designemos a cada uno su puesto, señalando la puerta que debe defender.

Todas las miradas se dirigieron sobre el estarosta, que dijo:

—Antes de emitir una orden deseo oír la opinión de algunos oficiales expertos, y como Pan Volodiovski es superior a todos por su experiencia militar, me dirijo a él ante todo para preguntarle su parecer.

Pan Miguel aconsejó poner en todos los fuertes guarniciones suficientes, porque contra ellos se dirigían ante todo las principales fuerzas del enemigo.

Había seis mil doscientos hombres de infantería que fueron distribuidos de modo que Pan Myslishevski ocupase el ala derecha de la fortaleza, mientras que la izquierda fue destinada a Pan Humyetski.

Pan Miguel debía ocupar la posición más peligrosa por el lado de Motón, y más abajo se colocaría la compañía de Sdryuk. El mayor Kvasibrotski ocuparía todo el costado hacia Zinkavtski, Pan Vausavich la parte del mediodía y el capitán Bukar, con los soldados de Pan Krasinski, la parte que miraba a la ciudad.

Todos eran soldados de profesión, y tan intrépidos sobre el campo de batalla que el fuego de la artillería les producía el mismo efecto que produce a los demás hombres el calor del sol.

El mando de la artillería lo tenía Kettlin, que aventajaba a todos en el arte de apuntar un cañón.

El mando en jefe de la fortaleza se confió al pequeño caballero a quien el estarosta concedía plena facultad para hacer salidas cada vez que lo juzgase oportuno y conveniente.

Habiéndose designado de este modo a cada uno su facción los reunidos exteriorizaron su entusiasmo por medio de ruidosas exclamaciones, agitando al mismo tiempo sus sables.

Viéndoles llenos de tanto ardor el estarosta le cedió que Pan Miguel ocupase la puerta Rusa con un destacamento de nobles, de ciudadanos polacos curtidos en las luchas y de algunas decenas de armenios y judíos.

Otros oficiales tendrían el encargo de guardar y defender las demás puertas de la ciudad.

Después de tomadas todas estas disposiciones, el Consejo de guerra en pleno se fue a cenar a casa del estarosta, que les dispensó toda clase de atenciones.

A Pan Miguel, durante el banquete, le dijo, entre otras alabanzas, que a su nombre de «pequeño caballero» agregarían las generaciones futuras el de «Héctor de Kamenyets» al recordar su defensa en la plaza.

Volodiovski declaró que antes de poner manos a la obra deseaba pronunciar un juramento en la catedral y suplicó al obispo que se lo permitiera hacer al día siguiente.

El prelado, considerando que de este juramento podría derivarse un bien público, consintió de buen grado.

A la mañana siguiente se celebró una misa solemne en la catedral, a la que asistieron caballeros, nobles, soldados y pueblo con edificante devoción.

Pan Miguel y Kettlin estaban postrados en el suelo ante el altar mayor, y detrás de ellos, contra la balaustrada, Krysia y Basia, ambas de rodillas, que lloraban a lágrima viva, sabiendo que el juramento que iban a pronunciar ponía en peligro la vida de sus maridos.

Terminada la misa, el pequeño caballero se levantó y, yendo a arrodillarse sobre las gradas del altar, dijo con voz conmovida pero tranquila:

—Sintiendo una profunda gratitud por todos los singulares beneficios del Dios Omnipotente y de su único Hijo, juro que así como El y su Hijo me han asistido, así defenderé yo la santa Cruz hasta mi último suspiro. Y en tanto que el mando de la antigua fortaleza me esté confiado, en tanto que yo viva y pueda mover mis manos y mis pies, no permitiré a los enemigos infieles que penetren en ella, ni abandonaré sus murallas ni enarbolaré bandera blanca, aun cuando tuviera que sepultarme bajo sus ruinas. ¡Que Dios y la santa Cruz me asistan! Amén.

Un silencio solemne reinaba en la iglesia, cuando de pronto se elevó la voz de Kettlin:

—Yo juro —dijo—, por los beneficios particulares que he recibido en esta mi segunda patria, defender la fortaleza en tanto que tenga una gota de sangre en las venas, y sepultarme bajo sus ruinas antes que dejar poner el pie a un enemigo dentro de sus murallas. Hago este juramento por un sentimiento de profunda gratitud. ¡Así Dios me asista y la santa Cruz! Amén.

El obispo levantó la custodia y la bajó después haciéndola besar a Volodiovski y a Kettlin.

A semejante vista corrió un murmullo por la iglesia entre los grupos de caballeros y en el pueblo.

Oyéronse voces que decían:

—¡Queremos jurar todos!

—¡La fortaleza no debe rendirse!

—¡Todos caeremos los unos sobre los otros!

—¡Amén!

—¡Amén!

Los sables y las espadas fueron esgrimidas en alto y la iglesia resplandeció con el centelleo de los aceros.

Aquella luz se reflejaba sobre rostros amenazadores y ojos llameantes; un entusiasmo indescriptible invadió a los nobles, a los soldados y a los ciudadanos.

Repicáronse las campanas; el órgano dejó oír sus voces más solemnes, y el obispo entonó la plegaria:

—*Sub Tuum proesidium.*

A la cual le respondieron cien voces con un rumor semejante al del trueno.

Así rogaban a Dios por la salvación de aquella fortaleza que era el baluarte de la cristiandad y la llave del reino.

Al fin de los oficios divinos, Kettlin y Pan Miguel salieron de la iglesia cogidos de la mano.

Por todas partes caía sobre ellos un diluvio de alabanzas y de bendiciones, porque nadie dudaba que ambos morirían antes que entregar la plaza al enemigo.

No les parecía, empero, que había de ser la muerte su destino, sino la victoria y la gloria.

Entre toda aquella muchedumbre, probablemente eran ellos dos los únicos que sabían cuán terrible era el juramento a que se habían sometido voluntariamente.

Quizá dos corazones amantes tenían el presentimiento del peligro que les amenazaba, porque ni Basia ni Krysia conseguían consolarse.

Cuando Pan Miguel se encontró con su mujer en el monasterio, ella se arrojó en sus brazos sollozando y diciendo con voz entrecortada:

—Miguel... que Dios tenga lejos de ti toda desgracia... yo... yo no sé... qué será de mí.

Al hablar así le atacó una convulsión y el pequeño caballero se sintió tan conmovido que no pudo contestarle al pronto.

Al cabo de algún tiempo le dijo:

—¡Basia! ¡era necesario!

—Preferiría morir —añadió ella.

Estas palabras hicieron estremecer al pequeño caballero, que le decía repetidas veces:

—Cálmate, Basia, cálmate.

Y para tranquilizar a la mujer que amaba sobre todas las cosas, le recordó la inmensa gracia recibida de Dios que la había conducido a través del desierto hasta sus brazos, salvándole la vida.

—He prometido a Dios hacer algo notable para mostrarle mi reconocimiento, y antes que faltar a mi palabra de caballero, dada solemnemente a Dios, prefiero quedar aplastado bajo los muros del castillo. ¡Basia, tengamos confianza en Dios!

XLIII

El mismo día Pan Miguel salió de la fortaleza con su escuadrón para ir en socorro de Pan Vasilkovski, quien se había dirigido hacia Hrynychuk que, según noticias, habían

atacado los tártaros, capturando a los habitantes y apoderándose de los ganados, sin incendiar las aldeas para no atraer la atención del enemigo.

Pan Vasilkovski los dispersó en seguida libertando a los habitantes y haciendo algunos prisioneros.

Miguel condujo estos últimos a Ivanyets, encargando a Pan Makovetski que los sometiese al tormento y que le escribiese sus declaraciones, para transmitir las al capitán general y al rey.

Los tártaros confesaron que habían pasado la frontera bajo el mando del capitán Styngan y con los valacos, pero a pesar de la tortura del fuego no pudieron decir a qué distancia se encontraba el sultán con todas sus fuerzas, porque, habiendo avanzado en bandas irregulares, no habían podido mantener sus comunicaciones con el cuerpo principal del ejército.

Pasó algún tiempo en ansiosa expectativa y al fin el día 2 de agosto llegó el sultán a Hotin. Su ejército se extendía como un mar sin límites, y al ver aquella ciudad que era la última situada dentro de la frontera turca, aquel ejército de cien mil hombres se puso a gritar:

—¡Alá! ¡Alá!

En la orilla opuesta al Dniester se hallaba el indefenso reino de Polonia, que aquellas tropas innumerables iban a invadir como un diluvio o como un incendio devastador.

Grandes masas de guerreros, no pudiendo encontrar puesto en la ciudad, acamparon en aquellas llanuras en donde, diez años antes, los sables polacos habían dispersado un ejército numeroso del Profeta.

Parecía que había llegado la hora del desquite y ni uno solo de los que componían aquellas legiones salvajes, desde el sultán hasta el último siervo, creía que aquellos campos debían de ser funestos de nuevo para la media luna.

La esperanza, o mejor dicho, la certeza de la victoria, alegraba todos los corazones.

El día había sido espléndido y el sol se puso en un cielo sin nubes.

Después de las últimas oraciones de la tarde, se estableció el silencio en el campamento, en donde brillaban millares de hogueras. Desde Ivanyets, la pequeña fortaleza situada en la orilla opuesta, los soldados miraban aquellos fuegos con un sentimiento de terror y de alarma, porque había tantos y tantos que les parecía que toda la Moldavia era presa de las llamas.

A la mañana siguiente al despuntar el día, mandó el sultán a los tártaros que pasaran el Dniester y ocupasen la ciudad de Ivanyets.

El valeroso Pan Lanskorovski no esperó su llegada detrás de las murallas de la fortaleza, sino que, teniendo a su disposición cuarenta tártaros, ochenta hombres del regimiento de Kieff y uno de sus escuadrones, se precipitó sobre el enemigo cuando atravesaba el río, y a pesar del nutrido fuego de sus mosquetes batió a toda aquella brillante tropa de infantería que comenzó a retroceder en desorden hacia la orilla opuesta.

Entretanto un destacamento de tártaros, reforzados por otros de la Lituania, había logrado pasar el río por otro punto sobre un puente y había invadido la ciudad.

En el humo y los agudos gritos de los habitantes advirtió el valeroso chambelán que la plaza estaba en poder del enemigo, y en consecuencia dio inmediatamente orden a sus tropas de atravesar el vado para correr en seguida al socorro de los míseros habitantes.

Los genizaros, como eran de infantería, no podían perseguirlo.

Se dirigió, pues, al galope hacia la ciudad, pero precisamente al llegar a ella sus tártaros tiraron al suelo la bandera y se pasaron al enemigo.

Siguióse un minuto de pánico; el destacamento enemigo, ayudado por los traidores, atacó con el mayor ímpetu al chambelán, pero, afortunadamente, los soldados del regimiento de Kieff, estimulados por el ejemplo de su jefe, opusieron una encarnizada resistencia y combatieron a los tártaros que no pudieron resistir a la caballería polaca.

Los terrenos cercanos al puente estaban llenos de cadáveres, pero el heroico Laskorovski no podía aún cantar victoria.

Advirtiéndole que los genízaros se adelantaban de nuevo, se retiró al castillo y mandó a pedir socorros a Kamenyets.

El sultán no tenía intención de apoderarse aquel día del fuerte de Ivanyets, creyendo que podía conquistarlo y reducirlo a cenizas en un momento al paso de su ejército.

Quería únicamente ocupar la plaza y esto lo había conseguido, puesto que los genízaros habían vuelto a atravesar el río, tomando posesión de la ciudad después que sus valerosos defensores se habían encerrado en el castillo.

Mientras que los genízaros robaban las mujeres jóvenes, y mataban a los hombres y los niños, y los tártaros se entregaban al saqueo, los polacos vieron desde las almenas algunos escuadrones de caballería que venían de Kamenyets.

—¡Gracias sean dadas a Dios! —exclamó Laskorovski—. Volodiovski en persona viene en nuestro auxilio, porque veo a los dragones. Salgamos en seguida de estos muros, y con la ayuda del Cielo expulsaremos al enemigo de la ciudad y lo rechazaremos a la otra orilla.

Entretanto los tártaros se habían enterado también que se aproximaban tropas de socorro y comenzaron a gritar: «¡Alá!», reuniéndose apresuradamente.

Los tamboriles y los pífanos tocaban a llamada por todas las calles, y los genízaros, con su habitual prontitud se habían formado ya en buen orden.

El destacamento de los tártaros, a pesar de las bajas que les había hecho Laskorovski, era aún tres veces mayor en número que la guarnición de Ivanyets y que los escuadrones que corrían en su auxilio.

Se precipitó, pues, con la velocidad de un torbellino hacia el escuadrón de caballería ligera, comandado por Pan Vasilkovski.

Era éste un joven atrevido que afrontaba alegremente el mayor peligro, y que al ver a los tártaros, sin atender a su número, mandó a sus soldados avanzar con la rapidez del viento.

Aquella audacia turbó a los tártaros a quienes no gustaban los combates cuerpo a cuerpo.

A pesar de los alaridos de sus *murzas*, que cabalgaban a la retaguardia, al son agudo de los pífanos y al ruidoso redoble de los tamboriles, refrenaron sus caballos, y, finalmente, a un tiro de distancia del escuadrón, se abrieron sus filas y un diluvio de flechas cayó sobre ellos.

Pan Vasilkovski, ignorando que los genízaros estaban formados detrás de las casas, hacia el río, continuó su carga impetuosa al alcance de los tártaros, esto es, contra la mitad del destacamento que le había vuelto la espalda, mientras que la otra mitad había hecho un cuarto de conversión con intención de rodearlo.

Mas en aquel momento preciso llegó también el chambelán con sus soldados, y los tártaros, viéndose atacados por los dos lados, se esparcieron como la arena al viento.

Pan Vasilkovski continuó persiguiéndolos, hiriendo a mansalva como la alondra cae sobre los pajarillos y las calandrias.

Entretanto Pan Miguel, que era un soldado prudente y tranquilo, contuvo sus dragones como un cazador que tira de las correas que contienen la jauría y sólo suelta sus perros cuando ve cerca los ojos lucientes y los blancos colmillos de un jabalí viejo.

Así, el pequeño caballero, despreciando la horda, espía por si veía a los spahis, a los genízaros o a cualquier otro cuerpo de caballería escogida detrás de aquéllos.

Pan Laskorovski se le acercó precipitadamente con el escuadrón de Kieff y le dijo:

—Pan Volodiovski, los genízaros se dirigen hacia el río. Persigámoslos.

Pan Miguel desenvainó su sable y mandó:

—¡Adelante!

Los dragones aflojaron las riendas de sus caballos y avanzaron primero al trote y después al galope.

Sólo cuando hubieron doblado las casas que estaban frente al río, situadas al lado occidental del castillo, vieron los blancos gorros de piel de los genízaros y supieron al fin con qué clase de tropas tenían que habérselas.

—¡Al ataque! —gritó Volodiovski.

Los caballos se lanzaron al galope tocando casi al suelo con sus vientres y arrancando al suelo nubes de arena.

Los genízaros, que no sabían el considerable refuerzo que había llegado de Ivanyets, se retiraban hacia el río y una parte de ellos estaban ya junto a la orilla.

Cuando vieron a la caballería que avanzaba, se detuvieron en perfecto orden e hicieron frente al enemigo.

Sus mosquetes se bajaron formando una sola línea, y sonó una descarga cerrada como si estuvieran en una revista.

Esperando que los apoyaría su caballería después de la descarga, no sólo no se retiraron, sino que se precipitaron furiosamente contra los polacos, sable en mano.

Aquella temeridad, de que sólo eran capaces los genízaros, la pagaron muy cara, porque los jinetes, no pudiendo refrenar sus caballos, aunque hubieran querido, los desbarataron en su irresistible ataque, pisoteándolos en un momento y esparciendo entre ellos el terror y la muerte.

Como sucede generalmente en los combates entre la infantería y la caballería, así sucedió también en este caso: esta última dejó detrás de sí en su carrera a los fugitivos, los cuales, viendo que tenían cortada la retirada por el río, retrocedieron a esconderse en la ciudad, para ocultarse entre los girasoles que crecían delante de las casas.

Pan Miguel vio a los dos primeros y de dos ligeros golpes los tendió en tierra para siempre. A un tercero que hizo fuego sobre él a quema ropa, también le dio un tajo entre la nariz y la boca, abriéndole la cabeza en dos mitades.

Después, sin vacilar un momento, se precipitó sobre los furtivos que se dirigían a la ciudad para refugiarse en ella, e hizo morder el polvo a todos.

Sólo dos fueron hechos prisioneros por los soldados de Ivanyets, y se les perdonó la vida de orden del pequeño caballero.

Volviéndose éste hacia sus dragones, vio que estaban combatiendo con los genízaros que se hallaban en las orillas del río, y se precipitó entonces en lo más recio de la pelea, haciendo molinetes con su sable.

Los genízaros se arremolinaron en su alrededor gritando, pero él redoblaba la velocidad de sus tajos.

Como permanecía en apariencia tranquilo, ningún ojo podía seguir los movimientos de su acero, que describía en torno suyo un círculo resplandeciente.

Pan Lanskorovski, que había oído hablar de su bravura, pero no lo había visto nunca combatir, se detuvo y lo contemplaba estupefacto, no dando crédito a sus ojos.

Le parecía imposible que un hombre, aunque célebre, pudiese ejecutar hechos tan prodigiosos.

—Es sencillamente habilidad innata y efecto de una larga práctica; esto es todo —le respondió Pan Miguel—. ¡Me he batido tantas veces!

Soltándose después del brazo de Pan Lanskorovski y echando una mirada a la orilla del río, exclamó:

—Vuestra Gracia puede ver a un hombre famoso allí junto a la orilla.

El chambelán se volvió y vio en efecto un guerrero que tiraba con un arco. Era Pan Mushalski.

Hasta entonces el célebre arquero había luchado cuerpo a cuerpo con el enemigo, pero ahora que los genízaros se encontraban a una distancia donde no podían llegar las

balas, había cogido su arco y, manteniéndose derecho sobre el punto más alto de la orilla, probaba ante todo la cuerda con el dedo, y cuando ésta daba un tono agudo ponía una flecha y tiraba.

Precisamente en aquel momento estaba templando la cuerda; poco después partió una flecha. Ningún ojo pudo seguirla en su rápido vuelo, pero todos vieron perfectamente a un robusto genízaro que tenía un remo, extender los brazos, girar sobre sí mismo, y caer al río.

Todos los remos de las barcas aceleraron su compás, pero el famoso arquero tiró una segunda flecha que produjo el mismo efecto, y volviéndose después con una sonrisa al pequeño caballero, le dijo:

—¡En honor de la digna consorte de Vuestra Gracia!

Al decir esto soltó del arco una tercera flecha, que penetró como las anteriores en el cuerpo de otro hombre. Un grito de triunfo resonó en la orilla, al que contestó un alarido de rabia desde las barcas.

Después Pan Mushalski se retiró y con él todos los vencedores, que entraron en la ciudad muy satisfechos.

A lo largo del camino vieron los cadáveres de los muertos en el combate.

De los tártaros no habían caído muchos, pero de los genízaros yacían montones que cubrían el suelo.

—Les hemos dado una buena lección —dijo el chambelán—. Gracias a Dios que empezamos la campaña con una importante victoria.

El experto Pan Miguel no participaba de su opinión.

—Esta es una ventaja insignificante —dijo—. Nos será útil para levantar un tanto el espíritu de las tropas y para reanimar el valor de los ciudadanos; pero no puede ofrecer otro efecto.

—¿Pero creéis que los infieles se animarán?

—Sí, lo creo —replicó Pan Miguel.

El chambelán iba a contestar cuando Pan Valsovski entró apresuradamente gritando:

—Señores, no se ve ya el río. El Dniester está cuajado de barcas.

—¿Efectúan el paso? —preguntaron todos.

—Sí, por el Dios vivo. Los turcos están sobre las barcas y los tártaros van por el vado.

Pan Lanskorovski no insistió por más tiempo; dio orden de inutilizar el viejo obús y mandó esconder las demás armas o llevarlas a Kamenyets. Pan Miguel montó a caballo y se dirigió con sus hombres a una altura lejana para observar el paso de las tropas turcas.

Hamlim-Bajá y Muzad-Bajá pasaban el Dniester.

Hasta donde podía alcanzar la vista, no vio otra cosa que barcas y pontones impulsados por remos. Hacía mucho tiempo que todos estos medios de transporte estaban dispuestos en Hotin.

A lo largo de la orilla, pero a cierta distancia de ella, se veían formadas las tropas en grandes masas.

Pan Miguel supuso que construían un puente, pero el sultán no se había movido aún con el cuerpo principal de su ejército.

Poco después se unió a él Pan Lanskorovski con sus hombres, y todos juntos se pusieron en marcha para Kamenyets.

Pan Pototski los aguardaba en la ciudad. Su cuartel estaba lleno de oficiales superiores y delante de la casa se habían reunido muchas personas de ambos sexos, inquietas y curiosas.

—El enemigo está atravesando el río. Ivanyets ha caído en su poder —dijo el pequeño caballero.

—Los trabajos están concluidos y los esperamos —replicó Pan Pototski.

Pan Miguel se quedó en el cuartel del estaroste hasta la noche. Cuando llegó ésta, montó a caballo y se dirigió al monasterio de las monjas dominicas, ansioso de abrazar una vez más a su mujer.

Deseaba pasar inadvertido, pero fue reconocido por algunos y en pocos momentos una multitud compacta rodeaba su caballo y por todas partes gritaban:

—¡Viva! ¡viva!

Las madres levantaban a sus niños entre los brazos y cien voces repetían.

—¡Ese es! miradlo bien y acordaos siempre de él.

Muchos lo miraban estupefactos y no podían persuadirse de que aquel hombre, que era más bien pequeño y con un rostro tan jovial, fuese el soldado más terrible del reino, tan fuerte y valeroso que nadie podía resistirle.

El pequeño caballero atravesó la multitud sonriendo, porque los homenajes de la muchedumbre le agradaban, y cuando llegó al convento se arrojó en los brazos abiertos de Basia, a quien habían informado de los gloriosos hechos ejecutados aquel día por su marido y lo esperaba con toda el ansia de su corazón enamorado para estrecharlo contra su pecho.

XLIV

Al día siguiente al amanecer, el pequeño caballero hizo una salida hacia Kuychin e hizo prisionero a Buluk-Bajá, un guerrero renombrado entre los turcos.

Pasó todo el día en el campo de batalla y parte de la noche en Consejo con Pan Pototski, acostándose sólo a la hora del canto del gallo, para dar un breve reposo a sus miembros fatigados; pero apenas se había dormido cuando el estruendo del cañón lo despertó.

Un siervo suyo muy fiel, llamado Pyentka, entró apresuradamente en su habitación.

—Vuestra Gracia —le dijo—, os aviso que el enemigo se encuentra delante de la ciudad.

—¿De quién son los cañones que disparan? —preguntó el pequeño caballero.

—Son los nuestros, que tiran para espantar a los infieles que están echando del campo los ganados.

—¿Son muchos?

—Muchísimos.

—¿Genízaros o de caballería?

—Caballería. Son todos negros y los nuestros están exorcizándolos con la Santa Cruz porque podrían ser otros tantos diablos.

—Diablos o no diablos debemos atacarlos —replicó el pequeño caballero—. Ve a avisar a mi mujer que salgo al combate. Si quiere venir a la fortaleza para asistir desde lejos a la batalla, puede hacerlo, pero la tiene que acompañar Pan Zagloba, sobre cuya prudencia puedo descansar tranquilo.

Media hora después Volodiovski se precipitó al campo a la cabeza de sus dragones y de los nobles voluntarios que se lisonjaban de poder hacer ostentación de su habilidad en la esgrima.

Desde el castillo viejo se veía perfectamente la caballería enemiga.

Eran cerca de dos mil hombres, en parte spahis, pero sobre todo egipcios de la guardia del sultán.

En esta guardia servían ricos mamelucos del Nilo.

Sus cotas de malla resplandecientes, los turbantes de tela entretejida de oro, sus mantos blancos y sus armas guarnecidas de piedras preciosas, hacían de ellos la caballería más brillante del mundo.

Estaban armados de dardos, de sables y de cuchillos encorvados, montaban caballos veloces como el viento y parecían cubrir el campo de una nube que resplandecía con todos los colores del arco iris, gritando y galopando al disparar con suma habilidad sus dardos mortíferos.

Pan Miguel avanzó hacia ellos a la carrera con su caballería, pero era difícil para ambas partes combatir con arma blanca, porque los cañones del castillo impedían el avance de los turcos y éstos eran demasiado numerosos para que el pequeño caballero se atreviera a atacarlos fuera del alcance de la artillería.

Por algún tiempo ambos cuerpos se mantuvieron a distancia esgrimiendo sus armas y lanzando grandes gritos, pero bien pronto los fieros hijos del desierto se cansaron de aquellas vanas amenazas; algunos avanzaron, diseminándose por el campo.

—Señores —dijo Pan Miguel—, ellos nos invitan, y no podemos ser descorteses. ¿Quiénes de vosotros desean tomar parte en la escaramuza?

El audaz Vasilkovski se adelantó el primero, seguido de Mushalski y de muchos otros.

No sólo los oficiales sino también los dragones, estimulados por la esperanza de un rico botín, salieron de las filas.

A la cabeza de estos últimos iba Lusnia que, mordiéndose su rubio bigote, escogía para sí desde el sitio en que se encontraba el enemigo más ricamente vestido.

Cuando los polacos se acercaron a los turcos se pusieron a gritar:

—¡No engordaréis con nuestra sangre, perros infieles! ¡Vuestro embustero Profeta no os protegerá!

Los turcos y los árabes respondían en su lengua, que muchos polacos comprendían, porque habían estado prisioneros en Turquía, y entre éstos se contaba el célebre arquero Mushalski, quien, oyendo blasfemar de la Santa Virgen, fue el primero en atravesar de un flechazo a un joven bey que llevaba un turbante de púrpura sobre la cabeza y una armadura de mallas de plata resplandeciente como la luna.

La flecha le había entrado por un ojo en el cerebro y el joven cayó en tierra sin lanzar un ¡ay!, extendiendo los brazos.

El célebre arquero se precipitó sobre él y lo remató de un sablazo; después cogió las armas del bey y se llevó delante su caballo, al que hostigaba con el plano de su sable mientras gritaba en árabe:

—¡Hubiera preferido que fuese el hijo del sultán!

Cuando los turcos y los egipcios oyeron estas palabras, se estremecieron de rabia y todos los beyes se lanzaron contra Mushalski; pero Lusnia le salió a uno de ellos al paso y de un solo golpe le cortó en redondo la mano con su sable; el bey se inclinó para recoger su alfanje, que se le había caído, y el terrible sargento le asestó entonces un tajo tan formidable en la nuca, que casi le separó la cabeza del tronco.

Al ver esto el otro bey volvió su caballo y se alejó a la carrera; pero Pan Mushalski cogió de nuevo su arco y le disparó una flecha que le derribó al suelo.

Entretanto los demás luchaban cuerpo a cuerpo con más o menos fortuna, pero la victoria propendía por los polacos.

Dos dragones cayeron bajo la poderosa mano de Hamdi-Bey quien muertos aquéllos, combatía ahora con Pan Sheluta, y también lo hirió mortalmente. Después comenzó a

hacer caracolear su caballo por el campo con su manto blanco ondeante y con los ojos llameantes, buscando nuevas víctimas.

Pan Mushalski, el cual le había disparado dos flechas que rebotaron en su armadura, se dispuso a atacarlo con la espada.

Hamdi-Bey, que le había visto, se precipitó sobre él y se atacaron con tal furia, que en el terrible choque ambos cayeron del caballo.

Hamdi se levantó el primero y asestó sobre la cabeza de su enemigo un golpe que le dejó sin sentido.

Los spahis y los mamelucos lanzaban gritos de alegría; pero el pequeño caballero, que hasta entonces no había tomado parte en esta escaramuza, corrió en socorro de Mushalski para reanimar, a la vez, el valor de sus soldados, ya que antes no pudo hacerlo con el ejemplo por impedírselo su dignidad de comandante de las fuerzas combatientes. Exaltado, pues, por este sentimiento, clavó las espuelas en los ijares del caballo, devorando el espacio como si volase en alas del viento.

Cayó como el rayo en medio de los que luchaban, llevando en pos de sí la destrucción y la muerte. A la manera que después de la misa viene el monaguillo con el apagador y extingue una a una las luces de los cirios del altar, así Pan Miguel extinguía a diestra y siniestra la vida de los brillantes caballeros egipcios y turcos.

Los infieles, reconociendo que no podían competir con él, se desanimaron grandemente y uno tras otro volvieron grupas, buscando su campo en vergonzosa fuga.

Los soldados de artillería que contemplaban la lucha desde los bastiones de la fortaleza, lanzaron gritos de triunfo y de júbilo.

Algunos oficiales corrieron hacia Basia, que asistía con el corazón palpitante a aquel espectáculo, junto con Zagloba, y transportados de entusiasmo besaron el borde de su manto.

—Basia, moderaos, moderaos —le decía Zagloba a cada instante; pero la joven sentía un irresistible deseo de reír, de aplaudir y de gritar.

El pequeño caballero habría perseguido, quizá, a los fugitivos, pero en el mismo instante las trompetas y los pífanos de los turcos comenzaron a tocar, dando así la señal de terminar la escaramuza.

Los mahometanos se volvieron diezmados y mustios a sus filas, diciéndose el uno al otro:

—Es el diablo en persona. El que tropieza con él, puede darse por muerto.

Los polacos permanecieron en el campo para dar a entender que habían quedado vencedores; después se retiraron en buen orden bajo la protección de los cañones, y Pan Pototski dio orden a los artilleros de que renovasen el fuego.

Los turcos continuaban su retirada; por algún tiempo se vieron sus mantos blancos ondear al viento y sus turbantes que brillaban al sol; después desaparecieron en el horizonte, confundiéndose en la línea azulada del cielo.

Sobre el campo de batalla quedaron solamente los cadáveres de los turcos y de los polacos, que habían caído para no levantarse. Desde el castillo salieron a recoger los cadáveres de estos últimos para darles sepultura, dejando al cuidado de los cuervos el devorar los de los infieles.

Pero las aves de rapiña no pudieron darse el hartazgo con que se les brindaba, porque hubieron de huir espantadas por las nuevas legiones del Profeta que avanzaban.

XLV

El día siguiente, en efecto, se presentó ante Kamenyets el visir en persona con numerosas legiones de spahis, de genízaros y de otras tropas asiáticas.

Al verlo acompañado de semejante ejército, se creyó que quería dar el asalto a la fortaleza, pero solamente deseaba examinar las obras de defensa y los baluartes exteriores.

Pan Myslishevski hizo una salida con una división de infantería y de voluntarios a caballo. Trabóse de nuevo otra escaramuza, que, aunque favorable a los polacos, no fue tan brillante como la del día anterior.

El gran visir ordenó al fin a los genízaros simular un ataque contra los baluartes. Tronaron los cañones, haciendo retremblar la ciudad y la fortaleza.

Cuando los genízaros estuvieron cerca del cuartel de Pan Pototski, hicieron una descarga cerrada, pero este contestó desde los bastiones con un fuego bien dirigido, y los genízaros, temiendo que la caballería les atacase de flanco, se retiraron hacia el camino de Ivanyets, volviéndose a su campamento.

Por la noche, un zíngaro que había desertado del campo turco, logró penetrar en la ciudad.

Era un siervo del aga de los genízaros, a quien su amo había mandado azotar. A las preguntas que le hicieron, respondió que los mahometanos esperaban apoderarse de Kamenyets y que únicamente temían que Pan Sobieski corriese en socorro de la plaza sitiada.

El *kaimakán* Kara Mustafá había aconsejado que se diera en seguida el asalto a las murallas, pero el visir, más prudente, prefería establecer un asedio regular, y el sultán, al conocer el resultado de las últimas escaramuzas, se mostró propenso a seguir el consejo del visir.

Al oír estas noticias, una gran inquietud empezó a apoderarse de Pan Pototski, del obispo, del chambelán, de Volodiovski y de todos los demás oficiales superiores.

Habían supuesto que los turcos darían inmediatamente el asalto, y, con los medios de defensa con que contaba la plaza, creían fácil rechazar al enemigo causándole gravísimas pérdidas.

Sabían por experiencia que durante los asaltos los que atacan sufren mucho más que los atacados, y que todo asalto rechazado quebranta el ánimo de los sitiadores aumentando el valor de los sitiados.

Pero un sitio regular cansaría seguramente a las tropas y a los ciudadanos, debilitaría su ardimiento y los inclinaría a la capitulación.

No se podían esperar grandes resultados de las salidas, porque habría sido una imprudencia desguarnecer los baluartes de soldados, sacándolos fuera de las murallas.

Por otra parte, los polacos no habrían podido resistir ni hacer frente a todo el cuerpo de los genízaros.

El 16 de agosto avanzó el khan con sus hordas y Doroshenko con sus cosacos, ocupando un espacio inmenso sobre el campo que empezaba en Oryuin.

Sufan-Kara-Aga pidió una entrevista a Pan Myslishevski y le propuso que si rendía la fortaleza se le concederían las más favorable condiciones, tales como hasta entonces no se habían registrado en la historia de los asedios de célebres ciudades.

El obispo deseaba ardientemente conocer estas condiciones, pero le redujeron al silencio los gritos de los demás miembros del Consejo, los cuales decidieron rechazar toda propuesta y contestar con una negativa.

El 18 de agosto avanzaron los turcos con el sultán a su cabeza, y se acamparon en torno de la ciudad. Mientras se levantaban las tiendas no cesaban los genízaros de hacer fuego contra el castillo, y desde éste se respondía igualmente con un incesante cañoneo.

El eco de los disparos repercutía entre las rocas y el humo ofuscaba el sereno azul del cielo.

Por la tarde Kamenyets quedó tan bien cercada, que sólo una paloma hubiera podido salir de ella.

El fuego cesó cuando las primeras estrellas empezaron a brillar en el firmamento.

Durante algunos días continuó este cañoneo por ambas partes, produciendo graves daños a sitiados y a sitiadores.

Los turcos, ignorando que había cañones de gran alcance en todos los fuertes de la ciudad, habían levantado sus tiendas en ciertos puntos que estaban a tiro de la artillería.

Pan Miguel había dado orden de dejarlos hacer, y sólo cuando sonó la hora del descanso y las tropas enemigas, rendidas por el calor, se habían retirado bajo las tiendas, comenzó a caer sobre ellas una lluvia de proyectiles, infundiendo en su campamento el pánico más terrible.

Los genízaros retrocedieron en desorden aullando y llevando la alarma y la confusión a todo el resto del ejército mahometano.

Pan Miguel se aprovechó de aquella confusión para hacer una salida con sus dragones, sembrando el estrago en torno suyo, hasta que otras fuerzas de infantería y de caballería avanzaron al socorro de los genízaros y obligaron a aquéllos a retirarse.

Los turcos no descuidaban los trabajos de aproches, y construían trincheras avanzadas para colocar sus cañones de sitio, pero antes que esas piezas empezaran a funcionar, un heraldo suyo se adelantó hasta el pie de las murallas, y enarbolando una carta del sultán en una especie de lanza, la mostraba a los sitiados.

Los dragones mandados en persecución suya salieron de la plaza y lo capturaron, conduciéndolo a la ciudad.

El sultán exhortaba en su carta a los sitiados a rendirse, exaltando hasta el séptimo cielo su poder y su clemencia.

Se celebró un largo Consejo para decidir de qué modo debía contestarse a dicha misiva, y se acordó rechazar de plano la proposición de Zagloba, el cual querva que se le cortase la cola a un perro y se le enviara al sultán por toda respuesta.

Llamaron a cierto Yoritza, que conocía bien el turco, y se le dictó el escrito siguiente:

«No queremos irritar al sultán, pero tampoco nos creemos obligados a obedecerle, no habiendo prestado nunca juramento de fidelidad a él sino a nuestro rey. No nos rendiremos, porque hemos jurado defender a Kamenyets y su fortaleza y sus iglesias hasta nuestro último suspiro.»

Después de haber enviado esta respuesta, los oficiales se volvieron a sus puestos sobre la muralla.

El estarosta y el obispo Lanskorovski aprovecharon esta circunstancia para expedir otra carta al sultán pidiéndole un armisticio de cuatro semanas.

Cuando se esparció la noticia de esta petición, se produjo un gran escándalo y ruido de sables.

Por la noche los oficiales fueron en corporación, con Pan Miguel a su cabeza, para tener una entrevista con el estarosta.

—¿Por qué habéis enviado una carta sin consultarnos y a espaldas nuestras? —preguntó Pan Makovetski—. ¿Queréis acaso rendiros?

—Puesto que nosotros formamos parte del Consejo, no está bien que hayáis enviado un mensaje sin prevenirnos —añadió el pequeño caballero—. Ni siquiera consentiremos

que se hable de rendición, y si alguno pronunciase la palabra negociación, lo declararemos destituido de toda autoridad.

Al decir esto se mostraba terriblemente agitado. Acostumbrado como estaba Pan Miguel a la obediencia de soldado hacia sus superiores; le causaba honda pena el proferir semejantes amenazas contra ellos; pero había jurado defender la fortaleza hasta la muerte y se decía para sus adentros:

—Me conviene hablar así.

El estarosta, que se veía muy apurado, les contestó:

—Creía que la carta había sido redactada con el consentimiento de todos.

—¡No, no; nosotros queremos morir aquí! —gritaron muchas voces a un tiempo.

—Me alegro infinito de oíros expresaros así —dijo el estarosta—; porque la fe jurada me es más cara que la vida y no he conocido nunca la vileza. Señores, quedaos a cenar conmigo. Nos pondremos de acuerdo fácilmente.

—Nuestro puesto está en las murallas y no en la mesa —replicó Pan Miguel en nombre de todos.

En aquel momento llegó el obispo, el cual, al enterarse de lo que se trataba, se dirigió a Pan Makovetski y al pequeño caballero y les dijo:

—Dignos caballeros, todos piensan como vosotros y nadie habla de rendición; he pedido solamente un armisticio de cuatro semanas, pero sin olvidarme de añadir: «Durante este tiempo pediremos socorros a nuestro rey y esperaremos sus órdenes. Después será lo que Dios quiera.»

El pequeño caballero se estremecía de rabia y se esforzaba en dominarse; miró a Pan Makovetski y a los demás oficiales, los cuales le miraban a él a su vez.

—¿Es una burla? —preguntaron varias voces.

—He combatido contra los tártaros, los cosacos, los moscovitas y los suecos —dijo gravemente Volodiovski—; pero en tantas guerras no he oído jamás una proposición semejante. El sultán no ha venido aquí para hacer lo que nosotros queramos, sino porque tal ha sido su voluntad. ¿Cómo puede consentir en un armisticio si le decimos expresamente que lo hacemos sólo para esperar socorros?

—Si no acepta, quedarán las cosas como estaban —profirió el obispo.

—El que pide un armisticio demuestra su debilidad y cobardía, y quien espera socorros desconfía de sus propias fuerzas. Los infieles creerán todo eso de nosotros, y esta carta nos ha causado un mal irreparable.

—Yo podría estar seguro en otra parte —replicó el obispo—; y porque no he querido abandonar a mi grey en el peligro, tengo que soportar estas reconvenciones.

Pan Miguel se arrepintió de haberse mostrado tan duro con el prelado, y besándole las manos repuso:

—Dios me guarde de dirigiros reconvenciones. He dicho únicamente lo que la experiencia me obliga a decir.

—¿Y ahora qué se puede hacer? ¿No hay medio alguno de reparar el mal? —preguntó el obispo.

Volodiovski reflexionó algunos instantes, y levantando vivamente la cabeza, exclamó:

—Sí lo hay. Señores, os suplico que me sigáis.

Los oficiales accedieron a esta invitación.

Un cuarto de hora después el cañón tronaba en todos los fuertes, >y Volodiovski hacía una salida con los voluntarios, precipitándose sobre los genízaros adormecidos y haciendo en ellos una verdadera carnicería.

Después que volvió de la expedición, se presentó en el cuartel del estarosta, en donde se hallaba también el obispo.

—Ya está remediado el daño —les dijo alegremente.

XLVI

Después de aquella salida la noche pasó bastante tranquila, aunque a intervalos se oyese algún cañonazo.

Al amanecer supo el comandante de la plaza que algunos turcos se hallaban a la puerta de la ciudad esperando que se les mandase un oficial para tratar con ellos.

Era preciso, o conveniente al menos, saber lo que pretendían aquellos hombres y con este objeto el Consejo de guerra comisionó a Makovetski, Mayshichevski y Casimiro Humyetski para que fuesen a conferenciar con ellos.

La entrevista se verificó al aire libre, fuera de las puertas de la ciudad.

Al ver a los oficiales polacos, los turcos comenzaron a hacer grandes genuflexiones llevándose las puntas de los dedos al corazón, a la boca y a la frente. Los polacos contestaron afablemente y les preguntaron qué deseaban.

—Se ha inferido una grave ofensa a nuestro señor y amo —repuso Saloni, bajá de Rushchuk—, y Aquél que fue y será siempre por una eternidad os impondrá un terrible castigo si no reparáis en seguida el mal. Poco después de habernos pedido, por vuestra propia voluntad, un armisticio, y mientras que nosotros, fiados en vuestra lealtad, abandonamos las trincheras, comenzasteis a hacer fuego sobre nosotros con vuestros cañones y saliendo de vuestras murallas sembrasteis de cadáveres nuestro campo hasta la misma tienda del sultán. Este modo de proceder, verdaderamente desleal, no puede quedar impune, a menos que os entreguéis en el acto mostrando un completo arrepentimiento.

—Yoritza, el hombre enviado a vuestro campo, no se ha atenido a las instrucciones recibidas y pagará el tanto de culpa —replicó Pan Makovetski—. La carta del obispo en que os pedía un armisticio fue escrita por él privadamente, y vosotros no dejasteis de hacer fuego mientras aguardabais nuestra contestación al mensaje que nos enviaba el sultán; teníamos, pues, nosotros igual derecho a contestar de la misma forma. Si venís, por lo tanto, a anunciarnos que consentís en el armisticio, está bien; pero en el caso contrario, podéis decir a vuestro señor y amo que defenderemos la ciudad y la fortaleza hasta la muerte, o hasta que todos vosotros perezcáis entre estas rocas, que es lo más probable. No tenemos que añadir nada más sino desearos una larga vida.

Después de esta conversación los enviados se separaron. Los turcos se dirigieron a la tienda del visir, y los polacos volvieron a la ciudad en donde fueron asediados a preguntas por todas partes.

Refirieron la pretensión de los enviados del enemigo y su contestación, que fue aprobada por unanimidad.

Se reanudaron, pues, las hostilidades.

Los mahometanos habían conseguido, al fin, apuntar sus cañones de asedio contra la fortaleza y las balas comenzaron a caer en la misma ciudad.

Los artilleros polacos permanecieron al lado de sus piezas todo aquel día y la noche siguiente. Si caía alguno no había otro para reemplazarlo, y hasta faltaban hombres para el transporte de municiones y de pólvora.

Poco antes del alba disminuyó el bombardeo de una y otra parte, pero apenas aparecieron hacia Oriente los primeros albores de la mañana, se oyó el toque de alarma en la fortaleza.

Los que dormían se pusieron en pie, y en pocos instantes una gran muchedumbre invadió las calles.

—Los enemigos se preparan a dar el asalto a la fortaleza —decían los unos.

—¿Dónde está Volodiovski? —preguntaban muchas voces temblorosas.

—En su puesto —respondían otras.

En el castillo las campanas de la capilla tocaban a rebato y por todas partes se oía el redoble del tambor.

A la incierta claridad del día naciente se comenzaba a divisar el campamento turco; las altas trincheras y los profundos fosos y los aproches iban saliendo lentamente de las tinieblas y extendiéndose en una larga línea hacia los fuertes.

De pronto, las baterías de sitio del enemigo hicieron fuego y los fuertes situados sobre las rocas de Smotrych contestaron con un estruendo formidable, tan terrible como si hubiesen fulminado juntos los rayos del sol cayendo a la vez a la tierra.

El sol salió velado por un humo que oscurecía su esplendor.

Kamenyets no se veía ya, envuelta como estaba en una inmensa nube agrisada, a través de la cual relampagueaban los fuegos y tronaban los cañones como una verdadera tormenta.

La artillería de los turcos continuaba disparando, pero más de lejos que la de los fuertes, y bien pronto la muerte comenzó a segar numerosas víctimas en la ciudad sitiada.

Muchos cañones estaban desmontados, y los hombres destinados al servicio de los arcabuces caían de dos en dos o de tres de una sola vez.

Un fraile franciscano que bendecía los cañones perdió la nariz que un trozo de metralla se llevó con él después de haber matado a dos valientes artilleros.

Los cañones turcos batían especialmente las trincheras de la ciudad.

Pan Casimiro Humyetski parecía una salamandra en medio del fuego y del humo; la mitad de su compañía había caído y los demás estaban heridos casi todos.

Él mismo se había quedado sordo y mudo, pero al fin pudo reducir al silencio a la batería enemiga, a lo menos mientras los turcos no repusieron las piezas que les había inutilizado.

Transcurrieron tres días durante los cuales el terrible cañoneo no cesó un minuto.

Los turcos relevaban cuatro veces al día a sus artilleros, pero los de la ciudad tenían que permanecer constantemente al pie de los cañones, noche y día, sin dormir, sin comer, casi sofocados por el humo.

Los soldados resistían, pero el desaliento y la duda empezaba a penetrar en el ánimo de los habitantes de la ciudad.

Al fin hubo necesidad de obligarles por la fuerza a prestar el servicio junto a los cañones, para los que ya no había artilleros, por haber sido heridos casi todos ellos.

Afortunadamente, en la noche del tercer día, o sea la del jueves al viernes, los turcos dirigieron especialmente sus fuegos contra la fortaleza.

El pequeño caballero, Kettlin, Myslishevski y Kvasibrotski respondían desde los fuertes al fuego del enemigo.

El estarosta recorría a menudo las baterías, pasando impávido a través de una verdadera granizada de balas, despreciando el peligro.

Hacia el anochecer, a la hora en que el fuego aumentaba cada día, Pan Pototski se acercó a Volodiovski y le dijo:

—Coronel, creo que no podremos resistir.

—En tanto que el enemigo se limite al bombardeo, resistiremos —respondió el pequeño caballero—; pero ahora se preparan a hacernos volar por medio de minas que están practicando a estas horas.

—¿Qué decís? ¿Es eso cierto? —le preguntó el estarosta alarmado.

—Setenta cañones están tronando sin cesar, pero hay momentos, aunque breves, de silencio. Aprovechad uno de esos intervalos, aproximad el oído al suelo y escuchad.

No fue necesario esperar mucho tiempo, porque uno de los cañones gruesos de los turcos reventó y aquel acontecimiento ocasionó una momentánea confusión a la que siguió una pausa en el bombardeo.

Pan Miguel y el estarosta se trasladaron a un ángulo saliente de la fortaleza y aproximaron el oído a tierra para escuchar. Durante algunos minutos oyeron distintamente los sordos golpes del pico en el interior de la roca.

—¿Están excavando? —dijo el estarosta.

—Están excavando —contestó Pan Miguel.

Una expresión de espanto indecible se pintó en el rostro del estarosta; se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes con ademán desesperado.

—Eso pasa siempre en cada sitio —dijo Volodiovski para consolarlo—. En Zbaraj excavaban bajo nuestros pies día y noche.

—¿Y qué hizo el príncipe Jeremías?

—Abandonó la primera línea de trincheras y se retiró tras de la segunda —respondió Miguel.

—¿Y nosotros qué haremos?

—Tomaremos los cañones y todo cuanto pueda ser transportado y nos retiraremos a la parte vieja del castillo, que está fundada sobre rocas y ninguna mina puede hacerlas saltar. Desde el principio me dije que este castillo nuevo no resistiría mucho tiempo. Después de haberlo desalojado, es preciso hacerlo volar y continuar la defensa en el viejo.

Siguió un momento de silencio, que el estarosta interrumpió preguntando cabizbajo y desalentado:

—¿Pero dónde iremos si tenemos que retirarnos del castillo viejo?

El pequeño caballero se irguió, y señalando el suelo, dijo con firmeza:

—Yo iré bajo la tierra.

En esto volvió a empezar el bombardeo, y un gran número de bombas lanzadas contra el castillo brillaban en las tinieblas como otras tantas globos de fuego en el aire.

Pan Miguel acompañó al estarosta a su cuartel y volvió después a los baluartes, visitando una tras otra las baterías para animar a los soldados y para repartir órdenes y consejos.

Habiendo encontrado a Kettlin le dijo:

—¿Cómo va?

Kettlin se sonrió estrechando la mano al pequeño caballero, y replicó:

—Nos alumbran con sus bombas. Parece de día claro. Quieren alegrarnos y no economizan sus municiones/

—Uno de sus cañones ha reventado —añadió Pan Miguel—. ¿Lo hiciste reventar tú?

—Sí.

—Tengo tanto sueño que apenas puedo tenerme en pie.

—Yo también, pero hoy no hay tiempo para dormir.

—¡Qué inquietas y qué tristes estarán nuestras esposas! —exclamó el pequeño caballero—. Pensando en ellas se me va el sueño.

—Seguramente estarán rezando por nosotros —respondió Kettlin levantando los ojos hacia las bombas que volaban sobre sus cabezas.

—¡Que Dios las proteja! —dijo Pan Miguel.

—Entre todas las mujeres que existen en el mundo—dijo Kettlin— no hay ninguna que...

Pero no pudo acabar porque Pan Miguel, volviendo en aquel instante sus miradas al interior del castillo, le interrumpió gritando:

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué veo?

Y al decir esto se precipitó como un loco.

Kettlin dirigió también la vista con curiosidad hacia aquel lugar.

A pocos pasos de distanciaren el patio del castillo, vio a Basia acompañada de Zagloba y del fiel Pyentka.

El pequeño caballero había cogido por la mano a su mujer y la arrastraba al amparo de las almenas, gritando:

—¡Basia, Basia! ¡tú aquí! ¡Por el amor de Dios!

—¡Ah! —exclamó Zagloba con voz entrecortada y medio jadeante—. ¿Quién puede hacer oír la razón a una mujer semejante? Pruébalo tú, a ver si lo consigues. Hasta me he arrodillado a sus pies: todo en vano. Se empeñó en venir y he tenido que ceder.

Basia tenía el rostro descompuesto por el temor, y sus pestañas se estremecían como si las lágrimas quisieran brotar de sus ojos; pero no temía las bombas, ni el silbido de las balas, ni los trozos de piedra... temía la cólera de su marido.

Juntó las manos como un niño que espera un severo castigo, y exclamó entre sollozos:

—Miguel, querido Miguel, no podía resistir más, no, no podía. Tan cierto como que te amo sobre todas las cosas. No quiero quedarme allá abajo, mientras estás tú amenazado a cada instante por la muerte.

El pequeño caballero se había encolerizado de veras y abría la boca para reconvenir severamente a su mujer; pero le invadió de pronto un sentimiento de inmensa ternura; las palabras se le ahogaron en la garganta y sólo cuando aquella rubia cabeza se apoyó en su pecho, le dijo al apretarla contra su corazón:

—¡Tú eres mi fiel amiga hasta la muerte!

—También quería venir vuestra mujer —dijo Zagloba a Kettlin, que se había acercado—; pero la hemos engañado. ¿Cómo habría podido venir a este sitio en el estado en que se encuentra? Pronto vais a tener un futuro general de artillería querido Kettlin. Pero esos canallas no cesan un momento de tirar. ¡Así los hiciera polvo un rayo! ¡Ah! una bomba —exclamó interrumpiéndose—. No caerá muy lejos de aquí. Pronto, Basia, escondeos.

Pero la bomba cayó lejos y precisamente sobre el tejado *cíe* la iglesia luterana en el castillo viejo.

Como la cúpula era bastante resistente, habían amontonado muchas municiones en el interior de aquella iglesia; mas por desgracia la bomba perforó la cúpula y prendió fuego a la pólvora.

Una explosión terrible estremeció los cimientos de la fortaleza.

Oyéronse desde los bastiones gritos de espanto e instantáneamente callaron los cañones de los sitiados y de los sitiadores.

Kettlin dejó a Zagloba y Volodiovski a Basia y ambos corrieron hacia aquel sitio con toda la velocidad que les permitían sus piernas.

Por algún tiempo se oyó que daban órdenes, pero el ruido de los tambores en las trincheras turcas apagó su voz.

—¡Se preparan a dar un asalto! —murmuró Zagloba.

En efecto, habiendo oído los turcos la explosión, creyeron que habían destruido la fortaleza y que sus defensores habían quedado sepultados entre sus ruinas, introduciendo el pánico en la plaza; decidieron, pues, dar el asalto.

La noche era serena y clara y a la pálida luz de la luna se veía una enorme cantidad de gorros blancos que, en su impetuosa carrera, subían y bajaban como las ondas del mar agitadas por el viento.

Aquellos millares de hombres avanzaban con un empuje irresistible con la esperanza de ganar una grandísima victoria; pero muchos de ellos no debían volver a ver jamás los alminares de Estambul, ni las risueñas orillas del Bósforo, «ni los oscuros cipreses de los cementerios turcos.

Pan Miguel corría de una batería a otra como un loco gritando a los artilleros:

—¡No hagáis fuego! ¡Esperad la voz de mando!

Siguió un gran silencio, interrumpido solamente por el sordo rumor de los pasos apresurados de los genizaros.

Cuando más se acercaban, más seguros se sentían de apoderarse en pocos instantes del castillo.

Muchos de ellos creían que los que habían quedado vivos se habían refugiado en la ciudad abandonando los bastiones.

Cuando llegaron al foso, principiaron a echar grandes haces de paja, llenándolo en un momento.

Todo callaba en la fortaleza como si no hubiese en ella alma viviente.

Las primeras filas de los genízaros se adelantaron atrevidamente para empezar la escalada de las murallas, pero de improviso se oyó un tiro de pistola de una almena, y una voz aguda gritó:

—¡Fuego!

En el mismo instante todas las almenas se iluminaron como un ramalazo de luz vivísima.

Tronó el cañón y crepitaron los tiros de mosquetes confundiéndose con la salvaje gritería de los sitiadores.

Cuando un dardo lanzado por la robusta mano del cazador penetra hasta su mitad en el vientre de un oso, el animal rueda por tierra y aúlla y lucha y se endereza y vuelve a caer y rueda de nuevo; precisamente de esta manera cayeron los genízaros.

Ni un solo tiro de los sitiados quedó perdido.

Los cañones cargados de metralla causaban una horrible mortalidad en los asaltantes, que caían al suelo como las espigas maduras abatidas por el viento impetuoso.

El ataque fue rechazado en toda la línea, y los genízaros, llenos de pánico, se dieron a la fuga como locos, prorrumpiendo en alaridos de terror.

En las trincheras turcas se encendieron grandes hogueras y muchas antorchas para alumbrar el camino a los fugitivos y hacer difícil a los sitiados una salida; pero Pan Miguel, viendo aún grupos de enemigos junto a las murallas, reunió a sus dragones, y se precipitó sobre ellos.

Una lucha, terrible, encarnizada, se empezó entre los vencedores y vencidos.

En la seguridad de no poder escapar a la muerte, la desesperación de los genízaros trocóse en ira salvaje, y se lanzaron furibundos contra los dragones, que a su vez, excitados por el hambre y la fatiga, caían sobre los enemigos como bestias feroces, degollándolos sin piedad.

Volvieron a la fortaleza cantando y gritando en señal de júbilo.

Los cañones turcos dispararon aún algunos proyectiles contra la plaza, pero al fin callaron.

—Gracias sean dadas a Dios —dijo el pequeño caballero—. Al menos habrá alguna quietud hasta la hora del despertar, y este breve reposo bien nos lo hemos merecido.

Pero era un reposo aparente. En el silencio de la noche oyeron el sordo rumor de los martillos que perforaban la roca bajo sus pies.

—Este es un peligro mucho más serio —dijo Kettlin escuchando atentamente.

—Si los soldados no estuvieran tan cansados, se podría tal vez intentar una salida para sorprender a los zapadores —repuso el pequeño caballero—; pero hace tres días que no duermen, ni siquiera han tenido tiempo para comer; por otra parte, los mineros van siempre acompañados de un millar de hombres. No nos queda otro recurso que hacer saltar nosotros mismos el castillo nuevo y retirarnos al viejo.

—Hoy es imposible —respondió Kettlin—. Los soldados se han dejado caer en el suelo como muertos, y los dragones ni siquiera han limpiado sus sables.

—Basia, ya es tiempo que vuelvas al monasterio —dijo Pan Miguel a su mujer que se había quedado en la fortaleza durante el asalto.

—Sí, Miguel —contestó humildemente la joven—, me someto a tu voluntad, pero a estas horas el monasterio está cerrado y yo preferiría velar tu sueño.

—Me sorprende que después de tantas noches de insomnio y de tantas fatigas no sienta mi cuerpo la necesidad de reposar.

—No la sientes porque estás muy excitado por la lucha de los genízaros —observó Zagloba—. Después de una batalla no podía yo dormir tampoco. Harías bien en dejar que Basia se quedara aquí contigo hasta mañana... —añadió dando otro giro a la conversación—. ¿Por qué obligarle a ir a llamar a una puerta cerrada?

Basia abrazó a Zagloba con la mayor alegría, y el pequeño caballero, viendo cuánto deseo tenía su esposa de quedarse, le dijo:

—Bien, retirémonos a mi habitación.

Entraron en ella, pero el ambiente era espeso e irrespirable por el polvo y el olor de la pólvora y prefiriendo volverse al aire libre se sentaron en una especie de nicho, formado por una antigua puerta que habían tapado.

Pan Miguel se apoyó en la pared y Basia se apretó contra él como un niño se aprieta al seno de su madre.

Era una hermosa noche de agosto, la luna resplandecía en el cielo sereno, y su plateada luz iluminaba el nicho y los rostros de Basia y de Pan Miguel.

Un profundo silencio reinaba en torno suyo, interrumpido sólo de tiempo en tiempo por el apagado rumor de los picos que habrían la roca y por los gritos de las patrullas que velaban.

Aquel silencio, la luz de la luna, la noche espléndida, encantaban a Miguel y a Basia, pero una extraña emoción, una tristeza inexplicable, aunque no penosa, invadió su alma.

Basia levantó sus ojos, contempló a su marido con una mirada en la que brillaba la inmensa ternura que sentía por él y al ver que tenía los ojos abiertos, le dijo:

—¿No duermes, Miguel?

—No tengo sueño —le respondió—; no sé por qué.

A estas palabras siguió un breve silencio, durante el cual el pequeño caballero parecía meditar profundamente.

—Basia —dijo—, escúchame.

—Te escucho, Miguel.

—Siempre hemos sido muy felices, y nuestra felicidad existe todavía. Ahora estoy pensando que si uno de nosotros cayese, el otro se apenaría sobremanera.

Basia comprendió perfectamente por qué su marido había dicho «si uno de nosotros cayese», en vez de decir «si uno de nosotros dos muriese» porque al pensar en la muerte sólo pensaba en sí mismo.

Como un relámpago le cruzó por la mente la idea de que él tenía el presentimiento de morir durante el sitio y quería prepararla para su eterna despedida; experimentó una dolorosa opresión del corazón, y juntando las manos, exclamó:

—¡Miguel, ten compasión de ti mismo y de mí!

La voz del pequeño caballero era un tanto temblorosa cuando le contestó:

—Basia, no tienes razón al hablar así ¿Qué es nuestra existencia? ¿No es acaso un breve tránsito sobre el mundo? ¿Quién se contentaría con gozar la felicidad y el amor sólo aquí abajo, sabiendo que todo había de acabar tan pronto y para siempre?

Basia empezó a estremecerse y a llorar diciendo:

—¡No quiero oírte hablar así! ¡No quiero! ¡No quiero!

—Basia, no tienes razón —repitió Miguel estrechándola amorosamente— Levanta los ojos al cielo y piensa: «allá arriba, más allá de esa luna que brilla serena, hay un lugar de delicias eternas. El que logra entrar en aquellos floridos campos se alegra como el viajero que después de un largo viaje vuelve a su amada patria.» Cuando suene mi hora, que para un soldado puede llegar de un minuto a otro, tienes el deber de decirte: «Miguel ya ha partido y ha ido muy lejos, muy lejos; pero, ¿por qué me he de afligir? ¿No he de ir a

reunirme a él pronto?» Basia, cálmate, no llores. El que parta primero aguardará al otro; esto es todo.

—¡Miguel! ¡Miguel! —exclamó Basia retorciéndose las manos con ademanes de desesperación.

El pequeño caballero quedó absorto en sus pensamientos por algunos instantes, y al fin dijo:

—Basia, oremos.

Y aquellas dos almas se elevaron a Dios en ferviente plegaria que alivió sus corazones apenados, y una dulce sensación de paz los embargó. El sueño cerró al fin sus párpados y se quedaron dormidos hasta los primeros resplandores del nuevo día.

Mucho antes del toque de diana, Miguel acompañó a Basia hasta el puente que unía al castillo viejo a la ciudad. En el camino le repitió de nuevo:

—Basia, la vida es un sueño, no lo olvides.

XLVII

El estampido del cañón hizo temblar los fuertes y la ciudad apenas despierta todavía al toque de la mañana.

Los turcos habían excavado un foso muy largo del lado del castillo y desde aquel foso los genízaros continuaban sin descanso haciendo fuego con sus mosquetes sobre los baluartes.

Los sitiados se resguardaban detrás de sacos de piel llenos de lana, pero como al mismo tiempo los turcos lanzaban desde sus trincheras bombas y balas, aquellos reparos no impedían que muchos artilleros cayesen para no levantarse jamás.

Antes de la noche los jefes comprendieron que era imposible resistir por más tiempo, sin contar las minas que podían estallar de un momento a otro.

Por eso decidieron retirarse al castillo viejo, y lo efectuaron durante la noche, transportando allí cañones, municiones y víveres bajo el fuego incesante del enemigo.

Estando construido sobre la roca viva, podía resistir más tiempo y era más difícil, si no imposible, el minarlo.

Entretanto se había dado la orden de arrojar bombas de mano que ocasionaron grandes daños.

Muchos artilleros turcos fueron mortalmente heridos, pero también cayeron muchos polacos heridos o muertos por las balas de los mosquetes de los genízaros, escondidos entre las ruinas del castillo nuevo.

Desde el viejo bien pocas veces tronaba el cañón y esto traía muy preocupado al Consejo de guerra.

—No tiran, y eso significa que Volodiovski mismo duda de la posibilidad de continuar la defensa.

Tal era la opinión predominante entre los oficiales, ninguno de los cuales se atrevía a decir el primero que era necesario ir preparando una rendición con las mejores condiciones.

El obispo, que no estaba dominado por ninguna preocupación militar ni por ningún compromiso, fue el primero que lo declaró así abiertamente.

Mandaron a Pan Vasilkovski al estarosta para preguntarle sobre las condiciones del castillo viejo, y éste respondió:

«Soy de opinión que no podremos resistir hasta la noche, pero Volodiovski y los demás que se encuentran en él piensan de otro modo.»

Después de haber leído aquella contestación, los oficiales declararon sin ambages:

—Hemos hecho cuanto nos era posible, pero lo imposible no puede hacerlo nadie. Ahora no nos queda más que pensar en las condiciones de la rendición.

Estas palabras circularon entre los habitantes de la ciudad produciendo una gran efervescencia entre el pueblo que en grandes masas se agolpaba en las calles y sobre todo en la plaza del Mercado.

Toda aquella multitud permanecía silenciosa y parecía más contraria que inclinada a la rendición.

—Si hubiésemos querido rendirnos, lo hubiéramos hecho al principio —murmuraban algunos entre los grupos de ciudadanos—. Las condiciones no pueden ser favorables y es mejor para nosotros sepultarnos entre las ruinas.

Estos rumores que iban adquiriendo un cariz cada vez más amenazador, se convirtieron en un instante en entusiasmo y en gritos de alegría. ¿Qué había sucedido?

Pan Miguel se había presentado en la plaza del Mercado en compañía de Pan Humyetski. El estarosta los había mandado llamar expresamente para que diesen un informe al Consejo de guerra sobre lo que ocurría en el castillo.

La multitud, entusiasmada, rodeó al pequeño caballero; los ojos de algunos se llenaron de lágrimas a la vista de su heroico defensor.

Tenía la cara ennegrecida por el humo de la pólvora, estaba muy demacrado y con los ojos hundidos.

Al fin consiguió abrirse paso por entre la muchedumbre, y cuando él y su compañero entraron en la sala del Consejo de guerra, fueron acogidos con grandes muestras de júbilo.

El obispo habló el primero y dijo:

—Amados hermanos: *Nec Hercules contra plures!* El estarosta nos ha escrito que debéis capitular.

A estas palabras, Humyetski, que tenía la lengua pronta y que perteneciendo a una gran familia se cuidaba muy poco de guardar consideración, replicó bruscamente:

—El estarosta ha perdido la cabeza, aunque la verdad me obliga a decir que tiene valor para exponerla al peligro. En cuanto a lo que se refiere a la defensa, dirigíos a Pan Volodiovski, que es el único que puede hablar con conocimiento de causa.

Todos los ojos se fijaron en el, pequeño caballero, que estaba muy agitado.

—¿Quién habla aquí de rendición? —exclamó con miradas fulminantes—. ¿No hemos jurado todos a Dios perecer antes que entregarnos?

—Hemos jurado hacer todo lo que estaba en nuestro poder —dijo el obispo—, y este juramento lo hemos cumplido.

—Kettlin y yo hemos jurado defender a Kamenyets hasta la muerte, y hasta la muerte lo defenderemos. Si estoy obligado a cumplir la palabra que doy a otro hombre, ¿deberé faltar a la promesa que he hecho a mi Dios, que es superior en majestad a todos los reyes?

—Nos han dicho que hay una mina bajo la puerta. ¿Cuánto tiempo podrá resistir? —preguntaron varias voces.

—La mina existe y dentro de poco estará ya pronta —replicó Pan Miguel—; pero detrás de la puerta hay un muro solidísimo, sobre el cual he mandado emplazar algunos falconetes. Queridos hermanos, ¿cómo podéis hablar tan ligeramente de capitulación? —añadió—. Yo estoy en el castillo y no temo las minas, y ¿vosotros que estáis en la ciudad

las teméis? No, no nos rendiremos mientras que Dios nos dé vida. No, nunca entregaremos al enemigo esta fortaleza que es la llave del reino. La defensa de Kamenyets debe ser memorable para la posteridad como la de Zbaraj.

—Los turcos reducirán al castillo a un montón de ruinas —gritó una voz.

—Y bien, nos defenderemos sobre esas ruinas.

—Vosotros destruiréis la ciudad —dijo el obispo.

—Más vale destruirla que entregarla a los turcos —replicó el pequeño caballero—. Es inútil perder aquí el tiempo en vanas palabras. Me vuelvo a mis cañones que defienden al rey y no le harán traición nunca.

Y tras estas palabras se marchó con Pan Humyetski, que al marchar cerró tras sí la puerta con estrépito.

Ambos se apresuraron a volver al castillo, porque respiraban mejor entre las ruinas, las balas y los muertos que entre aquellos hombres de poca fe.

Pan Makovetski salió tras ellos y los alcanzó en la calle.

—Miguel, dime la verdad —le dijo—. ¿Has hablado de resistencia para infundir valor a los tímidos o crees realmente poder continuar la defensa?

El pequeño caballero se encogió de hombros.

—Con tal que la ciudad no se rinda, yo resistiré en el castillo un año entero —respondió.

Makovetski inclinó ligeramente la cabeza y permaneció silencioso por algunos instantes.

—Miguel —volvió a decir—, ¿no concluiremos por rendirnos? Resistiremos una semana o dos, un mes, dos meses quizá, pero el fin será siempre la rendición.

Volodiovski frunció las cejas y lo miró con aire terrible.

—¿También tú, Bruto, contra mí? —exclamó levantando las manos en alto—. Está bien; cúbrete de vergüenza; yo no seguiré tu ejemplo.

Y se despidieron con el corazón lleno de amargura.

La mina colocada bajo la puerta principal voló poco después que Pan Miguel había vuelto al castillo.

Los fragmentos de roca salieron por todas partes y una densa nube de humo y de polvo se esparció en el aire.

Los artilleros temblaron de espanto.

Pocos minutos después los turcos entraron por la brecha como un rebaño de ovejas que se precipita a la puerta del corral cuando los pastores las hostigan con sus cayados; pero Kettlin recibió toda aquella turba con cartuchos de metralla que vomitaban sin cesar la boca de su cañones colocados sobre el muro interior y la barrió en un momento.

Entretanto Miguel, Humyetski y Myslishevski acudieron con la infantería y los dragones.

Empeñóse una lucha terrible.

Los turcos, rechazados de la brecha, volvieron de nuevo al asalto.

Los genizaros se precipitaron a la carga cuatro veces, y otras tantas el plomo homicida de los cañones de Kettlin los dispersó por el campo como el viento dispersa las hojas secas.

Erguido en medio del fuego, del humo y de las granadas que estallaban en torno suyo, Miguel parecía un ángel de la guerra y del exterminio.

Sus ojos no se separaban de la brecha pero en su rostro no se notaba la menor inquietud, antes por el contrario, se volvía de vez en cuando a los oficiales y les decía sonriendo:

—No entrarán.

Jamás se, había rechazado un ataque tan furibundo con tanto ímpetu y coraje.

Oficiales y soldados rivalizaban en valor los unos con los otros; parecía que aquellos hombres no pensaban en la muerte, y, sin embargo, caían como la mies bajo la guadaña del segador.

Después de haber rechazado el cuarto ataque con terribles pérdidas para los mahometanos, parecía que iba a gozarse de un momento de tregua, pero esta esperanza se desvaneció pronto.

La lucha continuó hasta la noche y sólo bien entrada ésta calló el cañón y los turcos se retiraron de las ruinas del castillo viejo.

Kettlin y Pan Miguel, cogidos del brazo, dieron una vuelta por las murallas asomándose por las almenas para contemplar los montones de cadáveres que yacían en el patio del castillo nuevo.

—Kettlin: ahí tienes la obra de tus cañones —dijo el pequeño caballero señalando los muertos.

—La mayor ventaja obtenida es que los turcos han sido rechazados y que nuestros soldados pueden ahora cerrar la brecha como ya has dispuesto. Los enemigos tendrán que hacer otra mina, y aunque su número es infinito y su poder sin límites, un sitio semejante, continuado de este modo por dos o tres meses, les debe parecer bastante duro.

—Entretanto el capitán general acudirá quizá en nuestro socorro —dijo el pequeño caballero—. Sea lo que fuere, tú y yo estamos ligados por nuestro juramento.

Al hablar así los dos amigos se miraron fijamente y Pan Miguel le preguntó a media voz:

—¿Has hecho lo que te dije?

—Todo está dispuesto —murmuró Kettlin—, pero creo que podremos resistir mucho y que no será necesario llegar a ese extremo.

—¡Dios nos asista mañana!

—¡Amén! —replicó Kettlin levantando los ojos al cielo.

El retumbar del cañón interrumpió su diálogo y las bombas comenzaron a caer sobre el castillo.

En efecto era así.

Poco después el enemigo hizo fuego en toda la línea, pero el bombardeo no era ya directa y exclusivamente contra la fortaleza, sino también contra la ciudad.

Al mismo tiempo se oía por tres partes distintas el sordo ruido de los zapadores, y aunque la roca dura se resistía a sus esfuerzos, era evidente que los turcos querían a todo trance hacer saltar aquel nido de águilas.

Por orden de Kettlin y de Pan Miguel los defensores del castillo lanzaban bombas de mano en la dirección de donde veía el ruido de los picos, pero de noche no se podía averiguar si producían algún daño.

Además todos dirigían sus miradas hacia la ciudad sobre la cual parecía caer una verdadera lluvia de fuego.

Algunos proyectiles estallaban en el aire, pero otros, describiendo una gran curva, iban a caer sobre los tejados de las casas.

Pan Miguel estaba muy preocupado e inquieto.

—Kettlin —le dijo—, vigila tú a los encargados de lanzar bombas y que procuren hacer el mayor daño posible a los zapadores. Yo voy a la ciudad porque el corazón se me oprime al pensar en el convento de las monjas dominicas. Gracias a Dios los turcos nos dejan en paz por ahora y puedo ausentarme de aquí sin inconveniente.

En el castillo no había, en efecto, nada que hacer por el momento, y el pequeño caballero, gracias a esta circunstancia, pudo mandar ensillar su caballo y dirigirse a la ciudad.

Dos horas después regresaba en compañía de Pan Mushalski, que estaba ya restablecido del terrible golpe que recibió de Hamdi-Bey, y que se había apresurado a volver al castillo aspirando a conquistar nuevos laureles.

—Bien venidos —dijo Kettlin—. Estoy muy inquieto y tengo ansias de saber noticias de mi mujer. ¿Cómo están en el convento?

—Todos bien —replicó el pequeño caballero—. Ni una sola bomba ha estallado por aquel lado.

—¡Gracias sean dadas a Dios! ¿Y Krysia no está asustada?

—Está tan tranquila como si estuviese en su casa. Ella y Basia están juntas en la misma celda, y Pan Zagloba las acompaña casi todos los días. Pan Adán, que ha recobrado la razón, quería seguirme, aquí arriba, pero el pobre no puede mantenerse en pie. Kettlin, vete si quieres al convento, ya vigilaré yo por ti.

Kettlin abrazó a Pan Volodiovski con ternura, porque su corazón se consumía en deseos de ver a Krysia y de estrecharla entre sus brazos.

Montó a caballo apresuradamente y al alejarse gritó:

—Volveré dentro de una hora.

Pan Miguel dio una vuelta por las murallas con Mushalski.

En tres puntos se oía indistintamente el rumor lejano y sordo de los minadores; los sitiados continuaban tirando granadas, que evidentemente producían muy poco daño.

Pan Miguel llevó a Mushalski aparte y le dijo sin preámbulos:

—¿Qué dirías si fuésemos a ahogar estos topos en sus madrigueras?

—Una tentativa de este género equivale a ir en busca de una muerte cierta, porque regimientos enteros de genízaros les guardan las espaldas; pero, suceda lo que quiera, probemos.

—Tenéis razón —dijo Pan Miguel—; pero la noche es muy oscura y es muy fácil de sorprender a los genízaros e introducir en ellos el desorden. En la ciudad se habla de capitulación porque se sabe que bajo nuestros pies hay minas contra las cuales no podremos defendernos. Nosotros les cerraremos la boca si esta noche podemos esparcir la noticia: «Ya no hay mina alguna bajo el castillo.» ¿No os parece que por una causa tal vale la pena arriesgar la vida?

Pan Mushalski permaneció pensativo por algunos minutos y exclamó al fin:

—¡Por el Dios verdadero! ¡Ya lo creo que vale la pena!

—En este punto —dijo Pan Miguel— se oye el pico desde hace poco tiempo, y a éstos no les molestaremos por ahora; pero de esta otra parte han penetrado ya mucho en el interior de la roca. Tomad cincuenta dragones, y yo tomaré otros tantos y procuraremos acabar con ellos, ¿No tenéis ganas de que eso concluya?

—Muchísima. Tomaré algunos clavos por si tuviéramos que clavar algún cañón al paso.

—Como gustéis, pero antes de movernos aguardaremos a Kettlin; él podrá ayudarnos mejor que ningún otro en nuestra empresa.

Kettlin llegó puntualmente a la hora prometida sin un minuto de retraso.

Media hora después, dos destacamentos de cincuenta dragones cada uno se acercaron a la brecha, la atravesaron vivamente y se perdieron en las tinieblas.

Kettlin dio la orden de continuar arrojando por algún tiempo granadas de mano, después hizo interrumpir aquella operación y se mantuvo palpitante. Pasó media hora, pasó una hora; le parecía que ya debían haber llegado, pero al aproximar el oído al suelo se convenció de que continuaban sin interrupción los trabajos de zapa.

De improviso se oyó un pistoletazo, que no hubiera llamado la atención de los sitiados si no hubiera seguido un alboroto terrible casi inmediatamente.

—Ya están allá —pensó Kettlin—; ¿pero volverán?

Los turcos disparaban por todas partes; era evidente que regimientos enteros acudían en socorro de los zapadores amenazados.

Pan Miguel había estado en lo cierto previendo que se produciría una gran confusión entre los genizaros, los cuales, temiendo atacarse unos a otros en la obscuridad, gritaban y disparaban al aire.

El alboroto y los disparos crecían sin cesar; así como cuando la zorra penetra de noche en un gallinero y las gallinas, asustadas, dejan oír un gran cacareo huyendo atolondradas de un lado a otro, así sucedió con los turcos en los alrededores del castillo.

Comenzaron a tirar bombas contra las murallas para alumbrar el campo; Kettlin apuntó a su vez los cañones contra las tropas que montaban la guardia a los minadores y contestó con metrallazos a sus bombas.

En la ciudad daban la señal de alarma porque los ciudadanos creían que los enemigos estaban entrando en la fortaleza.

En las trincheras turcas creían a su vez que toda la guarnición del castillo había hecho una salida, atacando simultáneamente todas las obras, y el espanto se hizo general.

~

La noche favoreció la temeraria y desesperada empresa de Pan Miguel y Mushalski.

Las bombas y las granadas disipaban a cada momento la obscuridad; para hacerla más profunda después, y como si la naturaleza quisiera ayudar a su modo a los polacos, se abrieron las cataratas del cielo dejando caer sobre la tierra una lluvia torrencial.

El ruido del trueno superaba al de los disparos, repercutiéndose entre las rocas un eco formidable.

Kettlin se precipitó a la cabeza de veinte hombres hacia la brecha y estuvo aguardando allí, no mucho tiempo,

Bien pronto aparecieron unas sombras negras entre los escombros que obstruían el boquete.

—¿Quién va? —dijo Kettlin.

—Volodiovski —dijo una voz bien conocida, y los dos amigos se abrazaron.

—Y bien, cómo ha ido? —preguntaron ansiosamente los oficiales acudiendo a la brecha.

—Gracias a Dios, todos los mineros han sido degollados y su obra destruida —respondió el pequeño caballero—. Pero, Mushalski, ¿dónde está? —añadió—; ¿no están aquí ya? Debemos acudir en su auxilio. ¿Quién quiere seguirme?

Apenas había pronunciado estas palabras cuando aparecieron nuevas sombras por entre las ruinas: eran los restos del destacamento de Mushalski que había sufrido grandes pérdidas, pero los que volvían estaban alegres porque habían logrado el éxito más completo, y en prueba de ello traían consigo los picos y palas de los mineros muertos.

—Pero, y Mushalski, ¿dónde está?

Los hombres que habían salido del castillo bajo sus órdenes se miraron unos a otros.

Al fin un dragón herido dijo con voz débil:

—Pan Mushalski ha caído. Le vi caer a mi lado; yo pude levantarme, pero él se quedó allí muerto.

Los oficiales se apenaron mucho por la muerte del bravo arquero, porque era uno de los mejores soldados del reino.

—Es una gran pérdida —dijeron unos.

—Que Dios le dé el reposo eterno —decían otros.

—Hombres como él no nacen hoy día.

Después de haber pagado este tributo de su amistad al valiente camarada, oficiales y soldados entraron en el castillo.

Pan Miguel envió en seguida un correo a la ciudad para informar al estarosta y al obispo sobre la destrucción de las minas y del completo éxito de su salida.

Esta noticia fue recibida en la ciudad con gran sorpresa, pero, ¿quién lo habría imaginado?, con manifiesto disgusto.

El estarosta y el obispo no creían que estas victorias parciales salvarían a Kamenyets y suponían, por el contrario, que no servirían para otra cosa que para irritar cada vez más al fiero león. Decidieron, pues, continuar sus negociaciones de capitulación.

Ni Pan Miguel ni Kettlin esperaban que tan grata nueva pudiese producir semejante efecto; antes bien, habían creído que infundirían nuevo ánimo en los más desalentados, inflamándoseles en el deseo de continuar la resistencia. No se podría ocupar la población sin la previa capitulación de la fortaleza, y por tanto, si ésta resistía, los sitiados no debían pensar en rendirse.

Durante todo el tiempo del asedio fue esta noche la más tranquila para Pan Miguel y Kettlin. Sus corazones se abrían a la esperanza de sobrevivir a aquella guerra y de salvar a aquellos seres tan queridos por cuya suerte temblaban más que por la suya propia.

Por algún tiempo continuaron ambos hablando de sus esposas, hasta que se separaron para irse a descansar un poco, porque ambos estaban extenuados.

No fue muy largo el sueño de Pan Miguel; a las dos horas escasas el sargento Lusnia entró precipitadamente en su estancia.

—Pan comandante —dijo el sargento—; os traigo una noticia.

—¿Qué hay? —preguntó el heroico caudillo saltando del lecho.

—Ha vuelto Pan Mushalski.

—Por el amor de Dios, ¿es verdad?

—Está aquí. Me encontraba de guardia en la brecha cuando oí una voz detrás de las ruinas que me gritó en polaco: «¡No hagáis fuego! ¡Soy yo!» Miré al que se acercaba y vi a Pan Mushalski vestido de genízaro.

—¡Alabado sea Dios! —dijo el pequeño caballero saliendo de la estancia vivamente para ir a saludar contentísimo al muerto resucitado.

Comenzaba a alborear. Pan Mushalski estaba de pie junto a la muralla con su gorro blanco y su vestimenta completa de genízaro, de tal modo, que el ojo más experimentado hubiera creído que pertenecía realmente a este cuerpo favorito del sultán.

Al ver al pequeño caballero, le salió al encuentro alegremente.

—Habíamos llorado ya vuestra muerte —le dijo Volodiovski apretándole cordialmente la mano.

Los demás oficiales, que entretanto se habían enterado de su vuelta, se apresuraron también a venir a su encuentro, y le rodearon alegremente: entre éstos se encontraba Kettlin. Todos se quedaron atónitos al verlo en su uniforme genízaro y lo asaltaban a preguntas.

—Al volver de la expedición tropecé con el cuerpo de un genízaro muerto —les contó el bravo arquero—; y caí yendo a chocar mi cabeza contra la bala de un cañón. Como aún la tengo algo débil a causa del golpe que me propinó Hamdi-Bey, perdí el sentido. Cuando volví en mí, me encontré tendido sobre el cuerpo de un genízaro que me servía de colchón. Me toqué la cabeza; estaba un poco condolidada pero sana. Me quité el gorro, y la lluvia que caía me hizo mucho bien.

«Me levanté y una idea extravagante cruzó por mi mente. «¿Si me endosara el traje de este individuo y me fuese a darme un paseito por el campo de los turcos? —dije para mí—. Hablo correctamente su lengua y metiéndome entre ellos oiré lo que dicen.» La idea me agradó y aunque algo arriesgada la puse inmediatamente en ejecución. La noche era oscura, y os aseguro, señores, que andaba entre los infieles como ahora estoy aquí entre vosotros escuchando atentamente sus conversaciones. Están muy desanimados y se quejan sobre todo de nuestro comandante —y al decir estas palabras se inclinó ante Volodiovski—. Os repito textualmente sus palabras: «En tanto que aquel pequeño perro defiende el castillo, no conseguiremos conquistarlo.» Están de un humor de todos los

diablos; muchos decían: «Nosotros solos nos batimos, mientras las demás tropas descansan. Los voluntarios se están tendidos todo el día a la bartola, los tártaros sólo piensan en desvalijar a los muertos y los spahis no hacen más que pasearse por los bazares. El sultán nos dice: «Mis queridos corderos», pero es claro que no debemos serle muy caros cuando con tal facilidad nos manda al matadero. Nos aguantaremos por algunos días y si no nos atiende nos marcharemos a Hotin y si tratan de impedirnoslo más de una cabeza elevada caerá.»

¿Oís, señores? —exclamó Volodiovski—. Si los genízaros se rebelan, el sultán cobrará miedo y se verá obligado a levantar el sitio.

—Así sea —dijeron todos los oficiales en coro.

—Os he dicho lo que he oído —prosiguió Pan Mushalski—. Habría querido oír más, pero se aproximaba el día y he temido que me reconocieran. Me fui acercando a las trincheras que no hacían fuego, por entre las cuales pasé inadvertido a causa de la obscuridad. De pronto miro en torno mío y veo que no hay centinela alguno; sólo aquí y allá algún grupo de genízaros. Me aproximo a un cañón; nadie me observaba. Ya sabéis que antes de salir me había provisto de clavos por lo que pudiera ocurrir. «Ea, pues, me dije, clavaré este cañón.» Dicho y hecho, le planto un clavo que no quería entrar. Me habría sido preciso un martillo, pero no lo tenía y hube de valerme de la fuerza extraordinaria que Dios me ha dado. Sufrí un poquito, pero el cañón quedó clavado y yo me fui contento.

—¿Habéis hecho eso? ¿habéis clavado un cañón al enemigo? —exclamaron todos en el colmo de la estupefacción.

—Sí —repitió Pan Mushalski—; y del mismo modo otro que encontré también al paso y siento que el disiparse la obscuridad me haya impedido continuar.

—Señores —exclamó Pan Miguel—; ninguno de nosotros se ha cubierto de tanta gloria. ¡Viva Pan Mushalski!

—¡Viva! ¡Viva! —repitieron todos los oficiales.

Tras ellos comenzaron también a gritar los soldados.

Los turcos oyeron aquella gritería desde sus trincheras y se desanimaron más aún.

—Oye, Miguel —dijo Kettlin—; yo creo que por esta vez somos nosotros quienes debemos atacar los primeros.

—Sí, sí —dijo Volodiovski.

Y mientras Kettlin corría a sus cañones. Pan Miguel se dirigía al arsenal y expedía a la ciudad la noticia de que Pan Mushalski no había muerto, que había regresado sano y salvo del campamento turco, y que les había clavado dos cañones al enemigo. Añadía que, al mezclarse entre los jenízaros vestido como ellos, había oído sus conversaciones; que estaban muy cansados del sitio y pensaban rebelarse contra el sultán.

«Dentro de una hora abriremos fuego contra sus trincheras y al mismo tiempo haré una salida si es posible.»

Así terminaba su informe.

Aún no había pasado el puente el mensajero, cuando comenzaron a disparar los cañones, y desde el castillo volaban los cohetes incendiarios contra las trincheras del enemigo, las cuales, aunque mojadas por la lluvia, comenzaron a arder por varias partes.

Después Kettlin hizo disparar bombas.

Los genízaros, fatigados y rendidos, abandonaron las trincheras.

Por la mañana no habían querido dar la señal del despertar y el gran visir en persona tuvo que venir a la cabeza de nuevas legiones, pero evidentemente la duda estaba ya en el fondo de su corazón, porque los bajaes le oyeron murmurar:

—Esos hombres encuentran más descanso en la batalla que en el sueño. ¿Qué clase de gente defiende este castillo?

Entre los soldados se oían voces alarmantes que repetían con terror:

—El pequeño perro comienza a morder.

XLVIII

Después de la noche cuyos acontecimientos hemos considerado como otros tan faustos presagios de próxima victoria, siguió el día 2 de agosto, que fue el más importante y memorable de esta guerra.

En el castillo se esperaba que los turcos harían un gran esfuerzo para conquistar la fortaleza.

En efecto, poco antes de salir el sol, se oyó de repente un martilleo de los zapadores hacia el lado izquierdo del castillo, tan fuerte como nunca se había oído hasta entonces.

Evidentemente los mahometanos se apresuraban a excavar una nueva mina más grande que las otras.

Fuertes destacamentos de tropa protegían el trabajo de los mineros, manteniéndose a cierta distancia.

En las trincheras reinaba gran animación.

Por la multitud de banderas que ondeaban en el campamento por el lado de Dlujuk, se dedujo que el visir en persona avanzaba para dirigir el asalto.

Se traían otros cañones a las trincheras, y una fuerte división de genízaros vino a ocupar el castillo nuevo resguardándose en los fosos y entre las ruinas y disponiéndose para la lucha cuerpo a cuerpo.

Como ya hemos dicho, el ataque lo habían iniciado esta vez en el castillo viejo, y con tal eficacia, que ocasionaron un ligero pánico en las trincheras del enemigo; pero a la señal dada por las trompetas, los genízaros se rehicieron prontamente y al mismo tiempo los cañones turcos dejaron oír su voz poderosa.

Sobre la cabeza de los sitiados volaban las bombas, las balas, la metralla y hasta trozos de roca y ladrillos; al humo se le unía el sol, al calor del fuego el calor del sol.

Faltaba aire que respirar al pecho de tantos hombres y la vista faltaba a sus ojos.

El tronar de los cañones, el estallido de las bombas, el silbido de las balas, los alaridos de los turcos, y los gritos de los defensores del castillo formaban un terrible concierto que las rocas acompañaban con sus ecos.

La fortaleza estaba llena de proyectiles e igualmente la ciudad, los bastiones y las puertas, pero la defensa del castillo continuaba más encarnizada que nunca; al formidable fragor de la artillería enemiga, respondía el de la fortaleza, cuyas baterías humeantes atronaban, vomitando fuego y sembrando la muerte y la destrucción como si la ira de Júpiter les hubiese prestado sus rayos.

El pequeño caballero corría de un cañón al otro, de un torreón al otro, en medio de las balas, del fuego, de la pólvora y del humo.

Parecía que tuviese la facultad de duplicarse, de multiplicarse, porque se le veía por todas partes.

Gritaba, animaba a todos, y si caía algún artillero tomaba él momentáneamente su puesto.

Su ardor se comunicaba a los soldados que creían era éste el último asalto, después del cual vendría la victoria, la gloria del triunfo y la paz.

Esta fe en la victoria inflamaba sus pechos, haciéndolos inquebrantables, y el delirio del combate se apoderaba de sus cerebros.

A cada instante lanzaban gritos y frases de desafío al enemigo, y a algunos les acometió un furor tal que salieron fuera de las murallas a combatir cuerpo a cuerpo con los genizaros.

En efecto, aprovechándose éstos del denso humo que envolvía el castillo, se habían acercado dos veces a la brecha y las dos habían sido rechazados teniendo que retroceder en desorden con gravísimas pérdidas.

Al fin tuvieron que retirarse y sólo los cañones continuaron sin cesar su fuego.

Transcurrieron así algunas horas.

El sol había ya pasado del cenit y contemplaba la lucha como velado por una densa capa de niebla.

Hacia las tres de la tarde el cañoneo llegó a un grado tal por una y otra parte, que en el castillo no se oía una palabra ni aun gritada al oído.

El aire era tan abrasador y sofocante que no se podía respirar.

El agua que se echaba sobre los cañones se convertía en seguida en vapor.

Los artilleros apenas podían mantenerse en pie, pero el fuego no cesaba.

De pronto sucedió una cosa sorprendente: callaron de improviso los cañones enemigos, y al mismo tiempo los genizaros que se parapetaban en las ruinas del castillo nuevo, suspendieron el fuego.

Del castillo viejo partieron todavía algunos cañonazos, pero los oficiales se miraban unos a otros exclamando:

—¿Qué quiere decir esto? ¿Qué ha pasado?

Kettlin, algo alarmado, dio orden a los artilleros de apagar sus mechas.

—Puede ser que haya bajo nuestros pies alguna mina que vaya o volar de un momento a otro —dijo un oficial.

Volodiovski lo fulminó con una mirada severa y dijo en tono amenazador:

—La mina aún no está dispuesta y aun cuando lo estuviese sólo podría saltar el lado izquierdo del castillo. En tal caso nos defenderemos sobre las ruinas hasta nuestro último suspiro. ¿Lo habéis entendido?

A estas palabras siguió un profundo silencio en el que había algo de solemne y aun de siniestro.

Todos los hombres se fijaron en las trincheras, pero a través de las nubes de humo que ennegrecía el aire no se podía divisar nada.

De improviso se oyeron resonar de nuevo hacia la izquierda del castillo los cadenciosos golpes de los picos de los zapadores.

—Ya os he dicho que la mina no está aún terminada —dijo Pan Miguel, y volviéndose al sargento Lusnia le ordenó que tomase veinte hombres y fuese a hacer un reconocimiento por entre las ruinas del castillo nuevo.

Lusnia obedeció en el acto y desapareció poco después por la brecha.

Después de una espera bastante larga volvió el sargento y dijo:

—Pan comandante, en el castillo nuevo no hay alma viviente.

Volodiovski volvió a mirar a Kettlin con aire de sorpresa.

—¿Habrán levantado el sitio? —dijo—. El humo no nos deja ver nada...

—Sobre las puertas ondea la bandera blanca.

Los oficiales y soldados se volvieron todos hacia la ciudad y una terrible expresión de sorpresa y de ira se pintó en todos los semblantes; la palabra expiró en los labios de todos.

Sobre las puertas y sobre el torreón de Batory ondeaba la bandera blanca.

El rostro del pequeño caballero se puso pálido como la cera, tan blanco como aquella bandera que agitaba el aire.

—Kettlin, ¿la ves? —murmuró volviéndose hacia su amigo.

—La veo —replicó éste que estaba tan pálido como él.

Por algunos instantes se quedaron mirándose en silencio, diciéndose con la mirada todo lo que dos soldados intrépidos y pundonorosos pueden decirse en tal momento... dos soldados que nunca habían faltado a su palabra y que habían jurado ante el altar morir antes que entregar la fortaleza al enemigo.

Un dolor inmenso destrozaba sus corazones, mientras que siniestros pensamientos cruzaban su mente.

Pensaban en sus esposas adoradas, en su felicidad perdida para siempre.

Después volvieron sus miradas sobre la ciudad como si quisieran asegurarse que sus ojos no les habían engañado o para estar ciertos de que ya había sonado su última hora.

En aquel momento se oyeron las pisadas de un caballo sobre el puente que unía el fuerte a la ciudad, y poco después se presentó Horaim, el ayudante del estarosta, que gritó enfrenando su corcel:

—Una orden para el comandante del castillo.

Volodiovski tomó la orden y al cabo de algunos minutos dijo a los oficiales que lo rodeaban en medio de un silencio sepulcral:

—Señores: una comisión ha atravesado el río con una barca dirigiéndose a Dljuk para firmar las condiciones de la capitulación. Antes de la noche tenemos que retirar las tropas y enarbolar la bandera blanca.

Nadie respondió: se oyó sólo la respiración afanosa de los circunstantes.

Kvasibrotski dijo al fin:

—Tenemos que enarbolar la bandera blanca. Pasaré revista a las tropas.

Se oyeron algunas voces de mando aquí y allí. Los soldados comenzaron a formarse con las armas al hombro.

Kettlin se aproximó a Pan Miguel.

—¿Es tiempo? —le preguntó.

—Aguardaremos la vuelta de los comisionados. Después bajaré yo.

—No, bajaré yo; conozco mejor el lugar y sé cómo está todo dispuesto.

—¡Ya vuelve la comisión! —gritó una voz desde la muralla.

Al poco rato fue anunciada a Pan Miguel la llegada al castillo de los tres miembros que componían aquella desdichada comisión.

Eran Grutheyski, juez de Podolia, Revuski y Pan Myslishevski, portaespada de Chernigoff.

Adelantaban cabizbajos con aire preocupado; vestían caftanes de brocado de oro que les había regalado el visir y cuyo peso parecía agobiarles.

Volodiovski los aguardaba apoyado en un cañón.

Ellos le saludaron en silencio.

—¿Cuáles son las condiciones de la capitulación? —les preguntó.

—La ciudad no será saqueada y se respetará la vida y los bienes de los habitantes. El que no quiera permanecer tiene el derecho de salir dirigiéndose a donde le plazca.

—¿Y la fortaleza?

Los comisionados bajaron la cabeza y respondieron:

—Ha sido cedida al sultán para siempre.

Para volver a la ciudad no tomaron el camino del puente porque una inmensa muchedumbre se apretujaba más allá del mismo. Se dirigieron a la puerta meridional y desde allí bajaron al río donde saltaron a la barca que les condujo a otra puerta de la ciudad.

En las partes bajas, a lo largo de las orillas del río, empezaban a aparecer los genízaros por entre las rocas.

Grandes masas del pueblo recorrían la ciudad en dirección al castillo.

Muchos querían pasar el puente, pero los regimientos que iban saliendo impidieron a todos el acceso por orden del pequeño caballero.

Cuando Volodiovski hubo pasado revista a las tropas, llamó a Pan Mushalski y le dijo:

—Id en seguida a ver a mi mujer y decidle de mi parte...

La voz expiró en su garganta y se calló por breve espacio; después continuó hablando apresuradamente:

—Decidle que la vida es sueño.

Pan Mushalski se alejó y tras él las tropas fueron evacuando lentamente el castillo.

Pan Miguel había montado a caballo y los soldados iban desfilando por delante de él.

Kettlin se le acercó y le dijo con aire misterioso y apretando los dientes:

—¿Bajo ya?

—Sí, pero aguarda a que hayan salido todas las tropas.

Los dos amigos permanecieron largo rato abrazados estrechamente.

Al fin Kettlin se desprendió el primero, encaminándose a la puerta de los subterráneos..

Pan Miguel se quitó el casco; echó una mirada sobre las ruinas, sobre el campo de su gloria, sobre los cadáveres, sobre las murallas, sobre los parapetos y sobre los cañones.

Después levantó los ojos al cielo y exclamó con acento de ferviente plegaria:

—¡Gran Dios, concédele la fuerza de resignarse! ¡Da la paz a su corazón!

Estas fueron sus últimas palabras.

Kettlin no aguardó a que todas las fuerzas salieran.

De pronto tembló la tierra y un estruendo siniestro retumbó en los aires: torres, murallas, cañones, caballos, hombres y cadáveres volaron en alto envuelto todo en una inmensa llama, como una terrible descarga de metralla dirigida al cielo.

.....

Así murió Volodiovski, el Héctor de Kamenyets, el primer soldado del reino.

.....

En el centro de la iglesia de San Estanislao se alza un catafalco rodeado de cirios encendidos.

Sobre el catafalco, dentro de un doble féretro de madera y de plomo, yacían los despojos de Pan Miguel Volodiovski.

El oficio fúnebre tocaba ya a su fin.

La viuda quiso que los mortales despojos del hombre amado descansaran en Hreptyoff, pero como toda la Podolia estaba en poder del enemigo, decidieron enterrarle provisionalmente en Stanislav, a donde habían sido enviados, con numerosa escolta turca, todos los *desterrados* de Kamenyets, y entregados a las tropas del capitán general.

La iglesia estaba llena de nobles y soldados que deseaban echar una última mirada al féretro del Héctor de Kamenyets.

Se decía que el capitán general vendría a los funerales, pero no habiendo comparecido todavía y temiendo de un momento a otro el avance de los tártaros, decidieron no dilatar más tiempo la fúnebre ceremonia.

Viejos soldados, amigos y subalternos del difunto, circundaban el catafalco.

Todos habían salido sanos y salvos de la tremenda lucha, excepto el que había sido su jefe.

Aquel caballero bueno y justo, terror de los enemigos; aquel heroico caudillo; aquel terrible espadachín cuyo corazón era tierno como el de una paloma, yacía rodeado de cirios encendidos, coronado de gloria, sí, pero en el silencio de la muerte.

Aquellos corazones endurecidos por la guerra se sentían profundamente conmovidos; la amarillenta luz de los cirios alumbraba los rostros severos de aquellos guerreros y se reflejaban en las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

En medio de los soldados, Basia estaba postrada en tierra y a su lado Zagloba, viejo, abatido, decrepito y tembloroso.

La desolada viuda había seguido a pie el precioso féretro y ahora había llegado el momento de confiarlo a la tierra.

Recorrió el largo camino insensible a todo, como si no perteneciese ya a este mundo, y en aquel angustioso momento, cerca del catafalco, repetía con aire inconsciente:

—La vida es sueño.

Lo repetía porque aquel hombre adorado se lo había grabado en el alma, porque aquél era el último mensaje que le había enviado.

Doblaban las campanas.

La Misa de Difuntos estaba para acabar, como hemos dicho, y la voz del sacerdote profirió como si viniese de un abismo:

—*Requiescat in pace!*

Un estremecimiento febril sacudió a Basia y en su mente extraviada surgió un solo pensamiento:

—Ahora, ahora me lo quitarán para siempre.

Pero la ceremonia no había concluido aún.

El padre Kaminski, a quien conocimos en Hreptyoff y que había administrado la Extremaunción a Basia durante su enfermedad, subió al púlpito.

Oyóse de pronto el redoble de un tambor.

Todos se volvieron estupefactos hacia la sagrada cátedra, porque era el padre Kaminski el que daba la alarma con aquel instrumento.

De improviso paró y un silencio sepulcral reinó en la iglesia.

—¡Coronel Volodiovski! —exclamó el sacerdote con voz sonora.

Un grito agudo le contestó.

Pan Zagloba se puso en pie con ayuda de Mushalski, y se llevó fuera de la iglesia a la desventurada, que había caído sin sentido.

Entretanto el sacerdote continuaba:

—Pan Volodiovski, ¡por amor de Dios! ¿No oís que dan la voz de alarma? El enemigo está a las puertas y no os levantáis en pie para defender al reino. ¿Nos dejáis aquí solos, en la angustia, en el llanto y en el dolor?

Y arrastrado por el ardor de su discurso, el sacerdote concluyó con esta invocación:

«Señor, ellos transformarán nuestras iglesias en mezquitas y cantarán el Alcorán en donde hasta ahora resonaron las alabanzas al Espíritu Santo. ¡Oh Padre Omnipotente, no nos abandones, ten piedad de nosotros! ¡Mádanos un defensor, mádanos un hombre que anonade a los mahometanos impíos! Condúcelo aquí en medio de nosotros para que infunda nuevo valor en nuestros corazones. Escúchanos, Dios Supremo, y acoge nuestras plegarias.»

Apenas había pronunciado estas últimas palabras, cuando la multitud que se agolpaba a la puerta se apartó para dejar libre el paso al capitán general.

Pan Sobieski entró en la iglesia. Todos los ojos se fijaron en él y un estremecimiento corrió por todos los circunstantes.

Se acercó al catafalco, noble, majestuoso, imponente con su rostro de emperador romano.

Lo seguía una escolta de coraceros.

—¡He aquí el salvador! —exclamó el padre Kaminski en un momento de éxtasis profético.

Sobieski se arrodilló junto al catafalco y rogó por el alma de Volodiovski, el primer soldado del reino.

FIN (1)

¹() Las novelas tituladas *A Sangre y Fuego* y *El Diluvio*, del mismo autor y publicadas en esta Biblioteca, aunque independientes una de otra, constituyen, con UN HÉROE POLACO, que termina esta serie histórica, una especie de trilogía, por lo cual recomendamos la lectura de aquéllas.

Contracubierta.

Enrique Sienkiewicz, gran patriota, se siente subyugado por los avatares dramáticos de su pueblo y de los pueblos que con él o contra él lucharon.

Se apodera de su historia, se compenetra con el alma y el cuerpo de infinidad de personajes, y reconstruye su vida de luchas crueles, sanguinarias, interminables.

No se puede hablar de Polonia, de Letonia, Lituania, Suecia y Bielorrusia, ni de ninguno de los pueblos del Báltico, sin ir de la mano de Enrique Sienkiewicz.